Rafael Sánchez Mazas

ROSA KRÜGER

ENCUENTRO

A los lectores

Esta colección está dirigida a aquellos lectores curiosos y atrevidos que anhelen encontrar una historia hermosa, un drama que revele algo de nosotros mismos o una percepción más aguda del misterio del hombre y del universo. Siempre he pensado que quien abre un libro espera que se le revele algo más sobre el mundo y sobre su posición en él. De otro modo sería incomprensible que siguiésemos acercándonos a los libros cuando la lectura es uno de los gestos del hombre más gratuitos e innecesarios.

Una buena pieza literaria, decía la americana Flannery O'Connor, lo es porque tras su lectura notamos que nos ha sucedido algo. Sucede algo cuando un texto recrea nuestro ánimo y nuestro entendimiento de lectores. La colección Creación Literaria de Ediciones Encuentro persigue ofrecer obras que permitan sentir con mayor urgencia el anhelo de un significado y la necesidad de la belleza; piezas teatrales, poemas o narraciones a través de los cuales apreciemos que la razón se abre y el afecto se conmueve. Al mismo tiempo rescata textos en los que Cristo, término de la razón y cumplimiento del afecto, despliega su belleza y su potencia.

Guadalupe Arbona Abascal
Directora de la colección Creación Literaria

Rafael Sánchez Mazas

Rosa Krüger

ENCUENTRO

© 2005 Herederos de Rafael Sánchez Mazas

© 2005 Ediciones Encuentro, S. A., Madrid

Colección dirigida por Guadalupe
Arbona Abascal

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:
Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10ª —28043 Madrid
Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es

Introducción

El proceso creador de una novela tiene siempre su pequeña o gran historia; unas veces, las más, ésta permanece en la intimidad del autor, otras, por el contrario, trasciende a los lectores. La de *Rosa Krüger* tiene un cierto sabor agridulce.

Rafael Sánchez Mazas escribió esta novela refugiado en la embajada de Chile en Madrid durante la guerra civil española. Sin embargo, en el relato no aparece la menor sombra de la realidad brutal de aquellos momentos. Pensada a imitación de *Las mil y una noches,* en la que el relato y la intriga consiguieron que Scherezade escapara a su fatal destino, o a lo *Decamerón*, narrado como evasión de unos refugiados de la epidemia de peste de la Florencia de mediados del siglo XIV, la novela trataba de superar las terribles circunstancias, de anular el tiempo a través de la creación de un mundo imaginario.

Así como el tío Felipet, Pepet *el porronaire* o Don Rodrigo, fascinantes narradores orales del Alto Pirineo, pueblan el Hostal de la Bonaygua y la mente del protagonista, Teodoro Castells, de historias fantásticas, de igual manera Sánchez Mazas ocupaba la dependencia de la embajada y la mente de los refugiados con fabulosos relatos, haciéndoles olvidar momentáneamente la contienda y las pésimas condiciones de su refugio. Sitiados por la guerra, tal como el temporal aislaba el Hostal, esperaban todas las noches con impaciencia la hora en que vendría a leerles los fragmentos que había escrito durante el día.

A pesar de la concreta localización geográfica, e incluso temporal (años veinte y treinta), la novela comienza con un impreciso «En aquel tiempo» que, acompañado de otros elementos, prepara al lector para la evasión retrospectiva. La continuación de este inicio es a su vez arcaizante (e italianizante): «fui yo a Italia por la primera vez». Es como si la novela participara de la extraterritorialidad conferida a su

autor por la embajada de Chile.

El primer episodio sitúa al lector en un escenario propicio a la confidencia —una posada en los Alpes sitiada por la nieve, una cocina con un gran fuego— y distintos elementos actúan de retroceso en el tiempo y disponen al lector para el paso de la realidad a la fantasía. Teodoro Castells es comparado físicamente con el autorretrato de Durero vestido a la moda veneciana, por lo que cambian los ropajes, cambia el decorado. Y aunque en un principio se habla del Roma-Express y de autobuses, el episodio finaliza con el sonido de «los cascabeles de los negros caballos, que piafaban sobre la nieve y las voces y látigos de los postillones. Uno de ellos, silbaba al aire frío una canción de Schubert». Incluso el «vos», costumbre del país, actúa de manera arcaizante, medievalizante.

Todo ello nos prepara para escuchar las confidencias del protagonista, una historia que en realidad pudo ocurrir en cualquier tiempo. Este retroceso es necesario para iniciar un viaje espacio temporal que comienza en el mundo tenebroso, mágico y sensual del Hostal de la Bonaygua.

Se distingue así *Rosa Krüger* de la mayor parte de las novelas elaboradas o publicadas durante el período de la guerra civil española. Tanto en la zona nacional como en la republicana, los relatos se centraron en la realidad del conflicto. Significativo es también el hecho de que Sánchez Mazas constituya además una excepción entre los llamados «escritores refugiados», ya que un considerable número de ellos dejó cumplido testimonio de su experiencia. Jacinto Miquelarena *(El otro mundo),* Samuel Ros *(Meses de esperanza y lentejas)* o Wenceslao Fernández Florez *(Una isla en el mar rojo)* son ejemplos suficientes. Este tipo de relatos llegó a constituir casi un subgénero.

Del mismo modo y por las mismas razones se diferencia de otros escritores afines a él en estética e ideología (Agustín de Foxá o, de nuevo, Jacinto Miquelarena), que durante la contienda cultivaron la literatura de propaganda como arma de combate. Bien es verdad que desde Burgos o Salamanca, capitales del bando nacional, se escribía bajo la responsabilidad del «ya liberado», es decir, en otras circunstancias, con otras intenciones y para otro público. Aun así, no deja de sorprender viniendo de uno de los escritores más influyentes en José Antonio Primo de Rivera y en la Falange, inspirador y creador de su retórica y simbología.

Terminada la guerra, Sánchez Mazas pensó varias veces en rehacer

esta novela, revisó y reescribió algunos capítulos, incluso llegó a publicar alguno en revistas, pero nunca llevó a cabo su definitiva corrección y publicación. «Su melodía no sería escuchada en nuestro ronco tiempo», solía excusarse ante los amigos que en diversas ocasiones escucharon al autor la lectura de varios episodios. De esta manera se convirtió en la *novela secreta* de Sánchez Mazas, que, aunque inédita e inacabada, era citada con frecuencia como obra maestra.

En los años cincuenta, abandonada ya su activa vida política y refugiado en su tarea de escritor («Me quise reservar para este momento la gran vida de la imaginación»), escribió y publicó otros relatos, de parecida melodía, pero nunca volvió sobre *Rosa Krüger*.

La novela vio por fin la luz en 1984 —pasados dieciocho años de la muerte del autor y casi medio siglo después de que fuera escrita— gracias a la generosidad de Liliana Ferlosio, su mujer, y al empeño de Andrés Trapiello, en cuya editorial Trieste fue publicada. En 1996 sería reeditada por Ediciones del Bronce, sello editorial de Barcelona para una novela de exaltados elogios a los catalanes y verdaderamente apreciada y elogiada por un buen número de escritores del país (Juan Perucho, Pere Gimferrer, Carlos Pujol...).

Es curioso el hecho de que Rafael Sánchez Mazas, después de su refugio en la embajada de Chile, acabara encarcelado precisamente en Cataluña, uno de los principales lugares hacia los que gravita la novela, y casi fusilado en la frontera francesa en una peripecia más truculenta y novelesca que cualquiera de las del relato, ya que consiguió escapar y esconderse en un bosque cercano hasta la llegada de las tropas nacionales. Estos hechos son hoy de sobra conocidos al haber sido recreados literariamente en la novela *Soldados de Salamina* (2001), de Javier Cercas, llevada al cine por David Trueba en 2003.

Rosa Krüger es una historia de amor, la de Teodoro Castells, un joven catalán del Valle de Arán que en su camino hacia la aventura europea reconoce en una muchacha alsaciana al amor ideal. Es por lo tanto la historia de un encuentro, fugaz pero trascendental, que cambiará el sentido de su vida (Rosa Krüger se convierte en la medida de todas las cosas), y de un deslumbramiento, deslumbramiento ante la visión del amor cristiano que hace mejor al hombre. Es también la historia de una búsqueda (de la búsqueda de lo que sólo una vez hemos visto o entrevisto pero nos ha seducido) y de un reencuentro que sólo es posible tras el aprendizaje y el perfeccionamiento. Y es la historia de un recorrido, de una travesía de amor y crecimiento. Teodoro es un peregrino de amor («O voi che por la via d'amor passate», escribe

Dante transformando las palabras del profeta Jeremías) que, loco de amor (es la historia de una locura), dedica su vida a una ilusión tan sólo atisbada.

Rosa Krüger es también la novela de la fe: fe en el amor ideal, encarnado en una muchacha jubilosa y católica, norte y guía del protagonista. Y en consecuencia, se produce el reencuentro feliz, como no podía ser de otro modo, porque *Rosa Krüger* relata el cumplimiento de un destino, la consecución de lo que era ya un impulso natural por ascender. Teodoro es un hombre predispuesto.

Y tras haber completado su destino, Teodoro Castells, en primera persona, como testigo de su propia vida, como discípulo, apóstol del amor ideal, transmite su personal evangelio. Él mismo desentraña el sentido de su vida revelando las claves que permiten al lector moverse a través del laberinto narrativo y entender la coherencia estética y alegórica de la obra: «Una ilusión demasiado fuerte había ya prendido en mí y a ella he dedicado mi vida entera. Sobre todas las cosas esta pura y fuerte ilusión estuvo en mí y por ella fui algo y fui mejor. Parecerá que por ella yo viví como fuera de la realidad y cometí algunos errores. Mi vida no fue ya hasta hoy más que como una vida simbólica en peregrinación hacia este nombre: Rosa Krüger».

En realidad, *Rosa Krüger* es en muchos de sus aspectos una moderna novela bizantina. En ella el ímpetu creativo del autor se ha ceñido al modelo de la novela helenística, es decir, al modelo clásico de epopeya amorosa en prosa. Y a esta estructura va incorporando múltiples temas y motivos de la historia de la literatura amorosa, convirtiendo *Rosa Krüger* en una novela de una gran riqueza intertextual, en un sugestivo diálogo con la tradición literaria.

La estructura y el argumento de la novela bizantina o novela amorosa de aventuras responde a un esquema común: conocimiento de los amantes-separación-reencuentro. Dos jóvenes amantes, que desean casarse, encuentran graves obstáculos que se lo impiden y se ven forzados a la separación. Tras un largo viaje salpicado de numerosas aventuras, se produce el reencuentro y la realización de sus anhelos tras comprobar que su amor se ha visto fortalecido a través de tantas pruebas.

El amor espiritualizado como motivo central, el carácter ejemplar de los personajes, la combinación de aventura exterior e interior, la interpolación de múltiples historias y personajes en la trama central y la estructura concatenada son algunos de los rasgos más característicos del género.

Pero el aspecto más destacado y el que unifica los distintos elementos compositivos de este tipo de relatos es la perspectiva simbólica, el significado trascendente de la estructura narrativa y de cada uno de los motivos argumentales. Significado que universaliza y transforma el valor de las diversas aventuras convirtiendo el viaje en una peregrinación de aprendizaje y purificación. Trayectoria de perfeccionamiento que podemos seguir no sólo en los protagonistas sino también a través de la galería de personajes y situaciones de las historias intercaladas. El mismo amor o incluso el marco geográfico recorren esta línea ascendente.

A su vez, la peregrinación se convierte en una alegoría de la vida humana, regida por la providencia y el libre albedrío, que llevada del impulso hacia Dios asciende en su recorrido. Son novelas, por lo tanto, que ofrecen, conforme al propósito trazado de ejemplaridad, una visión cristiana del amor y de la existencia humana.

Rosa Krüger está construida con este mismo andamiaje. Cada uno de los elementos del relato, más allá de su eficacia narrativa, de su capacidad referencial o intertextual propia y de su significado autónomo, ha sido concebido para alcanzar un sentido superior y trascendente, completándose y adquiriendo su pleno significado, al engarzarse en la cadena simbólica de la peregrinación o viaje. De esta manera la peripecia vital y geográfica de Teodoro Castells (además de entretener al lector y de acrecentar el interés retardando y dificultando el desenlace) conforma su personal travesía de perfeccionamiento impulsado por la visión del amor ideal cristiano y presidido por su búsqueda. Cada uno de los lugares, personajes (aleccionadores o decepcionantes) o vicisitudes (físicas o espirituales) supone un aprendizaje y formación necesarios para el logro del ideal. Es el mismo Teodoro, que ha alcanzado ya el entendimiento de su propia vida, el que desvela el sentido de su recorrido reflexionando sobre los momentos cruciales de su historia. Sobre todo, al ser la suya esencialmente una historia de amor, se detiene a analizar las distintas pasiones amorosas que representan los personajes femeninos, a través de los cuales se estructura gran parte del profundo simbolismo de la novela (lo que inevitablemente recuerda las ficciones novelescas de Eugenio d'Ors):

> «Había para mí cuatro grados en las cuatro mujeres que habían dejado impresión en mi vida: Coloma era la invitación trágica y embriagadora a un pecado infame; Ángela era el pecado latente bajo las apariencias de virtud, pero el pecado porque había negación del espíritu en mi entrega a las apariencias, en mi engaño y en su pasión carnal; Persephone era en cierto modo lo

> contrario, bajo la invitación malsana al pecado, bajo la tentación culpable, acababa por ser la renuncia al pecado y el arrepentimiento; Rosa Krüger era la gloriosa plenitud del amor, como virtud, era la carne transfigurada por el espíritu, la criatura corpórea, la rosa humana, a través de cuya contemplación yo veía relacionarse la tierra con el cielo. Lo que el mundo podía tener para mí de divino es lo que se iluminaba con la ilusión, con el amor, con el nombre de Rosa Krüger».

Y es en el encuentro final de Teodoro con Rosa Krüger en Estrasburgo donde se revela y completa el sentido último de la novela: el triunfo de la idea cristiana, universal y europea del amor sobre los mitos paganos. Es la confirmación de un anhelo verdadero, es la victoria del amor cristiano que perfecciona al hombre, encarnado en Rosa Krüger:

> «El amor vale, Teodoro, si para esta vida y para la otra nos hace mejores. Y si no no es un verdadero amor. Si no me hubieras gustado yo no te hubiera nunca dicho que sí. Soy una muchacha cualquiera, una mujer de carne y hueso. Pero aunque me gustaras yo no me hubiera enamorado de ti si no te hubiera oído que por mí, por haberme visto una vez, habías querido ser mejor y habías dejado de pecar».

El hemisferio angélico (La Virgen de la Artiga, Rosa Krüger) vence al diabólico (Pepet, Coloma). Distinción bipolar del universo sobre la que se asienta la estructura de contrastes de la novela: la ilusión poética (Rosa) frente a la atracción carnal despojada de toda espiritualidad elevada (Ángela), la economía subordinada a la moral (Escuela de Girard) frente a la moral subordinada a la economía (Escuela de los Clemente), la religiosidad utilitaria y la caridad mezquina (Ángela) frente a la caridad verdadera (Girard)...

La lucha entre el bien y el mal reaparecerá en el personaje de Persephone, que significativamente lleva el nombre de la diosa que pasaba seis meses en el Olimpo con su madre Deméter y otros seis con su esposo Hades, dios del infierno.

Siguiendo esta distinción bipolar (que expresa las ideas del escritor francés Maurice Barrès, cuyas influencias literarias e ideológicas son evidentes en la novela) no hay lugar para el relativismo religioso de Henry Girard. Sin embargo, este personaje, padre y maestro de Teodoro, tiene una importancia central en el relato. Por un lado, muestra explícitamente la ya conocida admiración del autor por el pensamiento de Charles Maurras, escritor y político nacionalista francés, creador en 1899 del movimiento Action Française. No

obstante su admiración, Sánchez Mazas no compartió nunca con Maurras su adhesión al catolicismo desprovista de fe, que es el mismo error (subsanado en la ficción) que Teodoro ve en Girard. A su vez, a través de Girard, se comprende la actitud de Sánchez Mazas frente al mito, frente al caudal grecolatino. El triunfo sobre el mito está muy lejos de la ruptura. El mito antiguo es el sustrato imprescindible y el antecedente de la civilización occidental (de ahí su presencia y peso en el relato). El mito es superado, en ningún momento negado. Es Venus, la diosa del amor hermoso, convertida en la Virgen María.

Esta evolución o superación puede seguirse en la novela bizantina. Lo que en *Teágenes y Cariclea,* de Heliodoro, modelo clásico y universal del género, eran dioses (Apolo, El Sol, Artemis, Isis, Luna), en *Persiles y Sigismunda,* de Cervantes, por citar el modelo español más conocido (y el más próximo a *Rosa Krüger),* se cristianiza adquiriendo un nuevo sentido; con lo que el término del viaje y peregrinar de los protagonistas pasa de Etiopía a Roma, ciudad donde los héroes contraen matrimonio. De Venus a la Virgen, de Etiopía a Roma, como en la Historia de Peter Krigg de Brandt y Rosa de Maguncia, el relato alegórico que casi al final de la novela Teodoro refiere a Rosa, y en el que sin duda Sánchez Mazas indica al lector la clave genérica y el modelo literario de su obra.

A lo ya expuesto debemos añadir un elemento específico de complejidad, ya que *Rosa Krüger* posee distintos niveles simbólicos y de significación que se van desarrollando a lo largo del relato. Así, en un proceso metafórico plural, el peregrinaje de Teodoro Castells es a su vez un viaje en el tiempo, desde la semioscuridad a la luz, a través de las edades históricas del hombre.

En las notas de trabajo que se conservan, el autor aclara suficientemente cada una de las etapas de este recorrido temporal: era de los monstruos antediluvianos (Pepet), los grandes periplos (tío Felipet), la edad de la técnica (Provenza)...

Lo que interesa subrayar, sin embargo, es que en los distintos niveles, del biográfico al alegórico, del particular al universal, hay un mismo hecho central, que narrativamente manifiesta su importancia en la repetición al principio y al final de la novela (único con una localización temporal exacta: el siete de septiembre, la fiesta de la Natividad de la Virgen María, de 1921): la aparición de Rosa Krüger en el andén de la «gare» de Toulouse, la reconciliación de la tierra con el cielo por la mujer que aplasta a la serpiente. Episodio crucial en la vida de Teodoro, hecho fundamental en la vida del hombre y acontecimiento capital en la historia de la Humanidad. En todos los

casos hay un antes y un después. Y de esta manera, el deslumbramiento, la búsqueda, la fe, el crecimiento, la consecución del ideal, el destino no sólo es el de Teodoro, es también el del género humano.

El periplo del protagonista, además de un viaje en el tiempo, es también un simbólico recorrido europeo (Alto Pirineo de Aneo y Arán, Toulouse, Provenza, Arlés, Extremadura, Roma, Florencia, Bolonia, Venecia, Milán, París, Sicilia, Bayona...) hasta llegar finalmente a Estrasburgo, corazón de Europa. Y en este recorrido, el autor continúa la tradición inaugurada por la narrativa bizantina del barroco español, en la que se da una reacción nacionalista y realista: frente a las zonas desconocidas, los países y regiones incógnitas y el gusto por situaciones exóticas de los modelos helenísticos, España se convierte en lugar de paso obligado de los héroes y la «peregrinatio» pasa a ser básicamente europea (España, Francia, Alemania, Italia). Ahora bien, frente a los modelos españoles, no es Roma la meta final, sino Estrasburgo. Y es evidente que no se puede deslindar la topografía de la novela de su valor simbólico. *Rosa Krüger* es pues una novela abiertamente europeísta donde la capital alsaciana adquiere la categoría de símbolo europeo y católico, exponente de una Europa «fresca y antiquísima», de una cultura y una civilización siempre defendidas por el autor. Y en este viaje hacia el centro de Europa el relato va trazando un mapa con divisiones premodernas. Es decir, no interesa tanto la división en estados nacionales como la división menor en culturas, subrayando los signos fraternos: catalanes, provenzales, alsacianos; hasta llegar al centro de unión de los componentes culturales romances y germánicos, que se combinan en la novela. De hecho, no hay referencias a Carlos V, clásica alusión española de europeísmo, sino a Carlomagno, creador del imperio romano de Occidente, aglutinado bajo una sola creencia: el cristianismo. También es significativo que la novela parta de la denominada Marca Hispánica, región del imperio franco que tenía carácter de territorio avanzado de frontera frente a los musulmanes establecidos en España. Carlomagno fue el artífice de esta región, origen de la futura Cataluña. No es de extrañar que «la del mall de Rotllan» sea la primera historia de la niñez de Teodoro.

Rosa Krüger es una novela cosmopolita en la que el escenario geográfico se amplía frente al localismo de *Pequeñas memorias de Tarín* y de *La vida nueva de Pedrito de Andía*. Es evidente que en ella Rafael Sánchez Mazas se abre al mundo exterior, desprendiéndose de su niñez bilbaína, del claustro materno (las relaciones con su madre se han descrito con frecuencia en términos edípicos), de la geografía vascongada (marco recurrente en su obra narrativa) y del narrador

adolescente (Tarín o Pedrito de Andía), a través del cual trata de recuperar el paraíso perdido de la infancia. Ahora, si bien es verdad que se desprende del entorno bilbaíno, otros lugares de la geografía biográfica del autor vienen a ocupar su lugar. Es el caso de Cataluña y de Extremadura.

Diversos testimonios coinciden en la estrecha relación de Sánchez Mazas con Cataluña, tierra que visitaría con frecuencia desde que, en el verano de 1919, Eduardo Aunós, amigo íntimo y compañero en los Agustinos de El Escorial, le llevara por unas semanas al Valle de Arán, donde escribió *Las Estancias del Monte Pirineo,* dedicadas precisamente a Aunós:

> Bajábamos del aquilino
> condado de Caneján.
> Tantas vueltas tiene el camino
> como pueblos la Vall d'Arán.

Respecto a Extremadura, de donde procedía su familia paterna, constituirá su paisaje de madurez, tal como el de su infancia fue el bilbaíno. Sin embargo, las relaciones de Sánchez Mazas con esta rama familiar parece ser que fueron siempre difíciles, lo que posiblemente influiría a la hora de crear a los personajes de la familia Clemente.

Pero la relación con Extremadura cambiará favorablemente en el momento en el que empiece a pasar largas temporadas en la casona de Coria, propiedad que había pertenecido a los duques de Alba y luego al Doctor Camisón, médico de Alfonso XII y hermanastro del abuelo del autor, y que Sánchez Mazas heredará en 1940 de una tía paterna. Desde entonces esta tierra cobrará importancia en su vida y en su obra.

Siguiendo con la comparación de *Rosa Krüger* y otras novelas del autor, en lo tocante al narrador hay que subrayar que, a pesar de la madurez de Teodoro frente a la menor edad de Tarín y Pedrito, en *Rosa Krüger* se mantiene uno de los rasgos esenciales de la obra narrativa de Sánchez Mazas: el narrador protagonista que relata en primera persona un período de su vida y al cual se adapta el punto de vista y el desarrollo del relato, favoreciendo así el análisis psicológico y el tono confidencial. Aquí las diferencias hay que establecerlas con la novela bizantina, aunque no tajantemente como se verá, tradicionalmente narrada desde la omnisciencia e iniciada *in media res*.

Teodoro Castells refiere desde sus orígenes (como los pícaros) su

propia vida, como algunos de lospersonajes de la novela bizantina contaban su historia y sus diversas peripecias personales al compañero de posada o de viaje: «Teodoro habló y habló conmigo durante aquellas cinco noches hasta el amanecer y me contó la historia de su vida, como antiguamente se usaba. Voy a entresacar del diálogo las cosas que él me dijo, conservando, en lo que yo pueda, la unidad del relato».

Tras este guiño narrativo se instala el «yo» y permanece a lo largo de toda la novela, haciéndonos olvidar al intermediario. Teodoro nos habla ya directamente. Es el «yo» del testimonio individual, el del creyente y el del poeta amoroso.

Y es un «yo» de origen humilde (nueva nota realista) frente a la aristocracia de los protagonistas de la novela bizantina. La nobleza de Teodoro es de otro tipo (recordemos la superposición de modelos y motivos literarios con la que se construye *Rosa Krüger),* es la «gentileza» de los poetas del llamado «dolce stil novo», es la nobleza del espíritu que radica en la virtud individual sin la cual no hay amor. *Al cor gentil ripara sempre amore,* canta Guinizelli, uno de los principales iniciadores del nuevo estilo. Y es el amor a Rosa Krüger, que obra benéficamente, el que, como a Dante, le separa de la fila de los hombres vulgares. De igual manera, la amada, como Beatriz, es la «angélica criatura», un ángel enviado de Dios, una luz, una estrella, que provoca en el hombre el deseo de perfección espiritual.

Además de la notable influencia de Dante (de Sánchez Mazas se decía que sabía más del autor de la *Vita Nuova* —a quien, por cierto, se parecía físicamente— que los propios italianos) y de su concepción de la amada y del amor, otros modelos literarios (Cervantes, Shakespeare, Goethe, Maurice Barres, Eugenio d'Ors...) van sumándose y entrelazándose en el relato, que a su vez está salpicado de múltiples referencias culturales. *Rosa Krüger* es una novela culturalista. Encontramos alusiones, explícitas o implícitas, en los rasgos estructurales de la novela, en muchos de los temas y motivos argumentales, en la expresiones, estilos y voces narrativas, e incluso, conscientes o inconscientes, en la forma de la prosa, de la evocación, de la descripción. Referencias que matizan y enriquecen la caracterización de los distintos personajes, la descripción de situaciones o lugares en los que se desarrolla la acción. Así, el tío Felipet «era como un cuervo maravilloso de los cuentos de Andersen», Pepet «era flaco y desgarbado, con el rostro huesudo y escurrido, la barbilla prominente como los Estuardos y los Austrias», y Coloma, medio dormida, «como una Ariadna abandonada». Y en Provenza, donde Teodoro comienza a hacer un cesto alto, como el humilde

campesino Vicente, cuyo amor por Mireya cantó el escritor provenzal Federico Mistral, el cielo amoroso no es otro que el de Laura del Petrarca.

Todas estas menciones, más allá de ser meramente un rasgo estilístico o un diálogo del autor con su propio acervo cultural, conforman un sistema que colabora con los significados de la novela, construyendo a su vez una línea de recorrido, en el espacio y en el tiempo, un peregrinaje cultural europeo cuya solidez se basa en la tradición clásica occidental.

Todo ello revela la importancia de la intertextualidad en el proceso de construcción de la novela, que exige una recepción lectora competente y atenta para alcanzar el nivel de lectura de máxima significación.

Ante este entramado aparentemente complejo, es preciso subrayar uno de los grandes aciertos de *Rosa Krüger:* la seductora fluidez con la que discurre el relato. *Rosa Krüger* está construida con artificio, pero el resultado es de una gran eficacia narrativa, como cabía esperar de una novela escrita para entretenerse y entretener a los refugiados y en la que el difícil arte de narrar historias tiene un papel protagonista.

El relato, que se mueve entre el realismo y el romanticismo, la sensualidad y el culturalismo, la introspección y la aventura, mantiene en todo momento el interés por la trayectoria del protagonista. Y pese a lo que el lector haya podido suponer tras desentrañar el sentido simbólico, los personajes del relato no son seres transparentes que se agotan en el símbolo sino personajes bien encarnados y en muchos casos inolvidables: el joven Teodoro, dispuesto a vivir su propia novela y cuyo relato hace que su búsqueda no nos resulte ajena; la arisca y sensual Coloma; el tío Felipet, rico de historias y fantasías marinas; Pepet, cargado de arcanos y graves secretos; la terrenal Ángela; el exacto y delicado Girard y su grupo de amigos; y Rosa, tan empeñada en ser real y mostrar sus espinas.

Puede también que el lector esté tentado de suponer que la religiosidad del autor es más cultural y retórica que real. Sea el propio autor el que lo disuada:

A Miguel de Unamuno

XV

Delante de la Cruz, los ojos míos,
quédenseme, Señor, así mirando
y, sin ellos quererlo, estén llorando

porque pecaron mucho y están fríos.

Y estos labios, que dicen mis desvíos,
quédenseme, Señor, así cantando
y, sin ellos quererlo, estén rezando
porque pecaron mucho y son impíos.

Y así, con la mirada en Vos prendida,
y así, con la palabra prisionera,
como la carne a vuestra cruz asida,

quédeseme, Señor, el alma entera,
y así clavada en vuestra cruz mi vida,
Señor, así, cuando queráis, me muera.

Rafael Sánchez Mazas

A todo ello hay que añadir que en *Rosa Krüger* muestra con creces Sánchez Mazas sus dotes de prosista. Su estilo está construido con elementos sencillos. Tampoco se complica en la sintaxis, que resuelve de manera elegante con construcciones suavemente arcaizantes. En todo caso, la complicación viene dada por la tendencia a la extensión arrolladora de la oración y del párrafo, consecuencia de su inclinación a meterse en construcciones no progresivas, en descripciones y comparaciones enumerativas de mucha riqueza. El autor aprecia el detalle («En los números gordos no hay ningún secreto. Todo el secreto, Teodoret, acuérdate bien de esto, está en las fracciones»), deteniéndose en afluentes del curso principal que se desarrollan y cobran vida propia. En realidad, el preciosismo de Sánchez Mazas es más temático que estilístico.

Al igual que en otros relatos del autor, los rasgos lingüísticos tienen una gran importancia en la caracterización de los personajes. Y no sólo como elementos que indican la tierra a la que pertenecen o que subrayan a lo largo del recorrido europeo la hermandad idiomática de las familias de Europa, sino, mucho más allá, en una novela polifónica en la que sobresale la oralidad y en la que se precisan cada una de las voces, tonos o estilos narrativos, el habla es expresión exacta del alma de cada personaje.

De nuevo *Rosa Krüger* muestra la recurrencia. Temas, motivos, recursos o técnicas narrativas aparecen y reaparecen a lo largo de la obra del autor: el tema amoroso, el narrador autodiegético, la combinación de aventura exterior e interior, el detenimiento en el análisis psicológico, la concreta localización geográfica y temporal, el

sentido simbólico bajo la ficción novelesca, son los más destacados. En realidad, no podemos hablar de distintas etapas de su producción que no sean confirmación y consolidación, depuración y afianzamiento de lo ya sentado por su literatura. Sánchez Mazas, ajeno, aunque no por completo, a rupturas y vanguardias, se siente cómodo y satisfecho, tanto temática como estilísticamente, y desde un principio, en el territorio narrativo delimitado por él mismo. Y aunque no hay en Sánchez Mazas un desarrollo suficiente a lo largo de numerosas obras como para enunciar una teoría, sí podemos afirmar que tanto en *Rosa Krüger* como en *La vida nueva de Pedrito de Andía* (de nuevo una historia de amor en la que la consecución del ideal se produce tras el crecimiento y el aprendizaje), el autor se mantiene fiel a una concepción de novela. Aquella en la que, sin olvidar el principal propósito de entretener, se ofrece al lector un modelo de vida a través de personajes ejemplares que narran su propia experiencia del amor cristiano.

Ahora bien, acaso haya que preguntarse, vistos los derroteros de la novela, y sabiendo que la propuesta del autor no supuso un cambio de rumbo literario, si la belleza de *Rosa Krüger* nos atrae por lo que tiene de gesto fuera del tiempo (ya no se escribe ni posiblemente se escribirá así), de gesto desesperadamente romántico por recuperar lo ya ido (y no solo literariamente), por lo que tiene de homenaje, de elegía por el viejo arte de narrar. Juzgue el lector la validez de este empeño, de este poema narrativo que el autor no quiso publicar. Juzgue el lector, en definitiva, la vigencia de su bella melodía.

Mónica Carbajosa

Rosa Krüger
(1936-1937)

(Rosa Krüger *es el borrador de una novela que Rafael escribió durante la guerra, estando refugiado en la embajada de Chile en Madrid, para distraerse y distraer a sus compañeros de cautiverio, que esperaban todas las noches con impaciencia la hora en que venía a leerles los capítulos que iba escribiendo como una novela por entregas. Aquella hora de lectura les hacía olvidar momentáneamente la tragedia que estaba viviendo España.*

Una vez terminada la guerra, Rafael pensó varias veces en rehacer esta novela, pero después de haber publicado en revistas algún capítulo suelto, se olvidó de ella y nunca llevó a cabo su corrección.

En el manuscrito que queda, que es el que publicamos hoy, faltan un capítulo o dos, que probablemente dejaría olvidados en casa de algún amigo al que se los hubiera estado leyendo.

Me he resistido hasta ahora a publicar el texto tal y como está, ya que Rafael no lo hizo en vida, pero ante la perspectiva de su definitiva desaparición y la angustia de pensar que no alcanzarían nunca a ver la luz unos personajes que habían llegado a serme tan familiares, he tomado la decisión de darla al público sin ninguna modificación.

Me hago, pues, totalmente responsable de la presente edición, confiando en que Rafael me perdonaría este atrevimiento.

Liliana Ferlosio
Madrid, febrero, 1984)

I,
CLÍO

[1. La Posada de los Alpes]

En aquel tiempo, fui yo a Italia por la primera vez. A la entrada del Mont-Cenis había tanta nieve, que hubimos de quedarnos en una posada de los Alpes durante cinco días. No pudo pasar el Roma-Express y la compañía nos hizo montar en autobuses que tampoco lograron franquear la montaña.

Ardía en la cocina un gran fuego de troncos de abeto, que avivábamos con ramas de abedul. Una lámpara de bronce italiano, parecida a las de Lucena, iluminaba la mesa de roble con sus cuatro llamas de aceite.

Una mujer había dejado en una copa de cristal la rosa de Niza, que había traído en la cintura con un ramo de tamarindo.

Después de cenar, hacia las once, Teodoro Castells hizo sacar champagne para los dos. Este buen comerciante catalán, compañero mío de viaje, parecía más bien un caballero de la Baja Alemania. Se parecía mucho al autorretrato de Durero que hay en el Prado, vestido a la moda de Venecia. Sus facciones eran regulares y nobles, sus ojos entre grises y azules, su barba corta, rubia, de forma cuadrada. Me atrajeron desde el primer instante su porte natural y distinguido, su elegancia simple y la ágil simpatía de todos sus gestos. Había venido a mi lado casi todo el viaje, primero en tren y luego en autobús, leyendo aquella historia de los Tres Hombres Rojos y el Hijo del Diablo o los Bastardos de Bluthaupt. Vi que, de vez en cuando, al leer, sonreía como si recordara alguna cosa, con aquel folletín cargado de pueriles misterios.

Teodoro habló y habló conmigo durante aquellas cinco noches hasta el amanecer y me contó la historia de su vida, como antiguamente se usaba. Voy a entresacar del diálogo las cosas que él me dijo, conservando, en lo que yo pueda, la unidad del relato.

Cuando acabó de hablar, se agotaron el vino y el aceite, se marchitó la rosa y se apagó el fuego.

Afuera se oían ya los cascabeles de los negros caballos, que piafaban sobre la nieve y las voces y látigos de los postillones. Uno de ellos, silbaba al aire frío una canción de Schubert.

[2. La Val d'Arán y Carlomagno]

—Yo, señor mío —dijo Teodoro— he nacido en el Alto Pirineo de Aneo y Arán y en el Hostal de la Bonaygua, que está arriba, en el puerto, como a dos mil metros de altura. Nuestra familia tuvo aquella posada casi trescientos años. Por allí pasaron un día guardias walonas de Luis XIV cuando el príncipe de Condé vino a dar el asalto a los muros de Lérida con una banda de veinticuatro violines. Pero el país*nostre* viene del cronicón del Carlomagno y de los Doce Pares. Allí como recuerda la canción:

Enllitada en un llit d'herba,
ha obirat, magna i superba,
la gran maga de Rotllan.

La del *mall de Rotllan* ha sido la primera historia de mi niñez.

Después me contaron la de la bruja de Viu de Llevata, la de la dama del Pallars y el plato de truchas, la del pastor que se salvó cuando ya iba a vender el alma al diablo, la de Arnaldo de Sou y la*egua* fiada, la de la filadora de hilo de oro, la del halcón mágico y el caballero endemoniado.

—*Sinyor pare* —decía yo— *mi conte la historia d'aquell galfó.*

—*Teodoret* —decía el *meu pare*— *un falcó se diu, un falcó se diu...*

Me parece que todavía veo y oigo a mi padre, diciéndome esto dentro de mí mismo. Yo he salido a él. Soñaba siempre con su buen Emperador Carlomagno y el tiempo del *reialme*. Cuando andados los años, vinieron a nuestra cocina durante la ofensiva de los mariscales de Francia, desertores de Verdún, de l'Argona y del camino de las Damas, el *meu pare* decía:

—*Tot això non val res i no val res. Aquelles guerres del temps de Carles el Gran, del temps d'Aquis la Gran, aquelles arenguerres. Tot això non val res i no val res.*

[3. El Hostal y la Verge d'Artiga]

El hostal era grande y había sido mayor en otro tiempo. Estaba formado por un edificio largo y antiguo, a trechos de una planta y a trechos de dos con cuadras que de niño se me hacían inmensas, gran cocina y bastantes habitaciones. ¿Cómo vendrían a parar a una de ellas aquella cornucopia de París y aquel reloj de música de Alemania, que tanto influyeron en mi vida? Luego yo quise ir a los países de donde aquellas cosas habían venido.

Teníamos también una capilla medio arruinada de la Verge d'Artiga. En una mayólica del muro se veía su imagen y al pie los *goigs:*

Princessa Immaculada
al vostre emparo acudim.
¡Siau la nostra advocad,
Verge d'Artiga de Lin!

¡Si oyerais la música! Y, perdonadme que os diga de *vos,* es la costumbre del país. ¡Si oyerais vos aquella música! Cuando se cantaba a tres voces, camino del Santuario, que está ya en el camino de Benasque, parecía que toda la humanidad dolorosa subía, por su valle de lágrimas, a pedir consuelo a la Señora.

[4. La familia, los ríos, los animales, los huéspedes de la Bonaygua]

Éramos seis hermanos y una hermana, Coloma. El mayor, Marquillos, bueno, grande y fuerte, salió de cortas luces y *el meu pare,* según consienten las costumbres viejas de la val, hizo *hereu* a Jan Blau. Le llamaban así, Juan el Azul, pues tenía los ojos aún más azules que los míos y le gustaba siempre vestirse de pana turquí, un poco clara y plateada como su mirar. Para el oso, para el *isard,* para el jabalí, para la garza, para el lobo no vi nunca mejor fusil entre Garona y Noguera, los dos ríos aquellos que dice el refrán:

Noguera per Alós,
tot joguinós;
Garona per Aran,
tot rondinant.

Yo era el hijo pequeño y hacía de mozo de mulas en casa de mi padre. Echaba el pienso a las reatas, ayudaba a descargar los *bastos,* llevaba y traía cubos de agua. En las cuadras teníamos tres buenos machos, una

egua fina y dos *cavalls*. Por el hostal pasaban arrieros, algunos cazadores, contrabandistas, cortadores y aserradores de árboles, tratantes en bestias de recría, viajantes, quincalleros y, de tiempo en tiempo, tal cual señor curioso. Cuando cerraban el puerto las nieves, bajábamos a vivir a la casa de Valencia de Aneo, hasta entrada la primavera. Poseíamos allá abajo alguna hacienda de huertos, bordas y pradillos.

[5. Las historias en la cocina]

Se contaban historias junto al fuego y yo me perecía por oírlas. Se me transformaba de noche todo aquello que oía de día en sueños fantásticos y disparatados, llenos de maravilla y de terror. Resultaba que dormido y despierto en todo veía o imaginaba yo relatos fabulosos y aunque a mi padre le gustaban también, creo fuese siempre de otro modo y menos que a mí, pues mientras él aguardaba que viniesen para recrearse en oírlos, yo enloquecía por irlos a vivir y a buscar.

Si oía crujir una viga a las altas horas, si aullaban los perros afuera, si en un rincón, junto al hogar, había un viajero silencioso, si era noche de rayos y llamaban a grandes golpes, si el lobo rondaba el hostal, si llegaba un propio del valle con alguna carta, si sentía quejarse en su alcoba a una mujer joven, yo solía ponerme a esperar, con todo mi ingenuo estupor, que, por fin, delante de mis ojos, empezara una verdadera novela, donde se me podría abrir —¡quién lo dudaba!— el extraordinario e infalible camino de mi vida. Y hasta me quise convencer a mí mismo de que un asnillo muy malo, que mi padre trajo de Esterri, el cual se llamaba Astoret, estaba encantado o era el mismísimo demonio, como el *cavall* o *Comte l'Arnau*.

[6. Los tres narradores]

Teníamos en casa un tío hermano de mi padre, que vino casi de criado. Luego, mi padre se fue haciendo bueno con él; bebían juntos y el tío Felipet no trabajaba. El primer año no se atrevía a hablar apenas. Los mayores le miraban mal y él andaba triste, vergonzoso y huido. Cuando no le hacían trabajar solía pasarse largos ratos mirando y remirando unas viejas, grandes y medio rotas cartas del mar, que eran restos de un atlas inglés. A veces, al arrimo de huéspedes trasnochadores, se quedaba en el escaño hasta las altas horas y se le veía dar vueltas y revueltas a estos mapas a la luz del candil o de la

teiera. Un invierno el tío Felipet estuvo a morir. Mi padre se ablandó y cuando le vio en convalecencia, se puso a beber y a hablar con él como hermano. Entonces el tío Felipet se soltó a contar sus grandes historias y no trabajó más que en hacer algún cesto de mimbre, si quería, o en alguna compostura mecánica.

Los tres grandes amigos que yo tuve en aquella época de mi vida fueron el tío Felipet, Pepet *el porronaire* y Don Rodrigo. ¡Pensar que en algún tiempo estuvieron los tres en nuestra cocina poblándola de historias!

Don Rodrigo llevaba ya dos meses viviendo en la casa. Pepet había subido de la Pobla de Segur y tuvo que quedarse varios días por el temporal y el tío Felipet estaba entonces en lo mejor de lo mejor.

[7. El tío Felipet]

Era este tío Felipet, entre diversas cosas raras, francés y aun marino de guerra francés. Cuando tenía trece o catorce años robó un tarro de miel de las alforjas de un cura joven de Valartias, que criaba la más hermosa miel del valle. Mi abuelo le dio una paliza fenomenal, gritándole que nuestra gente, los Castells, llevábamos trescientos años de ser una familia honrada y tener el hostal sin robar, queriendo perder mejor que hacer pensar que se robaba y poniendo tanto de sopa, tanto de pan, tanto de vino, tanto de carnero, dos truchas a tanto, tanto de cebada, tanto de avena, tanto de dos clavos de herrar a tanto; como os digo, le dio el abuelo Roig tal paliza que le dejó medio muerto y cuando le vio que ya se tenía de pie, le echó de casa con un pan, una bota de vino, otra de aceite, unas alforjas, dos pañuelos, un par de botas viejas y una onza de oro. La abuela le puso en las manos a escondidas un bolsín de seda verde, antiguo, con anillas, donde sonaban algunos medios duros y un par de calcetines blancos, gordos, de abrigo. El tío Felipet se metió en Francia burlando a los gendarmes de Pont-du-Roi, tiró para Toulouse porque siempre oía hablar de Toulouse como de una gran cosa; se juntó por el camino real con unos arrieros y en alguna posada topó con un cierto marino rosellonés, que hablaba de Tolón y de Bonaparte, de fragatas y de cañones, lo cual le bastó para irse a Tolón, sin saber más. Allí se hizo pillete de playa, grumete de patache y de bergantín, gaviero de un velero de alto bordo, el «Trois Maries» y un día, entrando en leva voluntario, marinero en las flotas de guerra de Francia. Se reenganchó y fue marinero de primera, artificiero y llegó a contramaestre. Para los cuarenta años había sido tripulante en todos los tipos de navíos de

guerra y había navegado los sietes mares, de Suez a Panamá, del Tonkín al Dahomey, de Islandia a Terranova, de Madagascar a las Islas de Pomotú, de la Martinica y Haiti al Bósforo de Constantinopla donde precisamente estaba guardando el pañol de pólvora, con el teniente de navío Viand, ¡con el teniente de navío Viand! —¿sabéis lo que quiere decir esto?—, con un hombre que escribía muchas historias de países y se había puesto de nombre Pedro Loti.

Llevaba ya con este Viand, desde los días del «Javelote» del Bidasoa, que era una cáscara de nuez, un cañonero de juguete anclado frente a Hendaya.

Pues ya veis vos, el tío Felipet se escapaba los domingos a bailar a España, al son del tamboril y del silbote, con las mozas de Fuenterrabía, vestido de marinerito francés, luciendo el pompón rojo en la gorra. Pero a peor vida se daba por San Juan de Luz, Biarritz, Bayona y otros pueblos de Francia donde tomó el gusto al ajenjo y al juego. En malhora conoció aquel país. Volvió a él ya maduro, porque le tiraba, a pasar unas vacaciones y a gastarse los luises que se había ganado en el Tonkín jugándose la piel y se casó. *Verge d'Artiga me val!,* con una cascarota de Zibour, con una gitana vasco-francesa, lo último de lo último, una zorra de playa, que había ido a buscar a las garitas a los carabineros guapos de España, a los carabineros andaluces y cartageneros de habla melosa, meñique de uña larga y lunar de pelo. Con aquella Chulotte Baticul —según se llama o la llamaban— se casó el pobre tío Felipet —¡Verge d'Artiga!— un catalán del Alto Pirineo, un montañés de *la Val d'Aran,* un hombre loco por las historias que acababan bien, por las buenas canciones, por los buenos amigos, el buen vino y el corazón en la mano.

El destino de algunos de nuestra casa ha sido el de ir por el mundo de historia en historia, como de rama en rama. El tío Felipet volvió al nido herido de ala, como un cuervo mojado, aterido, con la carne como si fuese vieja de cien años, endurecida en todos los vientos. Luego, he leído yo historias, además de las muchas oídas, y ahora comprendo que el tío Felipet era como un cuervo maravilloso de los cuentos de Andersen, como un cuervo de monte, de tierra adentro, que se metiese a pájaro de mar y fuese posado en las gavias, bajo bonanzas y galernas de todos los cielos.

[8. Pepet «el porronaire», su género y estilo narrativo]

A los quince o dieciséis años, había empezado Pepet el *porronaire* a

venir con su mulo cargado de bolas de cristal envueltas en paja, a los pueblos del valle, subiendo de los pueblos de *pla*. En el hostal se le acogía siempre con mucha fiesta porque era simpático Pepet, no sólo por su natural condición sino por haberse lanzado él sólo, huérfano de padre y madre desde la niñez, a un comercio que exigía fatigas y responsabilidades impropias de su edad.

Empezó primero a vender en comisión y después por su cuenta y tuvo como socios capitalistas a mi padre, al dueño de una serrería de Isil y a otras personalidades del contorno.

Pepet había visto que en las cocinas de montaña se oían con placer historias y que los narradores hallaban buenas caras, algunos tragos de convite y el mejor sitio junto al fuego.

Al principio se limitaba a oír embobado. El tío Felipet antes de soltarse a lanzar públicamente sus grandes relatos del mar, anduvo más de un año contándonos algo a Pepet y a mí por los rincones o a la puerta de la cuadra. Éramos como sus discípulos secretos. Al cabo de esta buena temporada de aprendizaje con él, yo no digo que pensara Pepet ni siquiera descalzar al maestro, pero calculó que podía superar, desde luego, las historias corrientes de los cazadores, pescadores, aserradores y contrabandistas. Empezó a traer a la alta montaña historias del *pla* y aun de Lérida, de Tarragona, de Zaragoza y hasta de Barcelona, Marsella y Toulouse.

Se reveló Pepet con historias tremendas. Refería partos monstruosos de uniones entre perro y mujer, grandes aberraciones sexuales como sodomía y bestialidad pastoril, casos espantables de monjas poseídas y embarazadas por demonios en conventos de Vich, de Urgel, de Jaca o de Figueras, secuestros y emparedamientos de *pubilles* por los herederos presuntos, amores incestuosos entre hermano y hermana o hija y padre, apariciones de fantasmas y ánimas en pena que venían a revelar el secreto del crimen, adulterios recién cometidos con o sin desenlace de duelos a muerte, envenenamientos perpetrados por viejas celosas y ricas en la persona de maridos jóvenes y despreocupados, extremos ya increíbles de pornografía que ilustraban el barrio chino de Barcelona, misterios tenebrosos e intrigas de las logias masónicas y largas retahílas de asesinatos de romance de ciegos, con versiones compuestas por él de procesos conocidos y célebres como el del Huerto del Francés, el de Cecilia Aznar, el de Coll y doña Nieves Hermida, el de Don Nilo, el del Capitán Sánchez y otros así.

Desde el principio se vio que el estilo de Pepet era muy bueno. Empezaba por sugerir que llegaba al hostal cargado con un peso

imponente de secretos graves. Enseguida se revelaba el implacable estilo de Pepet, que, a pesar de todo, era un muchacho bueno como el pan. Según iban perfilándose en su relato los desgarradores infortunios o los casos nefandos de inmoralidad, la alegría de Pepet iba tomando cuerpo hasta llegar a un júbilo delirante, que frisaba ya en lo satánico. En cambio, cuando sus historias iban discurriendo por casualidad rara hacia desenlaces normales, morales y felices, el acento de Pepet declinaba y se desvanecía hasta nublarse en una melancolía nostálgica.

Cuando se fijó y se cuajó este sabio y despiadado estilo dejó turulatas a las gentes y venció, puede decirse, en toda la línea a cuantos narradores celebraba el Alto Pirineo.

Después de oírle a él, ¿quién se atrevía ya a contar un contrabando de caballos, un rayo y un incendio en el monte de hayas, una cacería de osos, un robo en despoblado o una violación de doncella a la vuelta de las fiestas mayores? Hasta el mismo tío Felipet, en el fondo ingenuo y poético narrador de odiseas marinas, se quedaba admirado y aún más que admirado, asustado, estupefacto del alumno que le había salido.

Poco a poco, Pepet fue afirmando su personalidad indiscutible y cualquier cosa que contara era terrible, misteriosa y divina. Hablaba ya de un mundo tenebroso, arcano y embriagador, que él había creado y del que los simples mortales sólo por obra y gracia de él teníamos alguna noticia. Me ha tocado luego tener alguna experiencia de los narradores de fábulas y cuentos. He comprendido que Pepet no era otra cosa sino un embustero patético, desinteresado y fabuloso, que no mentía para lucro propio ni daño ajeno sino por imperiosa necesidad artística y anhelo inconfesado de inmortalidad. Últimamente se había aligerado y agigantado su estilo. Ganaba en novedad y poesía lo que perdía en verosimilitud y crudeza.

Era este Pepet muy alto, flaco y desgarbado, con el rostro huesudo y escurrido, la barbilla prominente como los Estuardos y los Austrias, los labios finos, la nariz descarada, grande y respingona, la piel enrojecida siempre de frío. Tenía ojuelos muy juntos, amarillentos y con manchas, vivos como dos ojos de animal, bajo los cabellos que traía sobre la frente y muy embrollados. «Parece que sales del infierno», le solía decir mi padre. Sacaba una voz amplia y autorizada para su edad, accionaba como un doctor con el dedo tieso en la mano esquelética y hacía silencios muy graves, adelantando la barbilla y cabeceando lentamente como aquel que se dice a sí propio: «¡Qué cosas, Santo Cristo, qué cosas!».

—Vengo —dijo una de las últimas noches que yo le oí— de Lérida y otras poblaciones donde he podido ver y oír a personas muy enteradas. Es asunto, sí, que se quiere tener muy secreto, pero desde hace meses, y aun años, vengo yo descubriéndolo todo, casi desde que yo era pequeño, y así os traigo esta noche mucho que contar. Y ya sabéis a mí cuánto me gusta teneros al corriente de lo que pasa por esos mundos, pero esta vez ando con miedo, porque el caso que voy a referir es gravísimo y siempre es mucha responsabilidad hablar de la honra de la gente, sobre todo para mí, que soy tanconsiderado y respetuoso y, además, un buen cristiano, que se tienta mucho la ropa antes de hablar de religión y cosas de curas.

Molt bé! Los que han estado en Lérida deben haber oído algo de aquel jardín, que está sobre el Segre, y del que se hicieron en tiempos muchos romances. Aquella es una torre antigua que llaman del *cavaller de Nàpols* aunque ese *cavaller* era del mismo Lérida, señor de cuna, de raza de *paers* y más de lo que ahora puedan parecer un Pons y Ruvira, un Muntades, un Raventós Vilaregut y otros que lucen y relucen. No se sabe por qué le pusieron ese nombre de *cavaller de Nàpols* pero se sabe, sí, que era un hombre muy bien vestido ¡caray!, siempre de frac, levitas, buen sombrero de tubo, bastón, la flor a la solapa, guantes blancos, corbatas vistosas, bota de charol, cadena y reloj de oro, anillos muy buenos. Se dejaba una barbeta negra de franchute y bigotes para arriba, en punta. Era tieso, flaco, hacía muchas ceremonias, usaba aguas de olor. Era raro ¡eh!, ¡vaya!, no es por decir, era raro aquél y siempre iba muy solo. Subió en globo una vez, desde el mismo Lérida y cayó sin hacerse daño, tuvo suerte, en Arenys de Mar. Hacía viajes largos y no decía donde iba, aunque se cree que a París y Barcelona. Gastaba, tenía coche, leía muchos libros malos de brujas, demonios, espíritus y cosas así y el *capellà* de su parroquia solía decir: «No me gusta, no me gusta éste». Misas no oía nunca, ni siquiera en la fiesta mayor. Andaba con muchas queridas, gastaba en una noche mil *durets* con las bailarinas de la Rambla y a una casada de Lérida le regaló una pulsera que valía miles y miles. Se llamaba el Lluch y Minguella y de nombre Francesc.

Una vez, vino de viaje con una mujer alta, blanca, roja de pelo, artista del «Liceo» decían, cantante de ópera. ¡Qué mujer, Dios Santo! ¡Qué cintura delgada! ¡Qué ojos grandes como una ternera! ¡Qué rica boca como un clavel fresco! ¡Qué pechos firmes! ¡Qué caderas redondas! ¡Qué curvas del cielo!

Era rara, tan rara como él y en el jardín le llevaba de comer a

hormigas, a escarabajos y alacranes. Lloraba por nada y cantaba, tocando el arpa, a la orilla del estanque, bajo los sauces llorones para entretener a los cisnes. Solía andar con todo el pelo suelto, en tirabuzones, como una niña y hacía mucha caridad por mano de una doncella de confianza pues no podía ver una desgracia. Pero tampoco puso nunca jamás el pie en la iglesia. Un padre jesuita la quiso ver pero ella no le recibió.

Cuando ella desapareció dijeron muchas cosas. Algunos sospechaban que él la había matado con un revólver pequeño, de aire comprimido, como las carabinas de tiro al blanco.

Yo he querido en esto averiguarlo todo, porque me gusta puntualizar los hechos, sustanciar lo ocurrido, saber a qué atenerme y que todos estemos bien seguros del caso.

Habréis de saber que yo tengo un amigo antiguo, muy de fiar, un maestro zapatero, el señor Arnaldet, un hombre pequeño, listo, de gafas muy gordas, leído —¡cuando yo era un *ninet* me hacía tantas fiestas!—, un hombre de bien, que está en un *carrer, al darrera* de la catedral de abajo, en el porche del número siete y es como os digo persona entendida, de juicio, con quien los canónigos hacen mucha conversación porque es hombre que va a los sermones y tiene mucha nariz para teologías, latines y *cosetes* de misa. Estaba éste el otro día leyendo un gran libro con láminas en colores, que se llamaba *La reina de la noche* y cuando yo pasé a saludarle me dijo: «Aquello que solemos hablar siempre nosotros, Pepet, es mucho más que esto».

La mujer del señor Arnaldet, la Roya, era hermana de un *hortolà* que tenía en la torre el *cavaller* aquel, Lluch y Minguella. Pero ella ¡chist!, no quiere contar porque los canónigos y capellanes de la Seu se *arrufen* si se toca este punto y una vez *arrufats* no mandan botas y zapatos a echar palas y medias suelas al señor Arnaldet. Pero el marido es el marido y entre ellos no puede haber secretos. Cuando eran jóvenes ella empezó decirle algo, pero no quería soltarlo todo. Pero luego, después de cenar, él le decía muchas noches: *«Apa,* Roya, cuenta aquello del *cavaller*». Y ella ¡qué remedio tenía! El señor Arnaldet, desde hace un año, me fue poniendo a mí al corriente de todo, cuando volvieron a sospecharse nuevos sucesos en la torre pero con la *prohibició i paraula* de no contar ni tanto así en Lérida y a diez leguas a la redonda.

Así pues, dicen, que aunque él y ella, el *cavaller* y la dama, se querían con locura, no se veían jamás a la luz del sol, ni se encontraban si no era de noche, con todo apagado. Cada uno estaba de una parte del

jardín, ella de la parte de aquí y él de la parte de allá: ella por la fachada principal donde están las rosas y el estanque del surtidor; él por la fachada de atrás donde está el laberinto de bojes y la estatua de la mujer desnuda.

Ella comía arriba, en las habitaciones que dan a la terraza. Y él comía abajo, en la biblioteca.

Sólo en la sombra de la noche se juntaban a gozar su pecado, que era terrible. Ella cantaba a veces arriba con una voz triste, como de ángel, que partía el corazón de oírla y le vieron a él un día que oyéndola cantar lloró.

Andaba aquel hermano de la Roya, aquel buen *hortolà*, que el señor Cucufat se llamaba, siempre todo ojos y todo oídos, tras aquel grandísimo misterio y yo sé que oyó muchas cosas que no pueden contarse.

Y una noche, en la alcoba de abajo, donde ellos se juntaban, que era toda de seda azul y terciopelo negro con flecos de oro, oyó que él le decía a ella:

—Eulalia, amor mío, hermana mía, ya sabes que si una vez sola me ves, te mato.

Y ella le contestó:

—Francesc, Francesc de mi vida, Francesc de mi alma, sólo una vez de niña te vi, la única vez en mi vida. Entraste de noche en mi alcoba, cinco años después, sin saber quién yo era, cuando creías encontrar a otra. Luego nos quisimos con locura, Francesc, hermano mío. Si este destino tan horrible pero tan amoroso nos unió de este modo, ¿por qué me haces sufrir así? ¿Por qué vivo sin verte, luz de mis ojos?

Y él contestó:

—Por verte, hermana Eulalia, media vida daría. Pero si te veo y me ves sucederán terribles desgracias y acaso los dos moriremos.

Eran *germans de pare i mare* y él, dice la Roya, sabía de sacar la suerte mirando a las estrellas con un catalejo muy largo, que tenía en el terrado; sabía de hierbas mágicas para bebedizos, de rayas de manos, de echaduras de cartas, de encantos con agujas y estatuas de cera, de adivinaciones mirando en copas de agua limpia o con clara de huevo, de hacer dar vueltas a las mesas, hablar con espíritus y otras artes aparte del demonio.

Ella, la dama Eulalia, oyéndole decir a él aquellas palabras terribles, resiste y resiste unos días, pero le quita el sueño aquel deseo y la mujer, pues ya se sabe, con mucho resiste y resiste, cuando quiere un gusto, cuando quiere un gusto pues tiene aquel gusto aunque la maten.

Era una noche oscura de mayo, con algunas centellas lejos, como claridades eléctricas, allá por la parte de Tarragona y como el calor era pesado dice que estaban ellos con las ventanas abiertas y, como siempre, con todas las luces apagadas.

Aquel buen *hortolà,* el hermano de la Roya, que se llamaba el señor Cucufat, andaba como siempre por el jardín y se arrimaba a aquella cámara del piso bajo, donde ellos estaban, para oír suspiros, besos y *cosetes aixi* pues, aunque no veía, con eso se contentaba.

Pero aquella noche no oía nada este buen hombre y pensó si dormirían cansados ya. El jardín olía un poco a muerto. Se oía el cuco, así, a lo lejos, de vez en cuando: «cucú...». Y más lejos muchos grillos: «cri... cri... cri... cri...». En el estanque de la hondonada, donde entones había cisnes y carpas, hacían los sapos: «glin glon».

En esto, aquel buen *hortolà* Cucufat, ve entre las persianas una luz, una luz que se mueve y a ella, la dama Eulalia, alta, blanca, hermosísima, con el cabello casi rojo, suelto en bucles, un peinador abierto de encajes sobre la camisa, sujeta con lazos azules, de donde los pechos casi se salían, un collar de brillantes al cuello... ¡Qué cosas vio el honrado Cucufat aquella noche! Ve, amigos míos, que ella, con un candelabro de oro en las manos, va hacia el lecho de él, que está dormido: y ve que le descubre las sábanas de holanda y las colchas de seda y flores y se pone a mirar con amor... Y aseguraba, amigos míos, el señor Cucufat, a quien Dios tenga en su santa gloria, que el cuerpo del *cavaller* aquel se vio desnudo y era *tot daurat, tot daurat*, todo dorado, sin tanto así de vello que casi relucía y era muy hermoso.

Pero, en esto, a la dama Eulalia se le cae — *Mare de Deu! Mare de Deu!* — una gota de cera sobre el cuerpo de él, justo, justo, en tal parte del muslo, y él da un alarido furioso, como una voz del mismo Satanás y se levanta en pie, como un loco, como un demonio del infierno y debajo de la almohada saca una pistola pequeña de nácar y plata y va entonces y mientras ella un instante levanta los brazos y se queda paralizada de terror, le dispara un tiro sin ruido por debajo del pecho izquierdo y ella cae a los pies de la cama sin decir un ¡ay!

El señor Cucufat, que estaba para morir de miedo, vio que unas

sombras negras y unas llamas rojas se movían en los espejos.

A la mañana siguiente, baja el señor Cucufat como siempre temprano y se encuentra al señor Francesc que le dice:

—Cucufat: vamos a llevar a la estatua que hay en medio del *laberint del jardí,* a un cuarto de abajo, que quiero yo lavar ese mármol con un agua que lo dejará blanco como una rosa y pulido como un cristal.

Cucufat entonces le dice que no se podrá los dos solos. Y él que sí se podrá. Y van y podían, como por arte de magia, con la estatua, que pesaba doscientas arrobas y más. La entraron a un salón de espejos que pegaba con el cuarto donde ellos dormían. Don Francesc dijo enseguida a Cucufat: «Sal... sal...».

Dicen que aquel *cavaller de Nàpols,* aquel hombre extraordinario de Satanás, que tenía tantas artes aparte para hacer brujerías y prodigios, se quedó con ventanas y puertas bien cerradas y hasta el anochecer y Cucufat, pegado el oído, estaba fuera, casi no se atrevía a respirar, unas veces el miedo le helaba la sangre, otras veces ardía de curiosidad hasta consumirse por dentro porque sabía que algo grande, espantoso y magnífico iba allí a suceder. Apenas se había puesto el sol, a Cucufat se le pusieron los pelos de punta porque empezó a oír una voz triste como de ángel, que cantaba y cantaba, al son de una música como de órgano. Y dijo Cucufat que a veces tenía que hacerse fuerza y restregarse los ojos para no caer como en sueños. La voz cantaba algo como eso que sabe San Pau el de sorpe, eso: *Oh Mari, oh Mari.* Era una voz del otro mundo.

Cucufat echó a andar hacia Lérida aterrado. No se atrevía ni a dormir en la torre. A poco de hacerse de noche empezó a descargar, en tres o cuatro leguas a la redonda, aquella famosa tormenta que se recuerda siempre y es la mayor que se ha conocido en el campo de Lérida. Se destrozaron muchos huertos, salió el río de madre, hubo muchas inundaciones e incendios, toda la fruta se perdió. Los torrentes de agua y los rayos caían como una venganza del cielo y el señor Cucufat corría por las escaleras de casa de su hermana gritando: «Dios nos asista... Es castigo de Dios... Vamos a morir todos... Rezad a la Virgen y a los santos... Es castigo de Dios».

El agua no subió hasta la torre del *cavaller* que está puesta en un alto, pero un rayo que entró por la chimenea y se estrelló en los sótanos dejó la casa convertida por dentro en cenizas aunque por fuera parecía que ni la hubiese tocado. Y dentro, sólo quedó ilesa, en el salón de espejos, que se volvieron negros, la maldita estatua desnuda de

mármol blanco, que había lavado el caballero. Y allí estaba como una flor, limpia y pulida, pero más que blanca, tenía como un color de carne de mujer y en los cabellos como algunos tonos rojizos. El caballero y el cadáver de la dama Eulalia habían desaparecido.

Murieron aquella noche muchas personas, malparieron muchas mujeres fetos monstruosos, unos cubiertos de pelo, otros de manchas en forma de ojos, otros con cabezas de animal, otros con un cuerno en la frente, otros sin manos, y sin pies como trompos de juego. Se empañaron cientos de espejos, se pararon relojes, se embotaron filos de espadas y cuchillos, se pudrió la carne del matadero, se oyeron grandes alaridos por los aires y luego durante muchos días la luna de color de sangre tuvo cercos de un resplandor verdoso y violeta.

Pasaron meses, un día vino el administrador, Ricard, y trasladaron a su sitio la estatua con seis hombres. Empezaron a hacer obra en la torre y los albañiles dejaron de trabajar porque al caer la tarde oían suspiros. Al fin acabaron. Pasaron años y al señor Cucufat, viejo, le recogió la Roya hasta que murió y así lo fue contando todo antes de morir. Vivía yo entonces en Lérida con mi pobre padre y mi pobre madre, que vendían pajaritos de barro, *ocells* para los *ninets, canteretes,* botijos, *porrons* de juguete y de veras, pitos de vidrio y algo de *cacauets,* almendras, nueces y avellanas y ya oía yo hablar de aquel jardín del *cavaller* con la torre quemada y la estatua desnuda: y lo poco que oía de esta historia no me dejaba dormir muchas noches.

Alguna vez el administrador mandaba a Cucufat por mayo a cortar rosas al jardín, que ya nunca se abría porque la señora de aquel administrador, doña Cristeta, era penitenta y muy amiga del *capellà* don Alfons Peris y Dalmau y quería mandarle *flors i més flors* para el altar de las *filles de Maria.* Cucufat, cuando era muy viejo, confesó a la Roya que cuando iba no podía mirar a la estatua, porque por una parte le daba miedo y por otra parte le enamoraba, le llenaba de malos pensamientos, más que una mujer viva y hermosa.

Molt be! Yo no he querido soltar prenda hasta hoy y llevo meses y meses, como os he dicho, averiguando, porque han vuelto a suceder cosas de un aspecto *molt misteriós, molt misteriós,* y no sabemos cómo acabarán.

Primerament, el guardia civil José Corconte, de la Comandancia de Lérida, ha visto entrar en aquel jardín muchas personas, al atardecer de los sábados, por una puerta verde pequeña, que da al camino del río. Iban en grupos sueltos de dos o tres personas, como tapándose y eran caballeros y señoras casadas, algunas bellas como la Pepita

Ardigó, señoritas y algunos señores curas. Le dijeron al guardia que tenían permiso y tarjeta del administrador Ricard y que la misma doña Cristeta iba porque se trataba de unas reuniones religiosas al aire libre, y el guardia Corconte dijo: «Está bien y está bien».

Pero, antes, un hijo de la Roya y el zapatero Arnaldet, *un xiquet curiós,* más listo que Cardona, *molt maco,* que algo había oído de estas historias, escuchando en casa detrás de la puerta, solía desde hace tiempo saltar las tapias para cazar nidos, coger fresas y frutas que allí hay y también tenía metidos allí un corderito y gallinas que había robado.

Este *xiquet* acabó por contar en casa, hace unos meses, lo que había visto, porque estaba tan asustado que se despertaba por las noches despavorido. Una tarde de sábado, vio a un caballero de sombrero de copa y levita, con una espada, un ramo de olivo y guantes rojos, que estaba en la plazoleta del *laberint*. Este señor, que las pocas personas informadas pensamos ha de ser el mismo *cavaller*, trazó varios signos y círculos en el aire con la espada: al norte, al oriente, al sur y al poniente. Luego se quedó mirando al sol, que ya se ponía y con el ramo hizo otros signos.

Quemó varias hierbas al pie de la estatua y eran, dice el *xiquet*, de olor a botica. Luego dijo palabras terribles en un habla que nadie sabe porque no era latín de la misa, ni *català*, ni *castellà*, ni *francès*. Después empezó a salir de la estatua un perfume suave, suave, como de mujer y dice que el mármol se volvía más sonrosado y los cabellos más rojos, mientras le daba la última luz del sol. El *xiquet*, dice que el olor era como el de las bailarinas del café del parque de Lérida, cuando hay *varietés* en el verano. Y después, dice el *xiquet*, que empezaron a correr lágrimas así, como puños, por la cara de mármol. Y el caballero también lloraba.

Pero todavía pasó mucho más. El caballero se arrodilló ante la estatua y con la boca llegaba a lo alto del pedestal. Cree el *xiquet*, que el caballero besaba aquellos pies desnudos del mármol, que están sobre una concha marina. Luego, el caballero se puso en pie y tocó el pecho de la estatua con una varita negra de virtudes... Pues la estatua empezó entonces a cantar, primero suave, suave, despacio, luego más alto... con aquella voz triste, como un ángel... Y según iba cantando más alto y más alto se soltaba del pedestal y se iba levantando en los aires... Habían salido las estrellas. Y cantaba, cantaba aquel canto triste, alto ya, alto, pero lejísimos... luego fue bajando, bajando, cantaba suavemente y al fin todo quedó en silencio. El *xiquet* huyó.

Pocos días después, el guardia civil José Corconte, vio a las altas horas, cuando vigilaban aquel camino por el atraco al notario de Balaguer, luces en las cámaras aquellas del piso bajo. Yo no tuve duda de que era el *cavaller* que había vuelto; y así estaban las cosas a fines de mayo.

Molt bé! Entonces, un *pare mercedari* , el *Pare* Julio de Monistrol vino muy misteriosamente de Roma y Barcelona y se instaló en el *Palau del Bisbe* y recibía algunas visitas que solía llamar muy tapadamente por medio de los confesores y fueron algunos, la Roya, doña Cristeta, el *xiquet*, la mujer del magistrado Llauradó y otras mujeres. Llamó además a varios sacerdotes. Y yo, hablando con varias personas, que no puedo nombrar, he llegado a saber que el asunto es gravísimo, que preocupa al Papa de Roma, pues se está formando, nada menos, una religión nueva, muy importante y ¡quién sabe cómo acabará!, porque están comprometidos muchos caballeros principales, señoras muy hermosas, viejas ricas, *pubilles* heredadas y hasta dice, *capellàs molt savis* y *canonics* y *dignitats* de la Seu, aunque yo no lo creo esto último.

Y parece que con mucho secreto hay mucha gente importante que está con ellos por toda Cataluña, Aragón y hasta Francia y el extranjero y las Américas.

Creen algunos que se reúnen las noches de los sábados y la estatua, aquella maldita robadora de amor, que a todos les encandila, se vuelve mujer, es decir, la dama Eulalia, o también otros dicen si han encontrado una doncella hechizada, que se llama Madamisela Lucrecia y es la que les sirve para muchas herejías y ceremonias. Ahora estamos averiguando acerca de las sesiones diabólicas y masónicas que allí se celebran porque todo esto es cosa de logias, brujas, magia y herejía con lo que llaman misa negra sobre el cuerpo de la mujer desnuda y cosas que por ahora me prohiben contar hasta que se pongan en claro y estén bien demostradas y comprobadas por testimonios.

[10. Historia del Mercader de Marsella]

¿Inventaba Pepet estas historias? ¿Las sacaba de libros acaso? ¿Poseía alguna fuente oculta? Los últimos relatos que le oí estaban más y más mezclados de temas y motivos que tiempo después, al entrarme afición por la lectura, encontré yo dispersos en letras de molde. El éxito de Pepet era rotundo porque había excitado y removido la malsana curiosidad de su coro de oyentes. Cuando, años después, yo

me fui, el tío Felipet iba quedando desbancado y oscurecido por *Pep el porronaire*.

Ya no nos deslumbraba, como en aquellas noches inolvidables de su primera época, al explicarnos el ciclón esquivado por el canal de las Bahamas; el paso de la barra de Bilbao con el velero «Trois Maries» firme en la noche de naufragios, bajo la galerna de agosto, hasta la última bordada, hasta la última virada de vida o muerte frente a las escolleras; la invernada polar de los exploradores en la Nueva Zembla, en un país de auroras boreales, vacas marinas, cisnes, osos blancos y zorros blancos; el gran viaje de amor de los atunes, truncado por las almadrabas y su rumbo desde el mar de sargazo a los senos azules de Grecia y el mar Negro; la vuelta al mundo a vela en la fragata escuela de los guardias marinas; la remota, legendaria proeza de los vascos, primeros arponeros del mundo, con las descomunales ballenas; los yates blancos, cuyas anclas conocen las escalas secretas de los amoríos y el matrimonio morganático de los eternos príncipes de Gales; el fin desconocido del infortunado La Perouse, perdido allá en los mares de Oceanía, cerca de Vanikoro; la fortuna de Bougainville, entre flores gigantes y perfumadas de Tahití o en las islas felices de Sotavento; la peripecia rara, de gentes antiguas de Dieppe o de Venecia, que acaso arribaron a las Indias Occidentales mucho antes de Colón; los cientos o miles de botellas, que el «Hirondelle», mandado por su Alteza Real el Príncipe de Mónaco, iba sembrando por lo ancho del mar, sobre las olas, para rectificar las cartas de las corrientes; las rutas furtivas de negreros y piratas, las islas a trasmano de corsarios, bucaneros y filibusteros; las costas que los bajeles turcos del Gran Señor corrían para abastecer de odaliscas los serrallos de la Sublime Puerta; el oscuro heroísmo del misionero, solo de por vida con los leprosos hawaianos de Molokai; las proezas ingeniosas y esforzadas del capitán francés entre los reyezuelos negros; los proyectos del ferrocarril por el paso de Bering y del túnel bajo la Mancha, que harían ir a Nueva York y a Londres desde París sin bajar de los trenes; el encuentro de otoño de las lanchas pesqueras de Belle-Isle o de Courcarneu con los bancos fosforescentes de sardina que bajan de los mares del Norte; las entradas por estuarios tropicales de lotos, donde se veía venir a un alto navío sagrado, de marfil y de oro, a un extraño monarca adolescente, sentado en un trono de cristal, vestido de seda violeta, ceñida la pálida frente por una enorme tiara de pedrería; las flotas negras de carbón que uno se cruza por el Báltico —negras las velas y los cascos, negros los hombres— y las flotas blancas del bacalao, blancas de sal y nieve, en Islandia y en Terranova y allí la lucha inveterada entre los ingleses de San Pedro y los franceses de San Juan; las singladuras lentas, accidentadas o felices, por la baja de los

grandes alisios y ciclones, que ciñe de hemisferio a hemisferio las vueltas del mundo y el régimen de los monzones y de los tifones, bajo la Cruz del Sur, a la vista de otras estrellas y donde parece ya otra la rosa de los vientos; el jacinto blanco que una primavera floreció de manera fantástica en las aguas de Saint John's River y no dejó hacerse a la mar a los grandes navíos; los moluscos, que en la carrera de los barcos de hierro, pueden reducir la velocidad de 22 nudos a 15... Así volvían y volvían a volver estos temas del mar siempre iguales, siempre diversos, siempre antiguos y siempre recientes como las mismas olas... Y tampoco podían faltar en la boca inagotable del tío Felipet los recuerdos galantes de mulatas en la Martinica o en Haití, de fumaderos de opio en Saigón y en Cantón, de rubias, pomposas y fáciles comadres de Holanda y Dinamarca, de italianas fatales y lascivas, de noches encantadas del Bósforo o de Río de Janeiro, de rumbas y danzones en la Habana, de farras en kilombos argentinos, de borracheras memorables en tabernas de Liverpool y Rotterdam, de juergas en los cafetines de tablas de Palermo, de Málaga y de Argel, de orgías en los clásicos burdeles bordeleses del retorno a la patria.

En medio del estrépito fenomenal —decía una vez— bailaban los cuatro pilotines con cuatro *filles*, al son del acordeón, ensayaba una giga el comodoro con un papagayo en el hombro, cantaba el cocinero a voz en cuello acompañándose de un plato y una cuchara y ya no se tenía de pie cuando en un silencio de la música cesó la barahúnda y se oyó claramente una voz de niño, que era el grumete, un muchacho sin padres de Saint Pol de León, que en un rincón, dormido, medio en sueños, decía sus oraciones de la noche: *«Je vous salue Marie pleine de grâce...»*. Hubierais visto a todo el lupanar emocionado. Las mujeres querían besarlo. Yo cogí en brazos al chiquillo como una madre, le di un biberón de ginebra y lo eché en una cama bien arropado. ¡Pobre criatura! Se nos murió aquel año de pústula maligna, en aguas de Pondichéry, donde le velábamos, cadáver, un artillero viejo y yo, que, sin querer, recordándome de aquella noche de Burdeos le rezaba así de vez en cuando: *«Je vous salue Marie pleine de grâce...»*. Pero no me podía recordar entera toda el Ave María. Apestaba el cadáver en la noche de fuego. Era un barco pequeño de forma de puro, un torpedero nuevo, el «Audacieux», de 150 toneladas, con veinte hombres de tripulación, armado de cuatro tubos lanzadores, cuatro cañones revólver, seis ametralladoras. Era su primer viaje de altura y le cantábamos siempre la canción, con letras alusivas a la vida de a bordo: *«Il était un petit navire...»*. A la madrugada echamos el cadáver al mar.

Una de las manías del tío Felipet era la de enseñarnos a Pepet y a mí, que no habíamos visto nunca el mar, las características de los barcos

de su tiempo en las flotas de guerra de Francia, que estarían ya, para entonces, desguazados o hundidos.

Aun nos quiso meter en la memoria sus parecidos y diferencias con tipos de navíos de otros países y así nos preguntaba qué relación había entre tal o cual tipo salido de los arsenales franceses y el español «Rigel», el alemán «Irene» o el italiano «Morosini». Pero Pepet no quiso o no consiguió nunca aprenderse ni un solo barco.

—¡Pero hombre Pepet —le solía decir el tío, doliéndose mucho— ni siquiera el «Jean Bart»!

¡Ni siquiera el «Jean Bart»! ¡Estás perdido, *noi!*

Era este famoso «Jean Bart» el barco en que primero había navegado, como marinero de guerra, y le guardaba, más que cariño, idolatría. La cinta de la gorra deshilachada, con los aros del nombre ennegrecidos, la llevó siempre en su cartera de pobre, puesta sobre su corazón, como el rizo de pelo de una novia única, como el recuerdo de un eterno amor.

«Jean Bart», en aquel tiempo —solía decir— no había más que uno, ni después se vio otro. Fue el más hermoso barco de Francia y el más hermoso nombre de Francia porque Jean Bart, había sido en lo antiguo, el primer hombre de mar, de la marina francesa y del mundo.

Aún le oigo preguntarme por enésima vez —¡y nunca se cansaba de escucharlas!— aquellas características famosas del famoso barco, que yo siempre acababa por equivocar en alguna cifra.

—Bien, bien, Teodoret —me decía— ese «Davout» y ese «Lalande» no están mal sabidos. Pero, ¿a que te has olvidado del «Jean Bart»? Vamos a ver, vamos a ver...

—Pues de eslora —decía yo— tenía 107 metros, de manga 13, de puntal 9, desplazaba 4.000... 4.102...

—Arría, arría, sobrino, que vas mal... Así no vamos a ninguna parte: 107 metros de eslora, 13 de manga, 9 de puntal... ¿Crees que con esas cifras te puedes presentar en ningún sitio? Los que no son hombres de mar, los que no han visto un barco, ni un arsenal, ni un dique, ni una sala de galibos en su vida creen que saben mucho en cuanto se saben los metros de las medidas de un navío. Y eso no es saber nada. En los números gordos no hay ningún secreto. Todo el secreto, Teodoret, acuérdate bien de esto, está en las fracciones. Si me dices 107,70 de eslora, 13,28 de manga, 5,60 de puntal, entonces vamos viento en

popa... Y yo te diré, ¿por qué el «Jean Bart», andaba sus 19 nudos mucho mejor que el «Colbert» que era del mismo tipo y no bailaba el rigodón en el golfo de Juan? Pues por esos 28 centímetros de manga, que tenía sobre la manga del «Colbert» y le hacían cuando tenía mar de banda, mucho más marinero. Y así es también en la vida, Teodoret, el número no tiene secretos; todo está en las fracciones, porque vivir, Teodoro, es navegar y el que no navega, pues no vive. Hay que navegar siempre con algo, con el cuerpo, con el corazón, con la imaginación, con la memoria... Y uno se puede emborrachar. También hay que estar borracho de algo para navegar bien, Teodoret, borracho de algo: de vino, de ambición de gloria, de gusto del combate, de ansias de mar y de nuevas escalas, de amor a las mujeres, borracho de algo, Teodoret, pero sin perder el gobierno ni la brújula. Yo los perdí, sobrino, y ya ves... En los metros, ten en cuenta los centímetros, en los grados, los segundos, en las millas, las brazas... Todo está en nada, Teodoret... En un latido del corazón, como en un destello de faro está decidido todo el rumbo de nuestra vida... Ya ves, un destello, otro destello, uno blanco, otro verde... seis segundos y medio de intervalo... Pif... Paf... Y un día de tormenta dices... «Eh, ya estamos en casa. Es el faro de Antibes». O dices: «Ya estamos en Europa... Es el faro de Finisterre».

A través de esos nombres familiares de los navíos —el «Jean Bart», el «Tourville», el «Suffren», el «Dugay-Trouin», el «Davout»— en muchos de los cuales había navegado, fue aprendiendo el tío Felipet, con los ocios largos del mar, los grandes fastos de la marina de Francia, que se prolongaban en las vidas y hazañas de almirantes y capitanes de su tiempo, a cuyas órdenes muchas veces había servido.

Así el repertorio de sus relatos se volvía inagotable como el mismo mar. Daba la impresión de que su larga y desbaratada existencia no había sido vana, porque si en verdad había vuelto al hogar como un náufrago desvalido, con el destino roto, también es verdad que había vuelto rico y extraordinario de memorias, de historias y de fantasías. Y no sólo salían de su boca los múltiples recuerdos de las navegaciones y escalas o las anécdotas del servicio a bordo, sino también, guisadas a su manera, las grandes páginas de la guerra marítima, la noche infausta y memorable de Trafalgar, la proeza de Dugay-Trouin ante Río de Janeiro y el rescate de la ciudad en sacas de cruzados portugueses de oro, o los críticos días de Fachoda en que los marinos de Francia navegaban por el Extremo Oriente, con pliegos sellados, pronto ya el zafarrancho de combate, preparados al primer aviso para abrir el fuego contra los barcos de Su Graciosa Majestad Británica.

Pero sobre las narraciones históricas y geográficas del mar, aún me

llamaban a mí más la atención y me gustaban sobremanera unas cuantas fábulas, cuentos y leyendas que él sabía, donde se hablaba de monstruos, hadas, encantos y sirenas y sucedían unas veces en el Báltico tenebroso poblado de demonios y otras en el azul Mediterráneo con largas peripecias divertidas de encantamiento y amor, otras en los mares de la India y en las costas de Persia o de la Arabia con genios y prodigios como el cuento de Simbad el Marino.

Una noche estaba el tío Felipet de muy buen humor. Don Rodrigo le había convidado y festejado como nunca, dándole muchas bromas cariñosas acerca de su vivir pasado. Junto al fuego, había una gran rueda de gente y en el puerto habían caído las primeras nieves. Parece que se bebía y oía más a gusto y Don Rodrigo le pidió que contase algún cuento alegre, picante y fantástico de aquellos buenos que sabía. Y el tío Felipet entonces dijo así:

[11. Historias de Mi-Georges]

Hace ya mucho tiempo, había en Marsella un armador, Phanon se llamaba, y éste se llevó a casa un sobrino, a quien le decía Mi-Georges, porque de niño fue tan chiquitín, que parecía el pulgarcito. Salió este muchacho muy listo y bastante desarrollado. A los diez años conocía toda suerte de jarcia, velamen y aparejo, toda armadura de obra muerta y viva, el porta, andar calado y tonelaje, manga, eslora y puntal de cualquier navío que se le pusiera a dos millas delante de los ojos y cuanto se pueda saber de la roda al codaste y de la quilla a la perilla. Phanon le tuvo que dejar desde pequeño andar en algunos cabotajes porque si no se le escapaba en cualquier quechemarín de mala muerte. Distinguía tan sólo de ver apuntar los palos en el horizonte, fragatas, goletas, bergantines, urcas, peotas, pailebotes, bricbarcas, *steamers*, balandras y corbetas y sabía decir si venían en carga o en lastre, si eran de líneas regulares o aventureras y de qué bandera o pabellón, departamento, compañía y matrícula, el viaje y cargamento que traerían, si mostraban patente limpia o sucia y si pedirían práctico o no. Si eran de guerra, describía su tipo y armamento, cañones y calibres que montaban por banda, sus castillos, puentes, tajamares, copas y linternas, la insignia que arbolaban y caso de ser extranjeros, el saludo que se les haría. Con una mirada descubría de babor a estribor, de proa a popa, todo lo que ocurría a bordo y todo lo que venía por fuera, a sotavento, a barlovento, por entre las amuras y hasta que la estela se perdía. Trepaba a los penoles, bailaba en las gavias, dormía en las copas, izaba y arriaba todas las

velas, conocía la acción de todos los cabos, sabía soltar a tiempo la escota de foque, cazar y bracear la vela, acuartelar la botavara, meter el timón para virar a tiempo, capear temporales en bordadas ceñidas para no estrellarse contra el acantilado, picar el mayor, el trinquete, el palo de mesana en la intemerata de las grandes galernas, varar, aguantar con las anclas para tener el cabo de salvamento y hacer toda suerte de maniobras con bonanza y viento de bolina, con mar frescachona, con marejadilla, con mar picada, con mar gruesa, con temporal y con ciclón.

Cuando cumplió los quince años no había mejor tripulante que Mi-Georges paseando por la Cannebière. ¡Como que enseguida empezó a salir oficial de guardia, pilotín de punta y ya no tuvieron secretos para él brújula, sextante, cuadrante, compás de longitudes, cartas y tablas de navegar, cuaderno de bitácora, libro de ruta, diario, rol y todos los demás papeles que se han de llevar para navegar decentemente! Se puso a hacer cuartos, a mirar con el catalejo, a tomar alturas desde el puente, a calcular derivas, a medir andaduras y a trazar derrotas, hasta que su tío Phanon le dio a mandar un bergantín.

Bogaba mar avante con él como si toda el agua fuese el dichoso golfo de las Damas, donde navegar es tan fácil que, según se suele decir, manos de mujer podrían tener el gobernalle.

Parece que no hacían servicio regular aquellos barcos de Phanon. En aquel tiempo no había la Star-Line, las Mensajerías Francesas, la Mala Real Inglesa, el Lloyd, la Hamburguesa y otras compañías así. Entonces casi todos los barcos eran como ahora decimos *tramps* o que trampeaban de un puerto a otro, cuando no eran piratas o hacían el comercio de ébano y marfil, negros y chinos. Eran los días grandes y bellos de la mar. Debía ser cuando no había más buques de vapor sino alguno que otro de ruedas. Los barcos de Phanon tomaban, para que lo entendáis bien, un flete, arribaban al puerto de destino, descargaban, esperaban carga para otro puerto, hacían si se terciaba, pacotillas, y cuando la carga era de seda iban por cuenta y riesgo del propio armador, que compraba a los lioneses.

Una vez Mi-Georges zarpó del puerto de Marsella con tal cargamento de rollos de seda cruda que llevaba las escotillas rasando con el mar. Al salir le dijeron que todo el gusano que comía de las moreras del Gran Turco de Constantinopla había muerto aquel año de indigestión o diarrea y no tenían un maldito coco para las filandas ni de dónde sacar una hila para los telares. Y allá va Mi-Georges, pasada la Gran Sirte, cuando le sale un tiempo loco, entre *libeccio*, greco, tramontana, maestral y *scirocco*, que la rosa le daba vueltas. Llega al fin de

arribada forzosa a una península entre olas azules, no sé si en la Morea o en el Golfo de Antalya y entra sin práctico, jugándose la quilla, en una rada muy galante, cavada en rocas plateadas, con aguas limpias y tranquilas como el cristal. Desembarca para presentarse al capitán de puerto y le dicen que vaya a ver a la soberana de aquel país, que es una princesa, virgen aún, joven y muy hermosa. Entra Mi-Georges en un palacio limpio y lujoso como una fragata real del tiempo del Rey Sol, un palacio de mármol, bien baldeado, con todos los metales brillantes, los cañones sin gota de polvo, las escalas con alfombra de gala, las portas relucientes, la pintura oliendo de nueva, los cristales de las cámaras como soles y las torres empavesadas. Entra Mi-Georges en la cámara de la señora princesa, se pone a contar todo el viaje y ella que le oye como atontada. Va cogiendo viento en las velas Mi-Georges y la princesa le convida a comer mano a mano, sin oficiales. Y Mi-Georges, que como buen hombre de mar, sabía de mujeres, estaba ya pronto al abordaje de la bella presa. Pero comió muy educado, sin descubrir sus baterías ni meterse en las aguas de ella, porque teniéndola, creía él, bajo el viento, podía cogerla desprevenida a la maniobra y montarla de popa o enfilarla de banda y pasarla de ojo soltándole antes la andanada de fuego propia del caso, con besos y mordiscos bien centrados y bien cargados de metralla amorosa. En esto le da ella con el postre, que era por cierto frutas en almíbar, un vino gordo como brea con olor a ámbar gris y sabor a droga de Oriente. Trinca él este trago y cuando estaba con el silbo pronto a pitar el abordaje empiezan a nublársele los ojos, siente algo así como que le conducen a una litera perfumada y a la mañana siguiente, alto el sol, amanece en alta mar, atado en la sentina de su propio navío, que han saqueado bandas de piratas de la princesa. Le han matado y herido a varios hombres de la tripulación. Al fin los que han quedado, descubren y desatan a Mi-Georges, echan los muertos a la mar, con una bala a los pies cada uno, y arriban al puerto de Marsella con los ánimos muy desarbolados y haciendo agua por el corazón.

Al año, con una goleta que le da Phanon, incapaz de negarle ya nada, vuelve otra vez cargado de seda Mi-Georges con la proa a Levante, vuelve a pasar de la Gran Sirte y otra vez le coge la rueda de los vientos locos, igual que si la rosa se pusiese a bailar la rebolera y *libeccio, scirocco*, tramontana, greco y maestrale empiezan a dar vueltas a la goleta de Mi-Georges, que andaba ya como jugando con los vientos a la gallina ciega. Y otra vez, de arribada forzosa, llega a la ciudad de la bella princesa. Ya le parecía todo aquello del viaje y del remolino de los vientos cosa de brujería. Pero él, con su traje de gala y su buena gorra de galones entra en la cámara real y otra vez cuenta y

cuenta su aventura. Y ella que otra vez la oye embobada y él que piensa «esta vez no te me escaparás», porque en cuanto ella se descuidara iba él a tirarle con bala roja por debajo de la línea de flotación y con balas trabadas a la arboladura. Estaban a mitad de la cena como dos armadas en corso que se han dado vista y han tocado ya a zafarrancho, cuando ella, la tía lagarta, le sirve muy amorosa un vino fino, pálido, ligero, con un sabor entre de ajenjo y de miel. Y otra vez que se le va el sentido, que le llevan a una litera perfumada y que amanece otra vez en la bodega de su propio navío desvalijado.

Pues queréis creer que al año zarpa de Marsella Mi-Georges, con la fragata grande de su tío cargada de torzal de seda y otra vez hace rumbo a las escalas de Levante y otra vez la tempestad que le hace bailar el rigodón sobre las olas. Atraca al muelle de aquel puerto, tira la plancha y se va derechito al palacio de la señora princesa. Y en un pasadizo cuando iba ya hacia la cámara real le sale una mujer vieja y le dice: «Tengo pena de ti capitancito mío; cuando te dé ella de beber echa los vinos disimuladamente a la alfombra, hazte luego el dormido y cuando ella te lleve a su cama hazla tuya».

Entró, contó su viaje, cenaron como siempre y cuando él olió un vino raro, que esta vez era como agua de rosas y tenía un tufo a ginebra, ¡zas!, se fue dejando caer de la silla y se quedó tendido y dormido sobre la alfombra. Ella llamó a una esclava y él abrió un ojo, que por poco le cogen en un renuncio, y vio que tampoco aquella servidora estaba mala. Pero, en fin, le llevaron a la cama de ella, donde ella tenía que ser un mar de delicias, entre frescas olas de seda, espumas de encaje y puntas de holanda como velas de regata. Allí se quedó él quieto quieto, como un casco recién acabado en astillero de arsenal, pero pronto para la botadura. Y ella se desnudó, hermosa como la sirena del Misisipi, y se puso una camisita rosa, transparente, que no la llegaba a medio muslo y se echó junto a él, a dormir bien tranquila hasta que la avisaran de que la fragata de Mi-Geoges estaba ya desvalijada como de costumbre.

Él, cuando la vio adormecida como una bahía serena, empezó a soltar sus amarras poco a poco, empezó a resbalar como sobre carriles de abeto untados de sebo y de jabón y empezó a entrar de proa y de quilla en aquella bella mar de delicias, cabeceando un poco sobre sus tibias olas redondas, escorándose un poco a babor y otro poco a estribor, partiendo luego bien aquella pleamar de rosas de abril y quedando por último con el tajamar bien derecho, el botalón bien empinado, mar avante, hasta que acabado el impulso y el júbilo de aquel primer estreno se quedaron navío galante y bella mar quietos, felices y serenos como si fueran ya par en uno.

Pero no duró largo tiempo la calma chicha. Porque el navío, muy bien arbolado y masteado, empezaba a sentir que se le hinchaban las velas, levaba anclas, izaba hasta la escandalosa, se crecía con la brisa picante y perfumada, orzaba echándose a babor dulcemente y se largaba a disfrutar de aquella mar de paraíso, de aquel céfiro primaveral de amor, de aquella bonanza de los cielos, que cantaba en las cuerdas, como en arpas eólicas, el epitalamio del embarque para Citerea, el cántico bajo la luna de miel.

Y cuentan que Mi-Georges en aquella noche echó tan bellos y venturosos viajes que la tenía a la mar enamorada, que ella le bailaba el agua en la proa como con saltos de redondos delfines o corderillos blancos de espumas y que se le volvía ya una mar de leche y caramelo.

Al día siguiente por la mañana se casan hechas ya las millas de rúbrica, disparan los veintiún cañonazos, izan el pabellón real y Mi-Georges se hace príncipe de aquel territorio.

Entonces empezó a suceder una segunda parte de la historia algo más conocida y que tengo oído anda puesta en teatro. Mandan correos a Marsella para dar cuenta de las bodas al tío Phanon. Vuelven los correos con cartas que refieren la desdichada situación de Phanon, ido al garete y a quien los acreedores citan ante el tribunal de Marsella. Arma su fragata Mi-Georges, carga un par de cofres de oro para salvar al tío, da muchos besos a la princesa Porcia y largando todo el trapo que puede llega a Marsella después de un crucero muy feliz.

En cuanto salta a tierra corre al tribunal, porque le dicen que el proceso ha empezado. Ante los jueces un acreedor judío afila su daga y muestra un papel firmado por Phanon en el que éste se compromete a dejarse cortar una libra de carne si no paga cien florines de oro para tal día.

Como ha perdido ya dos barcos y con cargazón y el tercer barco de Mi-Georges no volvía, Phanon no ha podido pagar y el plazo ha expirado. Pero Mi-Georges se pone a oír a un joven abogado desconocido, casi adolescente, que defiende a Phanon. Cuando todo parece perdido y el judío afila en el zapato su cuchilla el abogado dice: «Una libra de carne pero ni una gota de sangre. Si viertes una sola irás tú a responder bajo el hacha del verdugo».

Los jueces aprueban, el público aplaude, Phanon queda libre y Mi-Georges entonces reconoce en el abogado a la princesa Porcia, que se le ha adelantado por caminos de tierra adentro, forzando marchas a

galope. Se reúnen todos en banquete, los esposos, Phanon, los jueces y el pueblo. Aquella misma tarde y a favor de la buena marea, zarpa la nave empavesada y se lleva a bordo a los esposos felices y al generoso e inocente Phanon. Así acaba la historia, señores, del mercader de Marsella.

Me entró la afición por la lectura.

[12. El sueño y la ruina del hostal]

Don Rodrigo llegó un mes de agosto y estuvo en el hostal hasta que nos echaron las nieves. Fue una época aciaga de la casa, presagio de grandes infortunios que luego habían de venir, pero fue también el tiempo en que el hostal, amedrentado ya bajo la amenaza del infausto destino, más quería sumirse en los sueños y cargarse de relatos fantásticos, como para olvidar. Nos pasábamos las horas oyendo a Don Rodrigo, al tío Felipet, a Pep cuando venía. Navegábamos como entre ficciones y simulacros, como entre islas de colores luminosos alzadas sobre un mar de sombras. Mi padre, mis hermanos, los huéspedes, todos oíamos como nunca. Bebían bastante don Rodrigo, que convidaba, mi padre, el tío y el *hereu*. También le daban a Pepet para refrescarle la garganta. Había noches en que el piélago aquél por donde navegaba a la deriva nuestro caserón centenario se poblaba de quimeras diabólicas. Todos mirábamos al fuego, a las luces de los candiles, a la negra oscuridad del fondo con ojos espantados y brillantes. Un dulce veneno parecía invadirnos lentamente. Aumentaban al mismo tiempo nuestras deudas, la enfermedad de mi madre, muy débil ya del corazón, el alcoholismo de mi padre, las violencias del *hereu*, la usura de la familia de la *jove* —o sea su mujer — y algunas tendencias impuras o crueles que yo veía en mis hermanos. ¡Cómo solían brillar los dientes de Arnaldo, cuando Pepet refería los crímenes más repugnantes de ensañamiento y de lujuria!

Pocos meses hacía que se había casado *Jan Blau*, nuestro *hereu*, que había sido el ídolo de todos. Fue un matrimonio triste el suyo, de frío interés, y la *jove* no era hermosa ni buena. Sólo nos trajo llantos y desventuras pues su gente empezó por destruir nuestro patrimonio con la usura y acabó por arrebatar el hostal querido a la casa de los Castells, donde había estado más de trescientos años honrado y alegre. Todos veíamos que la fatalidad se cernía sobre nuestro techo. Sólo don Rodrigo parecía despreocupado y alegre, con su raro carácter que nunca se sabía si estaba demasiado dentro o demasiado fuera de las cosas del mundo.

[13. Don Rodrigo]

Tenía el hombre aquel entonces unos veinticuatro años. Vino muerto al hostal, en el último grado de un paludismo que traía de África. Era un cadáver amarillo, que se tenía firme y milagrosamente a caballo cuando llegó. «Va a morir aquí», pensamos todos con espanto. A los quince días se rehizo de modo increíble y mi padre dijo: «Este hombre debe tener un arte aparte». Comía y bebía con enorme apetito y empezó a recorrer, llevándome a mí como guía, cuando a caballo y cuando a pie los pueblos del valle y otros hasta de Francia y Aragón, Gerona arriba y por el camino de Benasque.

Era joven, como os digo, ágil, hablador y hombre a la vez de silencios larguísimos, gastador, capaz de poner patas arriba toda la casa y otras veces de aislarse y despegarse por completo de todo. A pesar de su juventud era como si fuese viejísimo, como si llevase, no sé, casi un siglo, viajando de acá para allá, por oír y ver, rodando historias, gentes, casas y países. Tenía sin duda muchos estudios pero no trajo libros ni se le vio nunca leyendo un papel. Dijo que no quería leer ya más en su vida, que los pocos libros muy buenos que había leído eran bastante y que pensaba quedarse en *la val d'Arán* toda su vida. Creo que lo dijo en serio y que le sacaron a la fuerza. No escribía ni recibía nunca carta. Le llegó sólo una y tuvo que marcharse entonces. Creo yo que sabía mucho Don Rodrigo, sobre todo historias. De cuento en cuento y de canción en canción acababa por explicaros la torre de Babel o la Atlántida. Sacaba él, a veces, unas historias de otras, y era como esas cajas que son muchas en una. Jugaba él como con los secretos del mundo. Si estaba en vena cuando le preguntaban la cosa más sencilla era como uno a quien pidierais un vaso de agua y os diera el fondo del mar con todos sus cetáceos, peces, algas, corales y medusas. Unos días hablaba, por ejemplo, del sol, otros de la luna, otros de las hierbas maravillosas, otros de las estrellas, otros del demonio, otros de los santos y de los ángeles, otros de los toros y de las abejas, pero siempre con relatos extraordinarios, que se remontaban a cosas antiquísimas y jamás oídas.

[14. Historia de los toros]

Subieron una vez de Barcelona y Lérida ingenieros y ayudantes que venían a trazar la carretera de España. El jefe de éstos era un señor de barbas blancas y que en todo parecía mostrar una gran suficiencia pues hablaba de muchas cosas.

Se puso a hacer un discurso contra los toros, como costumbre bárbara y traída a España por africanos. Estábamos alrededor junto al fuego más de veintepersonas. Don Rodrigo le dijo a aquel señor que la cosa no estaba así. Discutieron un poco. Don Rodrigo no era discutidor. Al fin Don Rodrigo dijo más o menos así después de un silencio.

—Es una historia muy antigua que acaso os podrá gustar. Había en los mares de Grecia, antes de que Grecia existiera y sucediese la guerra de Troya, un extraño reino que se llamaba Creta, en la isla que hoy tiene su nombre. Se criaban allí toros muy hermosos, parecidos a los españoles y vinos dorados muy semejantes al jerez y a la manzanilla de Sanlúcar. Era esto más de 3.000 años antes de Jesucristo y antes puede ser del mismísimo diluvio. Tanto es así que allá se cometieron pecados de aquellos que hicieron llover durante cuarenta días y cuarenta noches. Sin embargo, en la Isla de Creta siguió luciendo el sol. Había allí un palacio, el Laberinto se llamaba, con muchos corredores y toriles, con plazas cuadradas de toros y anchas graderías de piedra. Había allí una reina hermosa y perdida de vicios, Pasífae se llamaba, que se enamoró de un famoso toro de lidia. Así empezaron en el mundo, en Creta, en Sodoma, en otras ciudades, las historias de Pepet. Pasífae se hizo construir una vaca de bronce. Se metía dentro de ella desnuda y a través de un ancho orificio, colocándose como una perra, era poseída por el toro. Dio a luz un monstruo: el Minotauro, que tenía cabeza de toro y cuerpo de hombre, a quien, para encerrarlo y que nadie lo viese, Dédalo construyó aquel intrincado laberinto. Todos los años, gentes que dieron origen a los helenos y vivían cerca de Atenas, enviaban a Creta siete doncellas y siete muchachos para satisfacer al Minotauro. Un héroe de esta estirpe, Teseo, avergonzado de tal humillación y vergüenza partió para Creta. Era un buen matador de toros y en las fiestas cretenses, que eran unas famosas corridas, se lució colocando bien las estocadas, que ya entonces, según testimonios que han quedado en mármol, había que colocar en la cruz. Una princesa espectadora, la bella Ariadna, hija del rey, hermanastra del Minotauro, se enamoró, como tantas veces las mujeres de España, del torero Teseo. Tuvieron amores. Él le dijo que quería matar al Minotauro y libertar a los siete mancebos y a las siete doncellas atenienses. Entonces Ariadna le dio el hilo maravilloso. Y Teseo entró, mató al Minotauro de una estocada y libertó a los siete mancebos y a las siete doncellas, que salieron cogidos de la mano, siguiendo aquel hilo tendido que Teseo al volver recogía para no perderse. Tomaron una nave en el puerto, pero antes Teseo había estropeado de noche las quillas y timones de toda la flota cretense para que no le pudieran perseguir. Se hizo a alta mar la nave de Teseo y dicen que hizo su primera escala en la isla de Naxos o en otra, donde Ariadna quedó

abandonada después y donde ante un gran altar de cuernos dedicado a Apolo inventó Teseo la primera danza en cadena, con muchas vueltas y revueltas en alegoría de la liberación del laberinto. Se parecía sin duda a vuestra sardana y era como su primer ensayo, pero se parecía mucha más al aurresco de los vascos españoles del Pirineo, porque si los siete mancebos y las siete doncellas bailaban cogidos de la mano, Teseo bailaba sólo, suelto de ellos, dando grandes saltos y haciendo cabriolas como el aurresculari. Hasta aquí la historia es muy conocida. El señor ingeniero la ha leído en Plutarco. Lo que el señor ingeniero sospecha menos es que en Creta no sólo había corridas de toros, sino también un flamenquismo regado de jerez y de manzanilla. Probablemente ya, o muy poco después, el vaso en que estos vinos dorados se bebían se llamaban ya chato, que viene del griego kýathos. Si no había cante jondo, gitano, egiptano, traído de Egipto, lo cual es bien posible, había de seguro danzas con castañuelas que eran conchas de mar para bailar al puerto en torno al altar sonriente de Venus Anadiomena, señora del mar. De la rueda de crotalistas, hoy conservan, al cabo de cinco mil años, las castañuelas españolas, de negro ébano, una forma de concha marina. Y las mujeres si no llevaban en su tocado mantillas con altas peinetas, llevaban algo de perfil muy parecido. Y lo que es seguro, viendo lasestatuillas desenterradas de aquel país, es que usaban faldas con anchos faralaes, prietos chapines, corpiños ceñidos y escotados, collares de corales, patillas rizadas sobre las mejillas y un ricillo sobre la frente, que, con las castañuelas, componían unos tres mil quinientos años antes de Jesucristo el mismo, el mismísimo arreo de nuestras bailaoras andaluzas. Y después de los toros los toreros y sus amigos íbanse de juerga con estas mujeres. Era un país sensual y trágico como la Andalucía. A sus plazas de toros los cretenses llevaron cazas cómicas probablemente de otros animales, charlotadas con toreros cubiertos de máscaras horribles y grotescas, que fueron convirtiéndose en pantomimas. Este fue uno de los principios del teatro; pero lo que es más seguro, señor ingeniero, es que de aquella remota plaza de toros cretense salieron la gradería y la cávea del primer teatro griego, cuyo ciclo se cierra al fin cuando el teatro clásico acaba muerto de vejez en el anfiteatro romano, que es como un retorno a la milenaria infancia cretense, una vuelta a las corridas de toros donde era picador Julio César y un retorno a las caras grotescas y a las pantomimas de gran aparato. Pero las corridas de toros, que eran en Creta fiestas sacras y rituales, empezaron a difundirse hacia Occidente, a favor del culto de Mitra y del culto de Cibeles, de esa misma Cibeles madrileña que parece ir a los toros con mantilla en una manuela de mármol. Y así los toros llegaron hasta Portugal no a través de pueblos africanos y bárbaros sino precisamente a través de los más civilizados, o sea de los

griegos, de los romanos, de los galosnarbonenses, de los aquitanos, de los hispano-latinos, de los lusitanos. De Creta he descubierto que pasó por de pronto a Taormina, en Sicilia, porque Taormina es Tauromenion, una ciudad del toro. Y así, de ciudad en ciudad del toro, llegó un día la remota fiesta de toros a las puertas de los Pirineos de España. Fue por ejemplo a Treviso, que es Taruisium, Taurisium, fue a Turín, que tiene todavía hoy en su escudo una cabeza de toro, porque ella fue la augusta Taurinorum de los romanos. Se sabe, señor ingeniero, que los tauróbolos, los toreros originarios, bailaban después de matar al animal una danza de espadas, chocando las espadas al compás de una música, dando vueltas en torno a la res muerta y golpeándola. Debió costarle mucho a la primitiva corrida de toros pasar los Altos Alpes del San Bernardo. Pero reanduvieron el camino de Aníbal, se metieron en los Alpes de Briançon y por aquellas alturas, en nombres como *le Boeuf Rouge, le Boeuf Noire* o *le Boeuf Blanc*, que aún se conservan, ya dejaron un rastro de su paso. Eso no os bastará, señor ingeniero. Pero si vais a Briançon el día del solsticio de verano, veréis que cerca del puente de la Durance se juntan muchos carros de doncellas coronadas de flores y los mozos bailan una danza de espadas. ¿Es una danza de antiguos toreros? Sí. Podéis ir a otro barrio de Briançon donde ese mismo día se mata una res y se reparte la comida entre pobres. Es el complemento del antiguo rito, que comprendía la muerte del toro, la danza y el reparto de la carne y bebida de la sangre, que algunos han tomado por un antecedente de la Eucaristía. Cuando los toros hubieron forzado esta alta barrera de los Alpes, lo demás fue ya camino mucho más hacedero. Bajaron por el valle de la Durance a las tierras de sol de Provenza donde han dejado, por una parte, la tradición de esos juegos que hacen los provenzales con los toros y por otra parte, el cimiento antiquísimo de esa afición o de ese culto, que de Nîmes a Montpellier, Provenza y Rosellón mantienen por los toros de España. De allá se corrieron a país Aquitano, se hicieron dedicar en su honor, como Turín a la puerta de los Alpes, la ciudad de Tarbes, que es Tauris, como la Tauride del Mar Negro, a las puertas del Pirineo vascongado. Y así como dejaron en el valle alpino de Briançon una danza de espadas —en el fondo la misma danza de los tauróbolos— dejaron la espatadanza en los valles vascongados del Pirineo, con la particularidad de que allí suelen sacar, para golpearlo con las espadas, un pellejo hinchado de viento, que es una alegoría del primitivo toro. De Vizcaya se extendió la fiesta del toro por Castilla y en su honor se fundaron Toro o Aldea del Toro, que son de los pueblos más antiguos de España. Y en un tiempo por toda Castilla y La Mancha hubo bailes de espada y cascabel menudo, que se llamaban, y que se bailan, sin ir más lejos, en las bodas de Camacho. Bajaron por fin a Andalucía donde los pastos crearon un toro de lidia,

excepcional de poder, de inteligencia, de belleza y de ímpetu, y eso trajo un mayor virtuosismo en el arte taurino, que se encontró ya al cabo de siglos de peregrinación con el estilo refinado de los árabes en los juegos físicos. Andalucía no es el origen sino el fin, la perfección, el apogeo de los toros, después de su odisea por todo el Mediodía de Europa. No hallará usted en libros lo mejor de esta historia, señor ingeniero, porque yo no la pienso escribir, pero yo la he sacado así, para contarla, de mis viajes y mis divagaciones.

Cuando él cogía algo que contaban Pep o el tío Felipet o *el meu pare*, o a veces un leñador o un cazador, me dejaba embobado al ver cómo iba sacándoles punta y significación a todas las partes del cuento. Cuando le oía me parecía que todas las cosas de este mundo tenían un sentido escondido y maravilloso. No desdeñaba él hablar conmigo cuando íbamos horas y horas a pie o a caballo, muy mano a mano y como si yo fuese su mejor compañero.

[15. Las dos aguas y las dos piedras]

Parece que empezó a tomar mucho cariño e interés por mí el primer día que salimos de viaje a caballo para ir a dormir a las Bordas. Íbamos hablando, según bajábamos el puerto, de por qué se habría curado tan bien y de una manera que había parecido a todos cosa increíble por lo total y rapidísima, pues como os he dicho, vino con el pie en la sepultura.

Él explicó muy detalladamente que no le habían curado los médicos ni las medicinas, pues ni tratamiento ni remedios le habían hecho el efecto más mínimo sino más bien daño. De los cuidados no había ni que hablar, pues en su casa había tenido muchos y todos resultaron inútiles. Luego dijo que tampoco podía ser por el aire ni por influencia de personas, y sobre una y otra cosa hizo grandes razonamientos. Me contó cómo algunos curaban por imposición de las manos, y cómo esto podía ser unas veces milagro y otras no. Añadió que en España no había ni de estos ni otras personas que supieran influir en la salud con parecidos sistemas. Recuerdo que me contó cómo uno, en no sé que ciudad, se había reducido una hernia del tamaño de una pelota poniéndose las manos él mismo. Pero me confesó que él no tenía virtud en las manos ni para descubrir una fuente con la varita de los zahoríes, que era lo más fácil del mundo. Al fin, me dio a entender que no habiéndose curado por ningún medio natural tenía que ser por alguno sobrenatural y probablemente por milagro de alguna virgen de su país.

Yo me atreví a decirle que las gentes instruidas que salían de la universidad como sabios y boticarios no solían creer en milagros. Don Rodrigo me dijo que él no conocía a nadie más que a sí mismo que creyese en milagros a pies juntillas y desde luego con mucha más fe de lo que dicen creer en ellos las gentes cristianas y devotas.

Yo le repuse que creía que se había curado más bien por la virtud del agua. Le añadí que por casualidad había acertado con el manantial que le convenía y que sin duda era el del alto de la Bonaygua, pero que si se hubiese equivocado y hubiese bebido por ejemplo el agua de Sorpe o de Sou, magníficas para otras dolencias o para otras personas, se habría muerto sin remedio. Esto que le dije pareció interesarle extraordinariamente y me repuso que no había pensado nunca en ello pero que muy bien podría ser que hubiese ciertamente un agua para cada temperamento y complexión. Podría ser que la de la Bonaygua fuese la suya y el instinto —añadía— no le engañaba en eso pues desde que llegó había pensado quedarse en el hostal varios años o quizá toda la vida. Íbamos a dejar ya el arroyo de la Bonaygua cuando yo bajé del caballo y cogí una piedra que estaba dentro de la corriente. Era una pedrezuela verde y corroída, casi agujereada. A un cuarto de legua de allá vadeamos otros arroyos. Volvía a bajar del caballo y cogía otra pedrezuela gris cubierta de una grasa gorda como todas las que en aquellas aguas están. Invité a bajar a don Rodrigo y con una hachuela que llevábamos partimos las dos piedras que por dentro eran blancas e iguales. Y yo le dije a Don Rodrigo:

—Vea, señor, que las dos piedras son por dentro iguales. Y si un agua de éstas corroe una piedra y otra agua de éstas cubre de grasa la misma piedra, ¿qué no harían con sus entrañas e interiores? La primera agua ha matado y ha disuelto su mal. La segunda lo habría engordado y engrasado hasta que le matara. Esta es la verdad, Don Rodrigo.

—Teodoret —dijo él—, tú tienes razón. Eres un hombre con ojos en la cara y tener ojos en la cara es cosa que se encuentra en muy poca gente. Ahora que nos maten en las bordas el mejor pollo, que nos frían truchas del Jueu, que nos hagan tortillas al ron, que nos saquen buenas *ratasías* y que la moza tenga lindos ojos.

Así me gané yo la estimación de Don Rodrigo para toda la vida.

[16. La sombra del pecado]

Ya sabéis lo que dice un antiguo proverbio: «Lo que no se cuenta al amigo más íntimo se cuenta al compañero de posada que se encuentra en un viaje».

Aquellos días en que el hostal parecía olvidarse de sí mismo y quedar en suspenso sobre la realidad de las cosas, como si estuviese hinchado de sueños y de fábulas, eran días aciagos.

Había allí algo oscuro, aparte del infortunio que se cernía ya sobre nosotros, algo como un pecado. En verdad era un pecado. Y yo huí de él aunque me costaba desprenderme del mundo de mis sueños. Fui en pos de otros sueños o llevé mis sueños conmigo. Estaba yo muy pegado al mundo fantástico de mi casa pero también muy poseído del sueño fantástico del mundo, de sus ciudades, de sus mares, de sus mujeres, de sus guerras, de sus viajes, de sus misterios y de sus magias. Cuando veía aquella desencolada cornucopia de Francia, aquel roto y parado reloj de Alemania, con sus dos bailarines de movimiento, olvidados quizá por algún remoto viajero, yo pensaba cómo habían venido hasta el valle por las largas diligencias de antaño, cómo habían subido el puerto, dentro de un gran cofre de cuero con clavos dorados, bamboleándose a lomos del macho. Me salvó el reandar el itinerario que estas cosas habían hecho, el reandar como un antiguo sueño su camino y luego veréis hasta dónde me condujo. Una vez estábamos en el cuarto principal donde estos dos objetos estaban, Pep y yo. Y él tenía una revista de Barcelona con mujeres desnudas y me dijo: «Esto es lo mío, lo que yo tengo dentro del alma, este es mi mundo». Y yo le dije: «Yo también quiero tener mujeres desnudas, pero, no sé, quisiera encontrarlas en el mundo de donde han venido ese reloj y ese espejo dorado. Mi mundo es esto. A veces vengo a mirar estas cosas, a tocarlas, y me estoy a lo mejor una hora».

Veía yo muy pocas mujeres. Casi toda la clientela del hostal era de hombres. Pasaban algunas mujeres de poblachos que había en los andurriales vecinos.

[17. La cazadora de Hungría]

Una vez vino de Francia con varios señores una hermosa cazadora vestida de hombre. Era rubia dorada, mimbreña, tostada de sol. Estuvieron en el hostal tres días. Esta cazadora era húngara. Os debo decir que todos los tabiques del hostal estaban compuestos de planchas de abeto no muy bien desbastadas. Yo la acechaba en vano. La mañana del segundo día miré hacia las once desde el cuarto de al

lado que estaba oscuro. En su cuarto lleno de sol estaba la hermosa cazadora desnuda junto a la ventana, tocando suavemente una guitarra de madera dorada como su piel, entonando una canción en extraña lengua con una voz de oro. Me quedé deslumbrado, desvanecido como si me hubiera caído en los ojos un río de oro líquido y cegador. Me apoyé en el suelo con las manos apretadas sobre el corazón. Y no conté nada de esto a Pep.

A la mañana siguiente que era la última volví de puntillas. En el cuarto oscuro había alguien. Por la respiración conocí al tío Felipet. Volví más tarde. Había alguien aún. Era Coloma. Acechábamos probablemente a la rara criatura todas las gentes de la casa.

[18. La obsesión carnal]

Os he dicho que, por mi situación, veía yo muy pocas mujeres. En sueños veía demasiadas. Y mi vida iba componiéndose cada vez más de un mundo fabuloso de sueños e historias de países. Y veía lo mismo mujeres en mi sueño de la Habana o del Bósforo o de Lérida o de Toulouse. Como os he dicho, algunas historias de Pep me hicieron mucho daño. Y por eso creo que empecé a soñar con mi hermana Coloma. Sin duda era una de las mujeres más hermosas que yo había visto.

[19. Piropos de montaña]

Los pescadores le decían: «Eres como la trucha que salta las peñas río arriba, eres como la anguila astuta, que muerde el cebo sin caer». El cazador le decía: «Eres como la cabra montesa: cuando se te sigue muy arriba das vértigo, cuando se te sigue más arriba puedes dar la muerte».

Una vez vinieron dos seminaristas de Urgel a vacaciones, que eran de familias del Canejan. Y uno, sonriendo, le dijo al otro, mirando a Coloma: *«Nigra sum sed fermosa, filiae Jerusalem...»*. «¿Qué dice? ¿qué dice?», preguntó Coloma. Y uno de ellos respondió muy pío: Es algo que se reza a la Virgen María y dice: «Morena soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén». Un cortador de haya le decía: «¿Quién puso tus iniciales en el haya más alta del Pirineo?». Y otro vino y dijo: «Hemos cortado allí mil hayas pero hemos dejado la tuya, Coloma, porque eres la flor de la montaña». Era una anguila preciosa, una cabra montesa de

caprichos, un haya derecha, una garza real de vuelo alto, una paloma arisca, Coloma.

[20. Amor incestuoso. Belleza de Coloma]

Empecé a tenerla entre sueños y me despertaba turbado de vergüenza y delicia. Esto es lo que yo no he dicho nunca de nadie. Estaba enamorado de mi hermana Coloma. Era bronce vivo y palpitante, trigo moreno, llama y sombra. Tenía una cabeza viva y pequeña de perfil muy puro, los ojos grandes, negros y separados, el cuello largo, los pechos pequeños, el vientre de muchacho, la cadera más ancha y redonda de lo que vestida parecía, el pie y la mano escuetos y tostados, los tobillos de jaca fina, los muslos largos maravillosamente fuselados y la más ágil y bonita pierna del Pirineo.

[21. Coloma y Don Rodrigo]

Un mediodía estaba sirviendo a Don Rodrigo con las lágrimas en los ojos:

—¿Por qué lloras Coloma? —dijo él.

Coloma tenía cosas extrañas y contestó:

—Porque le sirven mal y yo no quiero estar aquí.

—Al contrario Coloma —dijo él— me sirven como nunca me han servido.

—Todo está mal en esta casa —dijo Coloma, ya rabiosa, tragándose las lágrimas.

Inclinó la cabeza Don Rodrigo mirando al mantel y dijo suavemente muy despacio:

—Pero tú...

Coloma se puso colorada, se secó las lágrimas con la punta del delantal y se fue corriendo hacia la puerta, donde se volvió un instante rápida con una sonrisa de miel.

[22. Celos y horror]

Empecé a pensar que algo había entre Coloma y Don Rodrigo. Sentía más pena que ira y hasta como un vago consuelo. Me sentía como liberado de un peso. Si Coloma se hubiese enamorado de mí, ¡qué espanto! Todas las malditas historias de Pep me asaltaban, me ahogaban, me echaban sus garras al cuello con su mezcla de voluptuosidad embriagadora y pánico terror.

[23. Don Rodrigo montado para la partida]

Un día montó Don Rodrigo la *egua* de Tarbes, alazana, para que la trajese de vuelta Marquillos, que estaba en San Per d'Escaló. Dijo mi padre que la *egua* no era lo mejor monte abajo, que llevase la mula del Ampurdán. Había mandado el equipaje por delante con Tono, el arriero, pero la *egua* iba de todos modos cargada. Don Rodrigo se entercó un poco y no quisimos quitarle aquel gusto. Ya estaba montado Don Rodrigo y nos había dicho adiós.

[24. La caricia a la «egua» de Tarbes]

Iba ya a echar a andar la Ninetta cuando Coloma se salió del grupo en que estaba con nosotros, haciendo aquel paso suyo de cierva encelada, que no parecía poner el pie en el suelo. Su brazo derecho enlazó suavemente, con una soñadora ternura, el cuello de Ninetta mientras su mano izquierda iba acariciándole las crines, en un largo gesto de melancólica gracia, hasta que al fin, acercándose más y más, su linda mejilla fue también resbalando en larga y estrechada caricia por el cuello del animal. Del corazón de aquella criatura cruda y arisca, había salido este movimiento transido de infinita dulzura. Se interrumpió a sí propia Coloma y se alzó con los ojos velados de lágrimas mirando vagamente a los aires con una inconsciente tristeza de animal noble y dejadez desolada de quien acaba de hacer un enorme y delicado esfuerzo.

Entonces comprendí todo el carácter de Coloma. Era de aquellas mujeres capaces de contener un amor y de destrozarse por dentro en un amor, sin revelarse en una sola palabra ni insinuarse en un solo signo hasta el último instante, aquel en que el caballero está montado para la partida.

[25. Resolución de huir del pecado]

Aquel día fue largo y amargo para mí. Sentía que el corazón oprimido me maduraba para nuevo latido y nuevo rumbo en un silencio donde me parecía oír el tiempo mismo nuevo que veía. Anochecido ya, con un hatillo, algunos duros reunidos de propinas y el regalo de dinero que Don Rodrigo me había hecho, tiré para Francia.

[26. Adioses al monte Pirineo]

¡Adiós *pare i mare!* ¡Adiós hostal de la Bonaygua, noches ricas de historias y de fantasías, noches envenenadas de dulces sueños! ¡Adiós arroyo mío, monte mío, adiós a ti en lo alto ermita de la Virgen de Saros, adiós allá a lo lejos, ermita de la Verge de l'Artiga! ¡Adiós mi Val d'Arán, mi Garona de España! ¡Adiós tío Felipet, adiós Pepet, adiós a todo aquello a que no he dicho adiós que ya me voy allí donde nadie me espera, por el ancho mundo! ¡Adiós haya alta del Biciberri, adiós última haya solitaria del hayedo talado, donde yo había puesto el secreto de dos ces grandes y gemelas a los lados de un grande y traspasado corazón! ¡Adiós tú, Monte mío Pirineo, adiós tú, donde dejo una casa como un bajel perdido y anegado de sueños y una vida entera!

[27. El sueño en la frontera]

Y al día siguiente en la flaca manta, dormí al raso junto a la línea de toneles que cerraba el paso de Pont-du-Roy, al pie de una roca, en un pradillo de hierba verde, con el cuerpo pegado por última vez a la tierra nativa, con la mejilla pegada a aquella tierra por última vez y empapada de lágrimas en la larga caricia como la mejilla de Coloma con la piel de la *egua* de Don Rodrigo.

[28. Trabajadores y agentes de trabajo en Pont-du-Roy]

Roja, blanca y azul: la bandera de la República Francesa ondea al viento nuevo del armisticio sobre la línea de toneles vacíos que cierra el paso estrecho de Pont-du-Roy. Un agente de trabajo, que hace contrabando de humanidad española como se puede hacer contrabando de bestias, me ha hecho ya los papeles verdaderos o

falsos para pasar. Cerca de mí duermen, en mantas mejores que las mías, dos hombres de Murcia y uno de Extremadura. El de Extremadura despierta y rompe a hablar conmigo como si me conociera de siempre.

—La mi costilla, la mi hija y la mi señora ama que no y que no... Hasta que yo vendí la burra y hala... Pa'París de Francia... Me tenían to'el día subil y bajal, subil y bajal, dale pa'acá, dale p'allá yo iciendo qu'hi de vel mundo, qu'hi de vel mundo, que ya estoy mu'aborrecío, mu'aborrecío de pueblecinos y de pijoterías. Y l'ama avara así, así... El amo era mu parcial, mu liberal, mu fanfarrón... Por mentiroso le gustaba yo. Anda Almendrilla, me icía, toma un cigarro, cuéntame una mentira...

Yo no le entendía casi nada... Luego yo me casé una vez en Mérida y caí más o menos en lo que me había querido decir. Con el mal castellano que yo sabía, aunque algo había progresado con Don Rodrigo, le pregunté a dónde nos llevarían.

—Primero a Tolosa de Francia —dijo— luego al París mismo de Francia a la fábrica de abuses. Entavía s'han d'hacer muchismos pero que muchismos abuses. Mira es fácil. Ponen unos bujeros y tu con un cacito, hala, a hacel abuses. Es fácil. Pero en Francia no hay personal. Por la noche cuando no te toca, te lavas, te pones majo, con una rosa en el sombrero si hace al caso, como de domingo y te vas a bailar con las mozas de los Momartres, los burdeles que tienen p'allá. Cosa fina. Yo toavía estoy güeno pa'cuarenta y siete. Si yo te diría... Va galán, que llaman...

Eran las cinco y media de la mañana.

[29. La ilusión del mundo. Lo fantástico universal]

Pasamos siete días de espera en un pueblo de cuyo nombre ni me acuerdo ni me quiero acordar. Una esperanza, una alegría, una ilusión desconocida me invadieron al pasar la frontera. Mío era el mundo. Por estos caminos vinieron, en las largas diligencias de antaño, el espejo dorado aquél y el reloj de Alemania. Me sentía como mágicamente desprendido de una pesadilla fabulosa. El corazón se sentía fresco y ligero, como aquellas fragatas con viento de bolina, bogando al alba fresca del estío un mar azul, en un aire cada vez más diáfano. De hora en hora me iba salvando del ayer embriagador y sombrío que se había ido formando en mi alma. La imagen de bronce palpitante entre

llamas vivas de Coloma y las historias atroces de Pepet desaparecían como sombras con el amanecer. El cantar de los gallos, el ruido de las fuentes y de los carros matinales me parecían nuevos, nunca oídos. Era yo una página nítida, blanca, inmaculada para que un destino claro y novel escribiese la primera palabra. Se abrían a mis ojos claros cielos de primavera, largos días de tierra y de mar sonrientes, con viajes felices como los más bellos que pudiera contar el tío Felipet, con nubes grandes, blancas en el cielo azul, que hacían sobre la llanura de caminos alegres, de pueblos blancos, de carricoches joviales, anchas sombras azules, que se movían lentamente. Por allí estaban, Rhin y Danubio, Sena y Loira de las historias del buen Emperador Carlomagno, ríos divinos, anchos, con altas mieses a los lados, grandes navíos y colinas con castillos feudales. La imaginación me galopaba, corría hacia un entero mundo de nuevas historias, como un corcel de fiesta y de torneo.

[30. Desengaño. La esclavitud extranjera]

Después de cinco días de mortal, de agotadora espera en las barracas de tabla del maldito pueblo, llegamos en un tren de ganado a Toulouse, hambrientos, vejados, despojados, sucios, enfermos ya de tedio y de fatiga física y moral. Empezamos a tener la sensación de habernos metido en un infierno donde nadie nos tendería una sola mano, donde seríamos tratados pura y simplemente como esclavos. No tendríamos ni siquiera derecho a morir en un hospital. Nuestro poco dinero español nos había sido cambiado en unos puñados irrisorios de bonos de consumo. Aparte de las cantidades desembolsadas para trámites y adquisición de una llamada «carta de trabajo para extranjeros-Tasa: Armamentos». Es decir que no podíamos disponer ya de un solo céntimo. Nos registraron en la sucia barraca como a criminales, metiendo las narices en todos los repliegues de nuestra ropa y de nuestro hato y poniéndonos en fila desnudos.

Todas mis ilusiones se iban secando, deshojando, pudriendo en aquella miseria como flores de una mañana. El tiempo era frío ya, de otoño. Había debido coger un viento glacial en la barraca y tiritaba de fiebre, de frío, de hambre, de desolación del cuerpo y el alma. Entonces comprendí uno de los sentidos terribles que tenía la palabra extranjero. Habíamos llegado a Toulouse a las tres de la madrugada. Teníamos que esperar hasta las siete para tomar el tren que nos llevaba al norte, a la cuenca del Sarre.

[31. Noche triste en la «gare» de Toulouse]

Estabamos en un confín del andén como una cuerda de presos —cincuenta éramos—, vigilados por dos gendarmes y seis agentes de trabajo. Para acercarnos a esa fuente pública de agua potable que hay en las estaciones de los ferrocarriles franceses teníamos que pedir permiso. Yo había pedido ir a las cuatro pero tuve que esperar mi vez: iban yendo a la fuente y a otros menesteres de urgencia, uno a uno. Cada vez que insistía, el agente encargado me respondía secamente:

—Pas encore s'il vous plait, pas encore... Attendezs'il vous plait. Les sales types...

[32. Aparición de Rosa Krüger]

A las seis y media me dejaron ir. Amanecía. Me encontré como mareado envuelto por un bullicio alegre de risas y de voces femeninas que salían del restorán. No sé por qué me di cuenta entonces de que era víspera de la Virgen de Septiembre, la Natividad de la Virgen María, el santo de mi madre. Y pensé: «En el huerto que tenemos abajo en Valencia de Aneo, ya están maduros los ramos de manzanas». Y al pensar esto un grupo de tres o cuatro mujeres a la luz de una puerta iluminada de la estación salía y vino hacia mí riendo y era como un ramo de manzanas frescas. ¡Cuántas cosas, Dios mío, vi en un instante! Vi que estaban vestidas como figuras de un cuento de hadas, como con altas tocas de otros tiempos. Venían tres o cuatro riendo como cogidas de la mano, sin cogerse del todo, casi con un aire de danza y una que venía casi la primera, pero sobresalía entre todas por su alegría, por su risa y por una infantil y luminosa hermosura, cambiaba repentina de gesto y me miraba como con hondísima pena, con sus grandes ojos límpidos de niña. Y yo la miré de alto en bajo y me pareció que sobre el pelo en cascadas contenidas de grandes rizos rubios traía dos enormes alas de negro terciopelo, altísimas como una inmensa mariposa. Y luego me pareció que su rostro era el de un querubín encendido y travieso, de nariz un poco respingada, con la boca quizá un poco grande, de color de granada recién abierta, los ojos azules, casi de color violeta, un corpiño de terciopelo, haciendo saltar los puros pechos vivos en la camisa blanca de seda con grandes mangas, la falda corta, celeste, muy plegada de pliegues apretados, como a la moda de cien años hace y los zapatos de charol con hebillas y con unos grandes lazos de raso. Por algún cartel que alzaba en un palo un hombre triste y joven entendí que aquello era una peregrinación alsaciana. Años después supe que habían ido a Notre

Dame de la Salette y se dirigían a visitar varias Vírgenes de Provenza y a recorrer la Costa Azul. Pero ¿sabéis lo que había gritado con sus compañeras aquella angélica y humana criatura, que se había parado delante de mí un momento, mirándome con pena? Pues había gritado un viva a una pequeña Virgen morenita que hay en el país de Mireya y que iban a ver en la próxima etapa. Había gritado con toda la alegría en flor de los dieciséis años: «Vive Notre Dame de Liesse... Vive Notre Dame de Liesse». Y esto es más que decir en castellano: «Viva Nuestra Señora de la Alegría».

Pero ella, que venía casi la primera en la fila de las otras tres o cuatro, se paró un instante y pasó de su religiosa y desenfrenada alegría a una pena profunda. Y yo me quedé delante de ella olvidado de la tierra que tenía a los pies, olvidado en sus grandes ojos infantiles. Ella traía en las manos cosas, un cestillo de violetas de Niza y un croissant grande para mí como un cuarto creciente de oro oloroso, porque llevaba horas y horas sin comer. Y de la angélica belleza en cuya contemplación estaba sumido pasé a mirar aquello con los ojos de un pobre can sin dueño, muerto de hambre. Ella me sonrió entonces piadosamente, con la tristeza que le velaba más y más los ojos y me dijo:

Tenez, mon cher...

Un sacerdote anciano, corpulento, enérgico de grandes cabellos blancos y rizados estaba llamando a las muchachas con diversos nombres.

—Anne Stein.

—Catherine Weterle.

—Berthe Dubarrau,

y por fin tres veces.

—Rosa Krüger.

—Rosa Krüger.

—En voiture, Rosa Krüger, s'il vous plait...

Ella subió a su gigantesco tren iluminado, con un andar leve y perezoso y vi que era menos alta y más niña aún de lo que me había parecido con sus grandes alas altas de negro terciopelo. El tren ya se movía lentamente y ella se había puesto en la ventana a mirarme con

el pastel en la mano. Yo nada sabía ya de mí ni de la gran desventura del tren que se iba desgarrándome las entrañas. Estaban repitiéndome al compás de las cadenas y los golpes del tren en marcha.

Rosa Krüger, Rosa Krüger, Rosa Krüger... Empecé a pensar vagamente. No la veré nunca más. Me hubiera casado con ella y nada más con ella... Cada uno tiene su agua clara, su agua de vida... La vida no es una historia, no es una fábula... Sálvame Rosa Krüger. Sálvame Rosa Krüger... Sálvame Rosa Krüger... ¿Por qué Dios mío?

¿Cuánto tiempo había pasado? El pastel se me había caído de la mano y había desaparecido. No se veía un alma en el andén. No quedaba rastro de la cuerda de obreros ni de los agentes de trabajo. Había salido ya el sol, por la boca del hangar se veían las locomotoras dando al sol sus grandes humos blancos. Era un juego lento y radiante y un gran desperezo triunfal de penachos de vapor blanco al sol, bajo el cielo azul de Provenza, una gloria del paraíso... Entonces me di cuenta de que por las dos mejillas me iban corriendo lentamente dos hilos ya larguísimos de lágrimas.

II,
CALLÍOPE

[33. La vía férrea]

Eché andar por aquella vía del tren, que se había llevado a Rosa Krüger. «Ella va todavía —pensaba— sobre estos mismos raíles que yo veo y toco. Si el corazón fuese como un imán, si pudiera hacer llegar su fluido a través de la línea de acero hasta aquel otro corazón». Así yo me quedé imantado por ella como si para siempre ella fuese la estrella y yo la brújula. Pasé muchas horas en propósitos vanos: ir a pie a Alsacia. ¿Dónde estará Alsacia, Dios mío? ¿En Francia, en Alemania, en Italia? ¿Era una ciudad, una provincia, un país? Me alimenté de sueños, hasta que el sol empezó a descender de su mediodía. Eran ya cerca de las tres cuando el hambre me echó al camino real, al camino real de los mendigos.

[34. El camino real de los mendigos]

Empecé a darme cuenta del país. Era una tierra llana, un *pla,* con bastantes casas, árboles y ganados, que no me pareció muy diferente de algunas tierras leridanas. ¿Cómo pedir limosna? Yo no había entendido una palabra del habla aquella de los agentes de trabajo, no sabía una sola letra de francés.

[35. Antigua hermandad de provensals y catalans]

No sabía entonces que Cataluña, el Rousillón, Provenza, eran tierras hermanas, de una ilustre y ancestral familia de Europa. No sabía que entre los catalanes éramos acaso nosotros los araneses, aquellos más cercanos de la dulce y sonora habla provenzal. Más tarde, supe que en un tiempo *catalans d'Espanya, catalans d'Aragó, provençals* y *roselloneses*

formábamos un patio de vecindad poética en torno al mar latino. Y entonces:

Quant havian dins Marsiho
Ar-ais- en Avignon
quanco benta de grant renoun
no n'aun parlavins en Barcilonno.

(Cuando había en Marsella en Ar-ais en Aviñón, una beldad de gran renombre se hablaba de ella en Barcelona).

No sabía yo entonces que se había cantado:

Catalans: Voici la coupo
qui vos viens des provensals.

(Catalanes, ésta es la copa que os viene de los provenzales).

No podía entender que esta copa de la poesía era la misma copa de la caridad.

[36. El mas *de Teysseire]*

Cuando pedí limosna, pensando que nadie me entendería, en el *mas* de Beltran Teysseire cuál fue mi sorpresa de júbilo al oír en torno una lengua que sin ser la mía tenía tantos acentos e inflexiones que me eran familiares y que me parecía tan apta para ser entendida en poco tiempo. Porque por ejemplo un *mas,* un *mas* era nuestra *masia*.

[37. El cesto]

Me dieron de cenar al caer el sol y como yo viera en un rincón muchas brazadas de miembre ya dispuestas para ser trenzadas pedí que me dejaran hacer un cesto y pagarles así de algún modo la hospitalidad. Por el arco grande de la puerta se veía el cielo de septiembre, que en lo alto se iba oscureciendo en un azul de fósforo donde ya florecían los primeros claveles de pedrería y luego lentamente se degradaba en muestras turquesas hasta clarear en un verde claro de jugo de oliva, en un ámbar translúcido y verdoso, en un oro puro, en una última raya azafranada sobre el horizonte.

Empecé a hacer un cesto alto de asas, para que me durase la obra

hasta el siguiente día y me acordaba de cómo aquella forma me la había enseñado el tío Felipet, explicándome que él tenía que ser buenísimo cestero, porque sabía los treinta y dos nudos del hombre de mar, y la gran margarita —por ejemplo— es casi como un cesto de cuerda.

Empecé, digo, a hacer un cesto alto de asas y así empezaba sin saberlo mi poema de Provenza, lo mismo que Viusent, el de Mistral, en el *mas* Micoule, lo mismo que el poema grande que empieza:

> *Te counsacre Mirèio, es moun cor e moun amo,*
> *es la flour de mis an,*
> *es un rasin de Crau, qu 'emé tonto sa ramo*
> *te porge un paisan.*

No fue *rasin de Crau,* sino racimo del Rhin, el que había empezado a llenarme de todo su perfume bajo el azul amoroso de Provenza, bajo el cielo de Laura del Petrarca. Salí al día siguiente para un pueblo pequeño que estaba a cuatro leguas, Tillau, con una recomendación de Beltran Teysseire para maître Trofime Aymeric, herrador y posadero.

[38. La posada de Aymeric]

Anduve varias horas por un camino árido y polvoriento con algunas viñas, huertos y cipreses a los lados cerca de los *mas* blancos y rojizos y sentía ya esa fatiga que los hombres de montaña sentimos al caminar por la llanura. La montaña se anda con todo el cuerpo, se brinca, se trepa y se danza, ante un horizonte que sin cesar varía, mientras que la llanura nos da la impresión a los montañeses de que se camina sólo con las plantas de los pies y con un ritmo siempre igual frente a un horizonte monótono. Se nos cansan los ojos, los pies y el alma misma en las llanuras. Y ¡cuánto y cuánto tuve que hacerme a esta fatiga!

[39. Pierre Brassac, Tartarín ferroviario]

Cuando entré en la posada de Trófimo Aymeric había en la cocina una gran voz tronante que relataba formidables historias, con un énfasis tremebundo y una alegría artística, delirante, que me recordaron a Pepet. Eran, a lo que pude entender, grandes hazañas ferroviarias, realizadas durante la gran guerra, por aquel maquinista bajito,

redondo, rojo y tostado, de pelo rizado y negrísimo como sus centelleantes ojos, que era el que contaba. Pero hubierais oído su voz y os habría parecido un gigante. El techo de aquella ancha cocina era alto, sin cielo raso, con las vigas y toda la carpintería del tejado a la vista y sin embargo parecía un ámbito escaso para la voz vibrante, sonora, magnífica del Pierre Brassac. Las hazañas de los más atrevidos tanques en vanguardia, de las más heroicas escuadrillas de lanzadores de llamas oxhídricas, de los escuadrones más furiosos, de spanis y de dragones, no eran nada en comparación de las proezas realizadas por el maquinista de segunda Pierre Brassac bajo todas las cargas de metralla alemana disparadas del aire o de la tierra y aun alguna vez desde el mar. Él solo con su intrépida, con su impertérrita y arrolladora máquina tipo Vendervil —ciertamente digna de él— había roto varias veces las líneas de los boches: Badaboum!, ahí está Pierre Brassac. Y la infantería, los carros de asalto, la caballería ligera, los artilleros a caballo entraban en tromba tras él.

[40. Recollons]

I collons i recollons, les boches, fotuts i refotuts. ¡Verge d'Artiga! Yo quería abrazar a Pierre Brassac con las lágrimas en los ojos. Aquello no era ya un país parecido, aquello era un país de familia, un país de hermanos verdaderos, un regalo mismo del cielo, una tierra para entenderse de corazón a corazón donde se gritaba a voz en cuello contando famosas historias: *collons i recollons, fotuts i refotuts i bien refotuts els fills de putes.*

Comodidad, familia donde se dicen estas inconvenientes palabras, tan disformes e infames como se quiera, pero que bajo todos los cielos del planeta y en todas las tierras y los mares del mundo lleva sonando el catalán como un acento vivo de la tierra en el fondo del corazón.

[41. La mala posada]

Trófimo Aymeric era un sórdido avaro y un cornudo hipócrita y consentido, de pocas palabras, aunque le gustaba que hubiese en la posada ruido, fiesta y estrepitosos narradores como Pierre Brassac, porque eso era bueno para el negocio. Pero solía haber allí también lo que nunca hubo en la Bonaygua, broncas por cuestiones de mujeres, vino y dinero. A veces salían a relucir pistolas y puñales entre clamorosos insultos y sucias blasfemias, pero todo se acababa en nada.

[42. Elogio de los catalanes. Su diferencia con los provenzales]

Comprendí que estos provenzales se diferenciaban de nosotros los catalanes, a quienes tanto en muchas cosas se parecían, por su petulancia estrepitosa, por la falta del fondo aquel de soñadora, alegre y melancólica ternura que los catalanes llevamos en el fondo más íntimo de nuestro ser. Visto el mundo como yo lo he visto después, os digo que un buen catalán de montaña sólo lo cambiaría por una mujer escogida del Rhin o del Danubio. Y sin duda es hermoso ser como yo un catalán de raza pura. A pesar de nuestros errores, somos de lo mejor de España, de lo mejor de Europa, porque somos una estirpe capaz de conciliar en su corazón las contradicciones más felices e inconciliables. Así, somos una gente a la vez doméstica y universal, práctica y soñadora, tierna y durísima, sufrida y gozadora, capaz de reunir en un mismo individuo el gesto del comercio y el de la poesía, el del campo y el de la ciudad, el apego firme, entrañable a lo real y la ilusión dorada por lo fantástico. Somos una raza feliz, una raza nacida de pie y nacida en pie entre mar y montaña, mal comprendida a veces y que otras veces se ha empeñado ella misma en encontrar su desventura.

[43. Grandeza y servidumbre catalanas]

En el error del pobre tío Felipet, casado con la cas-carota de Zibour, con la zorra de playa, con lo peor de Europa y en el acierto final y definitivo de mi vida que luego llegaréis a oír, veo yo las dos direcciones del sentido catalán de la vida, de la historia y de la política. Nos pierden las carnales impurezas del demonio de mediodía a las que damos luego forma de tendencias sentimentales y ambiciosas quimeras. Cuando el catalán encuentra una visión pura en su vida —ficción, mujer o idea— y la sabe poseer y adorar, es el primer hombre de Europa. Os lo dice Teodoro Castells, un hombre con ojos en la cara.

[44. La tentación de Marta Florensa y el horror al pecado]

Cuando aprendí la lengua provenzal hasta el punto que había ya empezado a contar y hacerme oír en la cocina, dejé la casa de Trophime Aymeric. Vi que en este mundo me iba bien con los hombres y mejor con las mujeres. Estaba Trófimo Aymeric casado con una hija de catalanes, nacida en Beziers, Marta Florensa, que quería hacer de andaluza y tenía en su cuarto un mantón azul de manila, una

mantilla blanca, una peineta y unas castañuelas. Siempre quería que la llevasen a los toros de Nîmes y un torero español había sido su gran amor, su chulo, decía ella, después del matrimonio. Era una hembra rubia casi roja, alta, gallarda con cabeza de hetaira griega, pechos de cariátide y que tendría unos treinta y cuatro años. Vino más de una vez medio desnuda a la cuadra donde yo dormía e intentó de todas maneras darse a mí. Y me tentaba. Yo rezaba a la Verge d'Artiga, porque desde lo de Coloma había tomado un fuerte horror a las cosas malas: adulterios, incestos y crímenes o si se quiere historias de Pepet. El corazón tenía para mí ya un solo rumbo y un solo latido que repetía. Rosa Krüger, Rosa Krüger, Rosa Krüger.

[45. Abandono de la mala posada. Los oficios diversos]

Me marché de la posada antes de que ella, furiosa de que alguien no hubiese querido su cuerpo de goce, me buscase querella con alguno de sus amantes. Así comenzó mi cadena de oficios diversos, mi calvario de hombre forastero y desconocido, en un país que en el fondo me era hostil y que tenía que congraciarme diariamente explotando mi simpatía con los hombres, mi labia pronta y entretenida y mi buena caída con las mujeres. Fui otra vez cestero y garzón de herrería, vendedor ambulante de fruta y de pescado seco, pequeño buhonero en las ferias, esquilador en el verano, fabricante de cucharas de boj, de horquillas y de bieldos en invierno, expedicionario finalmente en los ferrocarriles de París-Lyon-Mediterráneo y en otros secundarios y líneas de autobuses y tranvías. Había caído perdido y errabundo, de oficio en oficio, en la ancha Camarga llena de soledades, árida, misteriosa y palúdica. Pero son tierras éstas que a la vez se odian y se quieren; se apega uno a ellas y no parece que sabe salir. Después de haber errado como erraron tal vez las primitivas razas nómadas y como a favor del espíritu milenario que llevaba en mi sangre, mi vida, que, en su miseria y humildad, se me había vuelto mítica y heroica, fértil en sueños, riesgos y peripecias, se fijó finalmente como una vida intermediaria entre la tierra de Camarga y las grandes vías de transporte.

[46. Las vías férreas y la tierra firme]

Me tiraban las líneas férreas, como al tío Felipet le tiraron las derrotas del mar. Pero la tierra es más segura, más honrada, más firme, más

sencilla. Su hermosura, que amamanta ciudades a pechos de ríos, es más conyugal y más serena que la belleza móvil y pérfida del mar. Yo me sentía hombre firme de tierra firme, en el ancho descampado, hombre magro, desamparado y desvalido, pero duro y valiente bajo el vasto y antiguo cielo; en una palabra, catalán de España, hombre hispano latino, godo románico y romano, catalán de Europa, hombre real y soñado por la historia, positivo y simbólico. Me puse ya frente al destino, contra el destino, apretados los dientes y cerrados los puños, dispuesto a jugar la partida a cuerpo limpio, sobre el suelo inhospitalario de la Camarga pero bajo el radiante cielo de la Camarga, en el aire puro, que yo respiraba largamente con la misma delicia vital que entraba en los ollares de los ávidos potros salvajes.

Por una razón o sinrazón poética, por la aparición o desaparición de Rosa Krüger me apegaba y arrimaba yo a la vía férrea pensando que por allí, por donde ella había venido y se me había ido la encontraría alguna vez. Pero también aquella excitación fascinadora y legendaria para mí, los relatos casi homéricos de Pedro Brassac, hizo que mi querencia a los ferrocarriles fuese tomando mayor cuerpo y se hubiese como agigantado. El narrador indiscutible en la posada de Trófimo Aymeric, era Pedro Brassac, verdadero Tartarín ferroviario que nunca decía «yo hice esto o aquello» sino «En aquel momento terrible Pierre Brassac con su serenidad sublime» o «Pierre Brassac con su potencia hercúlea de músculos de acero y su vigor mental reconocidos» o «al llegar Pierre Brassac victorioso, como el caballo ganador del gran prix de Longchamps cubierto de espuma, el jefe italiano de la frontera del Simplon se quedó estupefacto».

[47. La vida del raíl y Pierre Brassac]

No sólo era la guerra. Nadie ha sabido contar con más portentosa elocuencia la vida del raíl, desde Marsella a Lieja, de Hendaya a Basilea y más allá en los grandes expresos internacionales, pasado el Mont-Cenis y el Simplon, pasados los Alpes y los Cárpatos, hacia la dulce Italia, hacia Viena, hacia Hungría, hacia Rumanía, hasta Constantinopla en el Orient-Express: salían de su mente como en una rápida cascada, las imágenes, hechas materia líquida y fogosa y en su voz trepidaban y cantaban rodando por la vía férrea a lo largo de túneles, puentes, viaductos, cabinas de señales, discos, faroles, platinas giratorias, hangares, pasos del vapor a la electricidad, cambios de vagones y de líneas, entradas en agujas, trenes de mercancías, trenes de ganados, trenes de guerra, trenes frigoríficos, trenes cisternas, trenes correos, trenes hospitales, trenes de lujo, velocidades,

lentitudes, virajes endiablados en que todo el tren va escorado como una balandra de regata, con todas las ruedas de una banda en el aire, salvando la curva difícil como sobre punta de diamante. Y eso lo había hecho Pierre Brassac con el Orient-Express de vuelta a los Alpes hacia Chambercy entre los 23 y 27 segundos de la hora cero al 16 de marzo de 1914 llevando una máquina de tipo americano, dos sleepingcars, un vagón restorán y un furgón corto de equipajes. No llevaba más que cinco solteronas inglesas como cinco loros, un matrimonio francés en viaje de boda —elle était très jolie, mais pas grande chose— un millonario griego, dos amantes, ella era rusa y estupenda y él rumano, príncipe y tísico y un joven viajero español. Yo le oía y le oía su canción de Europa.

[48. Rosa Krüger y la canción de Europa]

Rosa Krüger era para mí todo esto: era ya Europa, pero una Europa fresca y antiquísima, carnal y angélica a la vez, si lo hubiera podido y sabido entonces decir en una palabra. Era, al fin, la Europa de las blancas cigüeñas que vuelan con el júbilo matinal de las campanas sobre las agujas de la catedral de Estrasburgo y traen niños rubios y sonrosados a los matrimonios burgueses y felices, mientras silban los trenes entre neblina y sol de primavera las distancias alegres de la mañana. En la claridad de una ventana del comedor hubiera visto entonces a Rosa Krüger sensual y luminosa, reflejada como una pintura sin sombra, como una pintura sin mancha en una cornucopia de París, mientras tin-tin-tin..., daba las nueve el antiguo reloj de Alemania y el cilindro de música enseguida desgranaba irónico las notas de la canción de Schubert sugiriendo las lindas palabras alemanas que dicen:

Su madre ya tocaba
la tecla de las bodas.

Y una hora después, a las diez, otra vez:

tin - tin
tin - tin...

Y al cambiar el cilindro de la caja de música se desataba el hilo risueño y burlón de la vieja canción francesa:

Jeune fillette
profitez temps

la violette
se cuille au primptemps
la la la larierette
la la la la la laralan.

[49. Estrasburgo, corazón ferroviario de Europa]

Me había hecho amigo de Pierre Brassac, en los tiempos de la posada del cochino y caviloso Aymeric y al cabo de meses, una tarde de agosto, con la cocina en sombra y en medio de un infierno de moscas y de tábanos, me atreví a preguntarle, con la respiración contenida y muy sonrojado, qué es lo que quería decir algo así como «Peegrination Alsacinen». Al fin Pierre Brassac me explicó lo que era Alsacia y toda su completa red construida por los boches maravillosamente, ahora enteramente incorporada al *réseau* francés. La primera máquina francesa que había entrado en la red de Alsacia era naturalmente la de Pierre Brassac. Me estaba explicando así él una trama de comunicaciones que para mí tenía su centro en la trama de venas y arterias delicadas y fuertes que venían palpitando al unísono de un solo nombre en el nido más hondo de mi corazón.

Y por este sueño del paraíso me fui metiendo yo en el infierno de horarios, tarifas, reclamaciones y devoluciones, fianzas, multas y recargos con las líneas de la P.L.M. o sea París-Lyon-Mediterráneo, con las líneas secundarias de Provenza, las líneas de autobuses al servicio de transportes por el canal, etc., etc., hasta hacerme un intermediario para los envíos más diversos entre la Camarga y el resto del mundo.

Un día me asombré de considerar que a los dos años y medio de indomable fatiga había llegado a juntar en una cartera amarillo rabioso de cuero duro, sujeta con una goma fuerte, repleta de talones, facturas, notas y avisos, 25.000 francos: una fortuna. Había cumplido los 21 años. Era sobrio en comer y beber, aunque el *traguet de vi* no me faltara con el *platet de sopes* y recordaba entonces la Bonaygua mía y el vino bueno de los llanos de Lérida y de Reus.

A veces, en una estación ínfima de la Camarga, calcinada de sol, me contentaba con el cacho de pan, el trago de agua mala y la rebanada de queso y hasta la noche no había más. Al final de aquel tiempo seguía siempre con asuntos de expediciones en la Camarga que rendían mucho y donde tenía fija clientela, pero empecé a trabajar con buena fortuna en otras partes de Provenza, Ródano arriba, hacia Arlés y Aviñón metiéndome en negocios de fruta porque había visto

que la fruta era lo que iba vía Alsacia. Así me encargué una vez de una enorme expedición de varios vagones de fresa temprana y claveles de olor para Estrasburgo, que montaba más o menos a todo mi famoso capital de 25.000 francos o más exactamente a 25.013 francos con 20 céntimos. Era una época de huelgas y de cartel de *gauches* y a la vez de accidentes ferroviarios que llenaron de alarma las estadísticas.

[50. Crédito comercial en tierra extraña]

Antes de seguir he de hablar todavía un poco más de mí mismo. Tenía yo por aquella tierra muchas simpatías en las *mas,* que así llaman allí a nuestra *masias,* muchos conocidos con aire de amigotes por razón de negocios, muchas mujeres que me ofrecían siempre un buen trago y hasta dicho sea sin modestia, algunas mozas y casadas que me hacían buen ojo. Pero ni amor ni amigo verdaderos me hice yo allí. Por debajo de todo aquello me sentía extranjero y diverso, rodeado de hostilidad disimulada y aun de envidia latente. No perdonaban que Teodoret el catalán se abriese camino. Mientras las cosas iban bien y no me faltaban cinco francos para convidar y mil francos para responder todo marchaba sobre ruedas. Presentía que en cuanto las cosas fuesen mal nadie me tendería la mano. Por el momento la palabra de Teodoro Castells, de Teodoro el catalán, era palabra de oro, palabra de rey. En más de veinte leguas a la redonda, de palabra se hacían los tratos conmigo y eran gentes que me conocían los que más de dos años o tres y los que menos de dos o tres meses. Era yo un personaje, para aquel mundo provincial y rural, que frisaba en lo extraordinario.

[51. La vía de Alsacia y el destino]

A pesar de mi rápida fortuna no había querido ir a Alsacia, aunque casi de balde me hubiese costado por mi relación íntima con los ferrocarriles. Esperaba que hubiese una razón, porque el instinto me decía que si iba sin razón no encontraría nunca a Rosa Krüger. Un catalán del alto Pirineo no puede hacer viajes sin una razón seria y concreta: va a comprar o a vender, a llevar y traer, a buscar o a dejar y basta.

[52. La expedición a Krüger y Muller]

En realidad yo me encargué del famoso cargamento porque una buena partida iba consignada a Krüger y Muller en Estrasburgo. Lo embarqué en el largo convoy de vagones con la mayor ilusión de mi vida. Rosa Krüger iba a probar quizá aquellas fresas, iba a ponerse acaso en el pecho grandes y olorosos claveles de Provenza.

Yo estaba dirigiendo, bajo el sol de las tres, la faena de mi gente, con uno de estos claveles en la boca, macizo, frío y húmedo como un prieto clavel de madrugada.

[53. La ruina y el pago de las deudas]

Pero del cargamento aquél no se supo ya nunca. ¿Fue robado, saboteado, descarrilado por los motines del socialismo meridional? Toda reclamación a la Compañía —Dirección General— fue inútil. Alguien sugirió villanamente que yo no tenía personalidad para reclamar, que vivía sin papeles en regla, que no sabía nadie quién yo era ni de dónde había venido y los abogados de la Compañía me amenazaron con la cárcel. Pagué a toca-teja los veinticinco mil francos a los fruteros y aun les pagué una ronda de vino en la cantina de la estación de San Paul de Rhône con quince francos sueltos que me quedaban. Ellos me quisieron dejar algo pero yo vacié por entero a su vista mi gruesa cartera de duro cuero, amarillo rabioso, sujeta por una goma fuerte. Les dije que estando próximas las ferias de algunos pueblos del contorno iría a vender una pequeña partida de fresa temprana y de flores, que llegó tarde y me había quedado yo para hacer alguna pacotilla. La podría llevar en un carrito largo que tenía en la misma estación de San Paul, de mis tiempos de vendedor ambulante. Con el resultado de esta venta quería empezar ya a pagarles el remanente de 73 francos y 20 céntimos, palabra de Teodoro Castells. Y eché a andar en la primera hora de la tarde para llegar caído el sol.

[54. Otra vez vendedor ambulante. Reedificación del destino]

Por la polvorienta carretera adelante, al rayo del sol, empujando mi carrito estrecho y largo, cubierto de cestillos de fresas y mazos de claveles —los cestillos de fresa a cinco francos, los mazos de claveles a 10,15— iba yo haciendo un largo examen de conciencia. Por haberme

entercado en aquella fantasía divina y absurda de Rosa Krüger y porque parte de la carga iba a Alsacia y consignada a Krüger y Muller —que acaso no tendría nada que ver con ella— me había yo metido en aquello y fabricado mi propia ruina. Me volví a repetir otra vez maquinalmente como en la estación de Toulouse: «La vida no es una novela... Yo no la veré nunca jamás». Pensé que otra vez me tocaba apretar los dientes, cerrar los puños y ponerme a cuerpo limpio, crudo y enjuto, contra el destino. No debía pensar en Rosa Krüger sino como en una estrella del cielo, que podría guiarme siempre y a la que no podría arribar nunca. Ese era el mejor refrán marinero del tío Felipet: Con las estrellas se navega, en las estrellas no se desembarca.

[55. El choque con el camión]

Iba así pensando en las estrellas cuando distraído llegaba a un cruce de camino y ¡patatrac! vi las estrellas de verdad entre un velo de polvo, sol y sangre. Creía que había caído un rayo del cielo sereno pero era un camión alto y fuerte, que paró en seco. Mi carrito estaba hecho astillas, había volado en añicos y yo sin heridas aparentes y con mi entero conocimiento aparecí tendido en un hermoso lecho de fresa y flores.

[56. Henry Girard]

Un hombre fornido, seco, grave, como de cincuenta años con el afeitado muy azul, los ojos muy grises y penetrantes, la cabeza ya casi blanca y la camisa de nieve, se inclinó hacia mí y me dijo en provenzal cerrado. ¿Qué tenéis hijo mío? ¿Ninguna herida? Subid pues conmigo. Y me encontré sentado entre él y un mecánico que parecía mudo.

—Yo soy, dijo él, Henry Girard, comerciante de Arlés y voy a Arlés. Decidme quien sois, dónde vais y cuál es vuestra vida. Son las tres de la tarde, añadió. Debemos entrar en Arlés al toque del Ángelus. Hablad, si queréis, hijo mío, tenemos mucho tiempo.

[57. El camino de Arlés]

Empecé a contar todo, como a vos, desde la Bonaygua, añadiéndole lo

que había aprendido en la escuela y en el trajín del mundo, mi conocimiento del francés y el provenzal, mi gusto por las historias y novelas y mi afición por la lectura que se había desarrollado mucho en los últimos años y me había conducido ya a muy buenos libros como los *Tres Mosqueteros,* el *Conde de Montecristo* y casi todo lo de Alejandro Dumas, la gran *Mireya* de Mistral, las vidas de los santos, la historia de los paladines de Francia, el *Viaje por el Rhin* de Víctor Hugo y otros por el estilo, pues éste es el género que me ha tirado a mí toda la vida. Le referí cómo me quedaba las noches casi sin dormir, la mitad silbando canciones mientras hacía y rehacía cuentas y la otra mitad soñando, con libros o sin libros.

Yo seguía y seguía sin parar y él oía y oía sin decir una palabra ni sonreír siquiera. A veces yo me quedaba avergonzado pero quería detenerme y no podía. «Tengo ya que acabar por contárselo todo —menos aquellas cosas de amor y de pasión que me callé— porque si no, se formará de mí una idea falsa e incompleta. Lo que una vez se ha empezado ha de acabarse y en la duda vale más hacer, tirar p'alante, que abstenerse». Y cuando acababa de contar mis últimas y recientes desdichas entrábamos por los Alyscampos de Arlés, por la vía romana y cristiana de largas filas de cipreses y de mármoles sepulcrales. Eran las siete de la tarde y en el aire de primavera, volaban jugando con revuelos de golondrinas las campanas del Ángelus.

III,
POLIMMIA

[58. Entrada en la casa Girard]

Sólo entonces rompió su silencio Henry Girard.

—Bien vivida —dijo— y bien contada... Algo te queda dentro, pero es para ti solo. Bien. Yo soy el hombre más callado y solo de Arlés y necesito un socio. Eres hablador, pero el único hablador honrado que he visto en treinta años de comercio. Desde mañana vas a ser mi socio en el comercio de frutas y flores...

Entonces dije:

—Pero para usted, señor, no hablaré demasiado.

Entonces él dijo:

—¿No me has oído que soy el hombre más callado de Arlés? Pues por hablador me convienes, trato hecho.

Me dio la mano cuando el camión paraba en la plaza grande de Arlés.

[59. Noticia de Girard. Sus ideas y comercio]

Hijo único de una familia acomodada de campesinos de Millan comerciaba Enrique Girard en frutos de Provenza, que exportaba a París y al extranjero pero también importaba de fuera, limones de Argelia o de Mallorca, uvas de Almería, naranjas finas del levante español, albaricoques, cerezas y ciruelas de Aragón y de Cataluña. Soltero y sin familia, Girard para mí fue padre y maestro. Y aquel hombre positivo y silencioso, cuya única tacha era la de no creer en cosa ninguna del más allá, se entretenía grandemente con mi temperamento fantástico e ilusionado.

[60. Girard, romano de Arlés]

Cuando yo leía la historia de Roma de Durny, que él tenía entre sus pocos y buenos libros, porque él gustaba razonablemente de las buenas lecturas, yo le miraba a contraluz ante la lámpara de aquel comedor, rigurosamente ordenado con su roble luciente, su porcelana de Limoges y su antigua plata, yo me solía decir: «He aquí un romano». Erraría en su falta de fe, pero tomaba la vida en serio, absolutamente en serio, con una honradez íntegra y profunda, sin reír ni llorar. Y en todo y por todo era un hombre severo consigo mismo, humano y piadoso con los demás, honrado como el oro, intachable en su conducta, sobrio y exacto en su cortesía, modesto, silencioso y firmísimo. Hacía grandes caridades con un gran pudor. Le gustaba darles forma de préstamos con un interés razonable. Luego secretamente echaba los recibos al fuego. Era patriota, provenzal de vieja cepa, francés de vieja cepa, con una abuela de Bretaña y un abuelo de los Pirineos, un d'Hauzanne. Había ido a la guerra, voluntario, territorial y se había batido con las últimas reservas en los días del Marne. Volvió alférez de cuarenta y ocho años, con la cinta de la Legión sobre el uniforme limpio y raído. Y sólo tenía estos dos orgullos: una Francia eterna, una Provenza eterna. Pero más los dejaba adivinar en la contenida emoción, que los exaltaba en palabras. Empezó a hablarme en francés para que me hiciese más y más a esta lengua.

[61. Il faut]

Casi todas sus frases empezaban con *il faut.* Es preciso: hablaba él lo preciso y de cosas precisas: nada más, nada menos.

[62. Mis trabajos de importador. Viajes]

Yo llevaba sobre mí casi todo el asunto de importación. Hice varios viajes a Argelia, al Levante español y a las costas catalanas. Así llegué a ver Barcelona, Alicante, Valencia, Cartagena, Almería, Marsella, Orán, Argel. Enormemente económico consigo mismo, no por tacañería sino por gusto exacto de sobriedad, me empujaba a mí a lucir y gastar más de aquello a que yo me atrevía.

[63. El primer smoking]

Y cuando a los dos años se aproximaron ya las fiestas de primavera de Arlés, las grandes fiestas de la Pascua con sus fanfares y sus farandoles, con sus hileras de antorchas, de muchachas y de canciones por los Alyscampos, Henry Girard me dijo después de la cena una noche de sábado: *Il faut, lundi prochain...* Es preciso, el próximo lunes, ir a casa de maître Signac, el sastre de la plaza a hacerse un buen smoking para el baile del Círculo.

[64. Desprendimiento de Girard]

Los negocios de Henry Girard marchaban bien y conmigo empezaron a marchar mejor. Llevaba yo todo el asunto del extranjero, tanto la importación como la exportación y seguía haciendo viajes para comprar. A veces me preguntaba yo ¿para qué quería Henry Girard el dinero y para qué queríamos el dinero Henry Girard y yo? Él era sobrio: le bastaba para vivir con un tercio de lo que ganaba, no tenía herederos y sus ayudas generosas y secretas al prójimo, que él no hubiera querido nunca llamar caridades, no constituían en su vida un fin esencial sino un accidente de su solidaridad, no diré con el prójimo, sino más bien con el hombre de Provenza, con el hombre de Francia. Eran un efecto de su apego a la tierra y a la estirpe, de su patriotismo. Yo solía pensar que este hombre, cuyo sentido de la vida era tan profundo y tan serio, hacía dinero por entretenerse en gran parte y también por realizar un estilo intachable de conducta a través de su historia y de su actividad comerciales. Si hubiera pensado sólo en cubrir sus necesidades, le habría bastado con limitarse a su pequeño patrimonio familiar de Millan.

[65. Sus amigos]

Tenía Henry Girard amigos, pocos pero buenos y eran de éstos, los tres principales un relojero-poeta, un farmacéutico dedicado a la botánica —el autor de la «Nova Flora Arelatensis»— y un buen historiador de la Galia Romana, Jules Rodez Thiebaut. Girard jugaba con ellos tres a la cartas todas las noches, tomaba café al mediodía y los domingos y fiestas de guardar hacían los cuatro excursiones a pie por los alrededores.

[66. Sus excursiones]

Girard se deleitaba mucho con las explicaciones de botánica, de arqueología o de mecánica que daban sus amigos. El historiador y el relojero eran además muy entendidos en la táctica militar. A la sombra de su parasol, que era gris por fuera y verde por dentro, Girard gozaba mucho con estas excursiones, aunque sin mostrarlo demasiado, y así un día se divertían en torno a un ejemplar nuevo de la flora arelatensis, otro día en torno a una ruina del tiempo de Augusto, otro día en torno a una máquina hidráulica. Girard representaba como el eje moral de aquel mundo. Bajo su silenciosa naturaleza se encubría además un hombre nada indocto.

Dos palabras suyas derrumbaban a menudo una falsa hipótesis o espoleaban una investigación certera. De vez en cuando, iban a ver al viejo Fabre, el Homero de los insectos y también al gran Mistral, a Maillane, cuando vivía. Adoraban ellos a estas grandes figuras de su país, que con Pierre Gassendi, resumían la mejor conducta y la mejor filosofía de Provenza, que era como decir para ellos de Francia y del mundo. No ponían en esto la menor petulancia tartarinesca. Era una convicción razonable y razonada y tranquila. Una vez al mes, hacían una excursión mayor, de dos, tres o cuatro días, coincidiendo, por ejemplo, con dos fiestas seguidas y una vez al año un viaje grande para ver la grandeza de Francia y pasar por París. Un año se alargaron a Bélgica y Holanda y otro año a España y Portugal. Girard aprovechaba siempre el viaje para algún asunto. Seguían con mucha atención la política internacional y la política interior de Francia. Sus opiniones se inspiraban en un sacro egoísmo patriótico, bajo formas prudentes, antirrevolucionarias y conservadoras. Odiaban, en una palabra, cambios y novedades.

[67. Las ideas solares]

—Nôtre Charles Maurras —decía una vez Henry Girard— c'est une belle tête et, ce que vaux mieux, c'est une tête bien faite. Mais il veut changer. C'est son defaut. Il ne faut changer rien du tout. Paris lui a rempli de fantaisies. Il ne faut pas s'eloigner de la terre natale. Il faut naître et mourir dans la terre des ancêtres. Fabre et Mistral n'ont pas navigué, n'ont pas voyagé et pourtant l'un était un savant, un poète et un sage. L'autre était le plus grand poète de l'Europe et la sagesse même de l'Europe. Voilà tout.

Otro de los interlocutores dijo: «Descartes a reussie parfaitement dans

sa reforme de la philosophie. Il a fait sa revolution dans toute la pensée speculative de l'Europe. Malgrè tout, il meprisait comme des grandes folies toutes les reformes et les revolutions dans les lois. Et ce parce que les lois disait-il ne sont pas en soi bonnes ou mauvaises. Elles sont plutôt comme des sentiers de montagne, que plus usés deviennent plus aisés et plus commodes. Montaigne, La Bruyère et Pascal disaient et repetaient la même chose. Tout cela doit suffire à tout le monde pour comprendre, et une fois pour toutes, que la sagesse française est ici. Et la sagesse de la Provence est surtout ici, parce que toutes ces idées, dont la racine est grecque et latine, toutes ces idées vraiement solaires, sont les idées de la Ionie, de la Grand Grèce et de Rome, et ont percé toujours l'esprit française, depuis les siècles à travers l'espirt de la Provence, de l'air de la Provence, et sous les cieux limpides de la Provence.

La posición esencial y céntrica del grupo Girard era ésta.

[68. El relativismo religioso del grupo Girard]

Solían reunirse en la misa de siete de Saint Trophime los domingos y fiestas y oían devota y respetuosamente la santa misa, aunque no creyesen en Dios ni en otro mundo porque ése era el culto de los antepasados, porque el culto de Venus y Minerva se había convertido en el de María, como en los Alyscampos la vía sepulcral pagana se había vuelto la vía sepulcral cristiana más hermosa del mundo. Las cosas cambiaban bastante, pensaban ellos de por sí, pero el hombre no debe mudarlas, ni remover jamás el fondo de la tierra y la estirpe con novedades y quimeras. Descubriendo sus propios errores, el paganismo se convirtió, pensaban ellos, al maravilloso orden católico, maravilloso simplemente para esta vida que en algunas cosas fue superior al orden pagano ya caduco. Descubriendo sus propios errores, el catolicismo podrá convertirse en un orden maravilloso de sociabilidad moral, de conducta y de filosofía. Pero todo esto —añadían— nada tiene que ver con el otro mundo. Es una ilusión quizá necesaria, una meta convencional del espíritu para mover a la materia y a la carne, para crear el movimiento profético que logra insertar la vida en una norma. El momento histórico en que se pudiera dejar de ir a misa no había llegado para ellos. Era todavía un rito inseparable de la tierra y los muertos, una manera actual y auténtica de sentir la tierra de Francia, el orden de Roma, la luz de Grecia y el aire de la tierra natal.

[69. Oposición de Teodoro. Lo diabólico y lo angélico como distinción esencial del universo. Coloma y Rosa Krüger símbolos universales]

Me parecían muchas de estas ideas profundas e ingeniosas. Ellas acompañaban el incremento que se iba realizando en mi cultura y en mi espíritu pero no mudaban mis direcciones primeras y en el fondo infantiles. Sin embargo, yo creía en el Dios cuya madre era la Virgen de la Artiga. Don Rodrigo, creía en los milagros y en la otra vida mucho más que en todo esto que abajo nos rodea, solía decir. Renato Descartes o Blas Pascal creían en ese mismo Dios, en ese mismo sacramento en el que yo creía.

El mundo estaba para mí dividido desde que me marché de la Bonaygua en dos hemisferios, en dos imantaciones, una positiva y otra negativa. Nadie me podría quitar la convicción de que en este mundo todo va a parar a lo diabólico o a lo angélico. El universo como realidad espiritual y hasta como realidad física se dividía para mí en el lado de la pasión horrenda por Coloma y de las historias de Pepet y el lado de la canción a la Virgen de la Artiga y la aparición de Rosa Krüger. Era en esta distinción del universo donde Rosa Krüger se me volvía luminosa. No podía renunciar a este sentido del universo ni podía renunciar a ella.

Muchas veces había pensado que aquel florecimiento malsano del espíritu diabólico, del dulce veneno en el hostal —que fue como su maleficio y acabó por arruinar sus raíces de trescientos años— venía de que habíamos dejado arruinar la capilla hacía dos o tres generaciones y teníamos a tres leguas la parroquia más próxima. Arruinada estaba como os digo la capilla del hostal y a dos tiros de piedra del hostal mismo arruinada estaba la ermita románica de mármol de la antigua Virgen de Sarós.

Cuanto más oía discutir en Francia sobre laicismo y religiosidad, tanto más me convencía de que el laicismo, la neutralidad o ausencia de creencias no existe. El lugar que dejan vacío Dios y Nuestra Señora es inmediatamente ocupado por el diablo. Luego supe que no era ésta sólo una opinión mía, sino que era también la opinión del primer escritor de Francia, la opinión de Maurice Barres. También aquel vacío que me dejó la renuncia a la pasión culpable por Coloma fue inmediatamente ocupado por el angélico amor a Rosa Krüger. Mi gran sueño era ya que nada de este perdido amor fuese vano y que como un milagro de los caminos del mundo volviese a encontrarlo una vez convertido en algo rico y extraordinario.

[70. La comunión de Arlés. «La alegría de la Casa del Señor, toda para ti, Rosa Krüger»]

Apenas había practicado yo la religión desde mis tiempos de niño. Y llegó la tercera Pascua de Arlés y yo hice mi comunión pascual en la iglesia de Saint Trophime, en el claro domingo de Las Tres Marías que ven a su amado Jesús entre los rosales. *Aleluia!* Toda la alegría de la Casa del Señor resonaba en mi pecho, con el júbilo de las campanas y el brillo del Sagrario entre las flores frescas y las llamas encendidas. Y cuando había recibido al Señor y veía subir el incienso entre cánticos infantiles y profundos acordes del órgano, tenía que contenerme para no gritar: «La alegría de la Casa del Señor, toda para ti, Rosa Krüger».

[71. Oposición laica de Girard a Teodoro]

En vano, Henry Girard, procuraba alejarme de esta senda con su lacónica ironía.

«Hace mucho tiempo, es una historia muy antigua —decía— había gentes por el mundo que se figuraban que los Alyscampos de Arlés eran una especie de camino corto para ir al cielo. En lejanas tierras, vendían sus fincas antes de morir, para venir embarcados, después de muertos, en navíos que subían por el Ródano y les depositaban en los Alyscampos. *Tant pis pour eux* —acababa— *et tant mieux por nôtre ville d'Arlés».]*

Y después de una pausa añadía: «Los fantasmas de los Alyscampos son en el fondo miasmas de algo insepulto. *Me-fie-toi,* Teodoro».

Otra vez dijo: *«Paysan* quiere decir pagano, el *paysan* de ahora, cristiano, no es sino el pagano de ahora. Es hermoso. Se comprende la locura de Juliano el Apóstata: restaurar el paganismo. Tú eres un *paysan* de ahora, *de fond en comble,* Teodoro, es decir un pagano de hoy, o sea un cristiano, uno que va a llevar a los altares rosas de primavera. *C'est très joli, sans doute».* Esta era su sorda pugna conmigo, lo que le hacía hablar en breves discursos secos y punzantes, dichos con un rostro impasible que esbozaba apenas el desdén.

La lucha contra mí, con todo su fondo de crueldad intelectual, era en él una forma de su grande, contenido, hondo afecto por mí, que me había convertido como en su hijo, en su orgullo, en lo que más quería en este mundo.

Quería que yo fuese en algo diverso y en algo semejante a él. Diverso en lo exterior, en la facilidad de simpatía y de palabra, en la felicidad brillante y exterior, en lo que él no había tenido. Pero quería que fuese igual a él en lo íntimo suyo.

[72. Proposición de nacionalización francesa]

Otra pugna sorda e indirecta y casi constante era la que tenía por objetivo que yo me nacionalizase francés. Se me representó bien entonces lo que os dije de las dos direcciones catalanas en el sentido de la vida, de la historia y de la política. El pobre tío Felipet se hizo francés. Yo no me haría nunca francés. Como no quería traicionar mi fe de bautismo, tampoco quería traicionar mi inscripción en el registro civil. La existencia de Teodoro Castells empezaba pura y simplemente en estas dos cartas de fundación tan humildes como se quiera, pero para mí inconmovibles. Yo tampoco quería cambiar. Hasta la última peseta para pagar el cargamento aquél perdido de flores y de fresa temprana. Hasta la última gota de sangre por mantener aquellas dos primeras cartas de fe divina y humana donde estaba ya virtualmente la firma de Teodoro Castells en la firma de sus padres.

Insistió él en lo de la naturalización y aludió al separatismo de los catalanes, a su odio a España y a su amor a Francia. Me planté ya y le dije:

[73. Negativa rotunda de Teodoro]

—Será como sea Monsieur Girard. Yo os digo que Arán en el alto Garona, está en la vertiente francesa, está cerrado por la nieve a toda comunicación con España durante casi nueve meses del año. Es el mejor valle de España para desertar. Y yo os digo que en ninguna parte de España como en Arán es tachado de infamia el desertor. No se tiene en regla la carta de naturaleza aranesa sin servir bajo las banderas de España. Yo no me meto a saber lo que sea de los otros catalanes. Os digo que en la paz y en la guerra, en lo privado y en lo público un aranés de pura sangre era esto, es esto y debe ser esto: uno que sabe responder, con mares y montes de por medio, uno que no deserta y que no ha desertado jamás».

—Y sin embargo —dijo él— tú eres un desertor. Tú no has hecho tu servicio militar en España.

—Me presenté —repuse— en el Consulado Español de Narbona y todos mis asuntos quedaron en forma porque me dejaron libre. Esta es la verdad M. Girard. Después de esto, se pasaron seis días sin que apenas despegara los labios conmigo. Al séptimo día, que era un jueves, reanudó su comunicación con mi persona apoyándose en su frase necesaria: *Il faut, samedi prochain...*

[74. El pedido Zeysing y Serlins. Proyecto de viaje]

—Es preciso —dijo— el sábado próximo partir para España, quizá para la frontera de Portugal, con el objeto de servir un pedido extraordinario de pimentón que nos hace la casa holandesa Zeysing y Serlins de Rotterdam, filial a su vez de la Zeysing y Serlins de Los Ángeles (California). *Vous alllez, mon fils* —añadió— *dans un pays assez sauvage, a mon avis, avec comunications très inconmodes, a mon avis, et vous emporterez le petit Chrysler qui a fait vos étrennes de Noël. Et Julien vous accompagnera... Êtes vous d'accord?*

[75. El estilo implícito de Girard]

Jamás me había preguntado *Êtes-vous d'accord?,* en más de tres años que llevaba, no digo a su servicio, sino criado más bien a sus pechos. Había tantos matices en lo que había dicho. Me recordaba no para echármelo en cara, de lo que era incapaz, sino con amarga ternura el Chrysler que me había regalado para Noel, llamaba a aquella parte de España un país bastante salvaje y de comunicaciones incómodas, *a su juicio.* Él no solía decir *a su juicio.* Lo que para él era, era. Después me daba la compañía de Julien, el mecánico hechura suya y sin el que parecía no poder pasarse, es decir que faltando yo me daba lo que para él quedaba como mejor en la casa. Y por último me preguntaba *Êtes-vous d'accord?,* como si empezara a pensar dolorosamente que podíamos estar en desacuerdo.

Este era el estilo de Henry Girard, bajo cuya sequedad y crudeza aparentes, con alusión aun de las fórmulas más corrientes de cortesía, había, sin embargo, una cortesía medida y exacta y cuando él quería, todos los matices de una ternura dolida y delicada. En su elocución fría, un levísimo cambio de tono, una imperceptible expresión de los ojos lo mudaban todo. Su sencillez, su frialdad, su laconismo, hasta sus silencios y sus pautas estaban siempre llenos de cosas implícitas. Sólo entendiéndolas se empezaba a entender a Henry Girard.

[76. Progresos educativos de Teodoro. Oposición de Girard a la filosofía]

Entretanto, desde la venturosa catástrofe en el cruce de caminos habían pasado días, semanas, meses, años de una nueva vida. Y había cumplido yo los 27, haciendo una tan rápida carrera, que me desconocía casi a mí mismo y me parecía que a mí mismo me soñara.

Mi gusto de hablar me había hecho aprender unas cuantas lenguas: provenzal y francés, inglés y castellano y hasta lo bastante de italiano para entenderme con los vendedores de limones y de naranjas, de Sicilia o del Garda. Aunque parezca absurdo, Girard me había hecho dar clases con sus tres amigos. Yo he aprendido mucho con ellos —me decía— y así conocí algo de mecánica y en general de física, de botánica, de química, algunas matemáticas, algo de arqueología e historia y alguna palabra de latín. Una vez le dije que a mí lo que más creía que me gustaba después de las grandes historias era la filosofía y que querría buscar algún profesor que me introdujera un poco en su estudio.

Pas des rêves, mon fils —me contestó poniéndome un barrera con su dura mano. La única filosofía es la experiencia de la vida misma, de la sociedad humana, de las cosas y los hombres concretos. Lo demás es sueño.

[77. Antiguo amor de Girard por Mion Martignes]

Hacia sus treinta años había tenido una amante de gran belleza y espiritualidad que al decir de las gentes le había dado por espacio de tres breves y fugitivos años una felicidad indecible. Él la rodeaba —decían— de toda suerte de regalos y delicadezas y sólo se vio a Henry Girard emocionado en el tiempo de esta alegría. Cuando ella murió él no transparentó su emoción a nadie y ya no rió ni lloró nunca más con las cosas humanas, ni miró jamás a ninguna mujer. Todo Arlés se vio consternado cuando murió la *belle Mion Martignes,* que había sido una campesina de Millan y acabó siendo la belleza de Arlés, l'Arlesienne por antonomasia mientras vivió. Había sido Reina de los Juegos Florales y de las manos del viejo Mistral, que la había cantado en sus versos, tomó una vez la cigarra de oro, para ponerla en las manos del joven poeta virtuoso.

Todo el teatro de Arlés era un clamor: Mion Martignes, Mion Martignes, es la bella Mion, nuestra bella Mion.

[78. Cenizas]

Una vez, cuando yo no conocía esta historia, fui a dar un paseo con Henry Girard y llegamos al cementerio nuevo donde Mion Martignes estaba enterrada. Le pregunté si íbamos a entrar, porque se detuvo un momento a la puerta:

¿Para qué? —dijo él—. «No hay más que cenizas, cenizas amadas para muchos y a pesar de todo cenizas».

[79. Preparativos de viaje al país del pimentón]

El viernes por la noche me hice un hermoso equipaje para salir el sábado de madrugada pues acababa junio y el calor se hacía sentir. Casi se vio complacido Henry Girard viendo mis afanes. Aquel hombre de sobriedad absoluta en todo, gozaba siempre que veía en mí fasto y lujo. Y aquel año del Chrysler fue el año de mi introducción resuelta en el mundo de las elegancias. Iba ya camino de ser el primer *dandy* de Arlés. Y Henry Girard me dijo:

—*Il semble la tournée des Grands Ducs, le voyage au pays du pimenton.*

Se rió hasta Julien que me ayudaba. Luego cuando se fue Julien me dijo con una emoción que no le había visto nunca: *Il faut...*

[80. Exhortación de Girard a elegir mujer del propio país: una española]

—Es preciso —me dijo— si quieres permanecer español, catalán de España, cosa que yo respeto, que te cases con una mujer de tu país. Hay que casarse con una mujer del propio país. Hasta los barqueros y barbudos de vuestra Sagrada Escritura creo que maldicen al que se casa con una extranjera. Una es la familia y una la patria: indivisibles. Hay que casarse con una mujer del propio país, para poder amar y defender en ella el propio país, la propia patria. Cásate con una catalana, al menos con una española, bella, dulce, exacta, laboriosa, dócil, inteligente. Si hubieras querido hacerte francés te hubiera sido posible la felicidad que yo creo posible en esta vida: amar en la belleza y el encanto de una mujer esta entera ciudad de Arlés, esta entera tierra de Provenza, y esta patria entera y divina: Francia. Recorre, hijo mío, España, con algún tiempo si te place en el viaje de la vuelta, luego de ajustado el negocio, y, si puedes, no vuelvas sin

haberte elegido una mujer digna de ti entre la frontera francesa de Cataluña y la raya de Portugal.

IV,
TALÍA

[81. Viaje en auto. La ilusión poética de Rosa Krüger y la necesidad real de elegir mujer]

Yo llevaba el coche y en un vuelo fui de Arlés a Port-Bou, acortando las dos etapas, que hubiera reducido a una, de no haber traído a Julien. En algún hotel del camino, donde cenamos o almorzamos, encontré mujeres bellas y bien vestidas, mujeres de Niza, de Cannes o de París, que me vieron llegar con alegría y partir con pena. Y ¿qué mujer me elegiría yo? A los 27 años era como para encontrar razonable lo que me había dicho Henry Girard. Iban a cumplirse los ocho años de la aparición de Rosa Krüger. ¿Era posible vivir y consumir noches enteras, como aún me sucedía, en una ilusión tan lejana y tan irrealizable? A la vuelta, pensaba otras veces, ¿no podría recorrer Alsacia en lugar de viajar por España? Pero, ¿qué era buscar en Alsacia a una mujer que se llamaba Rosa Krüger, que era probablemente una pequeña burguesa o una hija de artesanos, que iba en una peregrinación católica modesta, con billete de segunda clase y el traje popular de su país? Pero existía Krüger y Muller como punto de apoyo, importadores que podrían ser artesanos enriquecidos, de costumbres modestas, y aquel señor Krüger, el padre de Rosa. Al fin me convencí de que por mucho que diese vueltas a la cosa, aunque encontrara a Rosa Krüger en carne y hueso, lo probable era que se hubiera casado ya y que la encontrara como Werther a Carlota, repartiendo rebanadas de pan con manteca a dos o tres chiquillos rubios y sonrosados.

Ella podía ser la ilusión poética de una Europa de leyendas y de canciones, presentida más que conocida. No otra cosa. Pero mi realidad de España, mi retorno al solar nativo, mi enlace firme con todo lo que me había antecedido y lo que debía seguirme, eso debía ser aquella futura mujer mía, que debía elegir de una vez —como Henry Girard había dicho— entre la frontera francesa de Cataluña y la raya de Portugal.

[82. El viaje de lujo]

Fuera del valle, no conocía yo de España más que algunas capitales de la costa mediterránea a las que había ido por mar, en una vuelta de cabotaje, que empezaba generalmente por las escalas argelinas y acababa con las de Barcelona, Mallorca y Marsella. Al principio iba en barcos fruteros y muchas veces, a la vela.

Iba de buen humor pero con el corazón como enfriado en lujo, en este viaje largo que hacía con mi coche nuevo. Las participaciones en ganancias y sueldos me habían creado, a la sombra de la casa Girard, una posición independiente y los negocios habían ido viento en popa. Durante todo este viaje fui a los mejores hoteles y entré por España, puede decirse, como un pequeño Conde de Montecristo. Me quedé dos días en Barcelona, uno en Lérida, donde no vi a nadie conocido y donde nadie hubiera conocido a Teodoret el de la Bonaygua, otro en Zaragoza, donde me aburrí espantosamente, dos en Madrid, donde tuve la fortuna de encontrar en mi mismo hotel a dos comerciantes de Grenoble, amigos míos, jóvenes, alegres y simpáticos, los dos salmantinos.

[83. El hotel de Salamanca. Noticias de Don Rodrigo]

Al fin, por Salamanca, tomé la ruta de la Alta Extremadura. Los de Grenoble me habían metido en un asunto de corcho y me indicaron algunos centros importantes de la zona corchera, que no estaban muy lejos del famoso país del pimentón: la vera de Plasencia. En el hotel de Salamanca vi entrar a dos comensales ruidosos, uno viejo con el traje del país, pero con el aire muy señorial y apersonado y el otro, joven con su traje gris veraniego y sus zapatos a la moda, muy parecido a los alegantes que había visto yo alguna vez en Palermo, mucho más ingleses que los de Picadilly. Me parecieron, digo, un poco ruidosos, estirados y solemnes en el hablar y en el mandar.

El camarero me susurró al oído que el del traje popular también era un noble, ganadero famoso, etc., etc. Iba ya a exclamar espontáneamente: ¡Y a mí qué me importa todo eso!, cuando ¡vaya si me importaba todo aquello! Como que uno le había dicho al otro: «Y a Rodrigo Claver, ni por sueños pienses moverle ahora de la Albura ni hablarle de elecciones a Cortes».

Y otro dijo: Pues nos joraba y nos rejoroba con todas sus estupideces y sus extravagancias. Nos ha reventado dos distritos de Cáceres y uno de

Salamanca. Es muy fácil venir haciendo que uno está por encima de la política —y en realidad en la luna, que es donde ha estado siempre Rodriguito— cuando su tío, hermano de su abuelo, se murió por no haber salido cuando le derrotó Pérez Conejil, al cabo de veinticinco años que tenía el distrito.

Pregunté al mozo:

—¿Dónde está la Albura?

—¿La Albura? —dijo él—, pero si es ciudad en la provincia de Cáceres, cabeza de partido, con catedral, obispo y el copón, señorito.

Y ¿quién es Don Rodrigo Claver?

—Un tío muy raro, dicen, con perdón señorito. Pero allí enseguida se lo enseñan.

Y pensé ir a la Albura después de ir a Encinas del Rey y a Castromayor, que me habían señalado como las dos mecas del pimiento.

[84. Encuentro con Ángela Clemente a la entrada de Castromayor]

Entraba con el coche lentamente a Castromayor al caer de la tarde por una hermosa avenida de antiguos olmos y el sol andaba cerca de la puesta cuando me crucé con un grupo de labradoras vestidas de claro con grandes sombreros de paja que iban todas cantando. Era cerca de las primeras casas. Y me paré para preguntarlas dónde estaba la casa de don Antonio Clemente Yáñez, el mayor productor de pimiento molido de Castromayor. En realidad podía habérselo preguntado a cualquier persona según entraba al pueblo, pero quise detener aquel grupo, porque me parecieron de muy gracioso andar, lindas y alegres. Y así, paré el coche y ellas me rodearon riendo sin que supiera yo por qué reían. Vi que las más eran, si no lindas, graciosas, siete u ocho morenas y tres o cuatro rubias, algunas con los ojos de color de miel y todas con la piel fina y soleada. Iban todas muy limpias, con vestidos de colores claros y pañuelos de colores vivos que llevaban unas al cuello y otras haciendo como toldo, sobre los anchísimos sombreros de paja rústica de tiesto casero. Andaba mirando yo estos sombreros de copa alta y alas muy anchas, casi portugueses, y había cambiado con ellas alguna frase respondiendo a que me preguntaron de dónde venía y a dónde iba, cuando en uno de aquellos sombreros vi una rosa

grande de jardín, una rosa fina y maravillosa de Bruselas. Fui bajando los ojos y vi en la gran sombra de las alas de aquel sombrero, unos grandes, rasgados, brillantes ojos negros, con ojeras virginales, bajo los arcos limpios y delicados de las cejas y luego un rostro bello y blanco con esas facciones delicadas y un poco doloridas de las vírgenes españolas y después un cuerpo mimbreño y en aquel momento, posada en el hombro de una amiga, una mano de dama. Y en un instante vi que ella era como la primera actriz en un coro de ópera y que era la que ocupaba el lugar central del semicírculo. Y así en cuanto yo pregunté dónde estaba la casa de don Antonio Clemente Yáñez, ella se adelantó y respondió enseguida: don Antonio Clemente es mi padre y su casa es la primera de la calle Mayor, entrando por la parte de las eras que es donde nosotras vamos. Le dije si quería subir al coche para enseñarme la casa. Ella respondió que estaba muy cerca, que podríamos ir a pie. Una voz en el coro dijo: Si también ella tiene un coche y más grande que éste. Yo insistía y ella como sacrificándose por cortesía dijo:

—Bueno, subiré ya que está.

Julien se sentó atrás entonces y ella a mi lado. Y no faltó una voz detrás que nos alcanzara cuando el coche salía.

—Vaya, buena pareja y boda hecha.

Era ella como una de esas célebres dolorosas españolas, pero rejuvenecida y alegrada, aunque no dejara de tener su tendencia a la melancolía. Hay una copla española que yo no puedo oír sin recordarla a ella. Es aquella tan conocida.

Mira qué bonita era
se parecía a la Virgen
de Consolación de Utrera.

Así empezaba yo a casarme con Ángela Clemente. Cuando subió a sentarse a mi lado tuvo un ligero rubor pero enseguida se rehizo: Usted querrá ver a mi padre para cosas de pimiento ¿verdad?...

—Sí, así es —le dije.

—Pues si no está mi padre podrá usted hablar conmigo, porque casi todo el negocio del pimiento lo llevo yo misma. Esas muchachas y algunas más trabajan conmigo, cuando en la hoja, cuando en los secaderos, cuando en los molinos, cuando en el taller de pesar y embalar.

Es extraño. Después Ángela Clemente nunca tuvo la gracia, el desparpajo que puso en estas frases. Ahora pienso que desde que se enamoró de mí, y fue bien pronto, estuvo siempre como cohibida y sin espontaneidad. Y así fue mi mujer, antes de cumplirse el año de este encuentro, Ángela Clemente.

Su casa era aquella casa nueva de piedra que ella había dicho, la casa mejor de Castromayor, con sus persianas verdes recién pintadas, de dos plantas, casi tan largas como el hostal nuestro, con cuadras, y almacenes que la prolongaban y detrás un huerto y jardín, que llegaba hasta el río y donde se cultivaban aquellas finas rosas de Bruselas.

Dentro de aquella casa Ángela Clemente, hija única, tenía un padre, una madre y un abuelo ancianito que la adoraba. Había cumplido Ángela Clemente los 23 años.

[85. La casa y el salón de los Clemente]

Me había imaginado que aquella casa de Ángela Clemente debiera tener un zaguán ancho y típico. Tampoco tenía, y esto era para mí desconsolador, una hermosa y negra cocina para contar historias. Don Antonio Clemente me recibió en un salón del piso bajo, muy bajo de techo, largo y estrecho, fresco, casi en sombra, muy complicado de stores y de cortinajes de peluche, con divanes, sillones y sillas enfundados. Sobre la chimenea un reloj de bronce negro con figuras que representaban a Torcuato Tasso escribiendo la Jerusalén Libertada, entre la poesía y la inmortalidad. Habían descubierto para mí un sillón dorado, tapizado de damasco azul celeste ¿Por qué imaginé entonces que este sillón tenía algo de mueble del Rhin, que era, en una palabra, como la cornucopia de París y el reloj de Alemania, un sillón estilo Rosa Krüger?

[86. Don Antonio y el negocio]

Don Antonio Clemente Yáñez era un hombre alto, afeitado, avellanado, con ojos grandes, negros y brillantes, que había heredado la hija, y una gran elegancia natural, aunque en nada disimulara ni falseara su procedencia campesina. El pedido de pimentón que yo iba a hacerle era enorme y se podía renovar por diez años.

Zeysing y Serlins se habían propuesto que el pimentón en salsas y

conservas, con su vitamina C_3 recién descubierta, entrase verdaderamente a oleadas en los paladares californianos.

—*On mange comme on parle* —solía decir Henry Girard—: *la langue est la même pour gouter et pour parler.*

En California había quedado un regusto secular de lengua española, de nombres y de voces españolas. Al cabo de siglos este regusto pedía pimentón. Es lo que habían entendido perfectamente Zeysing y Serlins.

[87. Historia de una fortuna]

—Nosotros —dijo Antonio Clemente— no podemos servir este año toda esa cantidad. En cantidad no somos los primeros productores de la región, ni naturalmente de España, como creen algunos. Peña Lobo el de Aldeanueva o José Hernández en Encinas del Rey producen los dos más que nosotros y sobre todo muelen más. Compran a pequeños y medianos cultivadores. Como verá usted mañana, según espero, nosotros no molemos sino lo que cultivamos. Desde la plantación al envase el pimiento no sale de nuestras manos. Y no voy a decir exageración ninguna: hemos creado la tierra misma en que nuestro pimentón se cultiva. Nuestro objeto industrial y agrario era sostener una perfecta unidad de producción, y en cuanto fuera posible un nivel alto de la calidad, luchando con las variaciones de las cosechas. Cuando hemos comprado a veces a peso de oro y aun molido, ha sido caso siempre en pura pérdida y para sostener la calidad. Esto lo hemos logrado. Por eso nadie duda en España ni fuera de España, que el mejor pimentón que sale al mercado sea el nuestro. Toda nuestra producción está enclavada en una especie de ancho anfiteatro, que mira a mediodía y poniente, muy solano. Estamos, señor mío, cerca de la zona que tiene más días de sol de España y por consiguiente de Europa. Este anfiteatro, monstruoso, pero en declive suave, era hace treinta años un puro peñascal, seco, un canchal del infierno, con escasas tierras laborables al pie de los cuestos. En invierno corrían tres o cuatro torrenteras. Nosotros venimos de la nada. Mi padre tenía dos puntas de huerta y una casucha, que le había traído en dote mi madre, al pie de esa zona montuosa, al borde de la vega, que está entre los cuestos y el río. Mi padre solía decir:

—La fertilidad no les viene a las vegas de ahí —y señalaba el río— sino de ahí —y señalaba las torrenteras. De ese monte baja algo güeno, pero que muy güeno y todo eso se lo papan las vegas. Hay que

cojelo a metá camino. Y eso lo va jacel Franciscu Clemente. Bajaban fosfatos arenosos y mucha agua. Dios derramaba el sol a manos llenas en el anfiteatro montañoso. Nosotros contuvimos el agua y acumulamos el estiércol a carretadas en un cuarto de siglo incesante de comprar tierra árida, cada vez de mayor extensión, vendiendo la tierra que fertilizábamos cada vez de mejor calidad. Pero las llaves de la fertilidad estaban en nuestras manos, en la altura. Un día llegaría en que la suerte de toda el área laborable que dominan los cuestos dependiese de nuestra voluntad, es decir, de la de mi padre. Cuando nos sentimos relativamente fuertes fabricamos en trabajos realmente inauditos, allá arriba, las tres llaves maestras: el pantano grande de la Santísima Trinidad —por el nombre de mi madre— y los dos pantanos pequeños, el San Antón y el San Cristóbal. Fueron tres pantanos de tipo ciclópeo —San Cristobalón nos ayude, solía mi padre decir— hechos con peñascos arrancados con dinamita, sin cemento ninguno, puestos en escollera, con rellano de piedra mediana y menuda, arcilla y arena. Los ingenieros de Madrid decían que era una locura y alguno quiso denunciar a mi padre por atentado a la salud y seguridad pública. Mi padre tuvo un genio casi divino y una voluntad y unos músculos de titán. Sostuvo una triple agotadora lucha con la naturaleza, con las leyes y con los hombres. Mi padre, no es que sea mi padre, es pura y simplemente un genio. Cuando le venían con interdictos y pamplinas él contestaba: Contra la naturaleza de la ley yo me pongo con la ley de la naturaleza y venceré. Los ingenieros de Cáceres y Salamanca, recién salidos de la escuela, decían: Un día acabará por estrellarse ese visionario terco de Cristóbal Clemente, que se cree un genio providencial, y no es más que un rústico presuntuoso. Sí, sí... Tres años llevaba firme, regando el San Cristóbal, un año el San Antón y los cartuchos de dinamita iban volando medio cerro de la zorrera para la obra gigante del Santísima Trinidad. A todo esto cada año echábamos fuera ya muchas arrobas de pimiento sin moler y habíamos empezado con los secaderos. A los ingenieros de Madrid se les habían reventado aquellos años entre Cáceres, Salamanca y Zamora, tres pantanos pequeños de cemento y de piedra labrada. Vino un ingeniero checoeslovaco y dijo: ¿Quién ha dirigido esto? Mi padre —le dije. ¿Ingeniero? —preguntó él. Era porquero —contesté— y luego vendedor de tocino. Aprendió a leer en papeles de envolver, quemando por la noche el tocino averiado que le daban para untar de día a los dieciséis años. ¿Y cómo ha hecho esto? Este es el sistema que se ha empezado a usar en Norteamérica. Es el pantano de tipo ciclópeo que quizá ensayaron en el Nilo o el Éufrates hombres antiquísimos. Pues mi padre, le dije, debe ser un hombre antiquísimo.

[88. El trocito de Imperio. Ángela, realidad de España]

Más tarde comprendí que Pizarro y Cortés hubieran salido de aquella raza. La dote de Ángela Clemente era esto: un trocito tardío y escondido del Imperio Español. Y no por ambición sino por poesía, por historia, quise casarme entonces con aquella dulce hembra de las Españas. Ella podía ser mi realidad de España. Sin recorrerla en el viaje de vuelta, mi suerte estaba echada ya, como Girard quería, entre la frontera francesa de Cataluña y la raya de Portugal.

[89. Prosperidad y dificultades de los Clemente]

—Ahora voy a decirle —prosiguió don Antonio— que nuestra situación hoy, 15 de julio, es brillante y apurada a la vez. Nuestra producción y nuestra venta llevan un magnífico incremento, pero para llegar a este nivel hemos llegado al límite de crédito razonable y prudente, dado nuestro modo de ser, contrario a riesgos y aventuras. Para que nuestro negocio con ustedes fuese redondo necesitaríamos incrementar la producción en estos años, empezando desde la próxima cosecha, pero para eso no podemos rebasar, dados nuestros ingresos normales, el nivel de crédito obtenido. Y no quiero crédito a base de beneficios extraordinarios: es la ruina. Como mañana verá usted, casi todo nuestro cultivo es en terrazas escalonadas, sobre el anfiteatro montuoso, con pequeños muros de contención. Toda una enorme superficie se riega como un jardín de juguete. El agua va saltando de terraza en terraza. En los límites de nuestra finca hay todo alrededor una serie de pequeños cultivadores vecinos que siguen nuestros métodos ya indiscutibles y se benefician de nuestros riegos. Si adquiriésemos esas tierras en el tercer año podríamos ya servir íntegramente el número de quintales señalado. De otra manera nos quedaremos con una parte.

[90. Ofrecimiento de crédito]

—El cultivo en terraza me es muy familiar, es el cultivo de mi país en el tránsito de la alta montaña a la llanura. Mi familia tenía algunos huertos así en Valencia de Arneo. Después éste es un cultivo muy extendido en la Provenza, que se ha vuelto mi país adoptivo. Me interesará mucho mañana estudiar su finca. Su relato me ha impresionado. Cuando usted conozca mi vida, verá usted hasta qué punto yo tengo que ser extraordinariamente sensible ante una historia

así. Yo también procedo de la nada, porque me separé muy joven de los míos. No llegué a lo que ustedes, aunque la fortuna me favoreció con una predilección extraña. Pero mi estilo no creo que es indigno del de ustedes. Yo le voy a hacer una proposición todavía vaga e hipotética pero que quisiera tomase en cuenta como base de nuestras conversaciones de mañana. ¿Qué le parece si Girard y Castells, o sea nuestra casa, ofreciese crédito a ustedes o mejor entrara en cierto modo en sociedad con ustedes?

[91. Repulsa de don Antonio. El estado patriarcal cerrado]

—Lo creo imposible. No sé como me propone usted eso. Es usted casi un extranjero, acaba de llegar a nuestra tierra y apenas nos conoce. Aparte de eso nosotros formamos una organización familiar cerrada. Mi padre hizo el primer esfuerzo, embaucando, decían entonces, a sus hermanos mayores —él era el menor—; hermanos, primos, cuñados, primos de su mujer y demás parientes. Formamos ya en el pueblo una tribu. El pimiento ha apretado los más lejanos vínculos de parentela. Somos ya una organización patriarcal y el patriarca es mi padre. Si un pariente estudia médico, maestro, boticario, veterinario o cura y nosotros pagamos o ayudamos su carrera es para ser médico, maestro, boticario, veterinario o cura del pueblo. Para dar el voto a diputados o caciques no les pedimos puentes o carreteras sino que ayuden sobre todo a este patriarcado natural, que influyan dentro de la ley, fuera de la ley o contra la ley a que los nombramientos sirvan al funcionamiento regular y normal de esta patriarcal organización que para nosotros según el proverbio de mi padre es: *la ley de la naturaleza contra la naturaleza de la ley.*

[92. La puerta estrecha. Ángela]

—Y por ley de naturaleza sólo una puerta, bonita, lo digo sin modestia, pero rediablo, endemoniadamente difícil, hay para entrar en nuestro estado patriarcal. Puerta para usted imposible y cuya llave está en la mano de mi hija.

[93. Pretendientes de Ángela y su desdén]

—Y no es que nosotros queramos cerrar esta puerta a nadie. Ahí ha

tenido los mejores partidos de Extremadura y Salamanca. Sus bodas —se lo digo bien francamente— con hijos de ricachos y aun de millonarios de por acá han podido resolver todos nuestros problemas de crédito con ganancia para todos. Nuestra finca con sus anejos está evaluada en más de tres millones de pesetas. Su valor en diez años podría sin duda doblarse. Ella no ha querido casarse con nadie y desde los quince años es la criatura más rondada y más cortejada de todo este país.

[94. Teodoro expone su proposición matrimonial]

—No se ofenda usted señor don Antonio Clemente, yo voy a decirle algo de corazón a corazón. La primera vez en mi vida que yo voy a hablar de un asunto parecido al que usted va a oír va a ser ahora. No diré a pensar. Se piensan muchas cosas. Hace dos horas he llegado aquí. He encontrado a su hija en la carretera y con negocios o sin negocios he pensado casarme con ella, si ella quiere. Cuando hablemos tres días y usted y su padre me oigan verán que no hay en esto sombra de interés sino pura y simple poesía y si quiere usted novelería. He pensado casarme con ella, cuando he creído que era una aldeana de rara hermosura, una especie de campesina prodigiosa. Se lo jura Teodoro Castells que nunca ha faltado a su palabra. No se ofenda usted señor Clemente. Y le digo más, ella sería la primera mujer de mi vida.

[95. Benevolencia escéptica de don Antonio]

—Usted me ofendería a mí —dijo él riendo con mucha gracia— pensando que me ofende cuando me honra mucho y a su vez no se ofenda usted mismo si le digo que en veinte leguas a la redonda soy el padre y el presunto suegro —siempre presunto— más habituado a oír esta historia guisada en todas las salsas hasta con su contera de proyecto de suicidio o de profesión en la Cartuja de Burgos... Y yo le voy a abrir el corazón. Me irrita en un principio que nadie se lleve a mi hija porque, perdóneme este orgullo, no he visto a nadie todavía digno de ella. Pero su terquedad en no casarse empieza a preocuparnos. Estoy por otra parte impaciente de que mi padre, que el pobrecito va a morir, muera sin tener a su primer biznieto en las rodillas. Está hemipléjico desde hace tres años: uno o dos ataques en dos o tres años y nuestro amado viejecito se nos habrá ido. Vamos a

suponer que nosotros nos convenciéramos —y perdóneme la manera brusca de hablar— de que usted es lo que parece: un hombre sano, honrado, bueno, un comerciante inteligente, que ha ganado a puños una posición firme. Sí Ángela se enamorara de usted y nos sacara de esta pesadilla, ¿qué más querríamos?

[96. Palabras de Ángela sobre el primo Crisanto]

—Una vez el abuelo dijo que hasta con el hijo pequeño del Patato que es el hijo de un pariente nuestro, un muchacho más pobre que las ratas pero listo, guapísimo y a quien Ángela distingue mucho desde niña, la casaría. Y una vez el abuelo le dijo a ella en la mesa:

—Ángela, no te comas por dentro, no nos ocultes cosas... Si estás en secreto enamorada de tu primo Crisanto Yáñez, cásate con él de una vez que es un muchacho honrado, trabajador, de pañales limpios y ya le haremos hombre.

Y Ángela se echó a reír a carcajada sin sonrojarse un punto y contestó:

—Si yo estuviera enamorada de mi primo Crisanto, me habría casado ya con él y con todo el respeto que les tengo a ustedes, gustosos o no gustosos que fueran, casada con él estaría. Y les juro que nunca me recomeré nada por dentro. Ojalá tuviera yo algo que recomerme por dentro aunque no fuera más que para hacer boca. Nada, abuelo, le he echado yo al corazón, ¡qué digo de comer!, ni siquiera de merendar.

—Eso dijo Ángela y no ha mentido nunca.

[97. Estancia en casa de los Clemente]

El reloj de Torcuato Tasso, dio las ocho.

—Me he olvidado del tiempo —dije— y tengo ya que ir a la posada.

—Sus maletas, señor Castells, estarán hace tiempo en su cuarto de ésta su casa. Nada de lo que acaba de decirme impediría que aquí usted se quedara. Pero Ángela y su madre duermen estos días en la casa que tenemos en la finca. Comen y cenan acá o allá según les va. Ella, Ángela, tiene allí de mañanita y por la tarde cuentas y labores que ella lleva y en las que mi mujer le ayuda. Pero ya es hora de cenar y,

¡vaya! ¡vaya!, dentro de diez minutos va usted a probar infaliblemente el pimentón de Cristóbal Clemente e Hijo.

[98. La cena. Ausencia hábil de Ángela]

Nos sentamos a la mesa y Ángela Clemente no estaba. Al desplegar las servilletas, bendecida la mesa por el tío cura y hechas antes las presentaciones del abuelo y demás, la señora me dijo:

—Ángela ha estado aquí hasta hace un momento arreglando su cuarto y el de su mecánico. Me ha encargado que le diga que la perdone usted de no estar aquí. Se ha ido a la casa de la finca con sus primas porque hoy estaba la pobre criatura rendida de trabajo y el calor de esta casa del pueblo no la deja descansar. Mire que se levanta con el alba todos los días. Me ha dicho además, que como supone que usted irá mañana a almorzar con Antonio a la casa de la finca —la villa, le decimos nosotros porque se llama Villa Ángela— estará muy contenta de estar allí para hacerle los honores como usted se merece.

El abuelo, que estaba muy impedido para hablar pero que seguía la conversación con ojos extraordinariamente inteligentes y simpáticos era todo interrogantes. Antonio Clemente hizo como que no daba la menor importancia a la cosa y dio entretanto instrucciones a un criado sobre el sitio donde estaba algún licor viejo. El cura beatífico, ponía los ojos en blanco acariciándose las gordezuelas manos y me decía:

—No es por alabarla, pero una perla, una perla...

Ya estaba en el caldo de la sopa el oro rojizo del pimentón, y yo elevaba a mi boca la primera cucharada mientras pensaba: No me parece mal principio el de Ángela Clemente.

La cena fue la corriente que ellos hacían, salvo el vino, algunos dulces, el café, los licores y un cigarro habano. Y la cena, siendo la corriente estuvo bien. No me dijeron, como es uso en los pueblos, que aquello era lo corriente, cuando no suele serlo, y eso me pareció mejor. Sin mucha sobremesa, pues comprendí que madrugaban, a las diez estaba ya en mi cuarto.

[98. El cuarto de dormir]

El cuarto era, como toda la casa, bajo de techo, amueblado con muebles nuevos, de nogal brillante, comprados, sin duda, entre lo mejor de lo mejor del bazar de Cáceres o de Salamanca. Los muros y el techo estaban como recientemente encalados o pintados de un blanco ligeramente azul. Era una habitación grande, cuadrada, con dos ventanas a la calle Mayor y, sin duda, la mejor de la casa. Del techo pendía una lámpara de bronce Liberty con rosarios de cristal grueso tallado, que hubiera sido ciertamente más propia de comedor de hotel. Ocupaba el centro de la estancia un gran lecho nupcial de nogal, como los otros muebles, armario con espejos, mesa para escribir, etc., etc., que tenía una colcha muy bordada y unas sábanas con grandes iniciales. De una gran argolla del techo pendía un blanco y pomposo mosquitero de muselina.

Sobre la mesa de escribir había un candelabro de plata, con una vela de cera verde, retorcida en estrías salomónicas, una antigua vela de piano, que uno jamás se atrevería a encender. Sobre la cabecera de la cama presidía los sueños un gran cuadro de plata de Nuestra Señora de Guadalupe en bajorrelieve de galvanoplastia y en los otros muros había dos cuadros pintados al óleo, en marcos dorados: uno era una marina con asunto de Asturias o de Santander, probablemente una vuelta de la pesca y el otro un asunto pastoril de pastoras del Tormes, pastoras vestidas con el lujoso traje de charras y corderillos de nacimiento. Las firmas eran, para la marina: E. García Oliván. Madrid, 1906. Para la pastorela: V. Galofre. Roma, 1894. Pintaban, pensé, estos dos pintores sus asuntos desde bastante lejos. ¡Cuadros pintados de memoria!

Sobre una de las mesillas de noche un Corazón de Jesús de bronce, sobre otra de las mesillas de noche una Virgen de Lourdes de pasta fosforescente. En el lavabo dos o tres frascos de aguas de *toilette* para distintos usos, toallas de tres diversas especies y ¡oh!, se me olvidaba, sobre la mesilla de noche de la derecha, que era la del Sagrado Corazón, un artefacto con dos frascos de cristal tallado, grandes, uno lleno de agua y otro de jerez.

Todo esto y muchas cosas más lo había dispuesto Ángela escrupulosamente. Aquella habitación nueva, sin estrenar, estaba dispuesta para ser probablemente la alcoba nupcial de Ángela. Se habría ofrecido a otros huéspedes. Pensé orgullosamente que yo era el primero que allí dormía y no dejé de atribuir a esto intenciones y significaciones muy profundas.

[99. El retrato de Ángela. Optimismo amoroso]

Iba a apagar una de las numerosas luces que en este cuarto había, cuando en una rinconera en sombra vi un retrato de muchacha en un marco de plata. Y allí estaba, frente por frente de mi lecho, en una fotografía iluminada, sonriéndome, Ángela Clemente, con un historiado traje popular, que luego me dijeron ser el de las mozas de Candelario. No aumentaba mucho su belleza pero ella seguía pareciendo una de esas dulces y patéticas tallas policromadas en que las vírgenes españolas lloran y sonríen.

Me acerqué ya en pijama, tomé en las manos el retrato y pensé si no se habría puesto aquella misma noche, si no estaba todavía allí el olor fresco y suave de su mano.

El aire caluroso empezó a tejer en torno a mí como una onda del paraíso. Me pareció la cosa más oportuna del mundo el hacer del jerez añejo una compañía de cuarto de dormir y llené, ¡qué dirían de mí!, un vaso hasta los bordes. Apagué las luces, abrí las ventanas, caí en los colchones mullidos, en las frescas holandas y, ¡versátil corazón del hombre!, sin recitar los gozos a la Virgen de la Artiga, empecé a sentir la delicia de un mundo que nada tenía que ver con Rosa Krüger y que acaso nada tenía que ver tampoco con Teodoro Castells.

[100. «Villa Ángela»]

«Villa Ángela», en un soto fresco y frondoso al extremo oeste de la finca, era una granja con puntas y ribetes de hotel moderno de verano. Casi entraban por las anchas ventanas ramas de fresnos, castaños y nogales, se oía por todas partes un ruido cercano de fuentes, saltaba la oropéndola con su canto monótono de una rama a otra, llenaban de murmullos la distancia ranas y grillos. Era uno de los rincones más frescos de la alta y fresca Extremadura que se apoya en las sierras y sube hacia las lindes salmantinas.

[101. El almuerzo. La mesa bajo los árboles]

En el almuerzo no hubo exageración pero sí intención. No reunió Ángela muchos comensales —porque ella lo dispuso todo— pero ya serían alrededor de doce o quince. No hizo ella servir demasiados platos en la mesa risueña que compuso a la sombra de los altos

árboles, ni quiso ofrecer una cocina demasiado típica de especialidades de pueblo ni tampoco quiso simular una cocina de ciudad, sino que se tuvo en un estilo intermedio, propio de aquel ambiente en que un día podría ser dueña y señora. Los comensales eran las gentes que sin duda ella más quería: sus dos primas Lupita y Felipilla, su amiga la del médico, el famoso primo Crisanto, el cura que la había bautizado y era naturalmente su tío, el viejo boticario que era tan alegre y decidor, el abuelo, sus padres. Y salieron las mantelerías que ella había bordado en las noches de invierno, las cristalerías y vajillas que ella había elegido en Cáceres, en Salamanca y hasta en Madrid, la plata que compró el abuelo cuando se coronó el pantano grande y que estaba sin cifras para ella y acá y allá sobre la mantelería las rosas que ella había cortado a última hora porque cuando llegué yo, un poco tarde, ella vino riendo hacia nosotros con un ramo de rosas frescas en una mano y unas tijeras de jardín en la otra.

[102. Ángela estrena su corazón]

Ahora pienso que era tan tierno, tan lleno de la dulzura patética, de la dulzura suavemente trágica que de toda ella emanaba, ver a Ángela Clemente tan en el mundo que se había formado ella, en el mundo de sus ilusiones.

Y acá y allá, entre el bullicio regocijado de la mesa, trozos sueltos de conversaciones me denunciaban que tal cosa se había estrenado aquel día, que tal otra no se había visto o no se había hecho nunca, que no se pensaba que aquel día se desplegase aquel mantel grande de mesa de honor para algún banquete futuro donde alternaban óvalos y losanges de ganchillo, uno con figuras de ángeles vendados y de ángeles arqueros y otros con vasos de frutas y de flores. En aquella comida, en que ella quitó hasta donde le fue posible toda pretensión aparatosa se estrenaron muchas cosas y se vieron otras que no se habían visto.

Más tarde comprendí, conmovido, que lo que había estrenado Ángela Clemente en aquel animado mediodía de julio era pura y sencillamente su propio corazón.

[103. Los ojillos del abuelo. Los brindis]

Los vivos ojillos del abuelo, ribeteados de rojo, color de dos gotas de agua de mar, a cada momento llorosos, iban de instante en instante de la nieta amada y bonita al señor forastero ora tristes ora alegres como si en su danza cambiasen por invisibles músicas. Hablaba poco, con dificultad, a la derecha del cura, que estaba entre él y yo. Y Ángela estaba lejos de mí entre las primas, en una esquina, con pretexto de ordenar el servicio. Hubo champagne o a lo menos algo espumoso, levantó la copa el abuelo, leyó un papel el sacerdote, que quién sabe cómo encajó mi presencia allí, el pimentón, la Santa Patrona del pueblo que era Santa María Magdalena, las virtudes de Ángela y la prosperidad de todos. Hubo claro está muchas alusiones jocosas o serias en estos brindis. Creo yo que al fin brindamos todos, para Ángela y para mí, unas veces por separado y otras celebrando a quien había dispuesto aquel festejo y a quien era tan digno de tal honor.

[104. El paseo por la finca al caer la tarde]

Sería más que mediada la tarde cuando nos acordamos del objeto o pretexto de todo aquello que era dar un paseo por la finca. Apenas quedaba una hora de sol. A los postres y brindis y café fueron viniendo otraspersonas invitadas a la segunda parte, parientes y notabilidades del pueblo, hasta la famosa tía Maravillas, tía de Ángela, inmensa, oronda, todavía bellísima, emperejilada, empavesada como una fragata, con sus dos hijos tontos, uno de 17 años y otro de 23, que traía vestidos de señoritos y cogidos de la mano como dos criaturas.

Soltaron las aguas en la finca para que se viese la abundancia, facilidad y belleza del riego y era una delicia en el atardecer caluroso de julio el olor húmedo y fragante de la tierra mojada. Se ensanchaba el área entera de cultivo, en la curva muy abierta de los declives, con un número innumerable de terrazas, que en alguna parte alcanzaban diecisiete pisos hasta la vega. De vez en cuando, en los puntos de vista que mejor dominaban la fértil extensión de matas verdes y tierra ocre, había un banco de piedra o de madera, una glorieta de rosas de bengala, una fuente, un cerco de evónimos, una palma. Eran como señales y regalos del amor de aquella gente a la finca de sus amores. Fue casualidad o fue obra de los estrechos y complicados caminos y escaleras de piedra, que corrían entre los tableros, o fue, pensando mal, intención de algunas personas o voluntad de Ángela misma, pero poco antes de acabar el paseo, cuando ya se veían los coches que en el otro extremo nos esperaban para llevarnos a Castromayor, cuando Ángela y yo nos encontramos solos y un poco alejados de las gentes.

Estaba ella muy pálida, aunque el fuego naranja del poniente encendía su figura en algunas vueltas del camino. Pero la luz fue palideciendo y las sombras empezaban a volverse de color violeta.

[105. Ángela en la luz del poniente]

Estaba ella junto a mí en la luz violeta de la tarde, frente a un horizonte azul y plata de olivares del río, vestida de tul blanco con volantes, partido en dos el pelo negrísimo y tirante, recogido a los lados enrodetes. Le dejaba la mitad de los brazos de marfil un poco morenos e infantiles al aire, y un escote casto y redondo. Llevaba ella un collar de corales grandes de rosa y un pañolito de seda azul pálido con flecos ligeros sobre los hombros. En la mano traía una de aquellas rosas de Bruselas. Anduvimos más de diez minutos uno al lado del otro sin hablar palabra. Y yo vi que este silencio nos oprimía. Se oía el glu-glu lento del agua penetrando en la tierra. Llegamos a un ciprés ya en el término y ella se apoyó como desfallecida. Este gesto de cansancio no debía ser habitual en ella. Su carácter parecía contrario a cualquier muestra de debilidad. Se llevó la mano a la frente. Era ya un instante angustioso.

[106. Declaración de amor]

—Sabe usted Ángela que ayer he llegado a descubrir a su padre mi propósito de pedir su mano.

Me miró con ojos suplicantes primero, después con la interrogación ora alegre ora grave de los ojos del abuelito.

—¿Sí? —interrogó ella ilusionada.

—Sí, Ángela —afirmé yo.

—¿Sí? —interrogó esta vez con angustia.

—Sí —volví a decir.

Ella se sonrojó entonces, tuvo un leve temblor en los labios, miró al cielo de la primera estrella y murmuró muy lentamente: ¡Bendito sea Dios! Hundió el rostro en las manos un momento y cuando lo alzó me miró, como sintiéndose infinitamente abatida y pequeña, tenía en las

mejillas las dos lágrimas de diamante de las dolorosas españolas y en el fondo de los ojos una honda melancolía. Luego dijo: Yo ya aquí me quedo, adiós... adiós...

[107. La rosa caída]

Recogió con pena la rosa que había caído al suelo como en un mal presagio. La alzó y me dijo:

—Toma, era para ti—. Cuando fui corriendo hacia los coches, me costaba volver la vista atrás. Me quedaba como una tristeza, como una amargura, como un remordimiento. Y tristemente le dije de lejos adiós con la mano. Y su pobre mano parece que quería volverse una paloma de alegría.

[108. La estrella de la tarde. ¡Adiós Rosa Krüger!]

En el cielo miré la estrella de Venus, grande, cristalina, zafiro, esmeralda y diamante. Adiós, le dije, Rosa Krüger.

[109. Conciertos de boda]

Aquella misma noche hablé con don Antonio de nuevo. Todo quedó condicionado a que mi padre adoptivo Monsieur Girard viniese o nos encontráramos en Madrid o Barcelona. Entre tanto las cosas se tendrían en un tono discreto sin darles todavía consideración oficial. Propuse yo marcharme al día siguiente pero don Antonio y su mujer insistieron en que me quedara por lo menos hasta acabar aquella semana. Estábamos a jueves. Dos días hicimos excursiones a lugares bellos y pintorescos, que alguna vez me recordaron las montañas regaladas de mi valle natal. Fuimos así a la Alberca, a las Batuecas, a las ruinas de Mérida y a la Abadía. Los otros días íbamos a almorzar y a merendar a «Villa Ángela», donde Ángela y las primas hacían los honores con mucha gracia. Nos dejaban algún rato solos como casualmente.

[110. El extraño noviazgo]

Empezó no un idilio sino una extraña situación de amor. Digo de verdad que yo me creía enamorado de Ángela. Era ciertamente difícil no sentir una estimación apasionada por aquella criatura.

[111. La rica de Castromayor. Melancolía del idilio]

Era tal como Henry Girard había dicho: «Una española bella, dulce, exacta, laboriosa, dócil, inteligente».

No podía ponérsele tacha. Su instrucción en las monjas francesas de Salamanca había sido bastante cuidada. Su formación moral y familiar, el tono de su conducta, su elevado sentido del deber, la hacían en todo irreprochable. Si su dote era como un trocito de Imperio Español, ella era como un último ejemplar de las ricas-hembras de España, porque eso son, aun en los medios populares, las señoras amas, las ricas de la tierra de Extremadura. Y no en el sentido económico sino en el sentido social, moral, autoritario, y poético, Ángela Clemente era nada menos que esto: la rica de Castromayor. Ella tendría siempre las llaves de la casa y yo los negocios de afuera, el timón de la nave. Iría y volvería y ella sería mi Penélope. Os he dicho que vivíamos en una extraña situación de amor. Vivíamos como cohibidos: ella triste y yo como si hubiera cometido algún crimen. Decían que ella antes era tan alegre aunque a veces con su punta de melancolía. Y yo tan hablador, tan decidor, tan contador de historias. Y no sabía qué contarla a ella. Me consolaba pensando que aquello podía ser el amor, porque el amor hace a veces de los tristes alegres y de los alegres tristes. Una sola cosa, tierna y profunda pude decirla. Estaba un día vestida de raso azul plomizo, con un hilo de perlas pequeñas. Era la tarde de la despedida y me pareció más hermosa que nunca. Yo se lo dije y ella tuvo una gran alegría. Y luego cogiéndola las manos y mirándola en los ojos añadí, después de un silencio:

—Cómo me gustará, Ángela, verte envejecer, verte cuando tengas hijos mayores, cuando nuestro cariño sea igual y sereno, cuando seas ya más que nunca la madre, el alma, la señora venerada de esta casa, la rica de Castromayor.

[112. Primer beso de Ángela y desilusión de Teodoro]

Empezaron a velársele los ojos y yo la di el primer beso, un beso tenaz, entero y firme, el primero de mi vida, estrechándola

fuertemente en los brazos.

Ella me lo devolvía con una boca turbada y demasiado ardiente, como si todo el seco fuego de la tierra de julio estuviera en su boca. Se me quedó un momento como con el cuerpo aterido en los brazos, pálida y temblorosa, mientras le palpitaba el corazón hecho fuego. Era como una paloma con las alas heladas de frío y el pobre corazón de fuego, que sobre mi pecho soñaba los vuelos felices en el viento tibio de la tarde. Yo estaba a la vez lleno de terror y de desencanto. Tantas veces había soñado en la boca infantil, adolescente, de Rosa Krüger.

Y en sus besos frescos y fáciles, anegados en júbilo de primavera, húmedos, encantados, deliciosos de dulce fuego, largos y como adormecidos en la propia felicidad, llenos del ensueño y de la embriaguez de una especie de música del paraíso.

Me quedé como aterrado, desencantado, desconsolado del beso de Ángela. Los fabricantes de perfumes con quienes he tenido relación alguna vez por mi comercio de flores, me han dicho que de ciertos olores ingratos a ciertos aromas fascinadores no hay más que un punto en la gradación química. Pues os voy a decir una cosa horrible. Aquel beso, hondamente ingrato para mí de Ángela, degradado un punto, puesto ya en la plenitud de su fuego pasional y animal era ya para mí el beso fascinador de Coloma.

V,

[113. Viaje a la Albura]

A nadie dije yo que pensaba ir a ver a Don Rodrigo. Era penoso para mí referirles los tiempos de esta amistad. Como dije que iba para Cáceres, me hicieron salir aquel lunes con la fresca de la mañana y las siete y media serían cuando entraba en la Albura, ciudad puesta en alto y ceñida de muralla romana. Un niño colgado del estribo me llevó a la mansión del raro personaje. Y su casa era tan rara y complicada como él mismo. Me imaginaba yo fácilmente que había él de vivir en algún caserón antiguo, de piedra, más o menos hidalgo, con su fachada de piedra, su balcón, sus buenas aldabas, en fin, una casa normal y visible, como tantas y tantas, desde el hogar del campesino rico al señorial palacio, que había ido viendo ya por Salamanca, Extremadura y las dos Castillas.

[114. La extraña casa de Rodrigo, simbólico]

«Ésta es la casa», dijo el niño. Era una plazoleta enlosada de piedra, con una fuentecilla en medio de tres conchas de bronce y estaba formada por estas construcciones: el palacio episcopal, la trasera de la catedral, un muro de piedra largo de treinta metros y alto de seis o siete con dos enormes puertas distanciadas, unas casillas a continuación de este muro y dos pequeñas casas hidalgas, una con puerta de arco gótico y otra con puerta de arco de herradura. Ante aquel imponente muro de las dos enormes puertas claveteadas, medio despintadas de blanco, el niño había dicho: «ésta es la casa». La casa, naturalmente, estaba detrás de este muro, pero me hizo un efecto tan extraño a lo que había imaginado. Me pareció que había algo así, algo como esto, una separación tajante, imponente entre la verdadera vida interior de Don Rodrigo y el mundo que lo rodeaba. Se quería encastillar en la montaña para toda la vida: estar en alto, sólo y en

silencio. Su raza debía ser una raza de encastillados. Todavía esta casa le parecía poco. Recordaba sus silencios. Era como si opusiera este muro mismo impasible e impenetrable que no dejaba ver ni siquiera el alero de su tejado. «¿Cómo llamar?», pregunté al niño. «Aquí no se llama, contestó, abrirán si quieren». Me disponía a dar dos bocinazos, cuando la enorme puerta se abrió mágicamente, sin ruido, como si no la hubieran movido manos humanas».

[115. El raro jardín y el lacayo]

Sin ver a nadie me encontré como ante una cascada salvaje desordenada y profusa de rosales y de limoneros cuyas ramas casi se partían cargadas de frutas de oro. Desmayaba el aroma. Y no se veía tampoco fachada ninguna sino un sendero estrecho y enlosado, entre las olas de flores y de frutos y al fondo, a unos cuarenta metros una escalerrilla de piedra, con balaustrada de calados, antiguos y arriba una puerta mediana, de arco rebajado, un trozo de muro y quizá una o dos ventanas medio ocultas por enredaderas y ramajes, pero nada que se pareciese a una fachada. Pues, ¿qué diablos de casa o de burla es ésta?, pensé. Me salieron a ladrar dos lebreles negros y por entre la vegetación de la derecha se filtró una especie de lacayo en traje de faena, que era un hombre de rostro palúdico y patillas cortas, con aire de antiguo criado de ciudad, avinagrado y ceremonioso. Le di mi tarjeta y él me dijo:

—El señor puede pasar arriba o esperar un instante en el jardín. Es tan temprano todavía que, perdone el señor, no han abierto aún la puerta de arriba y tendré que llamar porque no tengo aquí las llaves.

Opté por esperar mientras el hombre subía la escalerita de piedra y llamaba con una aldaba reluciente, colgada como de un doselete de filigranas de bronce.

[116. Las estelas]

Empecé a recorrer el estrecho sendero de losas y vi que a los lados había entre el desbordamiento de rosas, algunos espacios cuadrados y vacíos de césped, cada uno con una pequeña losa encima, como sepulcro. Tenía letras latinas y signos antiquísimos como un sol, una paloma, un pez, una omega. A la derecha vi que se abría y descendía en suave declive otro sendero enlosado entre las flores, que por el

inconfundible olor y las moscas que traía debía ir a unas caballerizas puestas frente a la otra puerta enorme.

Estaba intentando descifrar una de estas antiguas estelas funerarias —luego supe que esto es lo que eran— y sólo lograba deletrear la palabras: ANCILLA SYRIACA CUM FILIA, cuando apareció en la escalerilla de piedra Don Rodrigo abriéndome los brazos.

[117. Aparición de Don Rodrigo]

—Teodoret, Teodoret de mi alma. Llevaba años buscándote y no te podía encontrar. Abrázame, tutéame, Teodoret yo te lo mando.

Estaba Don Rodrigo vestido con un pantalón de montar de seda cruda, unas finas botas y una floja camisa de seda, como preparado para el paseo con la fresca de la mañana. Había envejecido sí y no. Él seguía siendo una curiosa mezcla de pereza y agilidad, vejez, y juventud. Acaso su perfil se había vuelto más agudo y huesudo pero en cambio había como más aire suelto en sus cabellos, más viveza en sus ojos, más prontitud metálica y ligera en su palabra.

[118. La Ancilla Syriaca]

—Estas estelas son casi lo mejor de la casa. Esa que estás mirando es la más poética de todas: es una esclava siria que dedica un recuerdo al señor romano, muerto en el camino, en aquella vía imperial que iba a Mérida. Esa rueda solar que hay arriba es de una incisión fina y perfecta. Es un símbolo de culto sabeo y el origen de la svástica. Esta esclava siria casi se igualó a su señor y pudo dedicarle esta estela, al borde del camino por donde desfilaban las legiones, igual que una dama patricia. Con su carne morena de amor, carne de cantar de cantares ella le había dado el sol sagrado y milenario del oriente, origen de sabiduría. ¡Cuánto he pensado en el perfecto amor de esta esclava, en el perfecto amor animal y divino, sencillo y misterioso de la esclava! Puede ser que esta estela, no lo sabes aún hasta dónde, haya decidido de mi vida.

Dijo esto como si hablara para sí mismo en sueños. —Por estas cosas que usted dice Don Rodrigo —le dije, sabiendo que el chisme le divertiría— unos señores de Salamanca muy preocupados con las elecciones a Cortes decían que usted estaba en la luna.

Don Rodrigo dijo riendo de buena gana:

—¡Ah!, son listos, listos y saben barruntar todo lo que hay en estas provincias. Pero por esta vez tú no me has encontrado en la luna, tú me has encontrado en el sol.

Empezó a decirme que me encontraba hecho un señor y que le contara de mi vida. Así se nos pasaron como tres cuartos de hora en el jardín.

[119. El comedor romano y la historia del palacio]

Había en la casa de Don Rodrigo un maravilloso silencio, donde se oían los relojes. Me llevó a desayunar a un comedor muy grande y cuadrado, que me pareció altísimo de techo, enlosado de mármol negro y blanco, abovedado, con los muros y bóvedas de piedra clara, todo ello sin duda obra antigua, ornada de ligeras molduras y de una ancha cornisa. En el testero mayor, opuesto a cuatro grandes ventanales, había una hornacina grande, con una Ceres romana con el cuerno de la abundancia, desenterrada en La Abadía, dijo él, y a los lados otras dos hornacinas más pequeñas, con vasos de mármol azul, romanos también, con frutas frescas. Los muebles eran pocos, simples, lisos y oscuros. En alguna parte brillaban platos y jarros y candelabros de antigua plata. Empezaron a servirnos con gran silencio en el gran silencio de la casa. Don Rodrigo tomó un gran frasco de cristal que en la mesa había y me dijo:

—Mejor que todo Teodoret el *traguet de vi.* Aquí hay un vino bueno, de la raya de Portugal, que empieza a parecerse al oporto—. Contando yo, explicando él, quedándonos a veces los dos en silencio, fuimos entrando en la mañana. Vino el correo con un paquete de revistas extranjeras y él las mandó retirar con un gesto como si las remitiese a su destino.

Me fue contando muchas cosas, y como yo le preguntara de su casa para mí extrañísima que aquella casa era originariamente romana como la muralla que formaba dos de sus paredes maestras, que sus cimientos eran del tiempo de Trajano, hechos con piedras de una ciudad lusitana de época anterior, Airia Augusta. Después dijo que la casa había pasado por toda clase de estilos ymodificaciones: visigoda, árabe, medieval cristiana, renacimiento, siglo XVII. Él había querido restituirla un poco a su tono romana. Con muy buen sentido —dijo— el arquitecto del Renacimiento que puso mano aquí y que fue sin duda un alumno de Herrera o Herrera mismo, hizo este comedor, de tono

romano y que en comedor —añadió riendo— es lo que es la Basílica de El Escorial como basílica. El juego de las tres hornacinas es un poco pesado y funerario y la cornisa interior tan ancha, además de un criadero de polvo en este polvoriento país, es un defecto arquitectónico, aunque al cabo de los siglos haya servido para una espléndida iluminación indirecta. Hacen falta escobas especiales para limpiarlo todos los días. Éste es como un comedor de Roma, pero entendámonos, no de la Roma del *Quo Vadis,* sino de la Roma barroca, aunque sea un poco más tosco y menos alegre, claro está, que un comedor de Bernini o de Borromini. Todas estas modas romanas, toscanas y napolitanas, las trajo por acá el virrey español Pimentel que hizo el famoso jardín de La Abadía desgraciadamente saqueado. Esa Ceres procede de allá, como los dos vasos y se excavó en Pompeya. Aquí estuvo en algún jardín, después en una iglesia, haciendo de Santa Úrsula, luego en un cementerio y por fin se la regaló a mi padre el municipio cuando consiguió el puente de hierro y aquí está.

Le conté que había estado en La Abadía y como mi relato se había interrumpido en lo de mi futuro casamiento con la niña de Castromayor, dije que uno de los mayores alicientes para venirle a ver era referirle aquel caso y pedirle consejo sobre mi elección.

[120. Matrimonio extravagante de Don Rodrigo y teoría del carácter y elegancia extraordinaria de su mujer]

Pasamos Don Rodrigo y yo a una galería ancha de columnas de piedra que daba sobre un patio denaranjos. Al fondo de esta galería había una escalera, que iba no sé dónde, al cielo, pues la misteriosa casa sin fachadas tenía dos plantas y estábamos en la de arriba.

—Teodoro —dijo él— en esta cuestión del matrimonio yo no sé cómo me las arreglaría para predicar con el ejemplo porque yo he hecho un matrimonio extraño pero en cierto modo feliz. Me he casado con una mujer de alma huraña, vientre infecundo e instintos a la vez finos y salvajes. Esta mujer antes de casarse conmigo hablaba poco, tenía que hacer un gran esfuerzo para expresar sus emociones. Ahora no necesita ya hablar nada porque tiene en su mano el único modo de expresión que le es propio, o sea, el amor físico. Puesta en ese mundo —y me vas luego a perdonar la crudeza de cuanto yo diga— es una criatura incomparable. Los matices más tiernos, más delicados, más complicados, más difíciles los sabe ella expresar con su cuerpo de una manera maravillosa. Tiene un maravilloso instinto de la actitud, tan maravilloso, que por meditar y meditar en una sola actitud suya,

acabé por enamorarme de ella, luego que la hube dejado de ver y la pedí a sus padres y me casé con ella. En su relación con el mundo exterior lo mismo que en la intimidad el alma de esta mujer es su cuerpo y su cuerpo su alma. Ella tiene la elegancia innata del lebrel, del corcel, de la sierpe, del cisne. Con su cuerpo como con su danza o una música puede expresarlo todo. A este instinto salvaje y armonioso a la vez del amor físico y de las actitudes en el espacio ha ido añadiendo en estos nueve años un acompañamiento portentoso de *toilettes* interiores y exteriores, métodos de instituto de belleza, repertorios de peinados y de perfumes, etc., etc., etc. Con todos estos medios ha enriquecido su natural y primordial lenguaje, que era el de su cuerpo maravilloso, puro y desnudo y así multiplicaba sus medios de expresión y sus matices. Si la veo bajar a comer con un traje de grandes pliegues clásicos y verticales y el pelo recogido en bucles de heroína griega presiento ya que al despedirse va a estar un momento con el brazo apoyado a lo largo de una columna en una pose perfecta de melancolía tranquila, que otra mujer expresaría mal probablemente con largos discursos pretenciosos, sentimentales y para mí de un detestable gusto. En cambio si por la mañana aparece con un modelo fresco de Jeanne Lanvin, que me recuerda la costa vasca entonces ella promete una alegría casi marinera y es que siente en su corazón una bonanza picante de brisa fresca y ondas felices.

Hemos viajado un año cuando nos casamos por el extranjero y me fue asombrando día a día con su instinto raro y exigente. Al principio avanzaba cauta por los bazares fáciles de París como una débil alimaña hasta que irrumpió en las grandes firmas de *modes, robes et manteaux* como una leona. Nunca vi bestia noble mejor adiestrada, de olfato más agudo y ojos más avizores en la casa de las elegancias. Al mismo tiempo sus sentidos iban adquiriendo una precisión rara para las perlas, para las pieles, para los perfumes. Eran siglos de instinto acumulados en ella que encontraban su orgía. Yo la llevo todos los años tres o cuatro meses a París y a Londres y alguna vez hemos escapado a algún país exótico. Hace dos años de Esmirna a Ispahan ella se hizo una colección absurda de calzados de sultana y de velos de danza. No usa apenas afuera estas cosas pero cerrada en su cuarto las mira, las remira, a veces se las prueba. Vive unas diez horas para sus espejos y el resto de las horas para mí que soy su principal espejo—. Llamó Don Rodrigo y dijo a una camarerita francesa:

—Georgette, quiere avisar a la señora.

[121. Aparición sorprendente de Coloma]

Un minuto después vi estupefacto bajar la escalera que no se sabía de dónde bajaba, a una criatura sorprendente, vestida de percal blanco con lunares azules, con un pañuelo ligero de seda marrón cruzado sobre el pecho. Era una criatura asombrosamente vestida de montañesa de Arán, vestida de campesina de la Bonaygua por los modistos de París que avanzó hacia nosotros sonriendo con su antiguo, con su leve andar de cierva encelada. Era Coloma.

El pañolito marrón de seda, igual al de nuestras campesinas, lo prendía por las dos puntas y a la breve cintura con dos broches iguales de brillantes y apoyando suavemente sus manos en las caderas, en su actitud tan familiar de antes.

Luego supe que aquella *toilette* era una de sus obras maestras. Había hecho hacer en París más de veinte dibujos para que le estilizasen aquel traje de pobre doncella montañesa de Arán, igual que uno que ella había llevado una vez a las fiestas mayores de Escalarre. No acertaban lo que ella quería hasta que les dijo saliendo de su mutismo:

—Dejen ustedes de pensar en Carmen, que es lo que ustedes saben. Piense si pueden en una catalana pobre del monte.

Y entonces acertaron. Se sentó Coloma cerca de nosotros, se hizo traer una mesa pequeña donde había dos agujas de oro y una madeja de lana cruda, y se puso a hacer media, en silencio, sentada en una silla baja, igual que en el hostal. No me cupo ya duda que mi hermana Coloma se había vuelto una criatura elegantísima.

[122. Los dos salmantinos y las elecciones]

Al caer de la tarde aparecieron aquellos dos de Salamanca con su Rolls imponente y se anunciaron con grandes bocinazos. Venían a lo de las elecciones a Cortes y a negocios de corcho y de carbón y trajeron a Don Rodrigo una caja de plata con pitillos ingleses que dijo agradecerles inmensamente. Él les hizo quedarse a comer aquella noche pues había apretado el calor y lo mejor era que volviesen con la fresca de la madrugada. Tres partidos debían concertarse para las elecciones en aquellas provincias: el del viejo Pérez Conejil, el del Marqués de Moraleja y el de Tejedor. Para la combinación hacía falta disponer de las fuerzas de orden de tres distritos y así cada bando tendría su acta y todos se apoyarían lealmente en todas partes contra la ola revolucionaria.

Los obispos, el alto clero y los arciprestes y párrocos estaban concertados también. Don Rodrigo les hacía observar que él precisamente por ser católico, apostólico romano, no había votado en su vida ni participado en modo alguno del sufragio universal que no podía querer para nadie que siguiera su opinión, lo que no quería para sí. Le hacían observar los de Salamanca que esta opinión era puramente disparatada, que había que ir a lo práctico y unirse en la defensa de los comunes intereses. Don Rodrigo les contestó que él no ayudaría ni estorbaría nada. Le recordaron ellos que su abuela había sido la mayor electora de aquella provincia y el viejo añadió que en el zaguán del piso bajo de la casa de Don Rodrigo todavía debían estar las ocho famosas tinajas, que solían llenarse, cuatro de vino y otras cuatro de duros en plata, de cuando su abuela se ponía en los trances difíciles a ganar elecciones, con dos o tres criadas, cuando ya los hombres las daban por perdidas.

[123. Don Rodrigo hace historia familiar. Desdén por la política y los antepasados]

La conversación se fue estrechando y remontando sobre los ejemplos familiares de Don Rodrigo y él explicó al fin:

—Mi familia, como otras del país —dijo— ha sido extraordinariamente pintoresca de ambición y avaricia a través de los siglos. Yo me he entretenido en seguirla desde el primer Claver que alcanzó, allá en el siglo XVI, pastor, Nuño Claver se llamaba, y firmaba con una cruz. Su hijo ya traficaba en pieles sin curtir y su biznieto fue agrimensor y fue el primero que escribió algunas frases latinas de la familia como *pro indiviso* y otras expresiones de leguleyos. Luego salieron curas, uno que escribió una vida de San Pedro de Alcántara, tíos curas, alguno confesor del rey, que empujaron a estudiar a los sobrinos y salieron así tal cual médico, bachiller en Artes de Salamanca, tal cual abogado de punta en la Chancillería de Valladolid. Empezaron a litigar hidalguía, a casarse con algunas hijas de nobles arruinados porque eran ya los días de Carlos III y en toda Europa las burguesías ilustradas y dominantes irrumpían. Pero no se les quitaba la ambición terrestre, aunque anduvieran ya rondando novedades de la Enciclopedia y quisieran tener en su casa algún silencio de biblioteca, y algún concierto de arpa y de piano. Por debajo seguían siendo campesinos ambiciosos de riqueza y dominio así entrado el siglo XVIII, decaída la Mesta, un Claver llevaba de los pastos de verano de Gredos y la Vera a los pastos de invierno de la

Albura 30.000 ovejas. Luego quisieron pasar, cuando vino el sufragio, de las greyes de ovejas a las de hombres porque con el viento liberal las antiguas ovejuelas de Dios que estaban muy bien y tenían obispos y párrocos por pastores, iban traspasándose poco a poco para convertirse en las ovejuelas del cacique y del artículo 29. Yo no disiento de ustedes, amigos míos, y por cierto excelentes, en cosa ninguna, no me anima contra sus pensamientos y deseos la menor hostilidad ni el menor desdén. Disiento sencillamente de los míos, que me antecedieron y que ustedes me proponen como ejemplares y cuando pienso en la serie que de ellos alcanzo a través de la historia me siento frente a ellos absolutamente extranjero y diverso. Nada me une en realidad a este lugar y a sus contornos, ni a esta estirpe y susparentelas, no me siento hijo del lugar para nada, mientras múltiples lazos me unen al tiempo y a la eternidad, a lo animal, a lo fantástico y a lo divino, desligándome por completo de los trajines y negocios humanos de tejas abajo, en el sentido de estas tejas, bajo las cuales vivo como por azar. Me ha venido a las manos esta casa curiosa en realidad y divertida y he procurado aquí alejar de mi vista todo lo que era tradicional, toda la mugre heredada, todo pretexto típico de señorío y gañanía a gusto de nuestros poetas locales que me exasperan, dicho sea con perdón de todos. No quiero pastores de mi abuelo. Creo que el trato que merece el dinero acumulado con tan estrecha limitación de horizontes es el disiparse como humo en bellos y vanos fantasmas. «Todo es vanidad de vanidades», decía Salomón. Yo he procurado ser su modesto alumno porque él debía también creer en lo animal y en lo divino, dejando de lado lo mediocre humano cuando decía, por ejemplo, «a la yegua de los carros de Faraón te he comparado amiga mía».

[124. Aperitivo. Toilette y actitudes de Coloma]

Apurábamos algunas copas de vino y se acercaba ya la hora de sentarnos a la mesa cuando entró Coloma vestida con un modelo simple, fresco y blanco de Paton, levemente sembrado de puntos de oro, que hacía más breves su cintura y sus caderas, ensanchando vaporosamente sus hombros como si le fueran a salir unas alas de bello demonio de Ecbatana. Su peinado en volutas iguales, era sólido, brillante, macizo, como un ébano, casi como un negro cristal tallado y reluciente. No traía más joyas que un anillo. Era una noche de gran calor y su ropa interior debía ser de humo ligero, porque cabía en el puño de la mano. Todo su cuerpo aparecía milagrosamente vestido y sostenido por el crespón blanco de su traje, que ceñía un momento sus

caderas y pechos sin que se perdiese un matiz de la línea firme y armoniosa y se perdía luego hacia los pies y los hombros de bronce desnudos en vuelos exactos. Les tendió la mano en un gesto lento y alargado, muy a la moda de aquellos días, y les sonrió como si le trajeran una sorpresa infinitamente agradable pero como subrayando que representaba una linda y rápida comedia. Se acercó a la mesita donde estaba la caja de plata y arqueó los labios pintados en un O sin hache, en un O de campesina, irónico, que no hubiera visto jamás parecida magnificencia. Cogió un pitillo con el aire de una niña temerosa que se atreve a robar un chocolate y cuando los dos Dunhills de oro de Salamanca, acudían en pronta competencia, ella volvió a dejar el pitillo lentamente en su sitio como si sólo hubiera querido oler y tocar pitillos realmente nunca vistos.

[125. Comida de noche. Conversaciones]

Los de Salamanca no hablaron ya más de elecciones a Cortes y se dedicaron a deslumbrar y entretener a Coloma, hablando de tientas, fiestas, cacerías, pérdidas y ganancias fabulosas de juego, polo, golf, tiro de pichón, etc., etc... y como ya Coloma un momento se viera precisada a hablar, sacó su más terrible acento catalán, su más terrible acento aranés y les dijo en un semicastellano intraducible, que tuviesen compasión de una pobre muchacha que sólo sabía su dialecto nativo.

Como preguntaran de mi vida yo les conté un poco de cómo era comerciante de Arlés y derivé a alguna historias de los Alyscampos. Me preguntaron de las corridas de toros por allá y les entusiasmó que en Beziers hubiera, por ejemplo, tres clubs taurinos.

Esto empezó a soltar la vena patriótica y a dar pie para que se cantasen las grandezas de España: los toros, los vinos, las mujeres, los jamones, el ganado, las antiguas costumbres.

[126. Los toros y el cristianismo. La bestia y el ángel]

Don Rodrigo derivó esta conversación para recaer en un elogio de los toros, que reputaba, después de la conversión al cristianismo, el enlace más profundo de España con la civilización de Occidente, pues toros, comunes a los cretenses, a los griegos, a los latinos, a los provenzales, a los aquitanos y a los portugueses eran en realidad el denominador

común de los grandes pueblos civiles contra los bárbaros.

En esta alusión al cristianismo y a los toros, una vez más se veía el desprecio de Don Rodrigo por los artificios humanos de la cultura, su apoyo constante en lo animal y lo divino. Lo mejor de España consiste en unirse a la gran fantasía del universo por los dos mejores caminos: el de la bestia y el del ángel.

Los de Salamanca se miraban como si estuvieran en presencia de un loco, Coloma sonreía como halagada y yo oía otra vez, bebiendo a gusto como en el hostal de la Bonaygua. A las dos y media se fueron los salmantinos. Cuando se perdía bajo las estrellas el motor de su coche, Coloma se estiraba en la noche de estío, desperazaba su cuerpo enamorado en una distensión perfumada y cálida de sueños carnales e inmediatos que era ya como toda la noche aquella de verano español hecha carne y hecha poesía.

[127. Coloma de amazona blanca del Oeste. Su cabalgadura al sol por los prados]

A la mañana siguiente, hacia las ocho, cuando ya el sol picaba, la vi bajar de calzón blanco, botas altas de ante y camisa de hilo de nieve que se la abría hasta los pechos de bronce redondos, igual a una amazona indoamericana del Oeste, ceñida de una faja ancha y simple de cuero, con el salacoff en la mano. Montó un caballo grande, alazán claro, rubio, dorado, un palafrén antiguo de reina, del pelo y traza de los de Aranjuez y desde el miradero del jardín la vimos a ella sola correr a la vera del río, los prados de las dos obispalías movidos de vacas y toros que eran dos inmensos tableros de billar ya caídos por el agostadero.

[128. Vuelta de Coloma. La res desollada]

Volvió un poco sucia de barro y de sangre con algunos cabellos pegados de sudor a la frente. ¿Qué había hecho? Había estado desollando, con el corto cuchillo corvo que llevaba al cinto, una res recién muerta de sol, como un tiempo desollaba los isards cazados en la nieve. Traía la piel ensangrentada al hombro —como una divinidad antigua con la piel de pantera— cuando su marido le dijo: ¿Qué has hecho, Coloma? Ella arrojó el despojo a los pies de su marido mientras exclamaba sonriente, satisfecha y lacónica:

—He ganado un duro, señor amo. Anda, paga.

[129. Mañana en las caballerizas. Los coches antiguos]

Conservaba con mucho cuidado en las caballerizas Don Rodrigo, tres coches de París del tiempo de su abuelo. Bajo sus grandes fundas de lona rojiza, los tenía siempre relucientes y sin una gota de polvo. Los hacía pasear de vez en cuando por el camino de Cáceres, que era el mejor camino real y muchas veces les pasaba revista muy escrupuloso con el cochero. Me los enseñó una mañana en que parecía de muy buen humor. Este *piter* —me dijo— es bonito para ir a cuatro caballos. No tiene nada de particular como coche sino la graciosa añadidura meridional de ese toldo de tartana y esas cortinillas volantes de *foulard* crudo, con flecos y borlones. Con esa especie de disfraz se ve que ha dejado el Derby de Londres por el rodeo de Cáceres. En cuanto a este *landau* no tiene otra cosa de particular sino que en él murió mi propio abuelo, de repente, viniendo de Plasencia y llegó aquí cadáver.

[130. Apología del «milord»]

—En cuanto al *milord* te diré que es un sueño. Después de la estela solar de la esclava siria, esto es lo mejor de la casa. Daría yo mucho más fácilmente la Ceres de Pompeya, que el *milord*. Los tanteos infinitos de curvas a que se prestó la construcción del coche ligero de caballos, desde los siglos, desde que conducían cuadrigas los efebos de Sibarys vestidos con túnicas de seda, tuvieron ciertamente en el *milord* del siglo XIX, en el *milord* de Bois de Boulogne su perfecto apogeo. Este es de los mejores y del mejor tiempo. Entre 1850 y 1870 mi bisabuelo se lo regaló a mi abuela soltera, cuando volvió, por última vez, del colegio de Francia. La curva alargada, con su ritmo de concha marina del *milord* es la más bonita curva de coche, la más graciosa prueba de galantería, que el tanteo de los constructores haya logrado a través de casi tres mil años. Nada como esta curva ha enlazado jamás, el movimiento y la línea de un tronco lucido de caballos con el cuerpo de una mujer, nada ha realizado jamás una tan elegante y blanda ligadura en el ritmo de la belleza del trote animal y la vanidad femenina, abandonada a la vaga pereza del paseo. Y en esta curva que es como un acorde permanente de gracia en la línea sonora del trote brillante, la mujer se nos ofrece con su entera imagen adorable de la copa de flores del sombrero al zapato de raso y desfila ante nuestros

ojos, con toda la música de la época, como en una obertura de Offenbach. Todo el siglo, todo el segundo imperio, está en esta línea fácil y difícil del *milord,* es la línea de la *joie de vivre* de un París ya pasado, la línea de una concha de Venus, traducida a carroza de paseo galante, la línea festiva de la política, de la música, de la vida social de entonces, que va resbalando sin querer a la melancolía, la línea de toda la novela de amor en coche de caballos, de Stendhal a Balzac, de Balzac a los Goncourt, de los Goncourt a Proust, el Bois de la criolla Josefina y de Eugenia la española, el Bois de Margarita Gautier y Orianne de Guermantes. En la curva de este *milord* perfecto, de Dubois, el mejor constructor de la época, la seda verde, almohadillada como el estuche de una joya, se ha ido volviendo descolorida, ha ido tomando tonos de oro verde y pajizo. Ya no puede pedirse más porque su color para los ojos es ya como el gusto de un vino en la última justeza de los años.

[131. Las modas del Segundo Imperio]

Según dijo después Don Rodrigo en febrero de aquel año había habido en París, en el Louvre, una gran exposición del Segundo Imperio, con vitrinas gigantes de maniquíes con *toilettes* de Eugenia de Montijo y muebles de la época. Y aquella primavera, los modistos de París, sobre todo Poiret que todavía estaba en boga y era el más literario y decadente, lanzaron para la revista de modas de Auteil, alusiones a los antiguos miriñaques, crinolinas, *puffs* y *volants* y *falpalas,* pamelas de paja de Italia con bridas de seda y terciopelo, peinados en cascadas de tirabuzones y todo el repertorio de Vinterhalter, de Madrazo, de Carolus Durand que aún vivía.

La *reprise* del Segundo Imperio fue efímera; fracasó con *toilettes* de mañana y de tarde como era natural en el mundo de los automóviles y tuvo algún éxito discutido en los trajes de noche. Pero vino para Coloma como anillo al dedo.

[132. Paseo de Coloma en el «milord». Su gran «toilette» de Eugenia de Montijo]

Era el veinticuatro de julio y hacia las once, estábamos Don Rodrigo y yo en el miradero del jardín que domina toda la vega, cuando la vimos que subía por la avenida de eucaliptus hacia el puente viejo tendida indolentemente en el *milord* que la llevaba a medio galope pero

colocada también matemáticamente en la mitad, de modo que emergía su cintura como de un simétrico oleaje de volantes de crespón amarillo, se cruzaban sus pies calzados de raso amatista en la justa mitad y su rostro era como una vaga pintura, en la sombra de la paja de Italia, de moradas bridas, adornada de violetas. Aún traía derribada en el hombro una sombrilla enana de marfil y encaje y lucía en la mano morena de uñas escarlata el mitón de encaje también, con el anillo que era una estrepitosa roseta de diamantes a la moda de cincuenta años ha.

[133. El patio de naranjos]

No vino ella al jardín a encontrarnos y pensé que se habría cerrado en sus habitaciones. Don Rodrigo se fue a ver el correo y yo le esperaba asomado al barandal de la amplia y sombreada galería, con los ojos perdidos en el frondoso patio de naranjos. Se tendía sobre este patio, en las horas de mucho sol, un gran toldo de lona verde, cuyos complicados cordajes los criados sabían ya manejar como los marineros drizas y escotas.

A esta hora del mediodía el patio tenía una luz de acuario y el sol se movía como con refracciones líquidas y verdosas de agua de mar. Corrían chorros frescos a lo largo de un trozo de muralla cubierto por mullidas enredaderas y musgos esponjosos y embebían los grandes arriates abiertos en el enlosado el agua del riego reciente. Los viejos naranjos tupidos, de esmeralda luciente parecían entonces rejuvenecer. Era como si transpirasen el sueño de azahar de su primavera, mientras las hormigas lentas subían por sus troncos añosos y a trechos carcomidos. Era este patio entonces —solía decir Don Rodrigo— un pozo profundo de poesía árabe y cordobesa, indostánica, persa y española. Era como el último fondo de sombra y de frescura de los albaicines, el profundo y secreto langor de una alcazaba verde y misteriosa, translúcida de sol y regalada de manchas umbrías casi flotantes, como fantasmas de nenúfares en un agua represada de sueños.

[134. Ensueño sensual de Coloma en el patio. Los lebreles. Recuerdos de Ovidio]

Y estaba yo así con los ojos perdidos en este gran remanso de hondura perfumada, líquida y verde, ido de mí el sentido, en el vértigo suave

del mediodía, cuando vi allá en el fondo a Coloma con su *toilette* de espumas de ámbar pálido, medio dormida sobre una silla larga de la siesta a rayas azules y blancas, derribada hacia atrás la cabeza que era una cascada de tirabuzones, semicerrados los ojos en su cerco de sombra, abandonada toda ella como una Ariadna abandonada, transida de goce irreal, como una Teresa en deliquio, anegada en la sombra y en el sol, dejando caer en desmayo un brazo moreno, cuya mano arrastraba por el enlosado la gran paja de Italia y las bridas de seda, y llevada la otra mano inconsciente como la mano de una Venus dormida, se le veía descubierta de lado una pierna en el revuelo de volantes, un poco más abierto el escote por su derribada actitud y mi punto de vista alto que veía correr ya toda la línea desde la garganta modelada con una morbidez de alabastro a la sombra grave que partía la palpitación temblorosa de flores morenas de los pechos. Con ella parecían soñar los negros animales, los dos negros lebreles, que posaban sus cabezas más allá de la alta convexidad de los muslos sobre la línea de las ligas altas, probablemente de anchas gomas de terciopelo violeta, cerradas con rosas de seda, como las ligas de la española Emperatriz. En el tiempo de aquella metamorfosis de Ovidio, que Girard solía leer algunas noches en la versión francesa, los dos lebreles, largos, negros y relucientes se hubieran tornado quizá en los dos negros cisnes de una nueva Leda vestida.

[135. El pecado de los viejos de Susana]

Mis dos ojos y con ellos mi cuerpo y mi alma se habían hundido en el pecado de los viejos de Susana, en un pecado mucho más hondo y cenagoso aún, ante aquella criatura vestida, bañada en el ensueño verde, en el hondo langor del mediodía.

[136. Necesidad de huir del pecado. Preparativo urgente de viaje]

Me separé mareado del barandal y como si me ardiera en las manos su seca y ardiente madera y sin saber casi lo que hacía fui a buscar a las cocinas a Julien para decirle que el coche y nuestros equipajes debían estar listos para el atardecer. Al mismo tiempo me buscaban para que me sentara a la mesa.

[137. Reaparición de Coloma en el comedor]

Sin duda recompuesta y refrescada de su breve sueño apareció Coloma en el vasto comedor, avanzando con su gran *toilette* amarilla de volantes, en la actitud idéntica a la de la Emperatriz. Lucía en su cabeza desnuda las cascadas iguales de los negros tirabuzones y traía la gran pamela de paja de Italia, sostenida por su borde con las dos manos entrecruzadas de manera que las colgantes bridas de seda violenta le llegaban a los menudos pies calzados de raso amatista. Cuando llegó a la mitad del vasto espacio arquitectónico, cuyo pavimento de mármol casi la reflejaba como un espejo, Don Rodrigo tomó su mano, la besó y le dijo:

—Coloma ha cumplido con su deber.

[138. Nunca más, nunca más y nunca más]

Todos los empeños e insistencias fueron inútiles. Al caer la tarde yo tomaba para Madrid el camino más largo como si quisiera poner más y más leguas entre el fantasma de Coloma y mi corazón.

Y de vez en cuando, casi en voz alta, iba repitiéndome a mí mismo en puro dialecto aranés:

«Nunca más, nunca más y nunca más».

[139. Arrepentimiento, confesión y comunión en un pueblo del camino]

Empezaba a volver a todo mi ser el dulce veneno de la Bonaygua, que ahora era además filtro de olvido para mis amores con Ángela Clemente.

Para librarme del antiguo demonio y del antiguo maleficio, decidí confesarme y comulgar en la Catedral de La Albura, que por cierto era una bella flor de rizada piedra, casi al gusto de Portugal. Don Rodrigo me indicó un anciano canónigo, natural de Burgos, hombre ilustre y santo, docto en filosofía, que había estudiado en Lovaina y de gran sencillez y dulzura.

—Le conté todo —Coloma, Ángela, Rosa— y lo que en mi vida tuviera mayor relación con la virtud y con el pecado.

—¡Ay hijo mío! ¡Ay hijo mío! —me dijo con gran pena y casi con las lágrimas en los ojos. ¡Qué confuso y qué tenue es el hilo que te une a las cosas del cielo! Ser un comerciante honrado, de costumbres relativamente puras, casto de cuerpo, piadoso con los semejantes y aun sentir un cierto horror al pecado mortal y cumplir medianamente con el sacramento de la Eucaristía son cosas que parecen mucho a los hombres. ¡Y qué poco, qué poca cosa son para Dios y para tu alma! ¡Qué avaricia y qué mezquindad espiritual no significan! Es preciso hijo mío amar a Dios de otra manera, sufrir por Dios de otra manera, renunciar por Dios de otra manera. Lo demás es vano. No quieras engañarte a ti mismo con una virtud aparente absolutamente lejana del ardor, del candor y del dolor de un verdadero hijo de Dios sobre la tierra. Ponte siempre, a cada momento, en presencia de Dios y de María, y vive firme y derecho para sus divinos, para sus amorosos ojos. Sé un soldado fiel, que no deserta nunca sus banderas. Cásate con esa mujer buena que has elegido, pide a Dios que te dé la bendición de los hijos, y proponte no ya solamente la felicidad del hogar, porque el matrimonio no sólo es la felicidad, es ante todo la conducta. Sé un esposo enamorado.

No resistas al amor inmenso de Dios, teme su justicia y no desesperes jamás de su misericordia. Y ahora di el «Señor mío Jesucristo».

[140. Ofrecimiento del amor de Rosa Krüger a la Virgen María]

Después de comulgar, levanté un momento los ojos y vi esculpido en un pilar de piedra el vaso aquel de rosas, que es como el escudo de armas de la Virgen María. «Ella sea —le dije—, Rosa Krüger, no para mí sino para ti sola, Señora, una rosa fresca de tu jardín».

[141. Cartas pasionales de Ángela. El fondo trágico y carnal]

Durante mi estancia en Arlés escribí a Ángela cartas, tiernas y serenas, si no de un volcánico amor. La amaba, en cierto modo porque había decidido casarme con ella, pero en realidad no me casaba con ella porque la amase. Estaba más convencido de su belleza y de sus perfecciones que subyugado por ella. Ella me escribía cartas que iban asustándome un poco: una vez decía: «Mira que tú no me conoces, Teodoro, que aunque te parezca una pobre paloma yo soy una fiera para el querer». «Mira —decía otra vez— que yo me agarraré a ti de tal modo que nada me podrá separar». Y siempre insistía en «que no

me conoces, que no soy lo que parezco» y hasta una vez «que no sé a dónde llegaría si tú me traicionaras».

Había un fondo seco, acre, ardiente, trágico en su amor. Una paloma. Yo solía pensar en esas altas temperaturas del corazón de algunas aves.

VI,

[142. Opiniones de Girard sobre el proyecto de matrimonio y la oferta de crédito. Explicar al salir de viaje Teodoro su paso de agente a socio de Girard]

Girard dijo: «En fin no está mal». Dadas sus ideas acerca de Francia y España, su pensamiento, con lo que la frase llevaba en sí de implícito era: «En fin para una española no está mal».

No encontró precisamente ruinosa pero tampoco muy conveniente mi oferta de crédito. *«Il faut»,* dijo. «Es preciso estudiar una fórmula que concilie aquí la cuestión de amor y la de interés sin gran quebranto para ninguna de las dos». Quedé en volver en septiembre a ultimar el noviazgo y el negocio. Me esperaron los Clemente en San Sebastián, donde nos quedamos unos días y luego fuimos todos a Castromayor. Don Rodrigo y Coloma habían emprendido su viaje anual al extranjero, que iba casi a durarles un año pues pensaban ir a la India y al Extremo Oriente. El instinto de Coloma necesitaba ensayarse en el universo.

[143. Ternuras desgraciadas de Ángela. Su amor terrestre]

Cuando nos reunimos en San Sebastián y Castromayor empezó a ensayar un género de ternuras que no me gustaban, como: «cuando tu seas mi maridito», «cuando estemos juntitos, bien juntitos».

Con el aire del mar se diría que besaba mejor que aquel primer día en su tierra de Extremadura, como si el mar pusiera en sus besos su humedad salobre, su volubilidad. A veces encontraba yo algún encanto en aquel contraste de su pasión amorosa, trágica y salvaje, con la igualdad ordenada de su vida familiar, religiosa, social, etc., de niña modelo, de perfecta «Hija de María».

[144. La belleza sin júbilo]

Para los ojos españoles y aun no españoles era lo que llaman una real hembra, mimbreña, de un moreno pálido, con ojos grandes, negros y brillantes, perfil de Virgen, un poco demasiado alta de pechos y con un vello ligero, muy ligero, en el labio superior. Ángela Clemente era bella pero era..., no sé expresar bien esto, como una belleza hecha sin alegría, como una estatua de hermosas formas que hubiese quedado como impregnada de la mala gana del artífice. ¡Cuántas mujeres no hemos visto todos menos bellas que Ángela pero que en todas las formas de su cuerpo llevaban como cantando la alegría! Y eso era en mi sueño Rosa Krüger: una criatura hecha de júbilo.

[145. La lujuria contenida de Ángela]

A pesar de mi poca experiencia de las mujeres iba descubriendo en Ángela Clemente algo que me horrorizaba y que es horrible de decir, algo que ofrecía un duro contraste con toda su personalidad indiscutible de niña exacta, dócil, laboriosa, modelo, esclava del deber. Iba encontrando un fondo seco y patético de lujuria. Acaso sería, pensaba yo, como la tierra árida y resquebrajada del verano que da su aroma mejor y su mejor alegría con el riego traído de la montaña. Seríamos eso, yo agua de monte y ella árida heredad de llanura. Una noche, al poner el sol, en su jardín de Castromayor, ya sobre el río me dijo después de un alegre beso mío que ella hizo largo, amargo y casi cruel:

—No me beses ya más que me matarás.

Apoyó la frente en el brazo y se puso a sollozar.

[146. Reflexión sobre las crisis femeninas]

Pensé cómo ella había debido llorar en el corazón de los veranos en sus días críticos de adolescencia, sin saber por qué. Pensé cómo su carne no podía ser fresca ni alegre, cómo se había macerado en secreto fuego, desde los catorce a los veinticuatro años. Y mi pensamiento se ponía a errar y divagar en el silencio de la tarde. Pensaba en esos instantes de la vida de las mujeres, en esos instantes a la vez ilusionados y amargos de vida áspera del amor, en que ellas piensan que todo llega, que todo ya puede llegar y en que ellas a la

vez desesperan de que acaso no llegará nunca.

Y pensaba yo que podría amar un rostro de mujer solamente cuando encontrara en el fondo puro de los ojos y en el no sé qué de todas las facciones algo como la viva memoria de esos instantes, delicadamente vividos.

[147. Desfallecimiento de amor en el paisaje del otoño]

En aquellas tardes del otoño, cuando estabamos solos en el jardín, a ella, como me decía yo mentalmente, «le daba la tragedia» y se apoyaba en mí como una enferma ojerosa y desfallecida. Moría la tarde en Portugal. El véspero se iba sobre cumbres azules. Los ojos se tendían de los naranjos y rosales del jardín, a los prados y huertos del río, a los olivares, al último término del monte ondulado y negro de alcornoques y encinas, bajo la claridad pálida, oro rosa, verde claro del cielo que se iría volviendo azul profundo.

Acaso Ángela encarnaba en algunos momentos todo el espíritu del paisaje, porque aquél era en verdad como el paisaje más hermoso del mundo para el desfallecimiento del carnal amor. Era como en el verso del *Cantar de los Cantares:* «Sostenedme con rosas, corroboradme con manzanas, porque desfallezco de amor».

[148. Desdén estúpido de Ángela por las historias. Contrariedad de Teodoro]

¡Cómo me hubiera gustado que Ángela, mi futura mujer, me oyese contar algunas veces historias, ingenuas y homéricas historias de tío Felipet, cuentos y fantasías del hostal, recuerdos embelesados de mi infancia, y que ella me oyese y me oyese como una niña, entre seria, risueña y conmovida, sus manos en mis manos, sus ojos en mis ojos!

Empecé a contarla una vez la más bonita historia del tío Felipet: su viaje desde Islandia al Bósforo, con la grande y extraordinaria peripecia del amor del teniente de navío Charles d'Arrac, cuando ella me dijo:

—No cariñito mío, lo ves, tú no me quieres. ¿Por qué te acuerdas de esas cosas, riquín? ¿Lo ves como no piensas en mí?

No volví a contarla más nunca. *¡Vegre d'Artiga!* ¡Teodoro Castells casado para toda la vida con una mujer que no quería oírle historias!

[149. Bodas de luto]

Nos casamos de luto porque el abuelito murió al principio del invierno y la boda estaba fijada para mayo. Henry Girard no pudo venir.

[150. Ángela adopta el papel de hembra sumisa]

Yo quise que el viaje fuese a Italia pero ella le torcía el gesto al extranjero y dijo que nada deseaba tanto ella ver como la Alhambra de Granada y el Generalife. Yo repuse que me parecía muy bien. De Granada podíamos pasar a Algeciras y de allí a Gibraltar donde embarcaríamos para Nápoles o Génova. Y a eso accedió. Ya en vísperas de boda ella había decidido dos cosas: suprimir los cariñitos melosos que no me gustaban porque los encontraba faltos de gracia y suprimir los silencios abrumadores y los estallidos trágicos que tampoco yo podía soportar. Y se dio por vencida. Tomó la actitud de la hembra sumisa con ojos de esclava del Señor de la que mostrándose alegre sufría sin embargo en silencio, de la esposa modelo que no desagradaría nunca a su marido y de la víctima ejemplar, en fin. Y fue eso, esposa modelo como había sido la belleza modelo del país, la rica modelo, la bordadora de bolillos modelo, la hija modelo, la nieta modelo, la administrador modelo y en el colegio el modelo de conducta y de «Hijas de María».

No hay estilo más desagradable para mí que el de la Alhambra de Granada. Poco entiendo yo de arte y arquitectura, pero ése es el monumento árabe que menos me gusta sin contar que siento por lo árabe un odio de paladín de Carlomagno.

[151. Viaje de boda. Los días de Granada. Felicidad sensual de Ángela. Su belleza en los jardines árabes]

Nunca era tan bella como al fin de un día caluroso de estío o primavera a la hora de la fresca, sentada en el pretil de uno de esos jardines de España, que dominan un vasto horizonte. Así fue Granada para ella la ciudad de sus noches de amor. Yo no le podría dar más

que en Granada, ella no podría dar nunca más que en Granada. Entones comprendí hasta qué punto ella era una especie de odalisca cristiana. La presentía puesta en versos árabes. El delirio, el desmayo y la dulzura trágica de su entrega estaban bien con el secreto de embriaguez y de melancolía de los jardines andaluces. Ella podía haberme abierto un mundo con esto pero aquel mundo no era el mío. No sabía yo vivir en él. No fue ella a Granada porque la agudeza del instinto la condujera al escenario aquel de sus jardines, sino porque sentía hacia la Alhambra una cándida admiración, como ante una obra colosal de paciente ganchillo hecha arquitectura de colores.

[152. Sus «toilettes»y su arreo]

Se había hecho muchos trajes en San Sebastián y Madrid, «de lo mejor de lo mejor», decía su madre. A mí nunca me gustó tanto como con sus *toilettes* de aldeana —con la rosa de Bruselas en el ancho sombrero de segadora— o de burguesa rica de pueblo, en las tardes aquellas de la finca y de su jardín. A sus *toilettes* ingenuamente pretenciosas de recién casada, prefería yo su arreo casto y un poco antiguo, hecho mitad por las monjas de Salamanca, mitad por ella misma en el pueblo, ayudada por las primas y costureras de la casa.

[153. Su furor y su pudor]

Su mezcla de pasión desbordada y de rigurosa castidad era sorprendente y por eso yo no la vi nunca a la luz del día como había visto por ejemplo a la Venus de Arlés. Siempre pensé que ella, aun descontando mi íntimo desvío, no era en sí tan hermosa y perfecta como se figuraban los que la veían vestida. Ella debía estar profundamente desconsolada de no producir en mí la maravilla y la turbación que esperaba.

—Vete, vete —me dijo un día— has andado con otras que eran más hermosas que yo o que te gustaban más que yo aunque valieran menos. Me has engañado.

Le juré que se equivocaba, que ella era la primera mujer que había conocido.

Y debió entristecerse mucho con esto que la dije pero se consoló, secándose las lágrimas, porque era una celosa exigente.

Pero tuvo que contener sus celos vulgares, igual que había tenido que contener sus ternuras melosas y sus arranques trágicos.

[154. Viaje por mar a Nápoles. Meditación]

De Algeciras fuimos para Gibraltar, donde tomamos un trasatlántico, el «Vulcania» del Lloyd Triestino, que debía dejarnos en Nápoles.

El elemento de Ángela Clemente no era la mar. Se mareaba, claro está, y pasó los dos días y medio de navegación casi sin salir del camarote.

Yo subía a cubierta a ver el mar por la mañana, a olvidarme de todo viendo las olas siempre frescas y nuevas, que renovaban todo mi antiguo sentimiento de libertad y de alegría, mis viajes juveniles a Orán, a Argel, a Sicilia y Mallorca bajo el cielo radiante de memorias de Cataluña y Aragón.

[155. La Roma de Ángela y su religión egoísta. La caridad mezquina. Comparación con Girard]

No quiso Ángela detenerse en Nápoles, que yo después de todo conocía, pues estaba impaciente por ir a Roma, ver al Santo Padre, visitar a algunas monjas de las de su colegio salmantino, recorrer las basílicas, ganar indulgencias y prosternarse a los pies de la Virgen del Perpetuo Socorro.

¿Era Ángela religiosa? Era devota. En Granada había una pobre a la puerta del hotel. La di yo dos o tres pesetas y ella me lo alabó con muchos aspavientos: «Has hecho muy bien en dar esa limosna, maridito mío, hemos de ser nosotros muy caritativos, verdad riquín y Dios nos guardará en el cielo un sitio para estar bien juntitos».

Este tono suyo me exasperaba. Me acordaba del viejo Girard que no creía en Dios ni en la caridad y prestaba muchas veces unos cientos de francos a una familia necesitada y luego, secretamente, arrojaba al fuego los recibos. Una vez le aludí a sus muchas caridades de esta especie y él —cosa que no le había visto jamás— casi se quedó todo azorado mientras me decía:

— Qu'est ce que vous voulez, mon cher? C'est un sale metier, un metier de juifs prêter de l'argent. Mais dans ce pays-ci il le faut.

Si Girard el ateo hacía eso, solía yo pensar, ¡qué no debíamos hacer los cristianos! Y muchas veces el remordimiento me venía de ver que se me pasaban los años y había hecho muy poco por mi prójimo. Ángela Clemente hacía aspavientos con tres pesetas dadas a una pobre granadina durante nuestro viaje de boda. La caridad debía ser para ella como un adorno de las gentes ricas, sin ninguna preocupación profunda de amor y sacrificio. Yo sabía o presentía lo que la caridad era y no pensé que la practicaba. Ángela no supo ni presintió nunca lo que era y se figuró practicarla siempre. Ella pensaba que Dios no tenía otras preocupaciones sino conservar nuestra felicidad conyugal, favorecer la marcha de mis negocios, las buenas cosechas de pimiento en las fincas de su familia y otras cosas por el estilo a cambio de nuestra asistencia a las misas, frecuencia de comuniones, algunos céntimos dados a los pobres, algunas subscripciones de obras piadosas y la lectura de los llamados buenos periódicos. Yo no niego que la formación familiar y moral de Ángela fuese sólida ni niego tampoco que su sentido del deber fuese muy estricto, pero todo aquello podía resumirse en dos palabras: era una religiosidad utilitaria.

[156. Audiencia papal y revelación de las Madonnas de Italia]

En Roma fuimos al «Hotel Bristol» a instalarnos y tuvimos al día siguiente una audiencia del Papa, que recibía en la sala del Tronetto a una peregrinación francesa y a otra belga. Habló el francés Su Santidad y Ángela creo que se quedó muy desencantada. Creía que iba a recibirnos a nosotros solos y a preguntarnos en español si estábamos contentos en Roma y cuándo nos habíamos casado.

Entretanto con nuestras visitas a museos empecé yo a ver las vírgenes de Italia. Y buscaba sin querer en ellas un rostro parecido al de Rosa Krüger. Y, ¿querréis creer que lo encontraba, este parecido? Me iban pareciendo por la persistente obsesión, alsacianas, casi alemanas, las Madonnas de Italia. Yo miraba siempre a las rubias de cabellos de oro y de sonrosadas mejillas. Y solía sonreír a estas pinturas y me parecían cosas frescas, vivas, animadas.

[157. Sensibilidad estética de Ángela]

Y cuando me volvía a Ángela colgada de mi brazo la veía inerte, contrariada en el fondo de sí misma, incapaz de participar en mis emociones, insensible a la gracia y a la belleza. Parecía una criatura

de palo y creo que una especie de ira sorda se le formaba dentro como si estuviera celosa de las celestiales criaturas pintadas por Rafael y por el Perugino.

—Pues ya ves, yo a estas vírgenes no las rezaría. Donde esté la nuestra de Guadalupe o la del Pilar, que se quiten todas.

Era esto en Florencia ante la redonda pintura de Botticcelli, que representa la Virgen del Magnificat entre los ángeles cantores, aquella en que Nuestra Señora es una rosa celestial entre lirios angélicos. Esa agradable pintura que parece en su eterna primavera exhalar la música y el aroma.

[158. Los tés del Lugarno. Odio de Ángela a las mujeres de Europa. Noches carnales. Oro en cobre]

El calor se hacía ya sentir, se adensaba en las noches florentinas bajo los rescaldados cielos. Pasábamos frescas mañanas en el «Museo de los Oficios» o en Palacio Riccardi, entre primaverales pinturas y ventanas abiertas a los jardines. Luego venían las pesadas tardes y por fin las cálidas noches con aquella cálida mujer. A veces recogía ella, es verdad, en mis besos, que ella tornaba oscuros y carnales, toda la sensualidad difusa, luminosa, espiritualizada que yo había ido acumulando durante todo el día. Y entonces estaba contenta. Pero yo había cambiado oro en cobre.

Íbamos por las tardes a los tés de orilla del Arno. Todavía la estación florentina estaba en todo su apogeo. Veíamos inglesas, francesas, alemanas, italianas.

—A mí no me gustan estas mujeres, ¿y a tí? Si yo fuera hombre para mí bien de más estaban. No tienen alma para el querer. Son mujeres sin sangre. Y luego la moral de todas ellas ¡vamos, que ni hablar!

[159. Florencia y Alemania. Las Madonnas rubias y Rosa Krüger]

Tenía yo en Florencia en aquella ciudad de ángeles rubios y de rubias madonas una obsesión sin duda muy disparatada. Y es que pensaba siempre en el Rhin, que tenía la suave impresión germánica mezclada de gracia latina, que imaginaba yo en Coblenza, en Maguncia, en Estrasburgo. Y cuando dábamos un paseo por los alrededores y miraba

aquel panorama de castillos, granjas y abadías entre colinas onduladas y negros bosquecillos, seguía con la misma impresión.

Pero cuanto más interesantes me parecían a mí mis emociones y pensamientos menos comunicables me parecían para mi compañera de viaje, para mi compañera de la vida.

En mal hora pensaba yo, vinimos a Italia.

[160. Ángela de tiendas por Florencia. Sus gustos vulgares y pretenciosos]

Alguna mañana fuimos a comprar ropa blanca a las tiendas de Via Calzaioli y otras veces a tiendas de caprichos artísticos. A ella le gustaba mucho ese cuero con florones dorados que Florencia prodiga. Le parecía el *summum* de la elegancia porque había visto una carpeta de este cuero en una casa muy principal de Salamanca. Ella quería sin duda tener una casa con mucho cuero de éste y sillones de un falso Renacimiento español. Y para complemento un jardín con cerámica sevillana.

[161. Las lindas criaturas florentinas en la Biblioteca de Siena el día del palio. Recuerdo de la aparición de Toulouse]

De Florencia fuimos a Siena donde eran las fiestas del Palio. El día siguiente a la noche de nuestra llegada fue domingo o fiesta de guardar y fuimos a oír misa en la gran catedral de mármol de nieve entreverado de mármol verde color de hoja verde, que estaba por dentro empavesada toda de alegres y viejas banderas.

Y después de la misa un cicerone nos avisó que la famosa Biblioteca estaba abierta. Era ésta una especie de enorme sala capitular, sin libros a la vista, donde entraba la luz a raudales para iluminar los frescos más claros y gentiles del Renacimiento italiano. Y había en unas mesas acá y allá unas vitrinas con antiguos códices abiertos. Entraba yo por la puerta con Ángela y me había parado un momento para mirar el fragante paraíso de colores que se desenvolvía en las grandes pinturas, cuando vi dos muchachas forasteras como de quince y diecisiete años, que se inclinaban con las cabezas juntas a mirar una de estas vitrinas, y estaban acompañadas por un señor que sería su padre. Había tal juventud, tal claridad, tal naturalidad de estilo, tal infantil gracia en estas dos criaturas que yo me quedé mirándolas a

ellas y a las limpias figuras pintadas porque me parecían unas y otras como del mismo mundo. Estaban vestidas de telas ligeras de estío, una de verde vivo esmeralda con pequeñas flores amarillas y otra de azul, como de un tono claro de Prusia, con los mismos adornos, y recordaban las antiguas telas florentinas de las pinturas. Llevaban sombreros de paja de Italia muy tostada y al cuello pequeños collares de finas perlas. Sus cabellos eran entre rubios y castaños en bucles sueltos como los de un niño, sus perfiles puros de madonas en flor, sus cinturas leves y flexibles, sus voces argentinas. ¿Dé qué jubilosa pintura habían descendido? ¿Por qué me recordaban la aparición de Rosa Krüger?

Miré a Ángela, pálida, en acecho, apretados los labios, despegada por completo del ambiente glorioso ya de belleza antigua y nueva primavera. De mi alma salía como una larga onda de nostalgia, que iba desde la catedral de Siena hasta las catedrales de Alsacia. En el fondo yo no era más que esta nostalgia y mi historia la de un pobre aldeano a quien una vez se había aparecido un ángel.

[162. Retorno a Arlés por Bolonia, Venecia, Milán y París. Un poco de lo que Ángela llamaba «su felicidad»]

De Siena fuimos a Bolonia, a Venecia, a Milán y volvimos a Arlés por París. En Milán y París Ángela tuvo para mí algunos mayores encantos. En el ambiente moderno y, por decirlo así, mecánico de estas ciudades, ella era a veces como un recuerdo lleno de aroma penetrante, a veces demasiado penetrante, de los jardines árabes de España a la hora del atardecer. Y así ella tuvo algunos días de lo que ella llamaba fácilmente la felicidad.

[163. La casa de Arlés. Las dos camas. Frase de Girard]

Teníamos que poner casa en Arles para mis negocios y compartir un poco la existencia entre Francia y España alargando los veraneos en Extremadura.

Henry Girard nos esperaba en la estación de Arlés con un ramo grande de rosas. Y nos llevó a nuestra nueva casa que él había elegido. Había dispuesto esta casa Girard como si recordase un poco los días de Mion Martignes. Era una casa de apariencia modesta pero con tantos detalles encantadores.

No le gustó mucho a Ángela que en nuestro cuarto las camas fuesen dos. Debió adivinarle Henry Girard el pensamiento y dijo como disculpándose:

—Si se empieza con dos lechos y se acaba en uno, es siempre mucho mejor que si se empieza en uno y se acaba, como tantas veces sucede en dos.

Ángela se sonrojó de este lenguaje franco y neto, que sin duda le parecía mal, cuando en la intimidad era por cierto tan diversa.

[164. Escepticismo velado de Girard sobre el acierto de la boda de Teodoro]

Cuando estuvo solo conmigo Girard, dijo: «Es un buen matrimonio, es una amable criatura, bella, dócil, exacta...». Pero no me dijo: «Con ella tendrás la felicidad posible en este mundo».

Empezó a llevar Ángela nuestra casa de Arlés bastante bien y a perfeccionarse muy pronto en la lengua francesa.

[165. Embarazo de Ángela. Alegría de Teodoro]

Enseguida dio muestras de embarazo y yo tuve una gran alegría. Me empezaba a libertar de una luna de miel pesada y podía quererla ya como madre de mi futuro hijo, rodearla de solicitudes y cuidados, pasar en una palabra de un amor que ella quería apasionado a un amor que podía ser de gratitud y estimación profundas. Una mujer no es una amante, pensaba yo a veces para consolarme.

Tuvo un embarazo de vómitos, antojos y mareos y la pobre se dominó cuanto pudo, atendiendo con exactitud a sus deberes, aunque yo la riñera con tono dulce y cariñoso. Girard era como un padre con ella y la rodeaba de delicadezas y regalos en los que yo creía siempre ver un encubierto fondo compasivo.

[166. Vuelta a Castromayor. Parto de Ángela]

Al fin por marzo nos tuvimos que ir para Castromayor pues quería dar

a luz allí. Fingieron o creyeron de verdad aquellas gentes que éramos la pareja más feliz y mejor compuesta del mundo y celebraban nuestra dicha con exagerados panegíricos. Ángela dio a luz el primero de abril una niña en un parto difícil con grandes hemorragias. Yo no asistí a él. Cuando entré en su cuarto a ver a la niña, la madre estaba blanca como la cera.

[167. Belleza espiritualizada de Ángela madre]

Madre, me pareció más virginal que nunca, más Ángela que nunca. Tenía una fría y blanca belleza que no había tenido jamás, un no sé qué luminoso y cristalino flotaba en torno a ella como un halo. La niña no era muy hermosa pero bastante sana. Era morenita. Acaso se pareciese a Coloma. Tuvo que quedarse Ángela casi un mes en la cama. Cuando se levantó y repuso quiso ir a dar gracias con la niña a la Virgen de Guadalupe.

[168. Peregrinación de gracias a Guadalupe. Posible felicidad familiar]

Alguna vez había oído cantar a Don Rodrigo la belleza del paisaje de Guadalupe, lo privilegiado de su cielo y la variedad excepcional de su flora. Estuvimos allá cinco días y celebramos una función de acción de gracias en honor de la Virgen. Fueron aquellos de mis días mejores con Ángela. Bien fuese por causa de su maternidad o bien por merced de la milagrosa Señora de Guadalupe, nuestra vida comenzó a ser tal como yo lo creía posible con Ángela Clemente. En mí se apaciguaron los desvíos y en ella las exaltaciones. Empecé a sentir como una gran paz. Y me dispuse a ver correr los días, las semanas, los meses y los años, con una resignación dichosa.

[169. Diferencias económicas con los Clemente]

Casi me consideraba feliz, cuando empezaron piques y disidencias con mi suegro por cuestión de intereses. Me había yo avenido, sin ninguna molestia, a tomar a Ángela sin dote, en vida de su abuelo, que era el dueño y señor de todo. Su testamento me pareció, sin embargo, demasiado hábil para evitar toda posible intervención del marido de su nieta, pero tampoco hice a esto el menor reparo. Al fin se quiso reducir a pura sombra la garantía del crédito pactado y ahí no

entraban ya por medio únicamente mis propios intereses, sino la generosidad ya bastante señalada en los primeros tratos de mi padre adoptivo.

[170. La escuela de Girard y la escuela de los Clemente o los dos positivismos: el solar y el terrestre]

Lo mismo que en Ángela había descubierto como último fondo una seca pasión carnal, en su familia iba descubriendo una seca pasión económica. Y todo esto me entristecía. Girard no daba ninguna importancia a su propio dinero, ni daba tampoco mucha importancia a que tuvieran dinero los demás. Su concepción del mundo era mucho más filosófica y desprendida de toda valoración utilitaria. Yo me había educado en esta escuela en que la economía iba subordinada a una moral. Tenía que sufrir en un mundo en que la moral, aunque se mostrase intachable, estaba subordinada a la economía. Girard me había recogido primero, me había abierto su fortuna y su casa después y finalmente me había adoptado por hijo, puede decirse por darse a sí mismo una satisfacción moral, para tener un objeto moral en el mundo. Y aun cuando yo le negué las dos compensaciones de orden espiritual que él deseaba: hacerme francés y renunciar a mi fe católica, él, doliéndose mucho, no me desamparó ni mudó un punto su generosidad para conmigo. En cambio vi que los Clemente me habían abierto las puertas de su casa por razones materiales. Sin nuestra aportación de crédito yo no les hubiera parecido aceptable y el crédito aquél fue lo que hizo que las cosas marcharan sin oposición y al galope. En cuanto a Ángela, su atracción era también al fin material, no diré económica, pero sí carnal y despojada de toda espiritualidad elevada y de toda inteligencia de amor que le uniesen conmigo. Me unía pues a aquella tribu por los dos elementales instintos humanos: a Ángela por el instinto del placer, a los suyos por el instinto de la lucha material, de la competencia económica.

[171. Retorno a Arlés. Quebrantos económicos de Girard. El crédito a los Clemente y la flota frutera]

A primeros de septiembre nos fuimos a Arlés. Encontré a Girard preocupado y envejecido. Me atreví a preguntarle y repuso tuteándome por la primera vez: —Hijo mío —me dijo— quería que fueses muy rico y soñaba para tus hijos un fácil porvenir. Pero mis

negocios no han ido bien este año. He perdido dos millones de francos en el asunto de transportes fruteros. Como sabes, adquirimos una pequeña flota frigorífica, cuyo coste ascendió a doce millones. Yo participé con dos. La organización de estos transportes ha resultado de excesivo coste y casi ruinosa. Doy los dos millones por perdidos. Los barcos están amarrados en los muelles de Bizerta y sólo nos va a quedar hacer saldo de ellos. Esto quebranta mi fortuna de modo muy grave y en la difícil época que atravesamos. Todo mi dinero está empleado aquí y allí en cosas que como sabes, de momento, rinden poco. Mi capital disponible de reserva eran estos dos millones o poco más. Por mí nada me importa. Me basta con muy poco. Los veinte mil francos al año que rendirán mis bienes de Millan me sobran para hacer una vida muy grata con mis viejos amigos. Pero tenía ilusión por ti, Teodoro, porque continuases haciendo grande la firma de Girard y Castells.

Abracé a mi padre, amigo y maestro, diciéndole:

[172. Resolución de no abandonar nunca a Girard y de reanudar las actividades comerciales]

—Esto dos años, M. Girard, mi noviazgo y mi matrimonio me han alejado de los negocios de la casa. Por otra parte, el crédito concedido a la familia Clemente —son 650.000 francos o sea 63 mil duros españoles al cambio actual— han complicado mucho las cosas. Pero desde este instante yo no me moveré de nuestros asuntos de Arlés, de su lado nunca jamás, como no sea para los viajes que usted me ordene y exijan los asuntos de la casa.

[173. Aceptación de Ángela. Su aclimatación en Arlés]

Aquel mismo día participé a Ángela mi decisión de no moverme de los negocios de Arlés y volver a mi actividad de viajes por el Mediterráneo, que desde hacía meses había ido dejando en manos de nuestros principales agentes.

Ángela lloró mucho pero en un arranque heroico dijo que no se separaría de mí como no fuera para ir a dar a luz a su segundo hijo, pues otra vez estaba embarazada. Se había acomodado mucho Ángela a la vida de Arlés. La cocina provenzal, que es la más picante y olorosa de Francia no contrariaba su paladar. La dulzura cálida del

clima, la claridad del cielo tampoco podían ser extraños a su naturaleza.

[174. La niña]

La niña se desarrollaba muy bien. Le pusieron de nombre Trinidad, por su bisabuela materna. No se parecía ni a Ángela ni a mí por más que dijeran. Era una morenetta catalana de la montaña.

[175. Ángela y Girard. Incapacidad de gratitud delicada]

Era amable por fuerza Ángela con Henry Girard, que extremaba con ella sus atenciones. Pero fría. No tuvo nunca con él aquella actitud de gratitud profunda que Girard merecía no sólo por haberme hecho hombre a mí, sino por el desprendimiento que había mostrado con ocasión de nuestras bodas, aunque, como siempre, no apareciese en la forma exterior su generosidad y tomara una vez más el aire de negocio, de préstamo. Ángela debía figurarse que Girard no había hecho sino cumplir con su deber al adoptarme por hijo y al conceder a su familia un crédito casi desprovisto de garantías. Pensaba ella además que el honor que nos había hecho con este enlace, era inmenso. A veces aludía a los infinitos partidos de Cáceres, Badajoz, Salamanca y hasta de Madrid que había desdeñado.

VII,

[176. Viaje a Palermo. Aparición de Persephone. Su figura]

Yo tuve que ir a Sicilia a comprar naranja; era un momento con España de guerra de tarifas. Me quedé unos días en Palermo en el «Hotel des Palmes». Era febrero. Se iban a cumplir a fines de mayo, dos años de mis bodas.

Estaba en el *comptoir* del hotel pidiendo un coche para ir a ver el templo griego de Segesta, que está a pocos kilómetros de la capital.

—Por el momento, señor —dijo el empleado— no tenemos más que un coche ligero de turismo. Se lo estaba diciendo a madame, pero lo encuentra caro y es cierto pues serían trescientas liras para aprovechar una sola plaza. Si madame quiere acomodarse con el señor entonces el precio quedaría reducido a la mitad.

Me volví. Madame sonreía.

Era una criatura como de veintitrés o veinticuatro años, vestida con una camisa de campesina griega o rumana, una falda clara de hechura popular y una chaqueta blanca al hombro, bordada de lanas negras y sedas de vivos colores. No llevaba nada sobre los sueltos bucles de un tono de caoba oscura, con reflejos rojizos. No muy alta, me pareció linda y muy bien hecha y vi además que me miraba sonriendo con aquella expresión infantil y un poco atónita que a mí me gustaba en las mujeres. Su mano jugaba con un collar de hermosas perlas.

Me dijo en un puro francés de París, que estaría encantada de tomar el coche conmigo.

—¿Es usted francesa señora? —le pregunté.

—Soy griega —respondió—. Mi nombre es Persephone Xariopoulus. Si usted quiere podemos salir mañana a las nueve. Mi cuarto, no lo

olvide, es el número 25.

[177. Persephone de noche en el comedor. Su belleza y simpatía espontánea]

Aquella noche la vi bajar al comedor sola, bien vestida de tules negros, con un chal rojo de Venecia. Cuando se levantó de su mesa, casi al mismo tiempo que yo concluía, vino a mí con un aire muy familiar como si fuese un antiguo conocimiento y me dijo en francés:

—¿Tiene usted muchos ánimos de madrugar mañana?

—Sí, señora —le dije— tengo muchísimos ánimos.

—Yo ninguno —repuso ella —duermo todas estas noches muy poco. Sacó una pitillera y me ofreció. Encendimos y dijo:

[178. Sobremesa con Persephone en el «hall»]

—¿Vamos a tomar el café en el *hall?*

Se peinaba, como otras mujeres levantinas que había yo visto, formando con sus cabellos un casco pesado de bucles y sobre la frente le caía un flequillo rizado, casi hasta la línea de las cejas, sobre los ojos medio verdes medio castaños, grandes, magníficos.

Al atravesar el *hall* para ir a una mesa un poco separada oí como un murmullo. Ella se envolvía en el chal como en un paño clásico, dejando ver su brazo desnudo de formas simples y perfectas.

[179. Conversación sobre Palermo]

Ella dijo: Mi nombre es muy difícil para usted. No me llame Madame Xariopoulos. Tampoco Persephone. Llámeme Phoné. Mis amigos me llaman Phoné. Pidió con el café marrasquino de Zara helado. Y siguió, mientras duró nuestra conversación, hasta las dos, bebiendo y fumando.

Estuvimos hablando casi todo el tiempo de Palermo.

—¿Ha visto usted los saltimbanquis, los ventrílocuos, los charlatanes y los cantantes y músicos callejeros, los vendedores de drogas estrafalarias en esa calle grande y nueva que va a la estación?

Le hablé del cementerio de los Capuchinos, donde hay siete u ocho mil momias, a la vista, en largos subterráneos.

—Oh, lléveme algún día —dijo ella.

[180. El amor en Palermo. «Le ciel est par dessus les toits»]

De la muerte pasamos al amor. ¡El amor en Palermo!

—¿Ha visto usted la última plana de los periódicos, que trae todo los días cien misivas misteriosas de amor? No sólo son historias de casadas, sino de muchachas solteras. El amor en Palermo debe ser una cosa prohibida para todo el mundo.

Echó ella atrás la linda cabeza, aspirando una bocanada de tabaco y dijo con un aire de colegiala:

—¿Prohibida? ¡Qué delicia!

El sexteto iba tocando en tanto una canción pasada de moda cuyas palabras dicen:

Le ciel est par dessus les toits
si bleu, si calme.

—¡Oh! —dijo ella como recordando.

Y tatareó, como nunca he oído tatarear a ninguna mujer:

Le ciel est par dessus les toits
si bleu, si calme.

Se quedó mirando como en sueños una espiral de humo de tabaco.

[181. Atractivo profundo de Persephone]

Nunca he tardado tanto tiempo en darme cuenta de la belleza y el encanto de una mujer como la noche aquella de Phoné Xariopoulos.

La miré. Bella, no sé hasta qué punto era bella, pero si yo había visto en mi vida una criatura infinitamente deseable era la que tenía delante de los ojos.

—¿Por qué me mira así? Vamos no sea niño, no me mire así.

[182. Intermedio del marqués Massis]

Un criado vino a avisarme:

—El marqués Massis espera al señor en el salón.

Era uno de los principales exportadores de naranja, un viejo siciliano de familia de marinos.

—Mi querido señor Castells —dijo abriéndome los brazos— he sabido por casualidad que estaba aquí. De seguro ha venido a verme, ¿verdad? Yo voy a Catania, estoy allí tres días y vuelvo. Desde ahora le digo que no tengo limones. Se los lleva todos el Instituto de Productos Químicos. Naranja tengo mucha todavía, magnífica, muy barata. ¿No quiere venir conmigo a Catania? ¡Venga, Castells, venga! ¿Sabe quién está allí? Está el cura Alidosi, aquel que le contó la otra vez todas las tradiciones de Sicilia. Pero ¡bah!, no insisto. Le veo con la extranjera más hermosa que se ha visto en Palermo este invierno. Me la enseñaron en Villa Higea la semana pasada. Me extrañó su nombre, que nos dijo el conde Foresi: Persephone... Ya sabe usted que es el nombre de una deidad que salió del infierno... En cuanto al apellido, tiene gracia Xariopoulos. Recordará usted que como aprendíamos en el Liceo, Xaries, Xariestes, es la gracia. En fin, adiós, Castells, buena suerte pero mire, mire, no se me meta demasiado en la boca del lobo. Hasta el viernes. Almorzaremos aquí o en Higea el viernes a la una. Y si trae a madame, mejor.

Cuando volví, Phoné me hizo sitio a su lado en el diván. Antes estaba yo sentado en un sillón frente a ella.

—Ah —dijo— era el marqués de Massis, me ha hablado de él Pippo Foresi. Creo que es el hombre que tiene más naranjas de Sicilia.

—Sí. Yo soy comprador de naranjas y es la tercera o cuarta vez que trato con él. Es un simpatiquísimo viejo. Ha cumplido los ochenta años y representa veinte menos. Va y viene de aquí a Roma y a Catania, donde tiene su palacio antiguo, constantemente. Es la primera autoridad tanto en naranjas como en la política diplomática

de los papas últimos. Ha sido gran amigo de León XIII, de Pío X y de Benedicto XV. De Pío XI no tanto. Entre las plantaciones de naranjas y los archivos secretos del Vaticano se ha pasado la vida. ¿Sabe usted que llevó la Rosa de Oro a la reina de Bélgica? Pero le llevó también un cesto de oro con cuatro o cinco docenas de naranjas. La reina Isabel se mostró muy encantada de este regalo.

—Majestad —le dijo el marqués Massis— el regalo no tiene otro mérito sino que este pobre viejo, de quien dicen que sabe algo de naranjas, las ha ido eligiendo una a una, entre miles y miles de ramos y las ha cortado con sus propias manos para las manos de Vuestra Majestad.

—Me gustaría conocer al marqués —dijo ella.

—Almorzaremos el viernes con él —le dije yo—. Vuelve enseguida de Catania.

[183. Se reanuda la conversación del amor en Palermo]

—Usted, Castells, sabe muchas historias —dijo Phoné— nos han interrumpido en lo del amor en Palermo.

—Las muchachas —le dije yo— están detrás de las rejas como en España. No salen nunca solas a la calle y rara vez acompañadas. El rigor es mayor aún que en nuestra Andalucía. Son muchachas pálidas y ardientes, que se consumen de amor, odaliscas cristianas, que viven en la reja y en el fondo umbrío y verdoso de unos patios casi cordobeses. Si sube usted al atardecer Corso Calatafimi arriba verá usted muchas, en su idilio tras de las rejas. Y cada ocho o diez rejas verá usted una cuyas persianas están cerradas. Y puesta en diagonal, como una barra, verá usted una ancha faja de crespón negro, con un letrero en oro o un cartel blanco donde dice: «Por mi idolatrada Juana». «Por mi inolvidable Eloísa». No sé si las madres o los novios dedican este último tributo a las pálidas enamoradas de las rejas, que a veces se consumen de amor. En la Catacumba de los Capuchinos, verá usted, bajo el cristal de los ataúdes a alguna de estas enamoradas, vestida de novia, con el ramo de azahares entre los guantes flácidos. Recuerdo uno de estos ataúdes donde dice tan sólo: «Laura-1840».

—No he visto nada. No he hecho más que curas de sol y excursiones de campo aquí. Tiene usted que llevarme. De niña me gustaban mucho las antigüedades, los museos. Llegué a ir a cursos de la Sorbona sobre

historia del arte. Luego me cansé. Pero usted no es como esos profesores de arte pedantes. Usted lo reduce todo a historias. Con usted iría.

—Es que yo no sé nada, señora. Yo he sido un pobre pastor del Pirineo, que luego ha tenido que viajar un poco por comprar o por vender naranjas.

[184. Frase misteriosa de Persephone sobre Teodoro]

—Me parece que debe ser muy interesante la historia del vendedor de naranjas. No, no pretendo que usted me la cuente pero mis ojos griegos en algunas cosas no se engañan cuando miran en el fondo de otros ojos.

Había cesado la música. Casi todo el mundo se había ido. Ella dijo: Nos han dejado demasiado solos. Me fastidia. Pero no podemos rogarles que se queden.

Se levantó recogiendo en el brazo el chal encarnado de Venecia que había dejado caer. Me dio a besar su mano y me dijo: Mañana a las nueve, ¿no es eso?

[185. Excursión a Segesta. La tierra del idilio griego]

Rodaba el auto hacia Segesta. Ella vino con un *tailleur* de tono ocre, más de Londres que de París, duros guantes, un gorro de cuero, medias gruesas de lana y planos zapatos. Hacía frío y sol. No era muy alta. Sin tacones apenas me llegaba al hombro. Su silueta parecía algo intermedio entre la jugadora de golf y la colegiala. No se había pintado los labios ni los ojos. Su boca era de un rosa tierno, húmedo, juvenil.

—Demasiado árido —dijo ella— para ser el paisaje donde se inventaron los idilios. Pero Grecia en muchos sitios es así y Sicilia, claro está, no es más que una isla griega.

Nos quedamos en silencio. Luego ella irguiéndose en un vago desperezo:

[186. Persephone, griega clásica]

—Me siento griega. Hoy me he despertado griega clásica. ¡Ah!, pero usted no sabe que yo soy griega de veras. Debemos de quedar muy pocas, según dicen los profesores atenienses que han ido a estudiar a Alemania. Parece que yo, señor Castells, por mi sangre y las diversas medidas de mi cuerpo, empezando por el ángulo facial y la distancia entre las ventanas de la nariz y acabando por una serie de curvas, convexidades, círculos y triángulos, que no le digo y usted imagina, soy tan griega como Helena de Troya y como el propio Euclides.

[187. Los ojos griegos no se equivocan]

—Por eso dijo usted ayer que los ojos griegos no se equivocan en algunas cosas... Pero, ¿en qué podría ser interesante la historia del vendedor de naranjas?

—¡Ah! —dijo ella— ese es mi secreto. Y el suyo.

Hubo otra pausa.

—A mí no me gustan —añadió como si volviese a coger el hilo de su pensamiento— esas conversaciones o antiguos juegos de sociedad entre hombre y mujer, esas escaramuzas del ratón y el gato, en que el hombre quiere arrancar a la mujer una confesión o una explicación de algo misterioso que ella ha dicho.

Me puso la mano en mis manos y me dijo:

—No haremos nunca conversaciones de esas si somos amigos, amigo mío. Yo he sido ayer indiscreta; he dado a entender que adivinaba algo íntimo de usted. Y ahora debo pagar y voy a pagar ahora mismo. Voy a hablar de mí. No debía haber llegado a esto... Perdón...

[188. Historia de Persephone. Su familia]

Se acercó más a mí como si necesitase amparo. Me miró a los ojos y continuó.

—Tengo treinta años. Mi padre era banquero y armador ateniense de antigua familia. Mi madre es griega, bizantina del Pranar, emparentada con los Paleólogos. Me casé a los veinte años,

enamorada, con un oficial de la corte del rey Constantino. Formaba parte del cuarto militar del último rey cuando por sucesos recientes fue hecho prisionero y llevado a la isla de Chios.

Suspiró. Se quedó un momento como avergonzada.

[189. Primer amor de Persephone a los quince años, en el Parnassos. El sentido trágico]

—Me he enamorado —prosiguió— dos veces en mi vida. Cuando yo tenía quince años mi padre estuvo delicado de salud. Íbamos las primaveras a Corfú. Los médicos dijeron que le convenía mejor la altura. Entonces fuimos a un hotel que hay en el monte Parnaso. En París los estudiantes de letras se extrañaban de que tuviésemos un hotel en el monte Parnaso, en el monte de Apolo y de las Musas. Pero más me escandalizaba yo de su Mont-Parnase. Bien, amigo mío... Pues en el hotel del Parnassos, en el «Parnassos Palace», apenas había gente. Había un gran señor de los Cárpatos, un hombre de larga y hermosa historia, como de cuarenta años, ya muy avanzado en su tuberculosis. Moría como un sol, con una majestad admirable, sin perder el brillo ni el dominio en unos ojos claros de águila. Y yo me enamoré de él como una loca. Lloraba por él horas y horas y me entregué a él a los quince años. Si no hubiera estado enfermo no le hubiera adorado así. Era su manera de declinar, a la vez trágica y tranquila, lo que me embriagaba. Soy griega, amigo mío. Soy griega.

[190. Segundo amor de Persephone. El oficial corrompido. El idilio en el Partenón a la madrugada. Grecia eres tú]

—Estuve en París hasta los dieciocho años. Llegué a Atenas a fines de la primavera. Duraba todavía la temporada de ópera. La sociedad de Atenas me recibió con muchos agasajos. Hubo todos los días tés, comidas y aperitivos en mi honor. Atenas es la ciudad de los aperitivos. Mis *toilettes* de París y mi juventud parece que hacían sensación en las noches de ópera. Uno de los príncipes reales me hizo el amor. Pero yo me enamoré del oficial que solía acompañarle. Era alto, rubio, del tipo de algunos hombres espléndidos, que antes se veían sólo en Viena. Tenía fama, es cierto, de ser el hombre más corrompido y cínico de Atenas. Pero también encantador. Tenía, quién lo hubiese creído, un talento endiablado de filósofo, de matemático. Escribía poemas raros, que se remontaban a los misterios de la edad

pitagórica. Un día me preguntó quién era mi poeta favorito pues sabía que me gustaban mucho los versos. Yo le dije que Alberto Samain. *«Tiens, ma petite, c'est pas mal. Alors, ton âme est un infante en robe de parade».* Él se puso a hablarme de Samain, de Verlaine, de Baudelaire, de Stephane Mallarmé, de «los poetas malditos». Yo le oía a veces conteniendo la respiración... Me tomó bajo su protección. Se enamoró de mí. Dejó un poco de beber, abandonó algo sus vicios. Su alma enferma, pero exquisita, ciertamente excepcional, rara, de una sensibilidad prodigiosa, fue sólo entonces para mí. Me dedicó su libro de poemas franceses en prosa, que salió un invierno en París, con mucho éxito, *Chanson de l'Aurigue de Delfos.* Yo le encontraba superior a mi primo Jean Moréas. La dedicatoria iba en cuatro dísticos griegos. Nos amamos locamente en las noches de luna, cuando nuestros coches subían después de la ópera hasta las ruinas del Partenón, a la Acrópolis, donde estábamos hasta el amanecer, sentados en las grandes losas milenarias. Luego bajábamos a beber a algún *dancing* abierto aún. Una noche, yo estaba vestida con una *toilette* de pliegues clásicos, con el torso casi desnudo, envueltas las espaldas en un velo ligero. Me abrazó fuertemente entre aquellas columnas de la Acrópolis. «Grecia —me dijo— eres tú». Me entregué a él. Iba a su *garçonniere* todas las tardes. Al fin nos casamos. La enfermedad que había en el alma de aquel hombre me había enloquecido. Luego no pude más. No quise más de él. Había exprimido su encanto malsano hasta la náusea —se interrumpió—. Pero, ¿qué le he dicho, amigo mío? Yo he venido aquí a tener paz.

[191. El tercer enfermo de Persephone. El pecado y el íntimo mal de Teodoro. El amor de Persephone como liberación]

—¿Qué os dije ayer, amigo mío? Me parece que debe ser muy interesante la historia del vendedor de naranjas. Mis ojos griegos, añadí, en algunas cosas nunca se equivocaron cuando miran al fondo de otros ojos. Al principio me pareció usted un hombre sencillo, sano, simpático, entretenido, con un alma narrativa y una especie de alegría popular. Y me hacía usted tanto bien. Pero un momento vi en sus ojos, al hablar de las mujeres, algo como la llama de un pecado antiguo, de un pecado griego, trágico, embriagador, un pecado de aquellos que podrían llamarse divinos. Y luego vi que contra ese pecado, hecho ya espíritu diabólico, debía luchar dentro de usted una ilusión angélica, tan pura, tan matinal y tan cristiana como un amanecer con los carillones de una catedral de Alemania. Y le vi a usted por dentro enfermo de esta lucha interior, enfermo de este mal sutil, penetrante,

quintaesenciado. Y entonces me turbé. Pensé que me encontraba ante un tercer enfermo más interesante, más peligroso que los otros dos. ¿Es verdad lo que pienso, amigo mío? Dígamelo con la mano puesta en el corazón.

—Es verdad, señora —le dije— es la pura verdad.

—Todavía yo no me he enamorado de usted. Pero esta noche soñaba que me sería dulce terciar en esa lucha que le devora, libertarle, alegrarle. Casi lo haría sin complicaciones de amor, como una griega clásica.

[192. «Segesta no está acabada aún. Como mi alma»]

Entraba el auto en una curva y a lo lejos apareció, blanca en mármol de nieve, incólume en la verde campiña de oscuros árboles, el dórico templo de Segesta.

—Está un poco ruinosa la parte alta.

—No, no está ruinosa —dijo ella—. Segesta es eternamente joven. No está acabada aún. Como mi alma.

[193. Almuerzo en la trattoria. *Primer beso de Persephone. Su idea exigente del amor]*

A la vuelta almorzamos en una *trattoria* del camino, que trascendía a centro de la *maffia.* Ella había dicho que había soñado terciar en mi lucha interior, es decir, ponerse entre mis ilusiones diabólicas y mis ilusiones angélicas como una realidad humana, inteligente, carnal, espiritual. Nos llevaron a un comedor desierto del piso alto. Yo conté y conté desde las tentaciones de Coloma, hasta la aparición de Rosa Krüger y mi desventurado matrimonio. Ella oía y oía mientras iba cayendo la tarde. Eran los días cortos. Estaba ella mirando un plato rústico de frutas que había en la mesa y tenía los ojos puestos en una naranja a la que daba vueltas lentamente con su mano, como si ese movimiento correspondiera a un devanar de sus meditaciones.

Me callé un instante y ella dijo en voz baja, con un hilo de voz, sin levantar los ojos del plato rústico, cargado de frutas, mientras se le encendían las mejillas:

—Y si yo te quisiera...

Cuando alzó la cabeza me ofrecía ya su boca tierna, húmeda, inocente como la boca de un niño. Su beso largo y enmudecido tenía no sé qué suavidad armoniosa. Era como si en su boca se hiciese ritmo vivo la música quieta de las estatuas, la línea pura de los mármoles. No se podía expresar de otro modo lo que era su beso. Era simple, naturalmente, igual que las formas de la Venus de Milo, igual a lo que debía ser la cadencia de los versos de Homero. Era un beso modulado y plástico como la arcilla hecha viva belleza en la mano de Fidias. Era infancia y sabiduría, ingenuidad y ciencia de los besos. Pero quería hacerme el don de su alma antes de hacerme el completo don de su cuerpo. Casi en un beso volvimos a la ciudad por la carretera ya en sombras. Al llegar volvió a decirme lo mismo que la primera noche:

—No quiero que estemos demasiado solos, en unos días. Esto ha sido una gran locura. Tenemos que esperar a que no haya una sola sombra, una sola sospecha de interés indigno entre nosotros. Nuestro amor será puro cuando uno para el otro seamos como de cristal.

[194. Teodoro decide hacerse amante de Phoné]

No me costaba ya —aunque sea vergüenza decirlo— traicionar la fe conyugal jurada a Ángela. Me costaba traicionar la gran ilusión de Rosa Krüger, quedarme sin ella, abolirla en mi alma, decirla para siempre adiós. Al abandonar esta ilusión que yo mismo me había creado, sufría como si la ilusión padeciese con mi abandono y se quedase desamparada y sola.

[195. Al día siguiente. Relato de la aparición de Rosa Krüger a la hora del té]

Al día siguiente tomábamos el té y le contaba la aparición de Rosa Krüger. Ella oyó con una curiosidad natural.

[196. Lágrimas de Phoné en la sobremesa de la noche. Tristeza del pecado. Phoné quiere ser buena]

Aquella noche, mientras estábamos en un diván del *hall,* después de

comer, ya a la última hora, yo le refería con muy buen humor historias de la *maffia* siciliana. Ella oía con una sonrisa forzada. Los ojos se le fueron lentamente llenando de lágrimas.

—Qué tienes —le dije— Phoné, ¿qué tienes?

Y ella como una niña con palabras entrecortadas contestó:

—Nada... Estaba... pensando qué hermoso era lo que me contaste esta tarde... Aquella niña... aquella niña... Yo nunca he sido, nunca he podido ser una niña así... A los quince años yo... Mi resolución está hecha... Quiero ser buena... Quiero ser buena...

Y me sonrió secándose las lágrimas como si se sintiese libre de todos sus pecados, mientras yo sentía alrededor como una liberación indefinible.

[197. Desaparición de Phoné. Su carta. La renuncia al pecado]

A la mañana siguiente era el famoso viernes del marqués Massis. Avanzaba la hora y como veía que ella no aparecía en el bar ni en el *hall,* mandé a un criado a su cuarto para recordarla que estábamos invitados para la una. El criado volvió y me dijo:

—La señora ha salido esta mañana al amanecer según me dice la camarera de su piso. Ha dejado para usted esta carta.

Y decía así:

«No quiero más pecados, amigo mío. Creí que en usted me atraía el mal, la enfermedad o el pecado como en los otros. Pero su lucha ha sido bella y fuerte. En usted la claridad y la pureza han vencido siempre y esto es lo mejor de su alma. En usted he aprendido un poco tarde a amar las cosas puras, alegres y sin mancha. Por encima de todas las sombras y de todas las vicisitudes de este mundo, esa ha sido su fuerza y su alegría. Siga usted viviendo, amigo mío, para esa ilusión pura, que ha formado su vida aunque jamás la encuentre, porque es bello y noble vivir así. Yo no quiero dedicarme a borrar en su alma con las vanas caricias de mi cuerpo y algunos encantos del espíritu, lo mejor de su vida. Cuando ya no se puede amar como usted ha soñado y no se puede dar lo que usted ha dado, es precio creer que se puede y se debe amar así y sufrir valientemente por no poder amar así. He visto lo que hubiera sido el fin melancólico de nuestra unión, el daño

que uno al otro nos hubiéramos hecho queriéndonos hacer tanto bien. Yo me voy a ser buena, como pueda y donde pueda. Acaso haré de usted mi ilusión pura, inaccesible y lejana, que en alguna fe, en alguna religión, en alguna caridad para el prójimo encontrará su objeto y su consuelo, pensando que en memoria de usted me he hecho mejor. Los pocos momentos en que usted me hablaba de su Dios y de su virgen de la infancia me abrían como un mundo nuevo y desconocido. Acaso yo iré a rezar muy pronto por nosotros dos a su Virgen d'Artiga de Lin. Adiós, amigo mío, me voy en busca de la paz, ya que no merezco la alegría. Me siento dichosa de tener a quien decir adiós, que antes no tenía, de sentir un corazón del cual con tanto dolor me separo porque en eso siento mi alma en mí, como no la he sentido nunca. Ya no quiero otra cosa sino sentir el alma. Adiós con el último beso de su pobre ØOVE».

[198. Almuerzo con el marqués Massis]

El almuerzo con el marqués Massis no fue animado.

—¿Y Madame? —preguntó.

—Se ha ido esta mañana —respondí.

—¡Ah! —hizo él como si dijera que todo quedaba comprendido. Andando la conversación, surgió el tema del matrimonio.

—Cásese, Castells —empezó a decirme— créame...

—Estoy casado —le respondí— y tengo una niña.

—¡Ah! —volvió a hacer él—. Pero, ¿cuándo? No me dijo nada. Hubiera querido hacerle un regalo. Se lo voy a hacer aunque sea una pequeñez. He comprado esta misma mañana muchas porcelanas pequeñas de Capodimonte, tiradas, baratísimas. Voy a mandarle la mitad. A su mujer le gustarán para la mesa. Y, ¿cuándo se casó, querido Castells?

—Hace poco más de año y medio. Tengo ya una niña.

—¿Vive en Arlés?

—Sí, en Arlés y en el país de mi mujer, en Extremadura.

—Ya. Es país de naranjas, ¿verdad? —dijo él.

[199. Desolación de Teodoro. «Rosa no es más que una ilusión. Ángela no es más que una desilusión»]

La conversación siguió hasta el final del almuerzo por este camino y de sobremesa cerramos el trato de naranjas. El marqués Massis me veía incapaz de poner la atención en nada.

—¿De veras no quiere venir a Catania a pasar unos días en la villa? —me dijo al despedirme. Estaba solo poco después en el cuarto del hotel. Me estallaba la cabeza. Nada, no tengo nada, me decía, más que humo y ceniza. Ni Rosa Krüger, ni Phoné, ni Ángela. ¿Por qué se ha ido Phoné? Quizá era la única mujer que podía hacerme compañía. Rosa no es más que una ilusión. Ángela no es más que una desilusión.

VIII,

[200. Viaje a Bizerta. Reorganización de la flota frutera]

Tuve que ir a Bizerta para inspeccionar nuestra flota frutera. Movilicé una parte de ella para hacer un ensayo de reorganización de transportes. En las primeras pruebas se había perdido mucha fruta. Todavía los frigoríficos no estaban muy perfeccionados y resultaba que muchas frutas llegaban con la carne leñosa o insípida. Entonces se pensó que había que aumentar la velocidad de los vapores, casi forzando máquinas pues se suponía limitada la resistencia al frío de la carga. Esto aumentaba en gran escala el consumo de carbón y acababa por no resolver el problema. Hice estudiar las diversas distancias de los itinerarios, en relación con las temperaturas y sobre estos datos hice establecer científicamente la curva de frío de cada fruta cosa que antes no se hacía pues se empezó a llevar un frío constante, igual para todas las frutas y para todos los recorridos.

Empezaron con esto a enjugarse las pérdidas y el trabajo me distrajo de mis preocupaciones.

[201. Vuelta a Arlés. Embarazo de Ángela. La finca de Millan]

Tenía ansia de paz como Phoné. El embarazo de Ángela se presentaba peor aún que el primero y fue preciso desistir de llevarla a dar a luz a Castromayor. Henry Girard pensó que mejor que en Arlés estaría en su finca cerca de Millan. A la mediana hacienda heredada había añadido Girard una grande con sus tierras vecinas, en los tiempos de la *belle* Mion, a la que quizá no había querido instalar en la antigua casa de sus padres. Era una de esas propiedades de los antiguos señores campesinos de la época de Enrique de Navarra, que en algunas partes de Francia llaman una *gentilhommerie*. Había sido restaurada en el siglo XVIII y parecía una villa italiana. Me recordaba en cierto modo

el hostal. Era una construcción a trozos de dos plantas, a trozos de una, alargada y estrecha como nuestro hostal, con sus anejos de capilla, bodega, cuadras, graneros, etc. Por una parte tenía una explanada con añosos tilos bordeados por una acequia que corría entre viejas losas, cubiertas de líquenes y musgos y por la otra una plazoleta de cipreses y rosales, con un poyo redondo de piedra y en medio una fuente de mármol, dedicada con inscripciones latinas al Condestable Lesdiguieres. Tenía allí Girard muchas cosas, huerto y jardín, legumbres, hortalizas, viñas, frutales, un poco de trigo y de cebada, alfalfa, prados de hierba, arboledas, viveros, flores, un poco de invernadero y *orangerie,* vacas, perros, burros, caballos. Se instaló allí a Ángela con toda suerte de cuidados, se le puso una monja de enfermera y el coche iba todos los días a buscar a un buen médico de Millan.

[202. La paz dolorosa]

Eran días de una paz dolorosa, en el seno de la primavera, pero de paz. Cuando no estaba al lado de Ángela recorría la finca y solía llevar conmigo algún libro. Me entregué a los poetas y a la contemplación de la naturaleza. Empecé a dedicar también cada día más tiempo a la niña, cuando estaba más cerca de Ángela. Había cumplido ya la niña el año y salía viva y graciosa. A veces me quedaba horas viéndola dormir bajo los anchos tilos de sombra profunda. «He vivido hasta ahora —solía pensar— agitado por sueños». Desde la desaparición de Phoné me invadía un gusto melancólico por la contemplación serena y un poco dolorosa del mundo. Me quedaba largo tiempo transportado y extático ante las cosas: la niña que dormía, el agua corriente bajo los árboles, el giro pausado de las nubes blancas en los cielos azules. Nunca había mirado así largo tiempo las cosas. El andar de las horas me parecía lento y manso. Esta paz era el don de Phoné: la renuncia al pecado.

[203. Los libros]

Alejado de los negocios por el estado de Ángela, nutría mis horas de vela junto a su cabecera y mis horas de contemplación con la lectura de la Biblia, de los poetas, de algunas obras religiosas, como las de Bossuet, Pascal, San Francisco de Sales. La biblioteca de la quinta se componía de todos los clásicos franceses. Desde la *Astrea* y los

Ensayos, hasta la *Enciclopedia,* Diderot, Voltaire, Rousseau, Condillac, D'Alembert. A esto se añadía una pequeña colección en 16° de autores italianos.

[204. Lecturas de Petrarca]

Yo solía salir de mañana, poco después de amanecer, con un librillo de Petrarca y solía irme a un confín de la finca, donde el hijo de uno de los colonos, Biribi, cazaba ruiseñores con liga. Se me iba haciendo fácil la lengua italiana. El poeta cantaba la primavera que venía:

> *Seffiro torna, eil bel tempo rimena,*
> *Ei fiori e l'erbe e sua dolce famiglia,*
> *E garrir Progue epiagner Philomena*
> *e Primavera, candida en vermiglia*

Cuánta melancolía de amor en todos sus versos después de la alegría del amor que había venido una vez:

> *per far una leggiadra sua vendetta.*

Leía el enamorado de Laura bajo el cielo mismo de Provenza que había iluminado sus amores, en un estado de desilusión resignada, mientras alrededor, sobre el fondo primaveral, vagaba cada vez más amenazador el fantasma enlutado de la muerte. El doctor había dicho: «El embarazo no se presenta bien. El parto podrá tener los inconvenientes del primero, en el que salvó de milagro la vida, porque el corazón es pequeño, está muy fatigado y no sé si podrá resistir». Me llenaba de una honda compasión por Ángela, me aterraba.

> [Episodios que faltan: *205. Ángela presiente su fin. Pide a Teodoro palabra de no volverse a casar. Evasiva de Teodoro. Furor de Ángela. Los testamentos.*
> *206. Oración de Teodoro a la Verge d'Artiga en la capilla.*
> *207. Parto de Ángela. El doctor. Anuncio de la llegada de Cap d'Ail. Alarma. Mejoría. Ternura y esperanzas de Ángela.*
> *208. Nacimiento del niño y muerte de Ángela.*
> *209. Rostro de Ángela muerta.*
> *210. Ideas de Girard sobre la muerte.*
> *211. Funerales y sepelio en Millan.*
> *212. La comida de parientes. Figura del sieur de Cap d'Ail.*

Es posible que en el original que falta estos ocho capítulos estuvieran

subdivididos, a su vez, hasta completar los diez, total de los que se perdieron. En ellos se narraba la muerte de Ángela por parto. Ni siquiera en trance de muerte, aun siendo muy piadosa, puede ella olvidar sus celos y le pide al marido que jure no volverse a casar nunca. Teodoro consigue eludir la respuesta y no se lo jura. También se describía en ellos el fastuoso entierro de Ángela y la frialdad de su familia con Teodoro].

[215. Cap d'Ail en la mesa relata un antiguo baile de niños]

Llegamos a casa a mediodía. Hasta entonces apenas me había fijado en el señor de Cap d'Ail. Era un gran pariente lejano, como de medio siglo de edad, alto, flaco, un poco encorvado, con un antiguo levitón y una chistera nueva pero traspillada. Tenía un rostro hermoso y moreno, de óvalo alargado y bizantino, de finas facciones, con los ojos profundos, redondos, negros y dulces, como de mujer, y la boca sensual y fresca aún.

Traía una camisa aldeana de blanquísimo hilo, sólo comparable a sus grandes y nítidos dientes. Sus manos eran largas, curtidas, fuertes y huesudas, buenas manos para esculpir en bronce. Su tez en todas partes aparecía muy tostada y yodada, de marino, calzaba unos zapatos antiguos, puntiagudos, de charol muy lustroso, y debían molestarle. La limpieza de su traje y la de toda su persona trascendían a un aroma leve de romero. Hablaba con una voz educada, bella y musical, de barítono. Pero era como una voz olvidada, que reapareciese. En medio de la pena que me oprimía, me era difícil resistir al interés y a la simpatía por este señor de Cap d'Ail. Me había venido a dar su pésame con la sobriedad y el estilo perfecto de un señor de raza, y, a la vez, con una llaneza emocionada de campesino.

«Creed en ese niño que acaba de nacer —me estaba diciendo— creed siempre en el niño», cuando nos avisaron ya para sentarnos a la mesa del comedor grande. Éramos unos catorce o dieciséis, con los tres amigos íntimos de Girard, algunos parientes, el doctor, un sacerdote colorado y risueño y algunos amigos de Millan. Todos estaban muy estirados y solemnes desplegando sus servilletas ante el consomé. El comedor tenía pinturas en las paredes, imitadas de Poussin, y representaban la historia de Ulises. Yo estaba sentado entre Girard y el cura, y enfrente el señor de Cap d'Ail.

Miró Raimundo de Cap d'Ail las antiguas y claras pinturas y dijo a Girard, sonriendo apaciblemente:

—«He aquí, mi querido Enrique, mis queridos señores: Hace ya cuarenta años, a los once años, estuve por última vez en este comedor cuando la finca no era tuya, cuando era todavía de los d'Arú. Yo había venido a pasar las vacaciones de Pascua con mis tres tías viejas, hermanas de mi abuela: Octavia, Luciana y Francisca. Te acordarás, Enrique, perfectamente, de su loro 'Picard' y de su cocinera Radegundis. Pues, verán ustedes lo que sucedió. Los d'Arú dieron un cotillón de niños, con huevos de Pascua y sorpresas. Fue una fiesta hermosísima, señores. Dejó larga memoria en el país. Los periódicos de la región trajeron minuciosas descripciones de los disfraces de los niños. Empezó la fiesta a las cinco, como una fiesta de jardín. En la plazoleta de cipreses se representó una pantomima admirable de la historia de Cendrillon. Los actores, además de los niños d'Arú, fueron niños de otras quintas y castillos vecinos y muchos niños de Millan. Hubo hasta la carroza de las hadas tirada por seis cabrillas con arreos escarlata. Al anochecer nos sirvieron la merienda bajo los tilos.

Éramos unos doscientos niños, señores. Enseguida, con las últimas luces del poniente, empezó el baile. Todos los salones de esta casa tenían encendidas sus arañas y sus candelabros. Pero todavía en el jardín jugaban las luces de oro y violeta de la tarde. Era una ilusión fantasmagórica la del palacio iluminado como una ascua de oro en la puesta del sol y entre los negros árboles. Cendrillon y el Príncipe Azul entraron para abrir la *quadrille* de honor a los acordes de una vieja marcha de Corte. Doce niños les abrían calle vestidos con las antiguas libreas azules de la Corte de Francia. Sostenían en alto candelabros encendidos... Era un sueño... Pero yo temería mucho aburrirles, señores. Aquel día fue inolvidable para mí...».

Todos quisieron que el caballero de Cap d'Ail continuara.

—«Yo vine —dijo— vestido de elegante del directorio, vestido de Incroyable. Me caían sobre los hombros unos tirabuzones negros, brillantes, naturales, aunque tenía ya más de once años. Eran como los que se usaron en la época. Eso llevó a elegirme aquel disfraz: pero mi tía Francisca, la vieja canonesa de Malta, quiso vestirme de zuavo pontificio, recordando a su amigo de infancia el General Lamoriciere. Me vistieron mis tías maravillosamente de elegante revolucionario, aunque todos sabéis que eran realistas y beatas y venían de los Pontiac de Albi. Me pusieron un frac azul celeste de botones dorados, altísimo de cintura, larguísimo de colas, con vueltas de moaré violeta. El sombrero de forma de media luna era de raso negro, pero, por dar gusto a las tías, con la cocarda de Bourbon. El pantalón ceñido era de seda, a rayas blancas y celestes, la media bota de charol con espolín de plata, la camisa de espumosos encajes, la corbata tan alta y de

tantas vueltas que no me dejaba respirar. Era, señores, un hermoso muchacho de muy finos modales. Hasta llevé un bastón retorcido en forma de sierpe y dos relojes de esmalte, auténticos, uno con la hora de Londres y otro con la hora de París, pendientes de una larga cadena anudada al cuello, que lucía sobre un chaleco rameado de flores. Pues bien, amigos míos... Después de la *quadrille* de honor, yo tenía que bailar el minueto del «Bourgeois Gentilhomme» de Lully, con una bella criatura rubia, con Zenaida d'Arzac vestida de Josephine de Beauharnais. ¡Cuánto habíamos ensayado en casa de aquel viejo maestro de baile del 'Colegio de las Golondrinas', que así se llamaba el de Madame Worousky! Nuestro éxito, señores, fue indescriptible. Nos hicieron repetir el número sobre esta misma mesa del comedor, entre 'bis' y 'bravos'.

¡Ay! ¡Cuántas cosas trascendentales e infortunadas no empezaron para mi aquella noche! Allí comenzó aquella historia cuyos episodios más salientes y trágicos son ya conocidos en el país. Luego, al final, acabó la fiesta con unos grandes fuegos artificiales. Y yo era feliz, señores mío, apasionadamente feliz dando el brazo a Zenaida, como el pobre Stendhal con Adela en los fuegos artificiales de Frascali.

¡Vean ustedes, al cabo de cuarenta años, con qué triste, con qué doloroso motivo, vuelvo viejo ya, a este comedor de otro tiempo, que llamábamos la Sala de Ulises! ¡Vean cuán mudable es la suerte de las cosas humanas, cuán grande la pena amigo mío —dijo, dirigiéndose a mí— que a todos nos embarga por su pena! Pero hagamos votos, señores, por la felicidad de ese niño que acaba de nacer, porque él sea feliz toda su vida como yo lo fui por lo menos aquella tarde en el cotillón infantil de los d'Arú...».

Le habíamos oído con una mezcla de estupor, de emoción y de ironía. Pero Girard le dijo gravemente: —«Tu, Raymond, tienes muy hermosos recuerdos. A todos nos ha complacido escucharte. No dejes de contarnos, más tarde, alguna otra cosa...».

Cap d'Ail asistía con signos. No sé si se enjugó dos lágrimas y dijo:

—«Tú lo sabes, Enrique: He sido siempre desgraciado, excepto aquella tarde. Por eso me gusta unirme a las desgracias de la familia. Y también a las alegrías. Cuando nace un robusto niño, cuando se celebran unas bodas felices nadie se alegra tanto como Raimundo Federico Diosdado de Cap d'Ail. Porque he sufrido, me consuelo con la alegría de los demás. Yo sólo vivo, verdaderamente, en estos fastos de la familia».

El sacerdote risueño comentó la profunda verdad de cuanto había dicho Cap d'Ail sobre los contrastes de felicidad y desventura que la vida ofrece, y se extendió en consideraciones sobre los días amargos y tristes de este valle de lágrimas, siempre mucho más numeroso que los dulces y alegres. «Este tiempo tan agradable no puede durar mucho —añadía— según dice San Francisco de Sales». Al fin afirmó que el dolor era el verdadero fondo de la vida humana, mientras apuraba con fruición a sorbitos el más viejo y exquisito cognac de las bodegas. Nos quedamos con el cognac hasta mucho después de anochecido.

Hubo conversaciones de todo género. Un dentista y un antiguo sastre de Millan, parientes de Girard, rivalizaron en la relación de sus infortunios familiares para consolarme. En otro lado de la mesa Girard había formado un grupo con sus tres amigos, Cap d'Ail y el notario.

Pregunté por Cap d'Ail, cuya narración del baile infantil de disfraces me había desconcertado e intrigado no poco.

—Es un hombre honrado —me dijeron— con una historia rara y dolorosa y una vida realmente estrafalaria. Otros le llaman Raimundo el de la isla, Raymond de l'Ile. Pero sería penoso para él si nos oyera... Está quizá un poco trastornado desde su principal desventura, que fue cuando tenía diecinueve años.

[216. Al encenderse las luces el señor de Cap d'Ail descubre el secreto de la Odisea]

Callamos. Otra vez la voz del señor de Cap d'Ail, dulce, musical y patética se eleva sobre las conversaciones. De vez en cuando se levantaba para señalar las pinturas de Ulises y se quedaba un rato en pie, accionando con mucha regularidad, mesura y armonía como si hablase a un gran auditorio. Girard le oía con mucha seriedad y respeto. Observé que cuanto menos cultivados eran sus oyentes más propicios parecían a sonreír maliciosamente de sus largas tiradas.

—Estas pinturas, mis queridos señores y oyentes, quedaron hondamente grabadas en mi memoria de niño y después excitaron poderosamente los sueños de mi imaginación. Miren ustedes ahora este *paneaux* que representa el retorno de Ulises muy caprichosamente. En primer término se ve el mar con las olas rizadas y unos delfines saltadores que se persiguen. Más allá se descubre al ingenioso héroe, en figura de mendigo, que camina hacia la ciudad de Ítaca figurada en el último término como una fantástica ciudad

italiana del siglo XV. Ya desde ese grupo de palacios el fiel perro ha salido haciendo corvetas, moviendo jovialmente la cola para recibir a su antiguo dueño. En la parte más alta del más alto palacio vean que hay una gran habitación abierta con anchos arcos, una clara galería donde se ve un taller de tapices, presidido por la hermosa Penélope, sentada al telar, en un lugar eminente, mientras un grupo de doncellas gentiles la acompaña y otro grupo devana un hilo fino que es en su longitud como de diversos colores y otro, compuesto de tres mujeres de diversa edad, hila en antiguas ruecas de torno.

—Lo que más debe fijar vuestra atención, señores, si queréis descifrar un gran secreto, es que Penélope no representa ahí más de quince años, es una niña y acaba de interrumpir su labor para observar a Ulises que vuelve y al que no ha conocido aún. Sin duda este héroe, el más ingenioso entre los mortales, aparece con una solemne y casi divina belleza, aunque disfrazado de mendigo. Tiene un cuerpo fuerte y animoso, en la plenitud del maduro vigor, una abundante cabellera de grandes y alargados bucles como sus bien pobladas barbas, una cabeza de nobilísimas facciones, unos ojos sagaces, anchos y profundos. Pero su edad no baja de los cincuenta años. Esa extremada juventud de Penélope es incomprensible. El joven Telémaco, el digno y admirable vástago de este matrimonio, acaba de cumplir los veinte años. Véanle en esta otra pintura de la casa de Menelao, cuando se le aparece la imagen cisnea de la rubia Helena, se da el curioso caso de que Telémaco representa mayor edad que su propia madre. Resuélvanme ahora el raro enigma. Cuando Ulises se va a la guerra de Troya Penélope tiene quince años, cuando Ulises vuelve de la guerra de Troya al cabo de veinte años y de una larga vida, fértil como ninguna en peripecias, Penélope sigue teniendo quince años. Es admirable.

Hubo una pausa. Yo me acordaba sin querer de aquellos quince rubios años de Rosa Krüger cuando Girard dijo:

—Sigue, Raimundo, sigue. Ya sé que has pensado como muy pocos hombres en estas cosas, y que ése ha sido tu único consuelo. Ignoro cómo vas a concluir pero sé que nos harás a todos un gran bien porque habrás madurado lo que nos digas, larga y seriamente.

—Tú lo sabes, mi muy querido primo Enrique, he pensado años en estas cosas. Una pequeña isla, a dos millas de la costa de Provenza, es mi único patrimonio. Muchos me llaman Raimundo el de la isla. Yo voy casi todos los días a esa isla sin nombre, que yo llamo Elisea, a pensar los problemas de las aventuras de Ulises. Es mi único consuelo. Esta historia es conmovedora y dulce y el pintor de esta sala no creo

que se hubiera equivocado: cuando Ulises volvió, ciertamente Penélope tenía quince años y estaba rodeada de pretendientes jóvenes y poderosos, de hombres que no pertenecían a la generación de Ulises, porque entonces, piensen ustedes un momento en ello, ¿no se hubieran visto forzados a acudir a la guerra de Troya? Sin embargo, nadie ha pensado en esto más que Raimundo Federico Diosdado Cap d'Ail.

—Pues bien señores míos, las cosas, según yo me figuro, sucedieron así: doy por veraz así todo cuanto dice Homero hasta acabar el último canto. Penélope quiere asegurarse de que aquel pordiosero recién llegado al palacio de Ítaca es su propio marido. Le somete a pruebas diversas como la de preguntarle los secretos de construcción del lecho nupcial. Bien, señores, Ulises ha vencido a los pretendientes y ha vencido las pruebas a que le ha sometido Penélope. Pero a su vez él no puede comprender que Penélope tenga quince años. Pareciéndose sin duda a la tierna esposa que dejó, no puede ser la misma. Ulises, el más ingenioso de los hombres empieza a imaginar que aquel prodigio sea una estratagema de alguna divinidad enemiga, un hábil simulacro para hacerle caer en una emboscada. Tras aquella apariencia de Penélope podía estar aquella, para él implacable diosa, Venus, amiga de la gente troyana, o Circe, vengativa por la pasada burla, o Calipso irritada por el increíble desvío. Y, ¿qué creen ustedes señores míos, que hizo entonces el prudente Ulises? Pues se puso, eso sí, a vivir en su antiguo palacio, donde comía y cenaba con Penélope y era fino y cortés con ella en toda ocasión, pero no compartía su lecho. No señores. Presumo que dormía él sobre unas pieles, abajo, cerca del fuego del hogar hecho brasas, cosa que le gustaba mucho. Y ella dormía arriba, en la parte más alta de la casa, con las otras mujeres. Así me figuro que pasaron, él con el can abajo y ella arriba con la cigüeña, más de ocho días, mientras la hermosa cámara nupcial, que estaba en el piso mediano, permanecía deshabitada.

—Bien, señor Raimundo —interrumpió el dentista de Millan— decid cómo acabó la historia pronto porque Madame Juliers me debe esperar ya con impaciencia.

—Renunciaré entonces a contar incidentes en verdad encantadores y graciosos que sucedieron entre Penélope y Ulises durante aquellos días. Pero, en fin, mis queridos señores, era una hermosa noche tibia de mediados de otoño. Penélope y Ulises habían acabado de cenar en la vasta sala. Los criados habían pedido la venia para retirarse. Ulises se había quedado meditando, mientras contemplaba las constelaciones por la ventana abierta. Y como niña, Penélope se dejó caer de sueño sobre la mesa de luciente roble. Todos sus bucles se esparcían,

fragantes y dorados, cerca de las grandes y morenas manos de Ulises, surcadas de robustas venas. Como al descuido el ingenioso héroe tomó entre sus dedos un bucle de éstos y jugaba con él como contando uno a uno los finos cabellos que lo formaban mientras pensaba en la tierna belleza de aquella criatura dormida. Dejó así de mirar a los astros y contando aquellas finas hebras de oro, recordó lo que algunos servidores antiguos le habían dicho, que en su ausencia Penélope tejía y destejía un hermoso tapiz, con una finísima hebra que iba cambiando sus colores. Como poseído de un súbito pensamiento Ulises entonces se levantó dejando a Penélope dormida. Encendió una pequeña lámpara de barro y se puso a recorrer todas las estancias vacías de la casa, hasta que llegó a unos altos desvanes llenos de luna. Allí vio, roto y abandonado, el telar sin rastro alguno de aquella hebra maravillosa.

Meditó Ulises, puesto allí en pie en medio del desván, con la mano en la barba y luego de sonreír largamente se dijo a sí mismo:

«Las Parcas hilanderas dieron a Penélope el hilo del tiempo, el hilo de su propia vida para ver cómo lo consumía esperándome. Fue con este hilo con el que Penélope todos los días tejía y destejía el tapiz de su sueño de esperanza, porque quien espera desespera. Lo que desde la mañana tejía lo destejía por la tarde. Y así el hilo del tiempo, el hilo del sueño de su vida, no avanzaba, no avanzaba ni retrocedía para ella. Así Penélope, la que supo esperar y desesperar, tejer y destejer con el hilo misterioso de las Parcas, no envejeció ni un día solo y siguió teniendo quince años. Entretanto el hilo de mi vida iba consumiéndose como el hilo de Ariadna, en el laberinto de innumerables peripecias hasta el feliz y maravilloso retorno».

Cuando Ulises se hubo dicho estas palabras volvió a sonreír en la claridad de la noche. Y luego volvió a tomar su pequeña lámpara y descendió a la sala donde Penélope dormía. Depositó la lámpara sobre la mesa y envolvió a Penélope en una larga y amorosa mirada. Pocos instantes después se extinguió la luz temblorosa. Entonces Ulises tomó en brazos a Penélope dormida y la condujo el lecho nupcial. Éste es, señores míos, uno de los grandes secretos de la Odisea, que yo quería revelaros. Y si alguien entre vosotros sueña retornar, como yo en un tiempo soñé retornar a la infantil Penélope de un día lejano, asegurémosle todos de corazón, que si él supo sortear todas las peripecias del contrario destino y ella supo a su vez esperar y desesperar con el hilo de su vida, tejer y destejer su sueño, un día, señores, la hallará y la reconocerá, lo mismo que si fuese todavía aquella niña de quince años y de bucles de oro.

Se dio por concluida ya la larga sobremesa. Todos los convidados se fueron despidiendo uno a uno y repitiéndome sus muestras de adhesión a mi pena pero el señor de Cap d'Ail se quedó con nosotros varios días a ruegos de Girard y a ruegos míos, que se los hice muy reiterados y sinceros.

[217. La noche de sueños. Los fuegos artificiales del 14 de julio]

Me retiré temprano a dormir. Aquella noche me hice traer los niños a mi cuarto. Me levantaba yo mismo a atenderles cuando se despertaban. Girard se había ocupado ya de buscar en Millan una nodriza que dormía en el cuarto vecino. Yo me acosté casi sin desnudarme. Despierto, mi estado de espíritu era de una inmensa compasión para la pobre Ángela y para el niño que acababa de nacer. Dormido me llenaba de sueños felices mezclados de los relatos de Cap d'Ail, de bailes de niños con Rosa Krüger vestida de alsaciana, de retornos al cabo de los años en que la encontraba otra vez niña saludándome desde la alta ventana de un castillo del Rhin. A media noche me desperté y salí al jardín. Oí hacía la parte de Millan músicas de fanfares y gritos lejanos. El cielo temblaba con claridades de tonos rojizos, plateados, rosas, dorados, verdes. De vez en cuando se izaban largos cohetes iluminando el cielo con una luz más viva, con ramilletes de bengalas o grandes estampidos. Eran las fiestas del 14 de julio. Y yo seguí en la parte más alta del jardín, mirando hacia Millan como un niño, olvidado de todo, hasta que los aires se llenaron de resplandores y de estruendos con el ramillete final. Dormí a intervalos hasta casi las ocho.

[218. Cap d'Ail y los ratones]

Bajé al salón. Vi a Cap d'Ail, revestido de su levitón y su chistera, arrodillado en un rincón y casi como si estuviera besando el suelo.

Se levantó a abrazarme:

—Mi querido, mi pobre amigo, ¿qué tal ha descansado? He pensado tanto en usted. Ahora perdóneme, estaba mirando algunos pequeños agujeros que hay en el entarimado de este salón. Tienen ustedes aquí, amigos míos, bastantes ratones. Soy muy aficionado a los ratones. Soy capaz de pasarme el día entero acechando hasta que cazo uno. Prefiero no hacerles daño. Los he cogido a veces con red como si

fueran mariposas y otras veces con ratoneras inocuas. Una vez cogidos los he soltado siempre en el campo y así se hacen ratones campesinos.

Girard bajó a desayunar y nos sentamos los tres en el gran comedor de Ulises.

[219. Extraña existencia de Cap d'Ail, llamado también Raymond de l'Ile]

—El niño me parece muy hermoso y los niños, Teodoro, son el mayor bien de este mundo, son la humanidad en flor.

—Tú tienes muy hermosos niños, Cap d'Ail.

—El mayor —dijo él— tiene ya diez y siete años y el menor, de siete que son, seis años. Poco más o menos desde el nacimiento de este último, Juan Nepomuceno Francisco comenzó mi situación de soledad y alejamiento dentro de mi propia familia. Me ven alguna vez muy de mañana, cuando voy a embarcar en mi lanchón o por la noche cuando vuelvo. A veces, ya sabes Enrique cómo suelo pasar en la mar y en la isla tres y cuatro días cuando el tiempo es bueno. Mis hijos me aman y me comprenden y conocen o adivinan las grandes y misteriosas desventuras de mi vida. Hace cuatro años fui feliz cuando tuve el largo ataque de reúma. Estuve casi un mes postrado en el lecho y tejía alfombras en cañamazo con lanas de colores. Ellos rodeaban mi lecho y yo inventaba para ellos hermosas historias. Su madre les dejó entonces hacerme compañía. Fui muy feliz y ellos también eran felices.

[220. Visita del notario Luzzanne. Desheredamiento de Teodoro y los niños]

El notario Luzzanne vino a las once para saber si había últimas disposiciones. Le relaté puntualmente los propósitos de Ángela, su exigencia de una promesa y mis evasivas leales. Brillaron con una especie de ilusión los ojos de Cap d'Ail. Nos dirigimos al pequeño mueble joyero donde mi pobre mujer guardaba sus cartas y estuches. Ángela había roto o hecho desaparecer el testamento del cual me había hablado en que tanto me favorecía. Maître Luzzanne dijo:

—Puede haber otro testamento aquí o en España. De todos modos es preciso buscar aquí todavía.

Apareció un documento ológrafo de Ángela fechado un mes antes de su primer parto. Aludía a un testamento hecho ante el notario de Castromayor. El estado patriarcal había funcionado con todos sus resortes. Ángela y sus hijos aparecían desprovistos de derechos sobre la masa de los bienes familiares. Se descubría que los padres de Ángela casi carecían de fortuna. Por una serie de subterfugios más o menos legales y transmisiones intervivos los mismos padres de Ángela aparecían sin fortuna. «Lego allí —decía Ángela— todos mis bienes y derechos a mis hijos aunque mis padres carecen de fortuna y todo el patrimonio de Castromayor ha pasado a manos de mi tío Rogelio Clemente hermano segundo de mi padre, por vencimiento de hipotecas, donaciones graciosas, etc., etc., como podría comprobarse en los archivos notariales y registros de la propiedad de Castromayor...».

Naturalmente se trataba de una ficción jurídica. Mis hijos quedaban a merced de los padres de Ángela. Se proponían probablemente ponerme en el dilema de que los entregara y me entregara yo mismo o se viesen despojados de todo. Y esto lo hacía Ángela cuando pensaba que Girard podría estar al borde de la ruina. Había un convenio tácito con sus padres. Si yo prometía no casarme todo seguía su curso normal. Si no prometía, el patrimonio aparecía como de Rogelio Clemente. El sistema patriarcal había funcionado en todo su vigor imponiendo «la ley de su naturaleza contra la naturaleza de la ley». Girard no hizo un solo comentario amargo ni hostil.

[221. Propósito de Girard sobre los niños]

—Educaremos a estos niños, o mejor, tú les educarás, dándoles una buena formación de cuerpo yespíritu. Trabajaremos para ellos y ellos serán nuestra alegría. Nunca, bajo ningún pretexto, bajo ninguna exigencia, bajo ninguna amenaza podrían tener una educación que los haga menos rectos ante la vida, menos bondadosos, menos claros en su conducta moral, menos cultivados en su espíritu, menos sociables, menos delicados y menos fuertes, en su sensibilidad de criaturas civiles. ¿Es éste tu pensamiento, Teodoro?

—Ése es —le dije— mi pensamiento exacto y ésa es mi resolución, señor Girard.

—No estás solo Teodoro. Es la nuestra. Viviremos para esos niños. Es preciso.

Y lo que no era habitual en él, sonrió con ternura, como si tuviera a los pobres niños delante de los ojos. Había más que nunca en este *il le faut* de Henry Girard, como una honda confianza en el futuro y como una secreta alegría. Jamás le vi tan firme, tan seguro, tan abierto. Algo como una nueva ternura, como una nueva ilusión brillaba en sus ojos. Y desde entonces Henry Girard, que parecía envejecido bajo el peso de las últimas contrariedades, empezó como a rejuvenecer. Fue conmigo a ver a los niños dormidos. Sonreía otra vez con Cap d'Ail en un pensativo silencio. Y yo también sentí como una ilusión nueva.

—Los niños, los niños —decía Cap d'Ail— cuando no se traiciona a los niños todo va bien en este mundo.

[222. Ideas originales de Cap d'Ail. Su penetración del destino]

Girard tuvo que volver a Arlés. Yo erraba por la finca acompañado de Cap d'Ail que en el rigor de julio caminaba con su levitón y su chistera. Cuando salíamos de los caminos sombreados abría un gran paraguas de seda verdosa. Sin embargo había traído Cap d'Ail una buena maleta inglesa y un *necessaire* inglés también, de cuero rojo, un poco antiguo pero magnífico, de marfil, de cristal y de plata con sus cifras y su raro escudo que se componía de una cabeza dorada de ajo en campo azul con bordura ondeada de plata y una cimera, vista de tres cuartos, con tres *grilles* a la vista. Andaba Cap d'Ail a grandes zancadas, como poco habituado al relieve de la tierra y hecho a pasarse casi todas sus horas en el mar.

—No sabéis cuánto afecto he contraído por vos, amigo mío —me dijo —. He pensado en vos mucho tiempo y tengo gran penetración para los destinos de los hombres. Creo que aún podéis ser muy feliz, amigo mío. Acabáis de sufrir una gran desgracia natural. Pero seguir las leyes naturales no es una desgracia irreparable y sin consuelo. Las grandes desventuras son aquellas contrarias a las leyes naturales. A pesar de esta pena vuestra odisea continúa. El retorno feliz, quizá a una ilusión antigua, os es posible. A mí, ya no. Mi odisea se trasmutó en tragedia y caí en desventuras contra las leyes naturales. Luego ya mi vida fue espantosa.

[223. Su gusto por los insectos]

De vez en cuando se paraba a mirar las hormigas, los escarabajos, los

alacranes.

—He tenido que renunciar a todo esto, al gusto firme de la tierra, a los árboles, a los animales, a los pequeños insectos, a los hombres, a las mujeres, a la mujer propia, casi a los hijos. He tenido que ser un navegante solitario a la vista de mi propia casa. Ya veis, mis desventuras han horrorizado a mi mujer. Se las oculté durante años. Al fin lo supo todo. Pero yo no fui un criminal sino un hombre infinitamente desgraciado —se inclinó a coger un insecto verde, con alas como de cristal—. Ved —me dijo— qué ligereza, qué elegancia. Yo me hubiera dedicado a esto si mi vida hubiera sido normal. De vez en cuando cojo en mi casa o en casa de algún amigo, algún lindo y chistoso ratón y lo echo luego a correr en un prado o me estoy en la isla siguiendo la vida de los hormigueros, del interior, de las pulgas de mar, de las centollas.

[224. Su vida robinsoniana en el mar]

—¿Y qué hacéis en el mar tantas horas?

—Generalmente pesco. En la isla tengo una pequeña cabaña de Robinson, que aunque puesta en el lugar más protegido, el viento o el mar me deshacen todos los años entre octubre y noviembre.

—¿Y qué pescáis?

—Pesco de todo lo que sale. Me gusta mucho el calamar. Pesco barbos, salmonetes, sardinetas, anchoas, algún atún, si no me rompe el aparejo. Lo mismo pesco de madrugada en alta mar que a media noche, cerca de las rocas de la costa con acetileno, lo mismo con red que con caña. Igual pongo botrinos para langosta, entre las rocas de la isla, que tiendo en el mar corchos de vivos colores, rodeados de alfileres ganchudos para calamares. Arranco ostras a cincel y cojo a mano pulpos o cangrejos de mar.

—A la puerta de la cabaña guiso en una sartén de aceite hirviendo. A veces traigo algo a casa, si es muy bueno y abundante, para los niños, langosta, lenguado o rodaballo y lo dejo en la cocina para que mi mujer lo guise, porque no nos hablamos. Casi nuestra sola relación es ésta. Sigue siendo injusta conmigo. Yo pesco para ella y para los niños con mucho amor. Los niños saben que soy bueno y desgraciado. Eso me basta.

[225. Homero, Ariosto y Alejandro Dumas]

—¿Y no soléis leer querido Cap d'Ail, vos que parecéis tan amante de las historias?

—Sé la Odisea de memoria —repuso él— en francés y algunos trozos en griego y me la suelo repetir a menudo. Por lo demás llevo libros de viajes, atlas y releo alguna obra de Alejandro Dumas, sobre todo *Montecristo* y los *Tres Mosqueteros* o el *Orlando Furioso* del Ariosto.

—Yo no lo he leído —le dije.

—Léalo, amigo mío —me aconsejó él— los tres mejores narradores del mundo son Homero, Ariosto y Alejandro Dumas. Es decir éstos son los tres autores, lo sé por experiencia propia, que uno debe llevar a la isla desierta.

[226. Idea de Cap d'Ail sobre la Biblia]

—¿Y la Biblia? —le dije.

—Es admirable —repuso él— es divina, pero es una lectura para hombres felices. Los desventurados como yo, al leerla, no pueden olvidar, al contrario, recuerdan y sienten reabrírseles todas sus heridas. Uno no es bastante virtuoso para vivir constantemente en la presencia del propio error y del propio dolor. Me cuesta, como a Girard, creer en la otra vida y la otra vida es la clave de toda la consolación hebrea y cristiana.

—Yo he leído la Biblia —le dije— casi por la primera vez aquí. Y me llenaba de fortaleza y de poesía.

—Será amigo mío, que sois un gran creyente o que la felicidad os aguarda. Al perder la esposa que habéis perdido acaso os aguarda el destino consolador de Jacob: siete años para Lía y siete para Raquel.

Entrábamos en casa y me dijo:

—Esta noche o mañana os contaré mis desventuras. Acaso os sirvan de consuelo. Pero más que todo os debe consolar mi presentimiento de que seréis dichoso. Hace años, desde que se colmaron mis infortunios yo no me he equivocado jamás. Sé interrogar a la esfinge. En las pinturas o en la vida, los destinos humanos no tienen secretos para mí. He tocado el fondo de las fatalidades humanas.

[227. Terrible historia del señor de Cap d'Ail]

El padre de Raimundo-Federico-Diosdado Cap d'Ail había sido un gran aventurero. Jugador en Montecarlo, enrolado en la legión extranjera, empresario de *music-hall* en Alejandría de Egipto, espía francés en Alemania, voluntario con los ingleses en la guerra contra los zulúes, empleado en los barcos de las mensajerías francesas, su vida era una odisea inagotable y no siempre sin tacha.

A los 28 años, estuvo en España, en Toledo, de vuelta de África con un negocio de antigüedades: la adquisición de una famosa arqueta persa o sasánida cuyas vicisitudes estaban unidas a una de esas misteriosas historias, cuya fatalidad parece inseparable de algunos objetos antiguos.

Era invierno. En Toledo se había comprado una capa española y un ancho sombrero. Era alto y moreno pero mucho más gallardo de prestancia que su hijo Raymond. Se llamaba Amaury de Touraing. No había heredado el señorío de Cap d'Ail. Embozado en su capa, Amaury pasaba todas las mañanas a la misma hora delante del Colegio de Doncellas Nobles. Una colegiala le acechaba tras de las celosías. Una de estas mañanas cayó a los pies de Amaury un anillo de oro que servía para sujetar un mensaje de amor y una rosa encarnada. La carta era un prodigio de sensibilidad casi mística para el amor humano. Estaba escrita como las mejores páginas de amor divino de Santa Tersa de Jesús. Amaury no tenía idea de que se pudiese amar de una manera parecida. Acudió a algunas entrevistas furtivas que le concedió la colegiala. Se enamoró de ella: era linda, original, ardiente, fantástica. La raptó y se la llevó a Francia. Mediaron cartas con la familia de ella y se casaron en Marsella. La abandonó al año de matrimonio sin saber que estaba embarazada. Vivió esta pobre criatura, Isabel de Silva, vendiendo sus pocas alhajas hasta que dio a luz. Cuando el niño tenía pocos meses lo depositó en un cesto con una carta a las puertas del viejo solterón Raymond Cap d'Ail que recogió al niño de quien era tío abuelo. Isabel de Silva desapareció de Marsella. El pequeño Raimundo se crió entre la casa de este anciano tío y la casa de sus hermanas, las tres tías viejas de Millan, Octavia, Luciana y Francisca. En el baile de los Darri, el pequeño Raimundo se enamoró de Zenayda d'Arzac que tenía nueve. A los 13 años Raimundo que apenas conocía nada de la historia de sus padres, sino que le habían abandonado, heredó el título de *sieur* de Cap d'Ail, un pequeño patrimonio y un islote frente a la costa de Provenza, poco más o menos frente al pueblo pesquero de Saint-Guibert.

Raimundo empezó a dedicarse a la sociedad y al cultivo de la música.

Pero sobre todo a derrochar su patrimonio en hacer el amor a Zenayda d'Arzac. Creyeron los d'Arzac que era un buen partido y le invitaron en la primavera a un castillo que tenían cerca de Avignon. Hizo el viaje en un *break* que acababa de comprarse y en el camino se encontró anochecido ya con un carro volcado. Al mismo tiempo venía una diligencia llena de gente en dirección contraria. Entre Raymond y los de la diligencia empezaron a cruzarse improperios sobre quién debía pasar antes. Al fin oyó una voz vibrante que le gritaba:

—Bajad un momento mocito y os enseñará un caballero cómo se abre paso entre los villanos como vos y las bestias que tienen la desgracia de tirar de vosotros.

Se echó del coche con una pistola en el puño y gritó:

—Bajad, miserable y veréis quién pasa.

A poco, una bala le silbó en los oídos. Avanzó Raymond. Cara a cara del desconocido que iba a hacer un segundo disparó, tiró él. El desconocido cayó al suelo. Raymond volvió a su coche. Pensó que podrían apresarle o atacarle los de la diligencia. Arreó a sus caballos y pasó disparando al aire los cinco tiros que le quedaban. A la hora de la cena llegó al castillo d'Arzac donde fue muy bien recibido.

Zenayda era una criatura reconcentrada y difícil. Parecía muy enamorada de Raymond. Pero él a veces pensaba si no había algún misterio en los diecisiete años de aquella criatura. La policía empezó a moverse entretanto y vino al castillo d'Arzac. Se reconoció a Raymond como matador del viajero a quien se encontraron documentos de la legión extranjera a nombre de Jean Baptiste de Tolede. Algún periódico publicó su retrato. Los testimonios en el juicio no fueron desfavorables a Raymond que salió libre como matador del forastero en legítima defensa. Volvió al castillo de los d'Arzac a pedir la mano de Zenayda. Las cosas habían cambiado. El padre de Zenayda, ambicioso, se enteró de que la posición de Cap d'Ail no era tan brillante como parecía. Fue mal recibido. Zenayda no parecía ya muy enamorada. Empezaron a decirle que aunque vástago legítimo, su situación de hijo abandonado por unos padres sin paradero conocido era extraña. Añadieron que aunque absuelto con pronunciamientos favorables, la muerte del viajero desconocido le había creado en torno un ambiente muy poco grato. Pero lo que más entristecía a Cap d'Ail era la frialdad de Zenayda. En una escena violenta y definitiva de ruptura con Mr. d'Arzac, Zenayda se prosternó a los pies de su padre, deshecha en lágrimas pidiéndole accediese a su matrimonio con Cap d'Ail. El padre fue inflexible. Cap d'Ail amenazó con raptar a Zenayda.

Mr. d'Arzac llamó a sus criados para que arrojasen a la calle a Cap d'Ail. La actitud de Zenayda había vuelto a ser glacial, impasible. Era de noche y llovía a torrentes. Se estaba desencadenando una furiosa tormenta. Rayos lívidos de vez en cuando rasgaban el cielo. Cap d'Ail se extravió en los caminos. No pudo volver a encontrar la dirección para el pequeño pueblo vecino a la residencia de los d'Arzac. Encontró una quinta rodeada de altísimos olmos. Vio unas grandes ventanas iluminadas. Oyó la música de un piano. Era la *Sinfonía pastoral* de Beethoven lo que se oía en medio del acompañamientotorrencial de la lluvia. Empujó una verja, atravesó una corta avenida de viejos árboles. Llamó. Le abrieron. «Me he extraviado —dijo— y llevo dos horas errando bajo la tormenta. Me muero de frío y de lluvia. Mis vestidos están calados». «Esperad un momento —le dijeron». Al minuto le pasaron al salón. Vio allí una hermosa señora, como de unos 35 años sentada ante un piano de cola. Eran los primeros días de marzo. Ardía en el salón un gran fuego de leña. La señora era rubia, de un rubio casi ceniciento. Su tez era muy pálida, sus ojos verdes, su boca muy roja, fresca, sensual y aún más que sensual, lasciva.

—¿Nadie os ha visto entrar? —preguntó—, ¿nadie sabe que hayáis venido aquí?

—Nadie señora.

La señora sonrió amablemente.

—¿No sabéis tampoco quién soy ni sabéis de quién es esta casa?

—No lo sé señora.

—¿Me lo juráis?

—Os lo juro.

La señora volvió a sonreír. Cap d'Ail no pensó que fuese una mujer casada. Enseguida pensó que sería la amante de alguna persona principal de Avignon que la tendría muy guardada. Estaba vestida de blanco, con un collar de piedras duras, opacas, verdes. Tenía un cinturón de cristal. A sus espaldas ardía el fuego a unos doce metros de distancia. La señora dijo:

—No hay otro fuego ardiendo en la casa. Los sirvientes, menos la anciana doncella que os ha abierto, duermen. Os traeré mantas. Podéis desnudaros aquí, secaros, envolveros en una gruesa manta y poner a secar vuestros vestidos. No tengo a mano ropas de hombre. No os inquietéis si yo sigo tocando el piano. Hasta que me aviséis yo no

pienso volver la cabeza.

Le entretenía el juego a Cap d'Ail y empezó a tardar para inquietarla. Además le era muy agradable permanecer desnudo frente a las llamas de la chimenea. A pesar de su promesa, la señora se volvió un momento. Estaba tocando una gavota, que interrumpió.

—Pero, ¿no estáis aún?

Se echó a reír y dijo: «He faltado como señora a mi palabra, pero ante todo soy una mujer curiosa». Reanudó la gavota. Acabó. Se volvió ya definitivamente girando sobre el taburete del piano.

—En fin, ya estáis. Me he vuelto porque os veía sin querer lo mismo en ese pequeño espejo que hay frente al piano. He mirado poco. Perdón.

Volvió a girar. Y tocó un rondó de Cimarosa. Luego dijo: Me había olvidado. Tendréis hambre.

Bajó a la cocina. La quiso acompañar Cap d'Ail. Ella se opuso. Cap d'Ail insistió y bajó envuelto en su manta escocesa. Ella preparó unos *sandwichs* de *foi-gras,* otros de jamón. Subieron al salón otra vez. Cap d'Ail llevaba tras ella una bandeja con una botella de Borgoña, otra de cognac y cuatro copas.

Pusieron las botellas a entibiar junto al fuego. Comieron y bebieron con buen humor. Al fin la señora reía. Cap d'Ail iba poniéndose melancólico. La encontraba hermosa y veía la aventura fácil. Pero había algo en aquella mujer que le producía frío, y aún más que frío, escalofrío. Sintió malestar, dolor en las sienes y pidió permiso para retirarse. La señora dijo: «Lo siento. Me había desvelado. No son aún más que las doce y media. En fin, buen sueño, hasta mañana».

Al día siguiente, a las once, un criado vino a despertar a Cap d'Ail. Le traía sus ropas secas y planchadas. «La señora le espera en el salón».

Le esperaba vestida de negro, con un collar de piedras de color de sangre. Tenía en la mano un periódico. Apenas entró Cap d'Ail le dijo:

—Yo no recibo aquí periódicos de la provincia. Alguno de París. Una mano anónima me manda éste con un suceso rodeado de líneas rojas de lápiz. Sin duda es muy interesante para mí aunque no tan doloroso como debiera ser. ¿Conocéis acaso al matador del llamado Jean Baptiste de Tolede que está aquí retratado?

—Sí señora. El matador ha sido absuelto hace tres días con todos los pronunciamientos favorables. He sido yo mismo.

—¿Sabéis cuál era el verdadero nombre de Jean Baptiste de Tolede?

—No señora —dijo Cap d'Ail.

—Yo sí. Se llamaba Amaury de Rourain y había abandonado a su mujer legítima hace dieciocho años.

—Entonces... entonces... yo soy... yo soy el señor de Cap d'Ail... yo soy su hijo...

—Hay algo todavía mucho peor hijo mío. Yo soy Isabel de Silva. Soy vuestra madre. No he de explicaros nada. No es el instante de explicar nada. Salid de esta casa inmediatamente. Aún habéis corrido, desgraciado hijo mío, por un peligro mucho peor que el de haber matado a vuestro padre. No quiero veros.

Cap d'Ail volvió a Marsella. Allí le contaron que al día siguiente de su salida del castillo de d'Arzac, Zenayda hizo llenar su cuarto de flores. Por la tarde apareció muerta. Se había suicidado con una fuerte dosis de candano. Los criados de la casa murmuraban que el reconocimiento forense había descubierto en la muerta pruebas de reciente embarazo. A Cap d'Ail le faltó poco para enloquecer. Zenayda amaba en secreto a otro y tenía prisa por casarse con Cap d'Ail. Más de un mes estuvo Cap d'Ail en un sanatorio con un ataque de anemia cerebral. Apenas se repuso salió para el extranjero. Amó a una mujer y fue engañado por ella. Volvió a su país al cumplir sus 30 años disimulando su nombre y cuando ya lo creía todo olvidado. Casó en el pueblecito de Saint Guibert con una hija de comerciantes acomodados. Fue feliz los primeros diez años. Tuvo muchos hijos. Al fin su mujer conoció la terrible historia Se llenó de espanto y no quiso vivir unida a él. Al fin quedaron en la situación que Cap d'Ail había referido. Cuando terminó su relato Cap d'Ail dijo:

[228. Cuándo puede salir Cap d'Ail de su trágica soledad]

—Sólo salgo de mi trágica soledad cuando las grandes penas o las grandes alegrías llenan la casa y el corazón de mis parientes o de algunos pocos viejos amigos. Los que se sienten desgraciados encuentran en mí entonces un desgraciado como ellos y me dan su consuelo y su compasión. Los que se sienten felices también se apenan

de mi desgracia y la contemplación de mi infortunio parece que hace parecer por contraste más hermosa su felicidad. Pero en cuanto me quiero mover en la vida ordinaria, entre hombres cuya vida no pasa ya por trances desventurados o dichosos, entonces soy un monstruo, un hombre que ha matado a su padre, que ha estado a punto de ser el amante de su madre, que ha causado el suicidio de su prometida y ha servido de burla a la mujer que eligió para consolarse y de espanto a la mujer que por fin eligió para madre de sus hijos. Necesito hombres muy felices o muy desgraciados para ser comprendido y perdonado. Y yo también les comprendo a ellos. La fatalidad que me ha maltratado me ha dado para el destino ojos clarividentes. Y muchas veces en los días de gran felicidad presiento las desgracias futuras, como otras veces en los días de grandes duelos vislumbro la dicha indecible que vendrá porque el destino no está quieto nunca, con nosotros camina como un inseparable, como un indecible compañero para conducirnos hacia la luz o hacia la sombra.

y IX,

[229. En Arlés. Cartas a Castromayor. Vuelta al trabajo. Pasión de Girard por los niños]

Tuve que escribir a Castromayor cartas penosas, eludiendo todo lo referente al testamento de Ángela, que dejé en manos del notario de Millan, Maître Juliers. No vinieron mis suegros a Provenza. Querían que yo fuese a Extremadura a pasar con ellos una temporada y a llevar a los niños. El tono de esta carta era muy amable y dolido. Yo contesté pretextando diversas dilaciones. Mi estado de espíritu me impedía moverme hacia España y más aún hacia el ambiente de Castromayor.

Con la marcha del pobre Cap d'Ail me quedé solo y volví a Arlés con ánimo de hundirme en el trabajo. Estuve muy atareado hasta septiembre, pero mi salud y mi ánimo decaían. Girard era para mí un padre verdadero y un verdadero abuelo de mis hijos. ¿Querréis creer que iba por las mañanas y por las tardes al jardín público a jugar con mis hijos y se pasaba su buen rato sentado en un banco de conversación con la nodriza y la *bonne* de la niña, a las que invitaba a refrescos?

—Me tomarán los que no me conozcan por un viejo conquistador de nurses, que lleva caramelos a los niños.

Se ocupaba de los detalles más mínimos, de la alimentación y el régimen de mis hijos y yo en realidad no hacía nada. Al mismo tiempo desarrollaba todos los recursos de su espíritu para animarme y alegrarme. Sin embargo no salió nunca de su boca un solo reproche para Ángela. Los asuntos se levantaron un poco.

[230. Salvación de la F.F.F.F.]

La quiebra se conjuró. Una parte de la flota frigorífica había sido

movilizada por mí. Otra parte fue utilizada por el Estado Francés, con fletes, que apenas cubrían los gastos. Pero, en fin, la quiebra feneció conjurada en la F.F.F.F. o sea Flota Frigorífica Frutera Francesa y no hubo que arriar en los mástiles la bandera de la compañía, que era un pabellón cuadrado, blanco, con cuatro efes azules en las cuatro esquinas.

[231. Ligero malestar de salud. Fin del verano en la Saboye]

Girard me encontró a fines de septiembre un poco agotado por el trabajo. Tuve algunos días de fiebre ligera y me impuso una semana de reposo en el campo. *Il le faut.*

—Puedes ir —me dijo— por ejemplo a Aix-les-Bains. Está ahí cerca. Es fresco, tranquilo y no del todo monótono.

[232. Aix-les-Bains]

Y fui a Aix con las nurses y los niños. En primer lugar no era un sitio cómodo para tener dos niños sin madre. En segundo lugar era un centro de griegos. En los sitios de moda se sentía el ambiente de Persephone. Estuve dos días. Una noche en el lago, que es, como sabéis, *Le lac* de Lamartine, se celebró una conmemoración de aquel remoto conato de adulterio. Instalaron un piano de cola, un arpa y algunos violines al claro de luna en la colina de Tresserves. Damas románticas y maduras declamaron poesías, tocaron el arpa y cantaron. Algún académico del país leyó un discurso. Al día siguiente salíamos para Annecy de mañana. Huía lleno de temores de que Persephone apareciera en las orillas del lago Bourget, que es el lago donde según el poema todo dice y repite: *Ils ont aimé.*

[233. Lago de Annecy. Hotel l'Abadie]

Hacia las once dimos la vuelta al lago de Annecy con el coche, para elegir el hotel y el lugar más a propósito. El «Hotel des Libelules», era por ejemplo imposible, caro, pretencioso, mal tenido ya con medio servicio, porque la estación acababa. Almorzamos muy mal allí. Seguí dando la vuelta al lago. Llegamos a las cuatro al «Hotel Abadie», cerca de Menthon San Bernard, instalado en una antigua abadía benedictina

del siglo XVIII, con un comedor de piedra clara, que me recordó un poco el de casa de don Rodrigo. Allí debía haber algunos españoles. Vi dos coches de Madrid, uno de Barcelona, otro de Salamanca. Me dijeron que estaban de paso. Salieron a poco de llegar yo. Vi a los dos salmantinos, aquellos de la Albura, que subían a su Rolls, con trajes de *sport* muy británicos y un equipaje considerable de golf y alpinismo. Llevaban con ellos a un torero que había toreado en Vichy.

En el lago todavía orzaba en bordadas volubles algún *cutter* pequeño con su vela de seda.

—No podemos ofrecerle, señor —me dijeron— más que una combinación: o sea la antigua celda prioral, dos habitaciones muy pequeñas, una en realidad es un cuarto de vestir y un baño. Todo comunicado. El hotel está llenó aún. La estación acaba, es verdad, pero tenemos gente aquí hasta primeros de octubre.

Prefería tres habitaciones modestas y dos baños, uno para los niños y otro para mí, pero en fin, me quedé. Sentía ya una enorme fatiga moral y física. No tenía ánimos para seguir visitando hoteles y pidiendo precios. Era un poco incómodo y un poco caro pero me quedé.

[234. La celda abacial. El reloj de Sajonia]

Siento mayor reposo para el cuerpo y el alma en las casas de piedra. Aquel hotel tan claro y moderno por dentro estaba construido, sin embargo, con gruesos y antiguos sillares. La celda abacial que me dieron estaba cubierta hasta el techo de paneles de roble, que en el testero principal enmarcaban seis o siete medianas y fulijinosas pinturas de abades del sigo XVII y XVIII, algunos con su bigote y su perilla al estilo de Mazzarino y Richelieu. El mobiliario era más mundano que eclesiástico. A los lados de una chimenea Luis XV, había —¡oh mis antiguos sueños!— dos cornucopias de París y un reloj de Alemania, si no con dos figuras danzarinas de movimiento, con dos quietas y enamoradas figurillas de porcelana de Sajonia —pues era un reloj de Sajonia— quietas como el reloj parado. Era ella una pastora con la falda basquiña colorada, las medias verdes, los zapatos morados, el corpiño negro con abejas de oro, las mejillas de carmín, las manos de un blanco azulado con anillos. Era uno de esos disparates encantadores de colores, que sólo se ven en las porcelanas de Sajonia. Y él aparecía con una corta casaca gris, muy ceñida y de mucho vuelo, un calzón verde mar ajustadísimo, con volantes de encaje, medias rosa

cubriéndole las pantorrillas demasiado redondas, zapatos de plata, un espadín, un tricornio azul, un largo y retorcido bigote, un rostro colorado y mofletudo, ojos enormes y una flor violeta y dorada en la mano a la que podían contarse todos sus pistilos. Al cambiar de lugar una de las maletas, hice temblar sin duda el pavimentoy el reloj de Sajonia echó a andar. Marcaba la una menos un minuto. Y dio las treinta y tres... tin... tin... tin... No quiso dar la hora. Dio mis años, lo cual fue mucho más maravilloso.

[235. Balance de los 33 años]

¡Treinta y tres años! Las historias, las fábulas, los sueños de que había sido tan ávido habían malogrado mi vida. Y allí estaba sin ilusiones posibles con dos pobres huérfanos. Antes, en los viajes, en los negocios, en la amistad, en la espera del amor y del matrimonio sentía que la vida era para mí una alegre milicia. Y lo mismo en mi cadena de oficios en las tierras más áridas de Provenza que en mi buena carrera de negocios y de adquisición de cultura con Girard, me movía, aun en los planos de vida más prosaicos, como un paladín de Carlomagno. Había llevado conmigo como el caracol se lleva su cáscara, el cascarón mío: el hostal henchido de sueños. Mi vida había sido en realidad una vida de niño crédulo. A lo largo del mar de historias que me había rodeado desde la cuna, creía que mi vida iba a ser también una historia poética y extraordinaria. Y al fin he aquí lo que en la misma cruz de los caminos de la vida había logrado: un matrimonio poco feliz, dos huérfanos, una viudez melancólica. Mi posición se la debía a Girard, así como mi mediana cultura. Pero, ¿qué me debía a mí mismo?, ¿qué había construido? Nada, fantasmas, vanos sueños. ¿Qué me quedaba por hacer? Vivir como Girard, vivir con Girard, sin el profundo interés moral y humano que Girard ponía en las cosas tangibles, limitadas y concretas. Él había renunciado a todo más allá, mientras los más allá eran mi vida. Conservaba mi horror al pecado, hecho casi carne en mí a lo largo del tiempo, pero sentía que se entibiaba mi fe religiosa. Veía en torno como cerrados todos los caminos: nada conduce a nada. Antes mi religión tenía mucho de una fe sin resignación, una fe que no se resignaba ante los obstáculos y quería mover las montañas. Ahora iba pareciéndose demasiado a una resignación sin fe.

[236. Tortura de la soledad. Insomnio]

Antes de bajar a comer estuve un rato viendo a los niños y disponiendo con las nurses el régimen de vida.

Bajé al comedor. Era tal la tortura de la soledad, que entonces comprendí cuánto había perdido con la pobre Ángela. Era la madre de mis hijos —pensé— era mi legítima mujer y a su modo me amaba inmensamente. Fue más leal en esto que yo con ella. Yo creí amarla y luego no la pude amar. Alguien que me quisiera. Necesitaba alguien que me quisiera. Necesitaba compañía de amor como fuese: Ángela, Phoné... En Ángela había perdido una mujer sin duda con muchos defectos, como yo era un hombre con muchos defectos, pero honrada, fiel, enamorada de mí. Después de todo las pocas horas de felicidad, de amor real, tangible, hechas de realidad, no de sueño, que yo había tenido en esta vida me las había dado ella. Y a eso sólo podía añadir el beso de Phoné. ¿Había visto yo ciertamente alguna vez a Rosa Krüger? ¿Había sido un sueño? ¿No era esto, este nombre, esta imagen algo que existía sólo en mí, que sólo se suprimía suprimiéndome a mí, que no tenía ninguna realidad exterior? Se cumplían ya los 14 años de su aparición en la Gare de Toulouse. Y, sin embargo, pensaba yo, no he vivido más que para ella. Bajo todas las cosas de mi vida palpitaba subconsciente como una afirmación de que la hallaría, de que me amaría, de que la realidad era un sueño y el sueño la realidad profunda de mi ser. Pero en aquellas horas del lago de Annecy yo no tenía ya ni realidad ni sueño. No sentía sino un tedio incurable.

Entré en mi cuarto como en una cárcel. Bajé al bar al cabo de hora y media de esfuerzos por entretener el insomnio con la lectura. Pedí un güisqui. Vi cerca una muchacha sola, fácil sin duda. Estaba tan solo. Necesitaba con quien hablar. Ensayé una inteligencia de gestos. La facilidad de aquella criatura de todos me ofendió como una injuria. Volví a subir a mi cuarto. Pasaron horas. Oí relojes. Luego movimientos lejanos en la casa. Conté las horas, las medias horas, los cuartos. Me dormí, no sé si un momento o algunas horas. Me volví a desvelar. Amanecía. Pedí muy temprano el desayuno. Trajeron a los niños. Volví a dormir. Bajé al comedor, estaba muy animado. La alegría de aquellas gentes me parecía estúpida, banal, odiosa. Me pesaba, me dolía el tedio, la soledad de plomo que parecía abatirse sobre mis hombros. Intenté un paseo hacia Menthon, quise interesarme por algunas casas con jardín del camino, haciendo que mi imaginación trabajara en hipótesis novelescas. Todo era inútil. Nada me era posible: ni la lectura, ni el paseo, ni el sueño, ni la vida con mis semejantes. Estaba desesperado. Mi alma antes inagotablemente fértil, varia, jugosa, llena de fantasía y maravilla en las ocasiones felices o contrarias, se me volvía ahora un alma seca, árida, leñosa, como desprendida de sus raíces. No pude resistir. A los dos días volvía

a Arlés a reunirme con Girard.

[237. Vuelta a Arlés. Neurastenia]

En cuanto llegué, él me dijo mirándome:

—Tú no estás bien Teodoro. *Il faut*... Es preciso que inmediatamente seas examinado por un médico. Tu expresión ha cambiado completamente. Tus cabellos muestran en las sienes canas prematuras, de estos días. En tu cara hay una rigidez que no has tenido nunca.

—Un poco de neurastenia. No sería nada —decía el doctor— porque la naturaleza es sana. Exceso de trabajo y emociones. Le conviene ocuparse moderadamente de los asuntos, descansar, viajar.

[238. Dolor por la pérdida de Ángela. El hogar deshecho]

Ángela había sido para mí en cierto modo una pérdida inmensa. No era el nuestro un matrimonio feliz. Bien. No era ella la mujer para mí. La convivencia me producía contrariedades y disgustos. Pero esta vida con Ángela, que sin ser la mejor, tampoco era la peor, se interponía entre mi alma y el vacío, entre mi alma y el absurdo de las ilusiones imposibles, me retenía en la realidad y me retenía, por la parte de ella y según ella lo entendía, con amor. Me daba la sensación de vivir en un hogar normal, con mujer, con hijos. Y en esto me apaciguaba y en las mismas contrariedades me distraía. Ahora mi alma era como una carga sin destino bueno ni malo, olvidada en una vía muerta. Después del error de mi primer matrimonio era una locura proyectar un segundo enlace con dos hijos de otra mujer, que multiplicarían las posibilidades de complicación y de disgusto. ¡Los hijos!, decían Girard y Cap d'Ail. Es triste decirlo: yo sentía menos profundamente que ellos, entonces, el instinto de la paternidad. Una tierna compasión me invadía ante aquellas pobres criaturas. Nada más, por entonces.

[239. Éxito mundano en el invierno de Arlés]

La sociedad de Arlés empezó a agasajarme como no lo había hecho nunca. Llovían las invitaciones para mí. Me abrieron sus puertas entonces las casas más cerradas del legitimismo local. Las autoridades

eclesiásticas solicitaban mi nombre para las grandes juntas de beneficencia. El nuevo club de golf solicitó que fuese uno de sus socios fundadores.

Aquel invierno fui el hombre de moda de Arlés. Se celebraban mucho mi conversación, mis relatos, mis gustos. Se me encontraba entretenido, bondadoso,original, interesante. Una linda viuda quiso entretenerme un poco más. Pero en vano. Todo esto me halagaba durante el día superficialmente, me daba alguna satisfacción efímera de vanidad. Por la noche pasaba de vez en cuando horas de horrible soledad y de horrible tedio como en el lago de Annecy. Me sentía ante un lago quieto, parado, cerrado, sin horizontes ni sorpresas, ante un lago donde yo era un turista, una ficha de explotación para las agencias de turismo: nada. Por la mañana, iba a la oficina, me ocupaba un poco de los asuntos, charlaba con Girard.

[240. Mejoría de los negocios]

Los negocios iban enderezándose lentamente pero nuestros ingresos, que llegaron al máximo en la época de mi matrimonio, estaban reducidos a bastante menos de la mitad y en gran parte comprometidos. Girard, sin embargo, estaba optimista y los niños seguían siendo su mayor ilusión. Le alegraban, le llenaban la vida, mucho más que a mí. El día primero de marzo, a primera hora, Girard entró con unas cartas en mi despacho.

Il faut, me dijo.

[241. La propuesta de Krüger y Muller. Proyecto de viaje a Alsacia]

—Es preciso ir probablemente la próxima semana a Bayona, a París y a Estrasburgo. Tenemos aquí una carta muy interesante de Krüger y Muller de Estrasburgo...

Girard tuvo que hacer una pausa. Porque sobre mi tedio de meses había iluminado sin duda mi rostro una expresión maravillada, ilusionada y a la vez llena de temor y de conmoción que yo no había tenido nunca.

—Nos proponen —añadió— una gran unificación de transportes fruteros en el Mediterráneo, a base de una concentración de productos

en el puerto de Marsella y un sistema de vagones especiales hasta Estrasburgo. Es preciso telegrafiar a nuestros principales exportadores españoles y cambiar impresiones con ellos en Bayona. Después es preciso conferenciar en París con la Banca Wildt. Y finalmente ultimar el proyecto en Estrasburgo con Krüger y Muller. Te conviene ir, Teodoro.

—Sí, Monsieur Girard —respondí.

—Es gracioso. Me habéis contestado «sí, Monsieur Girard», como cuando erais un muchacho pobre a quien habíamos destrozado con el camión un carrito de fresas y de flores. Así, voy a mandar expedir a Bayona, París y Estrasburgo los telegramas oportunos. El asunto es definitivo para Girard y Castells.

[242. Alegría desenfrenada de Teodoro. ¡Por fin Rosa Krüger!]

¡Krüger y Muller! ¡Estrasburgo, capital de Alsacia! Cuando salía a la calle aquel mediodía iba con alas en los pies. El mundo era mío. Me sentía con una juventud inagotable. Tropecé al volver una esquina con un viejecito amigo de Girard: «Perdón Monsieur Curtine... perdón... perdón». Estuve a punto de hacerle caer de bruces.

—Señor Castells —me dijo él riendo— es usted todavía muy joven... Pero esta vez iba usted con el atolondramiento de un gran muchacho enamorado.

Fui a tomar el aperitivo al bar, que era entonces el centro de las elegancias arlesianas. Combiné enseguida un almuerzo con varios muchachos y muchachas al que no faltó la famosa viuda. Volví a casa a las cuatro. Llevé a mis niños de paseo en mi coche con las dos nurses hacia los Alyscampos. Volví otra vez a casa. Estuve echado hasta la hora de comer. Telefoneé a Girard que no me esperara. Fui al club. Me invitaron a cenar Charles Maurice y Paul Lalande. Cenamos. Les conté de sobremesa cosas de España. Fuimos a un *dancing*. Volví a casa al amanecer. Me acosté. Intenté leer. Intenté dormir. Krüger y Muller, Rosa Krüger, Estrasburgo capital de Alsacia. Con estos pensamientos me llegaron las ocho de la mañana. Pedí el desayuno. Me dormí hasta la una y Girard preguntó si estaba enfermo. Sentía ya piafar y galopar mi vida entera. Así viví, más o menos seis días. Empezaron a decir en Arlés: ¡Qué tiene Teodoro Castells! ¡Está loco! ¡Se habrá enamorado! Era un muchacho muy serio. Algunos creen que otra vez empiezan a irle muy bien los negocios.

[243. Viaje a Bayona, París y Estrasburgo. Incidente risueño de «La Cigogne de Niza»]

Al fin el sábado salí con gran tren de equipajes. Era la segunda *tournée des gran ducs.* Fui en el Chrysler con Julien hasta Niza para dejar unos encargos y tomar allí hasta Bayona el vagón directo del Midi. Aún me quedaban en Niza tres horas y media de espera. Vi un restaurant a la salida de la estación, con aire de *brasserie,* «La Cigogne». Era un poco temprano para comer pero, en fin, entré, porque tenía un apetito formidable. Atravesé la sala vacía apenas iluminada aún y a mi paso se fueron encendiendo todas las luces. Elegí una mesa y apenas me senté miré en torno. Delante de un gran aparador cargado de plata y de cerámica, sonreían prontas a servirme, puestas en fila, altas, rubias, casi burlonas, seis muchachas vestidas de alsacianas. Y yo no sé por qué me eché a reír. Y ellas se echaron a reír las seis de buena gana, porque estaban conteniendo la risa.

[244. El tren del Midi. Episodio de las damas turinesas. La bella enferma de amor]

Tuve que tomar un tren incómodo, largo y casi vació, hasta Bayona, sin posible cama para mi destino, ni vagón-restaurant, ni vagón-bar que, al menos, me hubieran servido para matar tiempo. Iba como un ávido león enjaulado. Recorrí de punta a punta el convoy que era un mosaico de coches diferentes para todas las líneas de Francia. Vi un *wagon-lit* con la indicación *vie-Alsace.* El tren iba bastante lleno en la parte que debía morir en Marsella. Al atravesar una parte del tren, ya semidesierta, una señora de edad me detuvo:

—Señor, por favor, ¿tendría usted alguna cosa para dormir o al menos una aspirina?

—Una aspirina, sí, señora, con mucho gusto. Voy un momento a mi coche.

Volví.

—Mi hija —dijo la señora— no se siente bien.

Se veía tendida sobre uno de los divanes del vagón, a una muchacha, alta, de líneas fuertes y finas, negra cabellera ondulada y un rostro hundido entre almohadones, oculto entre los brazos. Me dio la impresión de una pobre criatura retorcida por alguno de esos atroces

dolores neurálgicos de cabeza, de oído o de boca, o por molestias propias de su sexo y su edad.

La muchacha se alzó para tomar la tableta. Yo mismo fui al lavabo con un vaso para traer agua. El cabello le caía deshecho sobre los hombros. Tenía un rostro de niña, pálido y moreno, con lindos ojos pardos un poco asustados. Era como si ella saliera de un sueño o de un dolor espantoso.

—Mamá —dijo ella— no tengo cabeza para nada. No he dejado ninguna orden sobre los caballos. Harán cualquier desastre. En fin.

Volvió a hundirse desesperada en sus almohadones. La señora me invitaba a que las hiciera compañía.

—¿Sufre mucho? —pregunté.

—Bastante —respondió la señora.

No hizo alusión a su mal y yo no insistí. Empezó una conversación de viaje. La muchacha que era una joven señora casada en Francia y su madre, eran de Turín. Tenían mucha afición a los caballos de carrera. Madre e hija eran amazonas apasionadas. Hablamos un poco de caballos. No era un gran tema para mí. La joven señora se retorcía de vez en cuando como con grandes dolores, contenía ayes, lloraba a ratos ahogando los sollozos. Alguna vez se incorporaba y miraba al vacío con la desolación en el fondo de los ojos. Yo estaba muy compadecido. Pero la señora mayor no parecía preocuparse mucho por el desarrollo de este mal. Dijo alguna vez en italiano: «Mi pobre hija». Y suspiró. No podía ser yo indiscreto. La señora me ofreció chocolates y nuestro diálogo continuaba en un tono muy simpático y apacible. Conté algunas historias del tío Felipet y cosas de nuestra montaña. La señora oía encantada y a su vez me refería la vida montañesa de la Val d'Aosta. Era esta dama verdaderamente fina, ingeniosa, natural, cultivada. Una corriente cordial de simpatía iba estableciéndose entre nosotros. Nos sentíamos gente de montaña. No hay nada como la montaña. Hablamos de canciones de montaña. Yo canté a media voz —¡quién lo diría!— la canción terrible del Conte d'Arnau. Y ella tarareó, con una gracia y una picardía encantadoras, una tonadilla piamontesa del cura enamorado. Empezaba a pasar el tiempo como sin sentir. Yo me llegué a meter en historias interminables. Entrábamos en la madrugada. En la huida veloz de las sombras de los árboles y de las casas campesinas empezó a temblar, incierta y lívida, la primera claridad de la aurora.

La señora joven dijo alguna vez:

—Mamá, mamina, no puedo más. No puedo más.

Retorcía un pañuelo mojado en lágrimas.

La señora mayor se compadeció sin exageración. Amanecía. Empezó la señora joven a dar grandes muestras de impaciencia. «Quiero llegar, llegar», decía en italiano o mejor en dialecto. Se incorporaba, consultaba el reloj, miraba el horario en la guía.

—¿No está mejor, señora? —le dije.

Y fue como si la hubiese ofendido. Casi con un bufido se hundió entre sus almohadones, volviéndome la espalda, temblando de furia contenida. El cuerpo era espléndido, de amazona perfecta, duro, elástico, firme, ligero, uno de esos cuerpos que uno imagina modelados en ébano luciente. Me miró con una hostilidad y un menosprecio realmente incalificables. La madre quiso dulcificar su actitud.

—Monsieur —le dijo— ha sido tan bueno con nosotras. Ha comprendido que yo necesitaba compañía.

—*Bonjour, monsieur, et merci* —me dijo con una frialdad insultante. Quise ayudarla a coger un saco. No lo consintió:

—Gracias, dejadme.

Con una agilidad y una fortaleza impropias de sus largas horas de dolencia, removió dos maletas grandes, tomó en el aire un saco pesado y se fue hacia la *toilette*. Pasó un cuarto de hora, media hora, tres cuartos de hora. Dije a la madre.

—No quiero alarmarla, señora, ¿no se sentirá mal vuestra hija?

—No lo creo, respondió ella.

Poco después su madre consultó el reloj y se dirigió a la *toilette* y llamó con los nudillos:

Sí... sí... —contestó ella con una voz animada, clara y nerviosa.

—Todo está bien, hija mía —le dijo la madre a través de la puerta— pero faltan nueve minutos para Tolon.

Apareció ella al fin después de su *toilette* interminable. Aunque un

poco demasiado maquillada era una criatura muy bella y asombrosamente interesante. Suspiró casi satisfecha, pero se volvieron a nublar sus ojos. Su pulso debía correr cada vez más acelerado. Se llevó la mano al costado como si le doliera.

[245. Tolon. Contemplación de la felicidad amorosa]

—¡Tolon!

Al minuto entraba en nuestro compartimiento un oficial francés de caballería, alto, moreno, aguileño, bien vestido, sonriente, irónico.

—René, Rinetto... —dijo ella palideciendo, casi en un grito ahogado—. Entonces, ¿nada era verdad?

—No me ves aquí, Yolanda —dijo él riendo franca y lealmente— ¿cómo quieres que fuera verdad?

—Rinetto... —dijo ella encantada cogiéndole las manos, iluminado el rostro de risa.

Pero al instante se le echó a los brazos, loca, llorando, en un abrazo fiero mientras él la besaba en la boca. Ella sacó un momento la cabeza del beso y con un hilo de voz, que yo oí, le decía:

—Rinetto, Rinetto... me moría de celos, me moría de amor...

Sentí como un escalofrío. La emoción pugnaba por humedecerme los ojos. La señora mayor me decía: «Perdón señor, perdón... Son demasiado jóvenes. ¡Son chiquillos! Siempre están así». Ayudé a bajar los equipajes. Unos minutos después el tren salía. Entre los grandes humos blancos, mientras la señora mayor lidiaba con los maleteros, la pareja avanzaba por el andén, feliz, perfecta, enamorada, en un paso largo, armonioso, bien cogida ella de la cintura, desapareciendo allá lejos entre los grandes humos blancos llenos de sol. Me quedé la cabeza fuera de la ventanilla mirando, mirando, hasta que la estación se hizo pequeña, pequeña, más pequeña y desapareció en una curva. ¡He aquí un minuto, he ahí un beso que contiene en sí más, mucho más que la vida entera de muchos hombres! Todo mi júbilo impetuoso, toda mi impaciencia y mi ilusión absurda se habían serenado en una especie de resignada y generosa melancolía. No me apenaba con la dicha ajena. Felices, que sean siempre así felices... Y me puse a leer con aire pensativo, sin leer nada, porque poco a poco

me iba durmiendo como un niño triste e inocente.

Y pasé así el resto del viaje en tranquilos sueños, alternados de meditaciones serenas, hasta que el tren dejó atrás el Rosellón y fue metiéndose hacia el Pirineo —a lo lejos pasaba frente a mi monte Pirineo— y metiéndose en el Bearn. A las seis de la tarde llegué a Bayona.

[246. Los españoles en Bayona]

Los españoles me aguardaban en un hotel pequeño, anticuado y oscuro donde nos dieron de cenar muy bien. Había yo pasado demasiadas horas sin comer. La *poularde* y el vino me devolvieron una conciencia joven y optimista del universo mundo. Por lo que hacía a los representantes españoles el negocio se anunciaba bien.

[247. Rápida estancia en París]

Al día siguiente tomé el primer express para París. Me encontré con el París cerrado, nebuloso, frígido, con lloviznas crueles y vientos helados. No salí de mi pequeño hotel de la *rive gauche,* casi en pleno *Faubourg* Saint-Germain. Recibí al consejero delegado de la Banca Wildt, a quien había invitado a almorzar. Por las altas vidrieras se veía un París espantosamente melancólico, un grabado en acero de los más atroces folletines, negro y amarillento, con los faroles encendidos en la obscuridad de la primera hora de la tarde. Escribí hasta la noche cartas a Girard y a varios agentes nuestros del extranjero para que mandasen datos complementarios a Estrasburgo.

[248. El expreso de Viena. Hacia Estrasburgo, corazón ferroviario de Europa]

A las nueve de la mañana del día siguiente tomaba para la capital de Alsacia el expreso de Viena. Subía ya a este tren con una casi religiosa ceremonia. Era un momento casi silencioso de la estación imponente. Subí a mi lugar reservado en el *pullman.* Nunca he sentido la solemnidad ferroviaria como en aquel instante. La hora me parecía indefinible en el anden iluminado de luz artificial. Me sentía ascendido desde las ínfimas estaciones y los desvencijados mercancías

de las líneas secundarias y cenicientas de los más áridos paisajes provenzales al último fasto ferroviario de Europa, el corazón de la fantástica red innumerable.

[249. Encuentro con un cardenal. El gran viaje. La bendición de Su Eminencia]

Un anciano inglés y un eclesiástico de gran porte, acompañado de un joven fraile benedictino componían mi compartimiento. Me sentía mecanizado, como si asistiera a un gran rito. Sentía en torno, a pesar de los ruidos de la estación como un vasto silencio. El eclesiástico hizo la señal de la cruz en un gesto amplio. Le imité. Vi sus ojos grises llenos de bondad y de sabiduría, su fino perfil de la Germania renana, su especie de juventud angélica bajo la corona de cabellos blancos. Se volvió un momento a su acompañante. Entonces vi su rojo solideo, de un rojo vivo como el geranio, de Cardenal de la Santa Iglesia Romana. Su Eminencia tomó un libro en la mano. Le brillaba en la mano el grueso anillo de amatista, rodeado de esmeraldas. Leía Su Eminencia un libro castellano. *El tratado del amor de Dios,* de Fray Juan de los Ángeles. Al oír silbar la salida cerré los ojos y estuve un tiempo largo sin dormir con los ojos cerrados. A veces un tintineo de eslabones traía a mi imaginación un sueño de cadenas formadas con anillos de boda. La velocidad se incrementaba. El tren resbalaba, trepidaba suave y victorioso en la vía sonante, salvaba los puentes como sobre carriles de aire, parecía perder gravedad, ir con quillas ligeras sobre el agua, con patines veloces sobre el hielo. Abrí los ojos. Era ya otro país, otros cielos y otro verdor. Pasaron pueblecitos nuevos, rojos, verdes, blancos, todos iguales de la Francia reedificada, cementerios de guerra con sus polinomios y calvarios interminables de crucecitas grises, y sobre el cielo cables, discos, cabinas, de vez en cuando los perfiles colosales de una industria gigante, y en el suelo vías lucientes que se dividían y multiplicaban en prestidigitaciones casi líquidas de rayas de líquido acero. De vez en cuando, anchas corrientes de agua, con perfiles de boscajes verdes y lentas barcazas a remolque, bajo cielos altos y volubles, de nubes violetas, rosadas, verdosas errando por una altura rasgada de aberturas azules. Me dormí en un sopor dichoso. El nombre de Rosa Krüger galopaba sobre las vías elásticas, se multiplicaba al infinito, era como una rosa deshojada en miles de pétalos, en miles de ritmos, de vibraciones, de conmociones venturosas. Rosa Krüger. Y me dormí como con una canción de cuna hasta que el señor Cardenal, me despertó dulcemente:

—Hijo mío —me dijo en castellano, con acento alemán— estamos llegando a Nancy.

En aquella paternal llaneza había como una acabada cortesía de príncipes. Sonrió. Su dentadura era blanca, igual, nítida.

—¿Cómo supo Vuestra Eminencia —le pregunté— que yo fuera español? Llevo ya muchos años fuera de mi país.

—No lo sé, hijo mío, me pareció que seríais español y que llevaríais muchos años fuera de vuestra patria.

Subió en Nancy una adúltera pretenciosa vestida de gris, con un sombrero colorado, una divorciada de abogado de provincias. Su Eminencia se entristeció y volvió a sumirse en su lectura. Nos llamaron para almorzar. Y en fin: media botella de Rhin, media botella de Perrier, cubierto, una copa doble de Curvoisier, servicio, total 45 francos 25. El hostal era más barato y se comía un poco mejor. Imaginé el hostal, lleno de sueños fantásticos, instalado en un vagón rústico, con fuego de cocina montañesa, recorriendo Europa. El tren viró con una suavidad vertiginosa en una curva suave; se fue metiendo en planos ya inmensos de raíles, cabinas y señales y apareció en el horizonte finalmente el perfil de Estrasburgo. Me despedí de Su Eminencia. Y él me dijo:

—¿Queréis algo de mí, hijo mío?

—Si quisierais —le dije— darme vuestra bendición. Hizo un gesto leve en el aire y dijo:

—Sed feliz, hijo mío.

[250. La «gare» de Estrasburgo. Apoteosis de Pierre Brassac]

Tomé la tierra del andén como la última tierra de la promisión y del destino. Avanzaba ya con mi mozo de equipajes y teníamos que desfilar por la posición del andén ante la máquina que nos había traído. Y vi allá, en lo alto de la escalerrilla de hierro, sacando el cuerpo de la máquina, a un maquinista pequeño, rojo, sudoroso, manchado de hollín, sonriendo victoriosamente a los viajeros que no le miraban como si fuera el héroe en quien se debieran recoger. Estaba en la pose fotográfica de la vanidad satisfecha, como el escultor enano junto a su colosal escultura, como el jockey con el caballo vencedor,

como el ganadero con el buey premiado de las cien arrobas. Pero aquel hombre me miraba, se tiraba de la máquina, abría los brazos y venía a mi encuentro gritando alegremente:

—*Merde, merde... C'est mon vieux Teodoro, c'est un duc... merde, merde... Teodoro.*

Era Pierre Brassac.

[251. Embriaguez de Estrasburgo]

Eran las dos y diecisiete minutos al llegar al hotel. Aquella misma tarde podía tener mi primera entrevista con Krüger y Muller. Estrasburgo como ciudad había llenado mi corazón. Viniendo de un París nebuloso, ennegrecido y amarillento me parecía una población extraordinariamente bella y alegre. Desde que tomé el coche en la gran Plaza de la estación había ido hasta el hotel mirando a derecha e izquierda sobre todo para ver a las alsacianas. Buscaba en su belleza alusiones constantes a la belleza de Rosa Krüger. Todo lo veía con ojos diversos a mis ojos normales y habituales. Un palacio, un canal, un jardín, un efecto de luz en la perspectiva de una calle, un pequeño desfile de tropa que se había cruzado en mi camino con sus tambores y trompetas, todo componía para mí una realidad transfigurada, un espectáculo de encanto, un sueño. Si las cosas corrientes de Estrasburgo eran, vamos a suponer, corrientes como el agua, para mí se habían convertido en vino. Y me embriagaban.

[252. La casa. Sus figuras]

Telefoneé. Contestaron Krüger y Muller que me esperaban a las 6 de la tarde en la Rue Wagram, 1.

Tomé un baño ardiendo para ver si mis nervios se contenían. Hice una *toilette* conveniente y a las 6 menos cinco minutos me paraba ante el número 1 de la Rue Wagram. Era un edificio grande de oficinas, blanco, de estilo moderno alemán, con unas letras de acero sobre la puerta que decían Krüger y Muller. A la puerta había dos ujieres con grandes levitones verdes de botones dorados. Me parecía todo aquello demasiado para que detrás estuviese Rosa Krüger. Pero en fin, eran catorce años. Si su familia había progresado como yo, por ejemplo...

Krüger y Muller, considerados ya como personas vivas se me aparecieron muy diferentes. Krüger era alto, huesudo, barbudo, con un cráneo de bola de billar, excesivamente vestido de chaqué, de plastrón, de un pantalón a rayas exageradas. Se le veía inmediatamente su pasión por el lujo y la moda. Muller era regordete, desaliñado, con una maraña de cabellos rojizos, risueño y en apariencia fácil.

[253. Tratos comerciales con éxito]

Desde luego comprendí por su recibimiento que tenían noticias bastante exactas de la firma Girard y Castells y de mi persona. Sin embargo, se figuraban que la flota frutera no podía ya resistir y debíamos entregarnos en sus manos. Pero podíamos resistir. Mi contraproyecto a la memoria que ellos habían presentado hizo sus primeros avances y ellos empezaron a estar en las manos nuestras. Comprendieron que les convenía ceder y nos quedamos citados para el siguiente día a la misma hora.

[254. Ironía sobre el encuentro infalible de Rosa Krüger]

A pesar de la escasa simpatía que Monsieur Paul Krüger me inspiraba, él era el eje de mi conjetura optimista sobre el destino. Y empecé a asegurarme ya de que allí iba a encontrar a Rosa Krüger. Mi razonamiento era éste: el matrimonio de Ángela había venido por causa de un negocio bueno —el pedido colosal de Zeysing y Serlins— que el crédito concedido a mi suegro Antonio Clemente acabó por convertir en malo. En cambio el matrimonio de Rosa iba a venir por un negocio malo, la adquisición de la flota frutera, que la intervención de mi presunto suegro, Monsieur Paul Krüger, iba convirtiendo en bueno. Ya no dudaba de que detrás de todo aquello tenía que estar Rosa Krüger. Y todavía me entercaba yo en otra curiosa y quizá disparatada teoría a fuerza de elucubraciones reiteradas.

En el amor de Ángela hubo por mi parte engaño y por parte de ella pasión puramente carnal o si se quiere negación del espíritu. Por consiguiente yo ponía este amor a la cuenta de las ilusiones diabólicas.

El amor de Rosa era la ilusión angélica de mi vida. Y yo razonaba del modo siguiente: las cosas del diablo —Coloma, Ángela, Phoné—

empiezan apareciendo muy agradables y luego no dejan sino amargura. Las cosas angélicas, divinas —me decía yo— empiezan siendo dolorosas y amargas y acaban en un puro jubilo. Rosa Krüger me había costado las lágrimas de Toulouse, el desastre de mi primera fortuna por el envío a Krüger y Muller, la angustia de catorce años sin encontrarla. Toda esta pena debía acabar en alegría. Recordaba haber subrayado en mi Biblia de Millan: «Los que sembraron con lágrimas con regocijo segarán». Había para mí cuatro grados en las cuatro mujeres que habían dejado impresión en mi vida: Coloma era la invitación trágica y embriagadora a un pecado infame; Ángela era el pecado latente bajo las apariencias de virtud, pero el pecado porque había negación del espíritu en mi entrega a las apariencias, en mi engaño y en su pasión carnal; Persephone era en cierto modo lo contrario, bajo la invitación malsana al pecado, bajo la tentación culpable, acababa por ser la renuncia al pecado y el arrepentimiento; Rosa Krüger era la gloriosa plenitud de amor, como virtud, era la carne transfigurada por el espíritu, la criatura corpórea, la rosa humana, a través de cuya contemplación yo veía relacionarse la tierra con el cielo. Lo que el mundo podía tener para mí de divino es lo que se iluminaba con la ilusión, con el amor, con el nombre de Rosa Krüger. Y recordaba las palabras santas que yo había leído y releído y que con tanta insistencia parangonan el amor del esposo a la esposa y el amor de Cristo a su Iglesia. Una vez en mi comunión pascual de Arlés, me salía del corazón este voto: «La alegría de la casa del Señor toda para ti Rosa Krüger». A las puertas de la catedral de Estrasburgo, con Rosa Krüger desposada, yo soñaba poderme decir sin sacrilegio: «Este es mi catolicismo, el amor, la belleza, la alegría de esta criatura. Porque todo lo que ha habido en mí de mejor era por ella».

[255. Nuevas entrevistas]

Mediaron entrevistas con Krüger y Muller, telegramas y conferencias con Girard y con Wildt y el asunto quedó perfectamente ultimado en sus bases con gran satisfacción de todos. Muller era sagaz, lleno de intuición, de habilidad y de simpatía. Krüger era lógico, algo pesado, calculador, exacto, frío, honrado en los tratos, incapaz de desdecirse nunca. Hablaba generalmente en pie accionando de un modo monótono con su mano derecha en la que sostenía sus lentes de oro. Sus cigarros, sus coktails, que nos solía ofrecer siempre, eran rebuscados y servidos de un modo aparatoso, con demasiado lujo y demasiada preocupación por la moda. Por las noches fui al teatro, donde había una compañía francesa de ópera.

[256. El gran «diner» en villa Krüger. El muro que vuela]

Cerradas felizmente las negociaciones, Krüger me ofreció una comida en su casa. Asistirían el burgomaestre o síndico de Estrasburgo, el presidente de la Cámara de Comercio, varios socios de la razón Krüger y Muller y otras personalidades de la administración y el comercio ciudadanos. Era una comida de treinta cubiertos, bastante entonada y en la invitación impresa que me mandaron al hotel no dejaba de reclamarse el frac. Era para un sábado. No me cabía duda de que iba a encontrar allí a Rosa Krüger. Así como no había querido venir a Estrasburgo hasta que una razón me lo impusiera, tampoco quise preguntar una sola palabra sobre la familia Krüger. Dejaba operar al destino. El muro que durante catorce años me había separado de Rosa Krüger se había ido adelgazando, adelgazando y era ya como un velo de seda, como una cortina de escenario que iba a volar por fin. La vida de Rosa y la mía habían corrido, paralelas, a lo largo de este muro que nos separaba. No nos veíamos ni nos oíamos. Y sin embargo habíamos caminado juntos. ¿Rosa Krüger casada? Imposible. En el latido que ella me había inspirado a distancia yo sentía su rumbo. Era una criatura necesaria, la sola criatura para mí necesaria del universo.

[257. La «toilette». Teodoro a los 34 años]

Empecé la *toilette* temprano y despacio. Desde la mañana sentía pasar las horas y me recreaba en la espera. Casi hubiera querido que durase más. Sentía el encuentro tan seguro, tan infalible que me recreaba paladeando su inminencia. En lo mejor de la *toilette* se apagaron las luces. Pegué una patada en el suelo, de rabia. ¿Es posible esto en una de las ciudades más electrificadas de Europa? ¿Sería, tal vez, un mal augurio? Un criado viejo entró con dos grandes candelabros de plata, cada uno con cuatro velas y las puso a los lados de la grave consola de caoba oscura ante la que iba a hacerme la corbata blanca. Sonreí, a la luz de las velas de cera me encontré como nunca me había encontrado. ¿Quién hubiera reconocido al Teodoro Castells de la Bonaygua? Mis líneas, mi gesto se habían afinado, desgastado, demacrado, espiritualizado maravillosamente con los años. Tenía un rostro muy joven aún, acaso por la gran sobriedad de mi vida, sinarrugas, unos ojos vivos de límpida mirada, entre azules y grises, más oscuros que en la primera mocedad, una nariz un poco aguileña, una mandíbula firme, un rostro desengrasado, huesudo, ágil, diría yo, si fueran ágiles los rostros, con una boca fresca, expresiva, perfectamente dibujada. Encendí un pitillo como un estúpido. Estuve

como un adolescente ensayando poses ante el espejo. Se encendieron las luces y me avergoncé de mí mismo. Y era hora. Recordé que la casa de Monsieur Paul Krüger era una villa a seis kilómetros de la ciudad.

[258. Suntuosidad de villa Krüger]

Corrió el coche un trozo de orilla del Rhin iluminada. Atravesamos grandes manchas oscuras de jardines. Atravesamos una gran verja, con su gran edificio de portería y tomamos una avenida curva, iluminada con focos eléctricos, entre grandes árboles, hasta la villa. Sería un kilómetro de parque. Pero esto —pensé riendo— será una vergüenza. Volveré a decir que no me guía el interés económico, lo cual es la pura verdad, como en el caso de Ángela. Aquella siquiera me abrumaba, me contrariaba. Hubiera dado cualquier cosa porque Rosa Krüger fuese pobre.

Había ya unos quince coches alineados en el jardín.

[259. Snobismo]

Desde el suizo que abrió la portezuela hasta los lacayos de la antecámara con el plano de la mesa, todo era terriblemente aparatoso, como yo no había visto nunca. Debía dar el brazo, para conducirla a su sitio, a Madame Varville. Había una serie de salones, creo que con una gran afectación inglesa, desde un salón deportivo con copas de plata y un bar, donde estaban algunos muchachos y muchachas, hasta un último salón de grandes artesonados y paneles de roble, con tapicerías verde oscuro y caobas curvadas. Había en este salón, tenido en penumbra, donde me recibió Mr. Paul Krüger, algún primitivo holandés, iluminado en la sombra y otro cuadro iluminado también que era el retrato de una muchacha de trece años, con muchos encajes, fina, rubia, de un rubio platino, fría, bella. No podía ser Rosa Krüger. No podía imaginarla así en mi corazón. Y sin embargo... Estaba dispuesto a afrontar todas las contrariedades en la primera apariencia de las cosas. Las prefería ya, dada la teoría que me había formulado, a los principios halagüeños.

[260. Madame]

En un diván del ángulo, al pie de una inmensa pantalla, estaba con otras dos señoras Madame Krüger. Me bastó ver a esta señora, bella aún, en sus cincuenta años, vestida de una gran *toilette* amaranto brochada de plata, cubierta de joyas, maquillada, perfumada, peinada como un ídolo bajo su casco de exactos bucles blancos, para darme cuenta de todo. Me figuré enseguida que imitaba a alguna gran dama de París y que las manías mundanas y aristocráticas de esta mujer no tendrían freno. ¿Cómo habría educado a Rosa Krüger? Venía preparado a todas las sorpresas ingratas en los preliminares, seguro del final dichoso. Madame Krüger me acogió fríamente, no porque dejara de sentir hacia mí toda clase de interés, sino porque su primera actitud con las gentes debía ser de semidiosa. Acabé mi *cocktail* con los señores Krüger y Muller, el burgomaestre de Estrasburgo, el presidente de la Cámara de Comercio, que era un barón judío y otras personas importantes.

[261. Presentación de mademoiselle Krüger. Proyectos de hacerla volver a su encanto primero]

Conduje a su sitio de la mesa a Madame Varville y me senté a la izquierda de Madame Krüger. La señora me dijo: ¿No habéis conocido a mi hija? Se caló los impertinentes. Está allá entre Albert d'Ursaugne y el Marqués de Valmy. No se ocupan más que de *sport.* Miré. La mesa no estaba iluminada con una gran luz. Bajaba del techo un resplandor suave. Cuatro solos, gigantes candelabros, ardían sobre el mantel. El centro era de la mejor sajonia blanca del siglo XVIII con alegorías de los ríos, digamos napoleónicos, de Europa en un estanque de cristal, porque eran —según me contaron— los ríos en que Napoleón había vencido.

Desfiló, con bastantes criados, el menú imponente, con una buena música en la vecina, de platos y de vinos, el champagne a jarros y no dejó de haber en mi honor un jerez viejo, como jamás había hallado yo en España. Madame Krüger estaba satisfecha. Me habló muy poco durante la comida y tampoco se ocupó demasiado de mí Madame Varville. Me defendía haciendo conversación con mi gran judío de enfrente, que era el barón de la Cámara de Comercio. Al acabar Madame Krüger me dijo: «En fin, esto ha ido bien. Estoy contenta. Nos han servido en 43 minutos y ocho segundos. Os voy a reunir con la gente joven para el café en el salón blanco».

[262. La comida]

Me presentó a dos o tres muchachos y a Mademoiselle Krüger. Era alta, delgada, vestida de blanco, plata y negro. Era una rubia platino, con cierto aire de estrella de cinematógrafo y un aire inequívoco de hija de mercader opulento. Pero en fin era mi destino. Tenía que llegar al fondo de su alma. Tenía que desencantarla como a una princesa, desfigurada bajo el hechizo de la vida moderna, el *sport,* el *snobismo,* etc., etc. Tenía que hacer revivir en ella aquella niña, aquella niña de la gare de Toulouse. Podía ser la misma. Para mí tenía que ser la misma. Cuanto más difícil apareciera era más segura. Me dispuse a librar mi última, mi definitiva batalla con el destino. No estaba bien en aquel mundo. Me era difícil seguir el tono de las conversaciones, las alusiones rápidas, el diálogo lleno de valores entendidos, la jerga de *sport* y de una vida mundana para mí poco conocida. Pasó un momento Mr. Paul Krüger. Nos detuvo a su hija y a mí, hizo varias evoluciones y quedamos un momento separados del grupo general mientras ella tomaba un frasco de cognac de la bandeja de un criado y me lo servía en una gran copa.

[263. Breve coloquio con mademoiselle Krüger. El espantoso error. Desesperación de Teodoro]

—Mademoiselle Krüger —la dije— ¿ha estado usted alguna vez en Toulouse hace años?

—Dos o tres veces he estado de paso, pero no tengo ningún recuerdo casi de Toulouse.

—Perdón mademoiselle, hace algunos, años, cuando era usted niña, ¿no ha ido usted alguna vez a Toulouse en una peregrinación católica?

—No es posible, señor Castells, yo soy calvinista.

No me atreví a aludir al traje de alsaciana y al coche de segunda clase. Pero en fin, me faltaba ya tierra bajo los pies y la cabeza se me iba, cuando ella dijo:

—No comprendo que quiere usted saber, señor.

—Perdón todavía, mademoiselle, ¿no se llama usted Rosa Krüger?

—Me llamo Ida Krüger... Siento mucho, créame que siento mucho haberle desilusionado. Estoy segura de que merecía usted que me

llamara Rosa, ¿quiere usted un poco más de cognac?

Nos reunimos al grupo. Yo era un idiota. Me veía en un ridículo absoluto, en una especie de ridículo trascendental que abarcaba mi vida entera. Me separé del grupo. Empecé a recorrer los salones. Idiota, idiota, me decía a mí mismo. ¿Cómo es posible dedicar media vida a una terquedad semejante? Me acercaba a un grupo y a otro. No articulaba palabra. Me iba. Mr. Paul Krüger me llamó, ¿se siente usted mal Mr. Castells?

—Estoy un poco mareado.

—Sin embargo no ha bebido usted. Lo he visto perfectamente. Acuéstese, sin cumplidos. Hasta mañana. Yo le despediré de Madame Krüger.

Salía corriendo como una liebre, machacado, deshecho. Al día siguiente, en el primer tren de la tarde, después de despedirme por la mañana de Krüger y Muller y de repartir una docena de tarjetas, me disponía a volver directamente a Arlés y a hundirme en Arlés, ya para siempre, para toda la vida. Me desnudé en mi cuarto como un loco sin encender las luces. No quería ni ver ni verme. Hundí la cabeza en las almohadas. Me retorcía de furia. Estrellé una copa de agua en el suelo. El destino, estúpido, estúpido, estúpido. Y yo idiota. No sé si lloraba de rabia. Me dormí pronto porque estaba rendido ya por el fracaso.

[264. Propósito de vuelta inmediata a Arlés. La mañana del Domingo de Ramos]

Era ya primero de abril. La primavera había empezado. Aquella mañana de Estrasburgo fue el despertar más triste de mi vida. Como si para mí no hubiera amanecido, como si la luz de los cielos ya no me sirviese para nada.

Iba avanzado el día cuando me desperté. La calle estaba llena de sol vivo. Mi cuarto era una cámara oscura con rendija de luz solar. Y en una zona clara del techo se veía como en un cinematógrafo el trajín de la gran avenida iluminada.

Me hizo daño a los ojos la luz cuando se abrieron las ventanas. Aquel año con la Pascua temprana se anticipaban los primeros calores de la primavera. Iban a venir las cigüeñas antes que otros años. Era la fiesta del Domingo de Ramos, un día de gran fiesta en Arlés y en el Pirineo.

Pero yo no fui a oír la Santa Misa en la catedral de Estrasburgo. Aquella mañana, la luz del sol, el don de Dios, no la había querido.

Hacia las once fui a repartir mis tarjetas de despedida, pero siendo domingo no podía ver a Krüger y Muller y pensé decirles adiós con una carta, pretextando cualquier urgencia, porque yo no quería quedarme más tiempo. Otra vez, como en Annecy, los horribles insomnios de hotel iban a asaltarme sin remedio.

Sin embargo aquella mañana tan bello y tan bueno el sol de abril, tan cristalino el aire, tan azul y tan alto el cielo con una lenta huida de nubes de nieve, de nubes de seda, de nubes de plata.

[265. El primer mercado de flores]

Al volver, hacía mediodía, el coche cruzó un paseo público, que tenía una gran avenida. En ella vi muchos *stands* y banderas cuando me acercaba. Pero apenas había compradores, quizá por la hora. «Es —me dijo el mecánico— el primer mercado de flores. La inauguración ha sido hoy a las once con un discurso del burgomaestre y un concierto de la banda de música de la ciudad. Pero creo que están cerrando pues hoy como domingo no se vende». Y en el primer *stand* no vi —me acuerdo bien— más curiosos que una anciana señora, de cofia anticuada, con un nietecillo de pocos años, que llevaba en la mano un gran globo verde de gas. Bajé del coche después de rogar al mecánico que me fuera siguiendo lentamente. ¡Qué calor primaveral el de aquel día! ¡Qué olor a heno, a hojas, a evaporaciones de tierra húmeda, a flores, en aquel jardín!

Me puse a mirar los *stands* con indiferencia al principio. Aquel olor de flores al sol me recordaba los embarques de flores, de rosas y claveles, en los años de mi verde mocedad en Provenza. Era como el olor de aquella juventud que se me había ido toda entera. Y ya iba recorriendo el mercado de flores, casi sin mirar, sin detenerme, casi llegaba al centro de la parte derecha de la avenida cuando me detuve frente a un *stand* para encender un «camel».

[266. Las rosas de Kamtchaka. El «stand» de las bellas rosas]

Mi americana casi se había enredado en unas espinas y, al mirar, vi una grada muy baja con tiesto de rosales muy sencilla y

elegantemente dispuestos. Era toda esta grada de los rosales más espinosos y feroces del mundo, de fuertes rosales de Kamtchaka con largas espinas y sus tonos iban del rojo profundo, sangre de toro casi negro al rojo violeta pasando por el rojo Burdeos. Tenía aquello el aire de ser obra no de vendedor comercial sino de un cultivador enamorado y sabio. Y así con atención levanté los ojos a una segunda grada que era toda de pimpinelas ligeras, blancas con una efusión de tinta amarilla en el corazón, pálidas con un desvanecido entre rosa claro y violeta tenue como un cielo de aurora o de un tono viejo de pergamino, que es el de las pimpinelas del Bósforo. Y ya lentamente, con mis antiguos ojos de pequeño vendedor de flores, que las escogía y conocía y ataba en ramilletes ligeros o mazos grandes me puse a errar y divagar por aquel declive de rosas, que era como un pequeño mar de rosas, formado por diez o doce gradas, en cuya mitad había un paso abierto hacia un rústico barandal alsaciano que arriba se veía. Y era tal delicia mirar aquella escogida y exigente ostentación de rosas, que me quedé como olvidado. Había hasta rosas de Persia o Tartasia, grandes y simples que eran pálidas Marías Leónidas, con la mancha roja en la base del ancho pétalo, como las rosas de Ispahan de los grandes tapices. Había nuevas variedades en ramos sueltos y gentiles de amarillas de Constantinopla y vivas, claras y desvanecidas enanas de América, en ramilletes apretados de rositas del Labrador con olor de canela. Más allá capuchinas de color ocre, con olor de manzanas y otras de la misma familia, de un tono por la parte de afuera casi naranja y en el interior casi de un amarillo limón. Encima de éstas se abrían como porcelanas unas grandes rosas de té, mezcladas con rosas vulgares de Bengala, con rosas de Borbón, con bronceadas novias de Washington, con musgosas de África. Más arriba era la orgía pura de las rosas blancas, de las bolas de nieve, de las blancas chiquitas de América, de las simples y sorprendentes de China, que parecían arrancadas al negro brillante de las lacas y por fin las blancas del Rhin, un poco rubias y azuladas en su juego de matices, rosas de Alemania, con nombre de damas reales, Reinas de Dinamarca o Princesas de Lamballe, exangües. Ah, pero arriba, arriba, en las últimas gradas, allí se abrían, carne ya de mujer, rosas angélicas y humanas, virginales y fecundas, rosas, verdaderas rosas de verdad, con forma y casi peso de frutos, las grandes, fuertes y lindas rosas de Holanda, en todo su variado esplendor. Allí estaban como criaturas naturales y gentiles, como flores vivientes, la Reina de Provenza, el pompón de Borgoña, la rosa de Damasco, la princesa real, la rosa fina de Bruselas, la misma que había llevado en su ancho sombrero de segadora la pobre Ángela.

[267. La rosa del gran premio de Amsterdam. Reaparición de Rosa Krüger]

Pero ya en la última grada y en un vaso azul de Copenhague, solitaria, en medio de una faja de mirtos verdes que cerraba el triunfo de flores, se veía una rosa, sí, de la especie de rosas de Holanda, una rosa de Holanda, pero nueva, delicada, y enorme, fresca, levemente rizada, una rosa de realidad y de ensueño. Parecía que debía haber existido siempre, desde el paraíso. Era la stradivarius de las rosas. Y detrás, allá lejos, allí cerca, allá en alto, sobre todas las rosas, dulcemente apoyada en el barandal rústico, se veía una rosa ya hecha mujer, una criatura que, sobre sus cabellos en dos cascadas contenidas de grandes rizos rubios, traía dos enormes alas de negro terciopelo, altísima, como una enorme mariposa. Y, ¿dónde, Dios mío, había visto yo un rostro así de querubín ruborizado y travieso, parecido al de aquella joven y hermosa aparición, una nariz también un poco respingada, una boca así de risueña, un poco grande, unos ojos como aquellos ojos con su no sé qué de azules violetas? Y ¿dónde aquel corpiño de terciopelo, haciendo saltar los puros pechos vivos en la camisa blanca de seda, dónde aquella expresión de risa que ahora mismo mirándome, mirándome cómo la miraba iba otra vez volviéndose compasiva, grave, piadosa? Fui subiendo despacio la escala entre las rosas hasta que llegué cerca de aquella incomparable criatura victoriosa allá arriba, en la plenitud de toda su belleza y en toda su gracia que me recibía sin embargo como con una actitud rara de maravillosa humildad.

[268. Reconocimiento de Rosa Krüger. Primer coloquio. El relato de la «gare» de Toulouse. Regalo de la Rosa de Amsterdam]

—Señor —me dijo ella— ¿qué queréis?, ¿en qué puedo serviros?

Y yo, sin saber qué decir, contesté:

—Querría, mademoiselle, comprar esta rosa que es como vos.

—¡Ay, pobre de mí! —dijo ella—. Esta rosa es el gran premio de Amsterdam. El gran premio de Europa. Es obra de mi padre. La rosa más bonita de Europa. No tenemos ejemplar mejor que éste y no la podemos vender. Además, señor, hoy es el Domingo de Ramos. Ha sido la inauguración del primer mercado de flores. Pero yo no querría vender ni un pie de rosas de Bengala.

—Yo me marchaba hoy, mademoiselle. ¿Y no podría comprar nada? ¿Ni siquiera esas rosas feroces de Kamtchaka, tan bellas?

—Perdón, señor, no viaje hoy. No se vaya en Domingo de Ramos. No se viaja en los grandes días del Señor.

—Esperaré a mañana —le dije—. ¿Y cómo se llama esta gran rosa nueva?

—Se llama Rosa Krüger, señor.

—¡Rosa Krüger! ¡Rosa Krüger! —dije—, ¿quién es Rosa Krüger?

—Es esta pobre vendedora de flores, esta pobre muchacha de Alsacia. ¿No hubiera sido mucho más bonito ponerla el nombre de mi madre, Victoria Sofía?

—No mademoiselle. Rosa Krüger es el nombre más hermoso del mundo. ¿No sabéis qué es lo más hermoso que hay en el mundo? Es el nombre de Rosa Krüger.

Me empecé a exaltar.

—¿No sabéis —continué—que yo he descubierto esta rosa hace catorce años?

—Bien —dijo ella—. ¿Y dónde estaba?

—Estaba aquí. Crecía lenta y maravillosa hasta hoy. Estaba aquí en Estrasburgo y esta en mí, conmigo.

—No os entiendo, señor, ¿no os burláis? —me miró a los ojos y dijo—: No, no os burláis. Y entonces...

Estábamos los dos apoyados en el barandal rústico frente al jardín desierto ya. Era muy cerca de la una.

—Le quisiera contar, mademoiselle, una pequeña, una gran historia de hace años. Y entonces...

—Contad, señor...

—Era hacia las seis de la mañana el día 7 de septiembre de 1921. Una cuerda de obreros españoles, como una cuerda de presos —cincuenta éramos— estabavigilada por cuatro gendarmes y seis agentes de trabajo en un confín del andén de la gare de Toulouse. Para acercarnos a esa fuente pública que hay en las estaciones de los

ferrocarriles, teníamos que pedir permiso y nos dejaban ir uno a uno.

—Yo había pedido a las cuatro y tuve que esperar mi vez. Cada vez que insistía, el agente encargado me respondía secamente:

—*Pas encore, s'il vous plait... pas encore... attendez, s'il vous plait... Les sáles types...*

—Llevaba varios días sufriendo el hambre, el frío, los malos tratos y, lo que es peor, la pena por mi suerte nefasta. A las seis y media me dejaron ir. Me encontré como mareado, envuelto por un bullicio alegre de risas y de voces femeninas que salían del café iluminado. Me di cuenta entonces de que era la Virgen de Septiembre, la Natividad de la Virgen María, el santo de mi madre... El grupo de tres o cuatro muchachas salía de la puerta iluminada y vino hacía mí, descuidadas, riendo. ¡Cuántas cosas, Dios mío, vi en un instante! Venían tres o cuatro, como os digo, riendo, casi cogidas de la mano, sin cogerse del todo, con un aire de danza y una que venía casi la primera o sobresalía más bien de todas por su alegría, por su risa y por una infantil y luminosa hermosura cambiaba repentinamente de gesto y me miraba como con hondísima pena. Con unos grandes y límpidos ojos de niña. Todo esto duró muy pocos momentos. Y yo la miré de alto en bajo y vi que estaba vestida como vos ahora, pero apenas sabía yo que esto duró muy pocos momentos. Y yo la miré de alto en bajo y vi que estaba vestida como vos ahora, pero apenas sabía yo que esto era un traje de alsaciana, sino fuese por un cartel que andaba agrupando ya deprisa varias docenas de personas y donde se leía en grandes letras: «Péregrination alsacienne». Pero la criatura que a mí se me había aparecido y venía casi la primera en la fila de las otras tres o cuatro, no se movía de mirarme a mí y pasó de su religiosa y desenfrenada alegría a una pena profunda. Y yo me estaba delante de ella, olvidado de la tierra que tenía a los pies, olvidado de mí mismo en ella. Traía ella en sus manos varias cosas, un cestillo de violetas de Niza y un *croissant* entonces grande para mí como un cuarto creciente de oro oloroso, porque llevaba horas y horas sin comer. Y, de la angélica belleza, en cuya contemplación estaba sumido, pasé a mirar aquel manjar con los ojos de un pobre can sin dueño porque me moría de hambre.

Me sonrió ella entonces piadosamente, con la tristeza que le velaba más y más los ojos y me dijo:

—*Tenez, mon cher.*

Un sacerdote anciano estaba llamando a las muchachas, junto al

convoy, con diversos nombres:

—Ruth Stein.

—Catherine Weterli.

—Berthe Dubarran.

Y por fin tres veces, a la que se había retrasado:

—Rosa Krüger.

—Rosa Krüger.

—Rosa Krüger.

—*En voiture, Rosa Krüger, s'il vous plait.*

Ella subió a su gigantesco tren iluminado, con un andar leve y perezoso y vi que era menos alta y más niña de lo que me había parecido, con sus grandes alas altas de terciopelo... El tren ya se movía lentamente y ella se había puesto a mirarme desde la ventana... Yo sin darme cuenta de mi gran desventura, estaba repitiéndome al compás de cadenas y de golpes del tren en marcha: Rosa Krüger, Rosa Krüger, Rosa Krüger... Empecé luego a pensar vagamente: no la veré más nunca... ¡Ay, me hubiera casado con ella!, ¡nada más con ella! Y me decía: la vida no es una novela, pero, sálvame Rosa Krüger.

¿Cuánto tiempo pasó después? El pastel se me había caído de la mano y había desaparecido. No se veía un alma en los andenes. No quedaba rastro de mi cuerda de obreros y de los agentes de trabajo. Pero la suerte de mi vida estaba echada. Era un pobre muchachoextranjero, casi un niño, que no había salido de su montaña catalana, española del alto Pirineo. Una ilusión demasiado fuerte había ya prendido en mí y a ella he dedicado mi vida entera. Sobre todas las cosas esta pura y fuerte ilusión estuvo en mí y por ella fui algo y fui mejor. Parecerá que por ella yo viví como fuera de la realidad y cometí algunos errores. Mi vida no fue ya hasta hoy más que como una vida simbólica en peregrinación hacia este nombre: Rosa Krüger. ¿No veis como este nombre es lo más hermoso del mundo?

Había salido ya el sol de aquel día feliz y doloroso. Por la boca del hangar se veían las locomotoras dando al sol sus grandes humos blancos. Eran como las nubes de una gloria del paraíso. Y entonces me di cuenta de que por las dos mejillas me iban corriendo lentamente dos hilos, ya larguísimos, de lágrimas...

Cuando acabé, vi que sin darme cuenta, tenía yo ya medio cogida por la cintura a Rosa Krüger mientras ella posaba naturalmente su mano en mi mano. Y vi entonces que ella libertaba aquella mano que yo le tenía cogida y tomando por el tallo la rosa del gran premio de Amsterdam, del gran premio de Europa, la partía con gran sencillez y me la daba modestamente diciendo:

—*Tenez, mon cher...*

[269. Almuerzo en «Los cuatro reyes». Los esposos Klein, alegres hosteleros]

Y luego añadió: —Pero, ¡qué hora será, Dios mío! ¿Sabéis que vivo a diez kilómetros de Estrasburgo? Vaya, un día más que no podré almorzar en casa. Pero esta vez no ha sido por mis obligaciones...

—Y, ¿adónde queréis ir?

—Iré como siempre a almorzar a la taberna de «Los cuatro reyes». Nosotros no comprendemos, los de casa, que en Estrasburgo se pueda comer en otro sitio sino en la taberna de «Los cuatro reyes». No me parece un sitio muy propio para vos. Pero en fin.

Y bajó delante de mí las escaleras riendo, con un paso feliz mientras yo iba pensando que Rosa Krüger era la más bonita novia de Europa...

Esperaba mi coche y como la invitara a subir, ella dijo:

—Bueno... Rosa Krüger en auto. Casi no voy nunca, más que cuando vienen las primas de Nancy. Pero en casa tenemos las dos camionetas más viejas y más perfumadas de Estrasburgo. En fin, subiré. Hoy están pasando, no sé por qué, tantas cosas extraordinarias.

Y subió:

—Pero usted, ¿qué se figura que habrá pensado nuestro viejo criado Justin, que todavía el pobre hace encargos y me ha visto nacer, cuando haya visto hoy, hace un instante, que venía a hablarme un extranjero, que me contaba unas historias, que yo le oía como una tonta, que él me cogía primero unas veces por el brazo y luego ya por la cintura y que yo tenía una mano puesta en su mano? Y, ¿qué dirá mi padre el doctor Christian Krüger cuando lo sepa?

—Dirán que Rosa Krüger se va a casar.

—Probablemente dirán eso —dijo ella—. Rosa Krüger es una muchacha cualquiera, que acaba de cumplir los veintisiete años porque en la gare de Toulouse yo tenía trece y estaba tan desarrollada para mi edad que empezaron a llamarme cigüeña y piernas largas. ¿Cree usted que he crecido mucho desde entonces? Lo que he hecho es engordar. Y ya no voy a engordar más con estos sustos, señor mío...

—Pues estoy seguro de que se comerá muy bien en la taberna de «Los cuatro reyes».

—¡Ay, muy bien! Es una taberna vieja, popular, donde va mi padre hace no sé cuántos años... Pero allí va a ser otro escándalo... ¿Sabe usted la cara que van a poner los simpáticos esposos Klein, cuando me vean llegar con un extranjero a quien supondrán que he regalado la rosa del gran premio de Europa? Bien y a todo esto, ¿cómo se llama usted? Ya no falta más sino que digan que yo llevo a comer a personas que ni sé cómo se llaman.

—Me llamo Teodoro Castells.

—No es tan bonito como Rosa Krüger, pero en fin, no está mal. Para nombre de una nueva variedad de rosa no serviría.

—Pues aquí está la taberna de «Los cuatro reyes».

Madame Klein salió a recibirnos.

—Rosa, Rosa, ¿pero a qué horas vienes? Pasa, hija mía, pasa... Y, ¿quién es este caballero? Pero, ¿vais a vender al extranjero la rosa de Amsterdam? ¿Sabes que son casi las dos? Te has quedado sin el pollo a la alsaciana. No tienes más que lenguados a la parrilla y carnero con puré de manzana.

—Pues mire, señora Klein, yo vengo con este señor extranjero porque si no viniese conmigo, no le darían de comer a estas horas en la taberna de «Los cuatro reyes». Y se iba a marchar así mañana de Estrasburgo este pobre señor, sin haber comido en esta casa, sin haber conocido la mejor cocina estrasburguesa.

—Ya, ya... —dijo riendo el Sr. Klein desde el fondo de la cocina— tendrá que venir algún otro día si quiere conocer la casa. En fin un buen vino del Rhin no faltará. Eh, Ernestina, trae una copa de agua, para que ponga el señor esa rosa, es muy delicada y con este calor se marchita.

Madame Ernestina trajo la copa.

—¿Y el señor doctor Christian Krüger? Hace días que no le hemos visto por acá. No ha venido siquiera para la inauguración del mercado de flores.

—No... Lleva días y días que no sale más que al jardín. Ha ido a misa de seis al convento de las oblatas, que está cerca como sabéis y luego se ha metido en el laboratorio con el microscopio.

—¿Es una rosa clavel nueva verdad, Rosa? —preguntó el señor Klein desde el fondo de la cocina—. ¡Eh!, ¿tendréis bastante con un lenguado enorme? Os advierto que es como un esturión del Danubio... Anda Ernestina, ponles un poco de jamón de casa y cebollas picantes para que se diviertan. Y saca para beber del Rudeshaimer viejo, aunque dicen que ya no es patriótico beber ese vino. Pero todos los vinos buenos —digo yo— sirven para la santa misa. Donde Dios no distingue, ¿vamos a distinguir nosotros?, ¿qué os parece? El mundo se pone imposible. No tardes Ernestina, que este lenguado está al minuto.

[270. Rosa Krüger. Noticias de la familia. Por qué no se ha casado]

La comida siguió así, más o menos en este tono. Apenas pudimos hacer una conversación separada.

—Mi padre —dijo ella un momento que nos dejaron en paz— es de una familia de origen holandés, católica, expulsada de Holanda por cuestiones políticas y religiosas, en tiempos antiguos. Aún conservamos allá parentela y nos consideramos holandeses. Mi familia a lo largo de generaciones fue remontando el Rhin hasta Estrasburgo. Mi padre se hizo doctor en Ciencias Naturales en la Universidad de la Haya. Se casó muy joven con Victoria Sofía Kauffmann y no tenían un céntimo. Mi padre dio lecciones con estipendios míseros. Heredó mi madre unos miles de marcos apenas yo nací y se le ocurrió comprar un pequeño jardín que ahora es famoso en Estrasburgo y se llama «A la Rosa de Holanda». Convirtió mi madre a mi padre en cultivador de flores, sobre todo de rosas. Empezamos a vender a las tiendas de Estrasburgo. Años después mi madre compró la mejor tienda de flores de la ciudad. Fue el año de nuestra peregrinación a Notre Dame de la Salette y a Lourdes. Cuando murió mi madre yo me encargué de la tienda, de mis hermanos pequeños y de algunos sobrinos sin madre, hijos de mi hermano mayor, que está de ingeniero en la inspección de los ferrocarriles.

—Rosa Krüger es una muchacha cualquiera —dijo ella riendo— pero

una muchacha muy seria y con muchísima responsabilidad... Cuando nos ha visto Justin, habrá abierto unos ojos más maravillados que si se hubiesen hundido las dos agujas de la catedral de Estrasburgo.

—¿No ha querido usted casarse, Rosa?

—No sé. Sí y no. No había muchacha más fácil que yo en todo Estrasburgo. Se me podía coger como una rosa. No sabrían cogerme, ¿qué se yo?

Habíamos concluido de almorzar y Rosa había devorado con un apetito muy serio. La ilusión angélica se hacía de una manera bella, cruda y franca, una hermosa y fuerte mujer de carne y hueso que comía, bebía y reía. Lo mejor de Rosa Krüger era la risa. En ella estaban toda la salud de su cuerpo, toda la naturalidad de su alma. Iba a pagar. Rosa Krüger se echó a reír.

—¿Creerá este buen señor que va a poder invitar a Rosa Krüger en la «Taberna de los cuatro reyes»? Se trata además de un antiguo amigo a quien quise invitar a un *croissant* hace catorce o quince años en la gare de Toulouse. Y por mirarme a mí se le cayó de las manos. En fin, vamos, Monsieur Castells, que tengo que empezar a pensar en volver a mi casa.

[271. Paseo por Estrasburgo. La tienda de flores. El tranvía]

Salimos.

—Ahora —dijo— si me quiere acompañar a casa, cosa que quiere y yo no me voy a poner a reñir, tendrá que abandonar este bonito *taxi* verde. Rosa en automóvil con un caballero vestido de franela gris, a las puertas del Jardín de Holanda, no es un espectáculo muy explicable para mis hermanitos pequeños. Y aunque esté fuera de sus costumbres tendrá que tomar conmigo el autobús o el tranvía.

Para llegar al dichoso tranvía fuimos atravesando algunas calles, plazas y tranvías. Y al ir a embocar una calle muy importante y céntrica al parecer, ella se quedó parada cogida de mi brazo.

—Ah —dijo—, ¿por dónde hemos venido? Esta debe de ser la calle donde está mi tienda de flores.

Y estaba mirando atontada aquella calle con los ojos atónitos.

—Pero Rosa —le dije— qué quiere decir si debe ser esta la calle donde está la tienda de flores. Esta calle es lo primero que se sabe al venir a Estrasburgo, es la gran avenida de Austerlitz.

Me miró Rosa entre avergonzada y risueña. Se echó a reír y dijo:

—Pero si me había parecido una calle nueva. Ahora, ya, vamos a ver la tienda, veamos el escaparate que es lo mejor que tiene, pues la tienda hoy está cerrada.

Detrás de una inmensa luna de cristal se veía un fondo de cristal negro, con baldas invisibles, a diversas e irregulares alturas y allí vasos con rosales de largo tallo y ramajes irregulares, que distribuían las rosas muy esparcidas y ligeras en el fondo obscuro como constelaciones en el firmamento.

[272. Rosa y las flores. La espina de Rosa]

—Me gusta mucho vender flores, señor Castells —dijo ella—. Suelo dar una vuelta por la mañana o por la tarde para ver cómo ha ido el día. Pero me gusta alguna vez ponerme el uniforme de la casa, que hace tan guapas a nuestras vendedoras. Es un traje sencillo de seda azul gris clara, de forma un poco popular, con un corpiño muy pequeño de seda, un delantal de encaje y una cinta de donde penden las tijeras. Se piensa tanto vendiendo flores. Las flores, al fin, siempre van al amor o a la muerte. Esa ilusión que usted decía, ésa me la dieron a mí las rosas. Quería que me quisieran como a una rosa, con todo lo que hay en una rosa de júbilo y de melancolía...

Inoportunamente le dije:

—Tampoco hay rosa sin espina.

¿De dónde sacaría Rosa Krüger aquel largo alfiler? A través de la tela de mi traje sentí un pinchazo fuerte en el antebrazo. Rosa estaba con una cómica seriedad. Y dijo:

—No me conviene demasiado que usted piense que soy un ángel bajado del cielo. Pincho como todas las rosas y como todas las mujeres. Pero, ¿qué estamos haciendo aquí? Y, ¿dónde se nos ha quedado el tranvía? Hemos tomado la dirección contraria. Ay, señor Castells, señor Castells, con usted no se puede andar por Estrasburgo.

Y nos pusimos a desandar lo andado.

[273. Rosa dice siempre la verdad. A Rosa no le riñen en casa]

—A mí no me riñen en casa —dijo ella— porque desde que era pequeña, decía siempre la verdad de dónde he estado cuando llegaba tarde. Y aunque me esté mal el decirlo, una palabra mía, en casa ha sido siempre el Evangelio... Y ahora ya, con cuánta pena lo digo, desde que falta mi madre, ¡quién me va a reñir a mí si soy yo la que riñe a todo el mundo!

—Y hoy Rosa, ¿qué va usted a decir?

—¿Yo qué voy a decir? Pues voy a decir, como siempre, la pura verdad.

[274. El idilio en el tranvía]

Llegamos al famoso tranvía. Iba deprisa, casi vacío en la sombra del anochecer, bordeando canales y saliendo a los alrededores a través de barrios de jardines. El conductor llevaba al lado a su novia. El coche iba medio vacío con las ventanas abiertas y un viento un poco frío y perfumado de primavera.

[275. Sensatez y locura de Rosa]

—Y ¿qué diría su padre si usted le dice Rosa, que yo quisiera verla mañana y pasado y todos los días? ¿qué cree usted que le aconsejará?

—En primer lugar yo voy a venir a Estrasburgo estos días para los sermones y oficios de la Semana Santa como todos los años. En segundo lugar no me aconsejará nada porque él es el que en todas las cosas, aunque me esté mal el decirlo, se aconseja de mí.

¿Sabe usted lo que suele decir?

—Pues, ¿qué dice?

—Pues dice: No sé cómo me aconsejo yo de esta hija, que aunque siempre me da sensatísimos consejos en el fondo me parece que está bastante loca. Ya irá sabiendo, señor Castells, que yo no soy ni mucho menos lo que usted se figura.

—Y, ¿por qué dice que es usted bastante loca?

—Porque sí, porque es la verdad. Mi padre es un hombre original, un hombre de gran inteligencia. Y no se equivoca. «Conoce todos mis defectos». Íbamos en la plataforma. Rosa sin querer se apoyaba en las curvas en mí. El trayecto era largo. Íbamos como navegando sobre un cielo de estrellas y ramajes de árboles oscuros.

[276. Rosa y la filosofía]

—Empezó a conocer que yo era una loca porque a los trece años, sí señor, aunque parezca muy ridículo, yo tenía pasión por los libros de filosofía.

—¿De veras, Rosa? ¿A los trece años?

—Verá usted —dijo muerta de risa— como que era yo una pedante tremenda. Es increíble. Ni se puede contar semejante disparate. Me querrá usted creer que a mi pobre madre, que era una bávara hecha para madre de familia y que después de los hijos y las rosas adoraba a los cerdos, le explicaba yo a los trece años, fíjese usted, el amor perfecto según Leibniz. «Vas a acabar —me dijo mi tío de Nancy— hecha una *basbleu,* una estudiante de gafas». Por eso no estudié filosofía en la facultad de Estrasburgo. Pero seguía diciendo en casa frases que debían pasar a la historia.

Fui en esto a pagar. Ella dijo:

—Yo tengo pase...

—Y, ¿qué más locuras hizo usted, Rosa?

[277. Rosa y los poetas y la moralidad]

—Pues después de la filosofía, que di por terminada y sabida a los catorce años y medio, me dediqué a leer obras de poesía: más alemanes que franceses. Goethe sobre todo y Schiller. Me llené, claro está, la cabeza de fantasías ideales. Mi padre decía: a esta Rosa hay que dejarla. No la entiende nadie. Ahora hace la preciosa ridícula. Lee hasta a Rainer María Rilke. Gracias a que seguí siendo siempre una buena cristiana. Las cosas inmorales me repugnaban más y más. Quería ser pura y lo logré. ¡Ay, si la locura me hubiera dado por el otro lado, señor Castells! ¡Si me hubiera sentido pagana! Pero vencí la

tentación cuando vino.

[278. Rosa y el dolor]

Me preocupaban la muerte y el dolor. Entonces me dio por el amor del prójimo, por los enfermos y quería hacerme enfermera. Hacia los veinte años empecé a tener tan buena salud, aunque de pequeña había sido delicada y muy precoz en mi crecimiento, que ya me convertí en una muchacha cualquiera, en una buena vendedora de flores y una regular dueña de casa. Mi padre decía que por dentro yo seguía siendo bastante loca.

[279. Rosa nadadora. Programa para el día siguiente]

Ah, bueno... En aquella época de la salud —que sigue, a Dios gracias — me puse a nadar en el río y gané una copa de plata.

Miré a Rosa Krüger. Sí. Tenía un cuerpo magnífico de nadadora.

—¿Qué piensa usted? —dijo—. Sé lo que piensa usted. Que estaré muy bien en *maillot*. Bah... eso es lo que dice todo el mundo. Me hacen pensar que a lo mejor es lo único bueno que tengo. Eso son tonterías.

Llegábamos.

—La parada es —dijo— en la misma puerta de casa. Quédese usted en este tranvía. Ahora vienen ya de hora en hora.

—¿Y mañana, Rosa?

—Mañana, Lunes Santo. Bien. Voy a un sermón a la catedral por la tarde con mi tía Brunilde. Se llama Brunilde, pobrecita, ¿qué le voy a hacer?, y lo peor es que es tonta de capirote. Por la mañana no voy al *stand* aunque daré una vuelta. Mandaré una chica de casa. Bueno. Puede usted ir hacia el mediodía a comprar esas rosas feroces de Kamtchaka, que pinchan, a la tienda. Voy a vender yo misma. Diez francos la rosa. Cumple usted con media docena. Se las pongo en cincuenta francos. A ver, ¿quiere usted algo más? Adiós...

Y desapareció en la sombra haciendo sonar una campanita argentina en la pequeña verja del jardín de Holanda.

[280. La naturalidad del destino. La mañana siguiente]

Pues así como así, me había pasado siete horas con Rosa Krüger. Lo curioso es que me parecía la cosa más natural del mundo. Lo que me parecía poco natural, disparatado y extraordinariamente desastroso era toda mi existencia anterior. Comí y dormí perfectamente. Encontré una invitación de Ida Krüger para un almuerzo en el club de polo. Se había cruzado con mi mensaje de despedida y no tenía que contestar nada. Hice cachitos el cartón de Ida Krüger. Se lo tenía que contar a Rosa todo esto de Ida. Al mediodía estaba en la tienda de flores.

[281. Encuentro con Ida Krüger en la tienda de Rosa. Segundo pinchazo de Rosa]

Y me encontré a Ida Krüger con uno de sus amigos.

—¿No ha recibido usted, señor Castells —me dijo— una invitación mía?

—No he contestado, mademoiselle Krüger, porque me había despedido ya. He perdido trenes... empecé a explicar.

—Muchos trenes —dijo ella.

Se volvió a Rosa que estaba vestida de vendedora.

—Mademoiselle —la dijo— quiero que me haga el favor de mandar a Madame Zeminsky, al teatro, una *corbeille* como la del santo de madame Varville. Quisiera por ejemplo todas estas rosas blancas. Veo que no hay orquídeas...

—Ni una flor, mademoiselle Krüger, contestó secamente Rosa.

—Entonces —dijo Ida volviéndose a mí— tampoco usted podrá comprar nada.

—El señor —dijo Rosa Krüger— tiene aquí que pagar cuentas atrasadas.

—Ah, vamos —dijo Ida y al pasar a mi ladomurmuró— ahora caigo Monsieur Castells; se trata de aquella pequeña Rosa Krüger que hacía peregrinaciones. No conocía yo otra cosa en Estrasburgo. Pero, ¿quién podía acordarse? Adiós...

Se acercó Rosa Krüger a mí y me dijo:

—Señor Castells, venga a ver estas rosas del Cáucaso. Esto se ve muy pocas veces.

Me acerqué.

Ella dijo: *Il n'est fleur sans épine.*

Pues quiere usted creer que me volvió a clavar un alfiler muy disimuladamente en el brazo, pinchando de verdad, y di un ¡ay!, que hizo contener la risa a las dependientas.

—No es nada —dijo Rosa— el señor se ha pinchado con un cactus pernicioso. ¡Cuántas veces voy a decir que no se pongan los cactus así encima como acechando a las personas! ¡Lo peor es para los pobres cactus!

—Bien, señor, Castells. Le doy un *croissant* hace catorce años y se le cae. Le doy una rosa, que es la mejor rosa de Europa y la deja en una taberna. Salgo con usted a coger un tranvía y me hace ir en dirección contraria, atravesando a pie medio Estrasburgo. No sé que pensar, señor Castells... No vamos a poder andar juntos más en la vida. Se debía usted casar con Ida Krüger. Es el primer partido de Estrasburgo. Bueno. Las doce y cuarto. Mademoiselles, cuando quieran, vamos a cerrar. Y yo me voy. Tengo un apetito formidable.

[282. Enfado de Rosa. Paseo tragicómico]

Salí detrás de Rosa. No me hacía caso ninguno. Iba por la calle lo mismo que si yo fuera un perro.

—¿Qué tiene usted Rosa? —iba diciéndole yo de vez en cuando hecho un estúpido. Ella se había quitado su delantal de vendedora pero iba con el traje de seda azul clara y sobre los cabellos rubios, de un dorado profundo, denso y caliente, llevaba una cofia negra de encaje. Me atreví a cogerla por un brazo. No lo hubiera hecho. Otra vez el alfilerón me traspasó las carnes. Sonrió con una crueldad maliciosa y burlona.

—Como yo soy un ángel caído de los cielos, una ilusión purísima, una niña, una imagen que se ha llevado durante catorce años en el corazón, es fácil pensar además que debo ser tonta.

—Pero Rosa, yo no comprendo nada.

—A mí lo que me molesta más en este mundo es la falsedad. Esto de venir a Estrasburgo a encontrar la ilusión angélica y de paso tentar los *aproches* con la heredera más rica de la ciudad es bonitísimo. O ponerse a divertir uno con la una mientras se ve como pinta la otra. Es una bonita manera de mezclar lo útil a lo dulce, señor Castells. En fin, yo me quedo con mi salud y con mi alegría, una alsaciana cualquiera entre las bellas y rubias alsacianas del pueblo, y usted se va con todas sus fantasías, novelerías y falsedades por donde ha venido.

—Pero déjeme usted explicar.

A todo esto iban pasando calles y calles y algún que otro jardín.

—No quiero —dijo Rosa— que me explique usted nada. Me da vergüenza que me explique usted nada. Me da vergüenza y estoy llena de ira contra mí misma por haber dicho nada. Se acabó.

El mundo se me hundía. Empecé a llorar por la calle. Algunos transeúntes me miraban.

—¡Las once mil vírgenes de Alsacia y Santa Úrsula bendita nos asistan! Lo ve usted, señor Castells. ¿Dónde cree usted que estamos? ¿Cerca de la taberna de «Los cuatro reyes»? Sí, sí. Embocando el mercado de flores, a la vista de Justin. Pare usted un taxi. Yo no vuelvo a comer lenguado *grillé* y carnero con puré de manzana. ¿Lo ve usted como con usted no se puede andar? Ahora tendré que secarle las lágrimas y limpiarle la baba. ¡Qué desastre! En fin, estoy completamente loca.

Subió al taxi. Yo no me atrevía a subir.

—Suba, hombre, suba —me dijo— vamos a comer...

—No quisiera molestarla, Rosa.

—Me moleste o no me moleste, ¿qué va usted a hacer sino venir conmigo? Si no tiene usted otra cosa en este mundo.

[283. Paces enamoradas]

Nos sentamos en el taxi. Ella había vuelto a su actitud humilde y piadosa. Su mano se enlazaba con mi mano y me la estrechaba de vez

en cuando suavemente. De todo su ser emanaba como una ternura infinita. Entornó los ojos un momento y dejó caer en mi hombro la linda cabeza. Yo rocé un momento su mejilla con mis labios. Ella entreabrió los ojos y me miró haciéndose pequeña a mi lado con una gratitud profunda hasta la melancolía, como si yo la hubiera regalado toda la felicidad del universo.

[284. Los encantos de Semana Santa. Comunión con Rosa el Domingo de Resurrección]

Así fue pasando la Semana Santa, viendo a Rosa algunas mañanas en la tienda de flores, almorzando algún día en «Los cuatro reyes», asistiendo a oficios en la catedral, dando algunos paseos en compañía de la tía Brunilde, que era joven aún y se consideraba una amiga de Rosa, más que una autoridad familiar.

El Domingo de Resurrección comulgamos en la catedral de Estrasburgo y Rosa salió a desayunar conmigo con toda la alegría del cielo en su boca y sus ojos. Era entonces feliz, absolutamente feliz ya como si mi voto de aquella comunión en la Pascua de Arlés se hubiera cumplido: «La alegría de la casa del Señor toda para ti, Rosa Krüger».

[285. Almuerzo sobre la hierba el Lunes de Pascua a orillas del Rhin]

El Lunes de Pascua decidió ella que fuésemos a almorzar a un bosque a orillas del Rhin alquilando una barca o tomando algún vaporcito. Trajo un cesto con muy buenas cosas que le habían preparado en «Los cuatro reyes». Después de almorzar estaba Rosa echada a la sombra de los árboles a orillas del río. Tenía sus brazos desnudos cruzados bajo la hermosa cabeza. El sol le daba en los pies y en la mitad de la cara.

[286. El beso de Rosa]

—Teodoro —me dijo— ¿a que no me cuentas un cuento? Te dejo darme un beso de verdad de verdad, un beso como no me has dado ninguno si me cuentas un cuento.

Y entonces le conté yo la famosa historia de Peter Krigg y de sus amores con Rosa de Maguncia. Yo estaba cerca de ella, mi cara cerca

de su cara, con los codos hundidos en las altas hierbas. Y dije así:

[287. Historia de Peter Krigg de Brandt]

En aquel tiempo, Carlomagno, al que nosotros llamamos Carles el Gran, guerreaba por el nombre de Cristo cuando había todavía en Europa muchos paganos. En aquel tiempo, había en un país, un castillo, sobre una roca, creo que era en el Báltico de Dinamarca. Con la pleamar la roca era una isla y península con la bajamar. Allí vivía un caballero, Kurt de Brandt, pobre, con mucha familia, pero el fuego de su cocina estaba siempre abierto a todos. Un anciano monje irlandés, quizá fuera San Balandrán, había pasado por allí, y les había bautizado porque antes adoraban ellos a Odin y a Wotan.

Pero en mucho tiempo no pasaron por allí más monjes de Irlanda, ni de otro lugar. Los demonios del Báltico, a los que se juntaban los echados ya de media Europa, por obra del santo bautismo, acabaron por asaltar la roca de Brandt. Pero el pequeño Peter Krigg no dejó de rezar ninguna noche su oración a la Virgen María. Siete hermanos eran y el pequeño era Peter Krigg. Tenían una hermana, la hermosa Mahaut de Brandt, que solía recorrer la playa para coger margaritas y conchas y se hacía con eso collares.

Era ya el mar de primavera y las noches se volvían cortas. Mahaut se pasaba en la playa la mañana y la tarde jugando, hasta la hora del anochecer.

Vinieron los monstruos marinos, con las alegres olas primaverales y Mahaut estaba contenta. Una tarde se acercó a la playa un gigante dragón de ojos de fuego. Siete eran sus cabezas con siete coronas reales. Sobre sus lomos iba una señora mala y hermosa, vestida con un brial de reina bordado de diamantes. En la mano traía una copa cubierta de esmeraldas y zafiros. Se acercó el dragón a la orilla y Mahaut casi lo podía tocar. Pero Mahaut no se asustaba de los monstruos. Estaba contenta con ellos.

—Mahaut, Mahaut de Brandt —le dijo la señora— te traigo la felicidad y la fortuna. Si bebes de esta copa serás reina. Tendrás todas las joyas que sueñes y si de noche entras en el mar te volverás una sirena.

Y Mahaut bebió.

Solían parar en el castillo muchos navegantes aventureros y se reunían a contar historias en la vasta cocina. Pendían de las vigas bajas muchas lámparas de aceite de ballena. Casi todos los meses venía un caballero pirata rojo y grueso que se llamaba Olgier Klaus Volvry.

Este tenía un paje con un traje de cascabeles, muy amigo de Peter Krigg y de su misma edad. Al caballero pirata le gustaba este paje porque sabía contar terribleshistorias. No sólo de Tristán e Iseo y de la reina Ginebra y Lanzarote, contaba Klaus Volvry también de princesas que habían comido el corazón del hijo o del amante, de naves de doncellas conducidas por el demonio, de reyes que se habían enamorado de su hija pequeña y la habían cerrado en una torre hasta hacerla morir de sed, de reinas que se habían desposado con toros, ciervos y delfines y corceles, de duques que habían asesinado en el lecho a esposas inocentes, de príncipes que eran hermanos y se habían amado como amantes, de demonios, incestos y adulterios, contaba Klaus Volvry. Grandes desventuras y crímenes traían consigo estas historias. El pequeño Peter Krigg las oía cada vez que venía Klaus Volvry con el caballero pirata. Las oía entre embelesado y espantado y se llenaba de raros sueños. Eran sueños dulces, venenosos y terribles. Pero el pequeño Peter Krigg no se acostó nunca sin rezar a la Virgen María.

Una vez vino una extraña nave con velas y cordajes de seda; en la proa traía una sirena de oro, cuyos ojos eran dos grandes esmeraldas y en la boca un rubí en forma de un corazón. El príncipe que la mandaba era hermoso como un ángel, pero de la cintura para abajo todo su cuerpo estaba cubierto de escamas de bronce llenas de verdín. Venía adornado de collares y en su turbante de seda color de púrpura lucía un carbunclo refulgente.

Contaba cosas muy extrañas, fábulas de magia increíbles. El pequeño Peter Krigg oía y oía. Dicen que aquel príncipe se llamaba el príncipe Sarvan.

También el pequeño Peter Krigg tenía un tío viejo ya, hermano de su padre y que se llamaba Olans Olanssen. Este había caído muy joven prisionero de los infieles. Había estado en Bagdad y en Bassora, había visto al gran Califa Harum-ar-Rashid. Contaba la historia de Aladino y la lámpara maravillosa, contaba la historia de Simbad el marino navegante de siete mares, contaba la historia del príncipe Ahmed y de su flecha encantada, contaba la historia de los tres príncipes que se convirtieron en piedras negras, contaba la historia de Alí Babá y de los cuarenta ladrones.

El pequeño Peter Krigg oía y oía, estaba loco por las historias. El príncipe Sarvan le hizo muchos regalos y le llevó a su nave. Le contó de la virtud de las estrellas y de la montaña de imán, de las hierbas maravillosas y de los espejos donde se ve el futuro, de los anillos que hacen al hombre invisible y de la rémora que no deja andar a los navíos, de los misterios que se descifran en una bola de agua y de la manera de fabricar el oro, de los odres donde está encadenado el viento, del fuego del centro de la tierra, de los templos que hay en el fondo del mar, de la antigua ciudad de Is y de muchos prodigios y milagros. Y el pequeño Peter Krigg oía y oía. Los demonios se apoderaron de la vasta cocina, los demonios del Báltico se apoderaron del castillo, desde los cimientos hasta las torres almenadas y cubiertas de nieve. Los demonios se apoderaron del castillo en la larga noche de invierno.

Y también quisieron apoderarse del alma del pequeño Peter Krigg. Pero él rezaba todas las noches, antes de acostarse, su oración a la Virgen María.

Las historias del paje pirata fueron las que más turbaron a Peter Krigg. Un día empezó a soñar con Mahaut, con la hermosa Mahaut endemoniada, que era ya una sirena. Y también el príncipe Sarvan parece que se enamoró de Mahaut.

Una noche de primavera, con la mar quieta bajo el plenilunio, Peter Krigg salió a la playa para huir de los malos pensamientos. Vio el navío de Sarvan que zarpaba como una nave de oro y de cristal. Y a su hermana Mahaut la vio desnuda, con los redondos pechos y el vientre de plata, transformada en una sirena, que resbalaba como un cisne sobre las olas cantando una canción de amor.

Al amanecer, con la bajamar, el pequeño Peter Krigg huyó del castillo hacia la tierra firme de Dinamarca, diciendo su pequeña oración a la Virgen María.

Al castillo vinieron luego grandes desventuras y el pobre Peter Krigg hubo de padecer también grandes pruebas.

Se fue mendigando por los pueblos de la orilla del mar y atravesó de día y de noche las inmensas dunas. Algunas gentes buenas se compadecían de él y le daban una rebanada de pan de centeno y algún trozo de pescado seco y salado. Peter Krigg se moría de hambre y de frío, los vestidos se le volvían ya guiñapos sobre las carnes y venía la noche larga del invierno. Llegó por fin a un puerto grande y quería enrolarse como marinero.

Estaba mirando una gran nave de velas bermejas, con el casco pintado de escarlata, oro y azul. Se le acercó un anciano de barbas blancas y habla muy dulce, vestido de rica seda verde, con un corvo puñal de oro, que al cuello de una cadena le pendía.

—¿Qué miras —le dijo a Peter Krigg— que miras tú, lindo muchacho? Miras la bella nave de oro y de colores y quisieras que te llevara. Noventa y nueve muchachos van a bordo. Uno falta para los cien. Todos van alegres y felices, porque saben que van al país de los cuentos de hadas, al país de los palacios de cristal, de los vinos embriagadores, las huríes que danzan con velos y las eternas músicas. Todavía me queda un sitio para ti. Sube pronto, lindo muchacho, la nave va a zarpar al instante.

Así Peter Krigg subió a la hermosa nave y le echaron a una sucia sentina con los otros noventa y nueve muchachos.

Navegaron como seis u ocho días sin ver la luz y a mitad del viaje murieron tres muchachos y los echaron al mar. Comprendió Peter Krigg que iba como esclavo. Iba con rumbo hacia el Adriático para ser vendido después a los infieles.

Al llegar al puerto de Bremen bajaron a tierra de noche para cambiar de nave. Los esbirros del viejo les rodeaban, no se podían escapar.

A lo lejos vio Peter Krigg un bajel anclado en la rada, junto al malecón. Era un alto bajel iluminado con antorchas, de donde llegaban dulces cánticos.

Peter Krigg se sintió como envuelto en una ráfaga de niebla y se fue caminando hacia el bajel. Era un alto navío, de altos mástiles: en la proa llevaba un estandarte azul con la imagen de la Virgen María, en la popa llevaba el estandarte de Santiago Apóstol. Eran estandartes de seda y oro. Peter Krigg no había visto nunca aquello. Iba a salir el barco a medianoche, a favor de la buena marea. Las velas se izaban lentamente, los marineros se veían en gavias y cofas.

En la banda acostada al malecón había más de cien doncellas, algunas eran niñas aún, todas vestidas de peregrinas. Cantaban cánticos en honor de María y a Peter Krigg le pareció que eran los propios ángeles del paraíso. Había mucha gente viéndolas y el barco hacía en torno un gran resplandor. Y entre la gente estaba Peter Krigg en primera fila, mirando de hito en hito, a una niña peregrina, de ojos azules, rubia, el ángel más bello del navío. Iban levantando las anclas cuando Peter Krigg gritó con todas sus fuerzas:

—Llevadme con vosotras hermosas niñas, llevadme con vosotras por Dios y por la Virgen María. Soy Peter Krigg de Brandt, un muchacho honrado y os serviré en todo lo que pueda. Llevadme con vosotras que ahora soy un pobre desvalido.

Pero a la hermosa niña, que miraba a Peter Krigg de hito en hito, se le llenaron los ojos de tristeza. Y se quitó la cruz de oro que llevaba al cuello y se la arrojó a Peter Krigg diciendo:

—Toma Peter Krigg, yo soy Rosa la de Maguncia, toma, para que te acuerdes de mí.

Peter Krigg no pudo oír más y se quedó como petrificado en un sueño. Cuando volvió en sí no había un navío ni un alma en el hermoso puerto de Bremen. Empezaba a amanecer. Las gaviotas volaban gritando y jugando sobre su cabeza: iban y venían desde las olas. El pobre Peter Krigg estaba llorando con una crucecita de oro entre las manos.

Y era cierto que ella se llamaba Rosa la de Maguncia, era cierto que ella se llamaba Rosa como tú.

Eran peregrinas de Alemania. Iban a Santiago de Compostela. Iban a ver el sepulcro del Apóstol y los santuarios de la Virgen María, en la tierra de España.

Entre tanto Peter Krigg tuvo muchos oficios y pasó grandes hambres y muy malos inviernos. Pero no quiso vender nunca la crucecita de oro ni dejó de hacer su oración a la Virgen María. Al cabo de dos o tres años sabía hacer muy bien zapatos de madera y recorría las tierras de Bretaña con un carrito bajo tirado por seis perros. Conforme iba yendo hacia el sur, iba ganando más dinero el animoso Peter Krigg. Su carrito sonoro de campanillas y el chasquido de su largo látigo cada vez resonaban más alegremente en los pueblos de la dulce Francia. Y así un día entró en la Aquitania donde en el lenguaje y en la vida persistían aún el refinamiento y la pompa romanos. Peter Krigg había empezado a comprar pieles blancas, verdes, escarlata y a cortar y coser chapines para damas principales.

Iba una vez para París, con toda su fortuna. Un carro pesado con tres fuertes caballos normandos. Rodaba hacia la Isla de Francia. Para las damas de París, para las burguesas también, lleva chapines de puntas rizadas, de pieles de colores con borlas de oro, lleva escarpines de seda con perlas de cristal, lleva guantes, largos guantes de Aquitania olorosos de ámbar, lleva cinturas de cuero fino y blanco, claveteado

de plata y oro con escarcelas para los briales, lleva cintillos, lleva joyeles, lleva espejuelos, lleva pomos de agua de olor, vinagrillos para los desmayos, elixires de la belleza, magisterios para la salud, compuestos por hijos de Abraham, lleva gramos de incienso para los altos pebeteros, lleva hacecillos de aromas del Oriente para poner entre los pechos, todo esto para las ferias de París, toda su fortuna lleva rodando Peter Krigg, en un carromato con un tiro de tres fuertes caballos de Normandía.

Hacia la mitad del camino le salieron diez bandoleros. Saltó del carro con una gran espada Peter Krigg, porque la raza de Brandt había sido de grandes guerreros. Repartía mandobles a diestro y siniestro e invocaba a la Virgen María. Sus tres criados habían huido y no podía guardarse las espaldas. Sin embargo Peter Krigg resistía hasta que desde lejos le tiraron con una ballesta y le hirieron en el hombro derecho. Le dejaron desnudo atado a un roble. Parecía el bello San Sebastián, con su hermosa y larga cabellera de bucles dorados. Veinte años cumplía Peter Krigg, veinte años por aquellos abriles. Le manaba la sangre de la herida. Todos los vestidos le arrancaron y le dejaron la flecha.

—Señora del cielo y Reina de los Ángeles —clamaba Peter Krigg— todas mis ilusiones se han ido, toda mi juventud aquí se acaba, ya no podré ir después de la feria de París a buscar a Rosa de Maguncia, como un rico burgués de Aquitania, vestido de nutria y terciopelo. Llevadme al menos, dulce señora, a vuestro paraíso pintado de arpas y laúdes, a esperar a la hermosa niña entre los querubines que se le parecen.

Se le apareció en un zarzal la Virgen María con el niño en brazos. Era como una columna de sol resplandeciente y su luz se perdía en los cielos.

—Peter Krigg de Brandt, buen devoto mío —le dijo—, yo mandaré manos que te desaten y manos que te curen. A nadie desampararé nunca que en mí confíe. Todas las campanas de Roma haré sonar para tus bodas.

A poco, de entre los zarzales, cuando la visión hubo desaparecido, vio venir Peter Krigg a un hombre anciano, con un tabardo oscuro y un gorro de pieles.

—Yo te curaré —dijo— las heridas, yo te desataré sin hacerte daño.

Le colocó sobre una mula gris, que trajo del diestro, después de

contenerle la sangre con paños de hilo fino empapado en un licor balsámico.

Cuando Peter Krigg volvió en sí, estaba en una casa de Poitiers. Era una casa rica y pequeña, con lámparas de pesada plata, ricas estofas, ricos cueros, atriles con libros jeroglíficos, maderas olorosas de áloe, sándalo y terebinto, un braserillo de oro donde ardían varitas de canela.

El anciano se inclinó sobre el lecho de Peter Krigg y cuando hubo recobrado por entero el conocimiento le dijo:

—Yo soy Jusuf de Sennar, mi dios me manda la hospitalidad. Yhavé te ha enviado a mí, ha acogido mi oración de la tarde. Él me dio una mujer estéril en los días de mi mocedad. A la vejez le pedía un hijo y el Dios de Abraham me ha escuchado y ha proveído. Cuando tornes a la salud quiero que seas como el que sueña. Oye mi consejo y serás dichoso.

Pero Peter Krigg volvió a su sueño y estuvo delirando muchos días. Cuando volvió a despertar, en convalecencia ya franca, el anciano le dijo:

—Has estado para morir, pero Dios ha oído mi súplica. He agotado los remedios humanos en los que soy docto, pero sin la ayuda de Dios habría sido todo vano. Yo soy Jusuf de Sennar, banquero y comerciante en Poitiers.

No entendía mucho de aquello Peter Krigg. Le pareció bueno y contrario al paganismo. Apenas sabía de la religión cristiana sino que estaba bautizado y que María Virgen era Madre de Dios, muerto en la cruz.

Peter Krigg empezó a trabajar con mucho afán y acierto en los negocios de Rabí Jusuf de Sennar. Le fue instruyendo en la religión, en los cinco libros de Moisés y en el salterio de David y Peter Krigg encontraba aquello bueno y hermoso.

Se acercaba la Pascua y con ella la presentación de Peter Krigg en la aljama. Pero una noche Jusuf de Sennar, encontró a Peter Krigg rezando su pequeña oración a la Virgen María con una crucecita de oro entre las manos.

—Nunca me dijiste —clamó furioso— que fueses cristiano. Te creía un bárbaro pagano de los mares del norte, que había olvidado sus torpes creencias en el contacto con las gentes del Sena, el Loira y el Garona.

Tendrás que renunciar a esa salmodia ridícula, tendrás que fundir en el crisol ese amuleto de oro si quieres ser mi hijo adoptivo, si te quieres casar con la mujer más hermosa de nuestra tribu, con la bella Rebeca de Leví, la hija de mi hermana Miriam de Sennar.

Peter Krigg le dijo cómo había visto con sus ojos a la Virgen de María.

Jusuf le contestó: «Tú disparatas, tú desbarras hijo mío, el terror de tu aventura te ha trastornado el seso. Antes de la Pascua tienes que abandonar este umbral. No comerás conmigo el cordero».

Llegada que fue la Pascua de los ázimos, Jusuf le dijo:

—Dios ha hablado en mí y él me ordena no desviar tu antiguo destino. Irás a tu país natal con un cargamento de ricas estofas y una bolsa de oro. Elegirás mujer de tu país porque Dios maldice al que se casa con una extranjera. Si mi raza te hubiera adoptado hubieras tenido la felicidad de Abraham, de Isaac, de Jacob y de José. Pero no te debes casar con mujer galo-romana, aquitana, franca, ni normanda sino con una hembra de tu país. Elígela y vuelve a pedirme consejo y te daré las monedas de oro que su padre pida por ella.

Cuando fue Peter Krigg a las islas del Báltico y llegó a la roca de Brandt, vio que el castillo estaba destruido y su estirpe deshecha desde las raíces. Grandes infortunios, crímenes, incestos y adulterios se causaron allí tras las bodas de los hermanos y Peter Krigg fue el último de los Brandt, pues el tercer hermano, que era el último que quedaba, erraba loco, como una fiera, por los bosques, o había ya muerto.

A Mahaut se la había llevado en su nave de cordajes y velas de seda el príncipe Sarvan. Vendió en las cortes de los príncipes del Báltico su cargamento de ricas estofas Peter Krigg. Y el más poderoso de ellos le dijo que, pues era el último de los Brandt, había de hacerle caballero y recibir su homenaje en la Asamblea de hombres libres. Así presentaron a Peter Krigg de Brandt en el Campo de Mayo, cubierto de mallas de hierro y bandas de cuero, con una gran espada, un largo puñal y un venablo corto en la mano. Desplegó gran fausto Peter Krigg en el banquete que ofreció a los señores, y uno de los más poderosos caballeros del país, el ambicioso Kurt de Jarland, le invitó a su castillo, porque le suponía rico y diestro y quería casarle con su hija Hilda de Jarland. Era Hilda una hermosa estatua de nieve, famosa en el país por sus cabellos azules, largos y ondulados, que debía a la predilección de las hadas. Sus ojos eran de color violeta, sus manos de puro marfil.

El banquete de honor en el castillo Kurt de Jarland fue famoso: hubo renos y venados enteros con las cuernas doradas, nadando en exquisita grasa de aves acuáticas, hubo *sterlets* y esturiones, tartas de miel y frutas dulces traídas de lejos. Nunca se había visto cosa igual. Pero sobre todo hubo jarros enormes de oro y plata desbordantes de cerveza y de vino para cada convidado. El asa era tan alta y grande como el asa de un cesto, que formaba, según el gusto del país, una especie de arco sobre la cabeza del bebedor. Dos días duró el banquete, hasta que los convidados cayeron rendidos de sueño. Hilda de Jarland bajó muchas veces el estrado de las damas y mujeres, que estaba como en una tribuna separada, para servir a Peter Krigg. Y le ponía trozos de venado empapados en grasa en la boca, o pasteles de miel o le servía el vino, la cerveza y la hidromiel y le volcaba el jarro enorme en la boca. Estaba prendada de él. Aquella noche fue la única vez que Peter Krigg olvidó su pequeña oración a la Virgen María. Con el vino sintió deseos de Hilda de Jarland y al día siguiente se celebraron los esponsales. Pidió Kurt por ella doscientas monedas de oro. Peter Krigg las iría a buscar a Poitiers y todo quedaba pendiente del consejo de Jusuf de Sennar. Peter Krigg anticipó en arras cincuenta monedas de oro con la cruz del Emperador Carlos y cambió el anillo y el ósculo con la hermosa Hilda. Y en boca de Hilda halló Peter Krigg como un fuego seco y hediondo. A media noche una doncella de Hilda fue a la cámara de Peter Krigg porque ella le pedía que fuese a su lecho. Peter Krigg fue y puso la ancha espada entre los dos cuerpos. Pero vio que Hilda desesperaba y ardía en deseos.

Peter Krigg empezó a soñar en los finos amores, poéticos y delicados, de Aquitania, de la Galia narbonense y de las ciudades cristianas de la orilla izquierda del Rhin, tal como él los había oído contar a caballeros y comerciantes, a clérigos, poetas y a juglares en las posadas de los caminos y en las hospederías de los monasterios. Pensó que así debía ser el amor de Rosa de Maguncia y no se durmió aquella noche sin rezar su oración a la Virgen María. Y al despertarse le pareció que un olor acre de mujer llegaba de la parte de Hilda de Jarland.

Fue y volvió el caballero Peter Krigg y le dio Rabí de Sennar las trescientas monedas de oro, que eran zequíes de Bagdad la redonda. Casó con Hilda y no fue feliz. Aún no han sonado —solía pensar él— todas la campanas de Roma para celebrar la alegría de mis bodas. No fue feliz con Hilda, que aunque cristiana bautizada, como su madre, había recaído, si no en el antiguo culto pagano, en los sortilegios, operaciones de magia y supersticiones del país. Y daba bebedizos a Peter Krigg para que la amase. Pero Peter Krigg rezaba siempre su oración a la Virgen María y llevaba escondida siempre sobre sí una

crucecita de oro.

Iba a tener Hilda el primer hijo de Peter Krigg, como que salía del noveno mes, cuando dijo a su marido:

—Peter mío, quiero la crucecita de oro que te he visto hace tiempo mirar y besar en secreto.

Y Peter le dijo que no se la podía dar. Y Hilda de Jarland malparió y le dio un hijo muerto y murió ella misma.

Entonces Peter Krigg abandonó su castillo de Brandt y se hizo caballero andante. En la cimera de su casco se puso una crucecita de oro, en el escudo largo de acero una rosa de plata. Y corría lanzas en los torneos y fue haciéndose muy famoso bajo el nombre del Caballero de la Cruz y la Rosa. Un gran torneo se anunciaba en la ciudad de Maguncia, un gran torneo para celebrar las victorias del Emperador. Eran los premios tres rosas de oro con hojuelas azules de esmalte, una para los pares de Francia, otra para los caballeros del Imperio, otra para los caballeros forasteros. Y ganó la rosa de los caballeros forasteros Peter Krigg de Brandt pasando de claro al correr la última lanza al famoso Aldo de Aglante del Bearn, a quien llamaban brazo-fuerte. Y cuando la Emperatriz Bertrada le puso la rosa en las manos el buen Emperador Carlos el Grande le dijo que pidiese una gracia. Y Peter Krigg le pidió que le armase caballero del Imperio y que le concediese la mano de la doncella Rosa de Maguncia, si es que aún estaba por casar y era hallada. El Emperador prometió mandar heraldos al día siguiente y hacer la primera llamada en el mismo campo del torneo. Y antes de retirarse el concurso salieron tres heraldos y dijeron:

—Oid, oid, oid:

«Carlos el Grande, feliz, piadoso, victorioso, triunfador, Emperador Sacro Germánico Romano, rey de los francos ordena que si entre vosotros se encuentra una doncella llamada Rosa de Maguncia, se presente al estrado imperial».

Y un caballero cumplido con manto de escarlata, Gontrán del Friul, trajo de la mano a su hija que llamaban Rosa Friul de Maguncia.

Y Peter Krigg le dijo:

—¿Habéis ido señora alguna vez en peregrinación a Compostela?

—Sí —dijo ella un poco turbada.

—¿Reconocéis —prosiguió él— por vuestra estacrucecita de oro?

—Sí —respondió ella con un hilo de voz.

Gontrán de Friul aparecía demudado.

—¿Hallaréis un día campeón que defienda a pie y a caballo la verdad de cuanto decís?

—Sí —respondió ya desmayada Rosa Friul de Maguncia.

El Emperador ordenó que los esponsales se celebrasen pasados dos días y que aquel mismo día velaría Peter Krigg las armas para ser caballero del Imperio.

Pero Peter Krigg no sentía que aquélla fuese la Rosa de Maguncia que había soñado tantas veces. Y se preguntaba cómo sonarían por sus bodas todas las campanas de Roma.

Veló las armas, tomó el baño, vistió la cándida vestidura y al amanecer le armaron caballero. Por la tarde el Emperador mismo le daría el espaldarazo y la acolada. Y estaba Peter Krigg acabando de dar gracias a Dios y a la Virgen Nuestra Señora en una capilla lateral de la catedral de Maguncia, cuando entró por la nave central una boda de burgueses ricos. Ella iba muy pálida y hermosa bajo su corona de flores y era hija de un famoso tejedor de hilo de oro. Y él era hijo de un burgués rico de Grenoble

Peter Krigg se puso en el cortejo para hacerles honor y seguía las ceremonias muy devotamente. Y cuando el sacerdote empezó a decir: ¿Queréis a Rosa de Maguncia por esposa? Se oyó clamar a Peter Krigg con una voz de trueno:

—Parad, parad, parad: mírame Rosa de Maguncia, soy Peter Krigg de Brandt, el niño de la cruz de oro. Me pediste que de ti me acordase y aquí estoy a buscarte. Pongo a la Virgen María por testigo que en nuestras bodas han de sonar todas las campanas de Roma.

Y de la alta vidriera de la Virgen Nuestra Señora, cayó al libro abierto del sacerdote una de aquellas rosas de cristal que en el aire se había convertido en una rosa fresca. Todos gritaban el prodigio con diversas interpretaciones. El arzobispo y el capítulo sostenían al hijo del burgués y el Emperador sostenía al caballero. Rosa de Maguncia dijo que quería casarse con Peter Krigg. Al fin fueron los dos en peregrinación al Papa de Roma para que resolviese, pero más de un beso de amor se dieron a lo largo del camino.

El Papa de Roma resolvió que el domingo de Pascua se casaran. Y así sonaron todas las campanas de Roma en las bodas de Peter Krigg y Rosa de Maguncia, como mañana sonarán todos los carillones de la catedral de Estrasburgo en las bodas de Rosa Krüger y Teodoro Castells.

[288. Rosa quiere cuentos y besos toda la vida]

Me dejó darle aquel beso y muchos más hasta el anochecer. Al día siguiente dijo que me daría una respuesta definitiva. Fui al mediodía a la tienda de flores.

—¿Sabes ya lo que quieres, Rosa? —le dije.

—Sí, quiero que me beses y me cuentes historias toda la vida, Teodoro, ¿de veras que me contarás todas las historias que tú sabes y me darás todos los besos que yo quiera?

—Sí, Rosa.

Escribí a Girard una carta larguísima, a trozos, que no acabé en un solo día.

Ya cuando no estaba con Rosa la estaba telefoneando a todas horas. Tuve mi entrevista en el laboratorio con el buen doctor Christian Krüger, que era un hombre sabio y bondadoso.

[289. El padre de Rosa]

—Esta Rosa, esta Rosa —decía— tan guapa, tan buena, tan inteligente, es verdad. Pero ¿quién la entiende?, ¿usted la entiende Monsieur Castells?

—Yo creo que sí —respondía.

—Feliz usted —decía él.

[290. Relación de mi primer matrimonio. Opinión de Rosa]

Anduve yo con grandes miedos y circunloquios para hablar a Rosa de

mi primer matrimonio y de mis dos niños.

—Al menos —dijo ella— esos dos niños tuyos, que serán hijos míos, me compensan de la amargura que me causa tu historia poco feliz. Ah, estúpido, estúpido, estúpido... Por qué no viniste a Estrasburgo. La muchacha más fácil de buscar en Estrasburgo era yo, Rosa Krüger, la del Jardín de Holanda. ¿No ves que hasta me eligieron para ofrecer el ramo de flores al Presidente de la República? Siempre serás algo estúpido, Teodoro.

[291. Confesión de la pasión por Coloma y Persephone. Opinión de Rosa]

Más se entristeció con la historia de Coloma y Persephone.

—Sólo me consuela pensar —decía— que aquella ilusión que tenías por mí haya servido para libertarte de ese mundo, de esos pecados. Sin embargo —añadía cambiando de tono— si hubiera querido Phoné... ¡Ah, infame! —Y me amenazaba con un alfiler.

[292. La casa de Christian Krüger]

Era la casa de Rosa Krüger una casa antigua del Rhin, severa y alegre, con su comedor de maderas oscuras y su sala entonada de dorados muebles y ricas porcelanas. Entre esta sala grande y el comedor, había un saloncito romántico, muy claro de tapicerías y de luces, con unas grandes cortinas de muselina blanca que transparentaban el verde esmeralda del jardín. Y elprimer día que fui a almorzar me quedé maravillado al ver dos preciosas cornucopias de París y un divertidísimo reloj de Alemania.

[293. La cornucopia de París. El reloj de Alemania]

—Lo sabía yo —dije— que en tu casa tenía que haber esto.

—Eres el más tonto de los hombres, Teodoro. Si quisiera te haría creer que vuela un burro. ¡Quieres de una vez para siempre Teodoro descender del mundo de la novela y ponerte en la vida tal como es! Esas dos cornucopias y ese reloj están aquí desde hace tres días, porque este tesoro de Rosa, ha recorrido para elegirlos, en compañía

de la tía Brunilde, todos los anticuarios de Estrasburgo.

[294. Rechifla de Rosa sobre la novelería de Teodoro]

Mira Teodoro: si cuando empezaste a pensar que yo estaría en Estrasburgo hubieses venido y preguntado como una persona razonable, pues estaríamos casados hace tiempo. Pero te metiste en todas aquellas teorías complicadas de esperar a que el destino decidiera, etc., etc. Has sido un fantástico. Y luego ya tu hipótesis alrededor de Krüger y Muller y tu seguridad de que Rosa Krüger tenía que ser hija del oriente masónico Mr. Paul Krüger, eran ya de morirse de risa. Una persona razonable hubiese cogido la lista de teléfonos. Vamos a ver. Y aquí hubieras encontrado:

—Krüger, Albert —médico— plaza tal, 59846.

—Krüger, Kurt —bodegas— calle tal, 68125.

—Krüger, Christian —doctor— Jardín de Holanda, 62266.

—Krüger, Christian —doctor— Comercio de Flores -Avenida de Austerlitz, 9, 44950.

—Krüger y Muller —Rue Wagram.

—Krüger, Mr. Paul —Villa Ida, etc.

Quedan, es verdad, unos 12 Krüger.

Pero un hombre enamorado telefonea pacientemente a todos estos números y pregunta por mademoiselle Krüger, Rosa, y no anda dándose trompicones en las comidas de etiqueta.

[295. Rosa y su familia. Guillermina y Carlota]

Tenía Rosa alrededor siete niños: cuatro hermanos, el menor de siete y el mayor de trece. De éstos una niña, Angélica. De su hermano mayor, viudo, había en la casa dos niñas y un niño y tenía además Rosa dos hermanas, Guillermina, de veinte años y Carlota de veinticinco. Guillermina era más vulgar que Rosa en cuerpo y alma pero representaba todo el lado jovial sano y práctico de Rosa. En cuanto a Carlota, debo decir que si no hubiera conocido a Rosa, fácilmente creo

que me hubiera enamorado de Carlota. Ésta tenía todo el lado poético y misterioso que yo en el alma de Rosa empezaba ya a descubrir bajo la naturalidad fascinadora. Casi tan bella como Rosa, Carlota era más reconcentrada y a los espíritus superficiales podía parecer más interesante. Pero Rosa era la familia, el Rhin, Europa entera para mí en el apogeo de su perfección y de su equilibrio. Bajo toda su apariencia de belleza sana, alegre y realista, Rosa Krüger era siempre en secreto la criatura que tenía, que había tenido, un gusto precoz por la filosofía y poesía, la que meditaba ante las rosas el misterio del amor y la muerte, la que volvía inundada de una alegría mística, con un rostro luminoso de ángel, de su comunión el domingo de Pascua en la catedral de su niñez.

[296. Melancolía trascendental de Rosa]

Una vez me dijo:

—Teodoro, ves que soy tan alegre. Pues no te inquietes si a veces, cuando estemos casados, me ves un poco triste. No será por ti. Será de pensar lo pronto que se nos va esta vida, lo poco que valen la felicidad, la belleza, la fortuna, lo pronto que nos llega el más allá, la presencia de Dios ante la cual valdremos tan poco. El amor vale, Teodoro, si para esta vida y para la otra nos hace mejores. Y si no no es un verdadero amor. Si no me hubieras gustado yo no te hubiera nunca dicho que sí. Soy una muchacha cualquiera, una mujer de carne y hueso. Pero aunque me gustaras yo no me hubiera enamorado de ti si no te hubiera oído que por mí, por haberme visto una vez, habías querido ser mejor y habías dejado de pecar.

[297. La cena en el Jardín de Holanda]

Una noche fui a cenar al Jardín de Holanda. Me esperaban todos los chiquillos de la casa y los hijos de los jardineros abriéndome calle en la avenida del jardín con luces de bengala. Y Rosa encendió, cuando llegué, un castillo de fuegos artificiales. Fue Rosa la más ideal y la más real de las novias. Un vez me dijo:

—Si el primer día, cuando me contaste la primera historia de Toulouse, me das al fin un beso, te lo dejo dar a la luz del día y en las narices de Justin.

Así vinieron por los cielos de nuestra aventura las cigüeñas y las golondrinas. Mediaron cartas con Girard. Fui a Arlés para ultimar las cosas. Se celebró la boda en la catedral de Estrasburgo.

[298. La boda. Conversión de Girard]

Girard vino acompañado de su gran pariente lejano Raimundo Cap d'Ail y de sus tres grandes amigos de Arlés. Girard y Cap d'Ail hicieron en la boda discursos. El de Girard fue una pieza de gran sencillez pero de una gran profundidad humana y filosófica. Era ya el primer desencanto de su positivismo. Mis hijos, la muerte de Ángela, mis bodas, le devolvían al cristianismo de su infancia y repetía con Miguel de Montaigne «la filosofía para mi debe ser ya un arte de morir y aun espero, hijos míos, que sea un arte de resucitar». No quiso Rosa que hiciéramos viaje de boda hasta el otoño.

—Iremos entonces —me dijo— al lago Mayor, a las islas Borromeas a querernos en paz, cuando en casa se acostumbren a pensar que tengo un marido y que debo vivir para él.

[299. La noche de bodas. Rosa desnuda]

Para nuestra luna de miel se dispuso en el Jardín de Holanda un pequeño pabellón de verano, que tenían los antiguos dueños en un extremo de la finca. Allí fue nuestra noche de bodas. El día era caluroso. Teníamos las ventanas abiertas y Rosa se durmió como una hora antes de amanecer. Yo la miraba dormir, tendida en el lecho, descubierta, casi desnuda como una venus casta y suave de mármol a la luz de la luna. Sentía en aquella contemplación mi posibilidad de adorarla eternamente, en toda la pura perfección de su cuerpo, claro, terso y armonioso como su alma. Así, desnuda, me parecía más angélica y serena que nunca, en la noche de estío. Y tenía una exacta, una clásica beldad de mármol griego tocada de sutil melancolía que nunca había sospechado en aquella rubia y sonrosada criatura de júbilo. Parecía no haber perdido nada de su virginidad, poco antes intacta y dormía como una virgen heroína, pura e intangible.

[300. Oferta de flores y de frutas al amanecer]

El frío del amanecer llegaba y yo la cubrí amorosamente. Me asomé al jardín cuajado de flores y de frutas de junio que hacía ascender sus fuertes aromas de los huertos. Y bajé al jardín y subí cubierto de rocío, con el frío de la madrugada fría de junio, cargado de ramos de rosal, de cerezo, de albaricoqueros, de madreselva, para cuando ella despertara. Y cuando me tendí a su lado, estrechándola en sueños y soñando que era ya mía, le iba diciendo lentamente al oído el sueño del pobre Verlaine por otra criatura alsaciana, el sueño aquel que era ya para siempre realidad en mis brazos.

FIN

APÉNDICES

Rosa Krüger*, novela del corazón de Europa, se publica por primera vez, casi cincuenta años después de que fuera escrita. Las pocas páginas que su autor dio a conocer en la revista* Vértice *o en lecturas a los amigos, le valieron, sin embargo, desde el primer momento, consideración de obra maestra. A pesar de lo cual, Rafael Sánchez Mazas no se decidió nunca a publicar el manuscrito. Sus trenes modernos, los viejos coches de caballos, las fiestas galantes de un protagonista melancólico, las mil extraordinarias historias contadas a la sombra del Valle de Arán, de Marsella, de Arlés, de Extremadura, de Roma, de Palermo, de Estrasburgo, quedaban, pues, hasta hoy, que ven la luz merced a la generosidad literaria de Liliana Ferlosio, en el secreto de unos personajes que han de ser inolvidables.*

Ordenar ese centón de cuartillas, a pesar de la letra clara y grande de su autor, no siempre ha resultado fácil. Algunas, como aquéllas en las que se relata la muerte y entierro de Ángela, se extraviaron hace años. Otras fueron notablemente revisadas por el propio Sánchez Mazas, que reescribió un episodio, Cap d'Ail en la mesa relata un antiguo baile de niños, *publicado en las páginas falangistas, y los primeros catorce capítulos, con la intención seguramente de corregir la novela desde el principio al fin. Así lo ratifican los dos índices que se conservan de* Rosa Krüger. *Ambos son de mano de su autor y deben considerarse como verdaderos planes generales de la obra. Uno de ellos, el que se publica a continuación, está copiado en unas cuartillas diferentes del manuscrito. El otro, ligeramente modificado con adiciones y variaciones, está intercalado en él con lápiz rojo y en ese mismo lugar ha quedado cuando se ha hecho la transcripción primero y la publicación después.*

Junto a la novela se han conservado unas pocas cuartillas con anotaciones del autor sobre lugares, personajes y aspectos de interés en el desarrollo de Rosa Krüger. *Sin duda se trata de papeles de trabajo. En ellos está, sin embargo, el símbolo y la ambición de la novela, la escuadra con que fue*

trazada. Es muy probable que su autor no hubiera prescindido de ellos, si hubiera terminado algún día la redacción definitiva. Por eso, antes que postergarles a otro medio siglo de silencioso reposo, hemos preferido traerlos aquí como lo que son. Apuntes de trazo vigoroso, borradores silvestres.

De los nueve capítulos de que consta Rosa Krüger, *sólo a cuatro puso nombre su autor:* Clío, Callíope, Polimmia *y* Talía. *Los cinco restantes los dejó, en ambos índices, sin musa adjudicada y sin que podamos nosotros suponer las respectivas correspondencias, ya que desconocemos los extremos a que obedecía tal división.*

Lo publicado aquí respeta íntegramente el manuscrito. Sólo se han visto alteradas la transcripción de algunos nombres propios, unas pocas frases en francés y en provenzal, de apresurada ortografía, y la casi totalidad de las palabras y frases que Sánchez Mazas, sobre todo en la primera parte de la novela, incluyó en el catalán particular del Pirineo del Valle de Arán.

Para quienes quieren conocer les détails exacts, *se incluyen aquí, junto a la novela, el primer índice de la obra, las pocas notas del autor que se conservan, y unos cuantos párrafos de la carta de Andreu Rossinyol, sin cuya ayuda hubiéramos naufragado en lexicografías aranesas, conjunto que indica, en pequeño, el pequeño laberinto de* Rosa Krüger .

Estos comentarios, por último, no podrían cerrarse sin agradecer muy sinceramente la intervención de Carmen Martín Gaite, que con su opinión inclinó la balanza de modo favorable y decisivo para que esta novela dejara el ángulo oscuro de la literatura. Y a Pere Gimferrer, a Juan Manuel Bonet, a Andreu Rossinyol, a Juan Perucho, a Massimiliano Pacini, a Carlos Pujol y a Rafael Sánchez Ferlosio que con su colaboración desinteresada contribuyeron en distinta medida a que el viejo casco de este libro, tanto tiempo varado, quedase presto para la navegación.

I, CLÍO

1. La posada de los Alpes.
2. La Val d'Arán y Carlomagno.
3. El Hostal y la Verge d'Artiga.
4. La familia, los ríos, los animales, los huéspedes de la Bonaygua.
5. Las historias en la cocina.
6. Los tres narradores.
7. El tío Felipet.
8. Pepet «el porronaire». Su género y estilo narrativos.
9. Los relatos del mar.
10. Historia del mercader de Marsella.
11. Figura de Pepet.
12. Historia del «Cavaller de Nápoles».
13. El sueño y la ruina del hostal.
14. Don Rodrigo.
15. Historia de los toros.
16. Las dos aguas y las dos piedras.
17. La sombra del pecado.
18. La cazadora de Hungría.
19. Obsesiones carnales.
20. Piropos de montaña.
21. El amor incestuoso. Belleza de Coloma.
22. Coloma y Don Rodrigo.
23. Celos y horror.
24. Don Rodrigo montado para la partida.
25. La caricia a la «egua» de Tarbes.
26. Resolución de huir del pecado.
27. Adioses al monte Pirineo.
28. El sueño en la frontera.
29. Trabajadores y agentes de trabajo en Pont du Roy.
30. La ilusión del mundo. Lo fantástico universal.
31. Desengaño del mundo. La tiranía extranjera.

32. La triste madrugada en la gare de Toulouse.
33. Aparición angélica y humana de Rosa Krüger.

II, CALLÍOPE

34. La vía férrea.
35. El camino real de los mendigos.
36. Antigua hermandad de provenzales y catalanes.
37. El «mas» de Teysseire.
38. El cesto.
39. La posada de Aymeric.
40. Pierre Brassac el tartarín ferroviario.
41. Recollons.
42. La mala posada.
43. Elogio de los catalanes.
44. Grandeza y servidumbre del catalán.
45. La tentación de Marta Florensa. El horror al pecado.
46. Abandono de la mala posada. La odisea de oficios.
47. Las vías férreas y la tierra firme.
48. La vida del raíl y Pierre Brassac.
49. Rosa Krüger y la canción de Europa.
50. Strasburgo, corazón ferroviario de Europa.
51. Expedicionario en los ferrocarriles. La loca fortuna.
52. Crédito comercial en tierra extraña.
53. La vía de Alsacia y el destino.
54. La expedición a Krüger y Muller.
55. La ruina y el pago de acreedores.
56. Otra vez vendedor ambulante.
57. El choque con el camión.
58. Henry Girard.
59. El camino de Arlés.
60. Entrada en la casa Girard.

III, POLIMMIA

61. Noticia de Girard. Sus ideas y comercio.
62. Girard, romano de Arlés. Francia y Provenza.
63. Il faut.
64. Actividades de importador. Viajes.
65. El primer «smoking».
66. Desprendimiento de Girard.
67. Sus amigos.
68. Sus excursiones.
69. Las ideas solares. Girard y la escuela de Ionie.
70. Relativismo religioso del grupo Girard.

71. Ideas opuestas de Teodoro. Lo diabólico y lo angélico como distinción esencial del universo.
72. La comunión en la Pascua de Arlés. «La alegría de la Casa del Señor toda para ti».
73. Oposición laica de Girard a Teodoro.
74. Proposición de nacionalización francesa.
75. Negativa rotunda de Teodoro. Tristeza de Girard.
76. El pedido Zeysing y Serlins. Proyecto de viaje.
77. El estilo implícito de Girard.
78. Balance educativo de Teodoro. Oposición de Girard a la filosofía.
79. Antiguo amor de Girard por Mion Martignes.
80. Cenizas.
81. Preparativos de viaje al país del pimentón.
82. Exhortación de Girard a elegir mujer del propio país: «una española entre la frontera francesa de Cataluña y la raya de Portugal»

IV, TALÍA

83. Viaje en auto a España. La ilusión poética de Rosa Krüger y la realidad histórica de la elección de una mujer.
84. Impresiones de viaje hasta Madrid.
85. El hotel de Salamanca. Los dos salmantinos. Noticias de Don Rodrigo.
86. Encuentro con Ángela Clemente a la entrada de Castromayor. Su figura. Diálogo.
87. La casa y el salón de los Clemente.
88. Don Antonio. Exposición del negocio.
89. Historia de una fortuna.
90. El trocito de Imperio. Ángela, realidad de España. Rosa, ilusión de Europa.
91. Prosperidad y dificultades de los Clemente.
92. Ofrecimiento de crédito y sociedad.
93. Repulsa de Don Antonio. El estado patriarcal cerrado.
94. La única puerta para entrara: Ángela.
95. Desdén de Ángela hacia sus muchos pretendientes.
96. Teodoro hace su proposición matrimonial.
97. Escepticismo benévolo de Don Antonio.
98. Palabras de Ángela sobre el primo Crisanto y sus idea sobre la elección de marido.
99. Teodoro hospedado en casa de los Clemente.
100. La cena. Ausencia hábil de Ángela. El abuelo.
101. El cuarto de dormir.
102. El retrato de Ángela. Optimismo amoroso.
103. «Villa Ángela».
104. El almuerzo. La mesa bajo los árboles.

105. Ángela ha estrenado su corazón.
106. Los ojillos encantadores del abuelo. Brindis.
107. El paseo por la finca al caer la tarde.
108. Ángela en la luz del poniente.
109. Declaración de amor.
110. La rosa caída.
111. La estrella de la tarde. «¡Adiós Rosa Krüger!».
112. Conciertos de boda.
113. Extraño noviazgo.
114. La rica de Castromayor. Melancolía.
115. Primer beso de Ángela. Desilusión de Teodoro.

V,

116. Viaje a la Albura.
117. La rara casa de Don Rodrigo. El muro simbólico.
118. La sorpresa del jardín salvaje. El lacayo.
119. Las estelas.
120. Aparición de Don Rodrigo.
121. La ANCILLA SYRIACA.
122. El comedor romano. Historia del palacio.
123. Matrimonio extravagante de Don Rodrigo. Su teoría sobre la elegancia y carácter extraordinario de su mujer.
125. Aparición sorprendente de Coloma.
126. Llegada de los dos salmantinos. Las elecciones a cortes. La abuela electoresa.
127. Don Rodrigo hace un poco de historia familiar. Su desdén por la política, la tradición local y los antepasados.
128. Aperitivo de noche. Toilette y actitudes de Coloma.
129. Comida. Conversaciones.
130. Los toros y la cristiandad. La bestia y el ángel.
131. Coloma de amazona blanca del oeste. Su cabalgadura al sol por los prados.
132. Vuelta de Coloma. La res desollada.
133. Mañana en las caballerizas. Los coches antiguos.
134. Apología del «milord».
135. Las modas del Segundo Imperio.
136. Paseo matinal de Coloma en el «milord». Su toilette de Eugenia de Montijo.
137. El patio de naranjos.
138. Ensueño de Coloma en el patio. Los lebreles. Recuerdos de Ovidio.
139. El pecado de los viejos de Susana. La tentación antigua.
140. Reaparición de Coloma en el comedor.
141. Nunca más.

142. Arrepentimiento de Teodoro. Confesión y comunión de Teodoro en una iglesia del camino. Las palabras del confesor.
143. Ofrecimiento del amor de Rosa Krüger a la Virgen María.

VI,

144. Opiniones de Girard sobre el proyecto matrimonial y la oferta de crédito.
145. Cartas de Ángela. Su fondo trágico y carnal.
146. San Sebastián. Ternura sin gracia de Ángela. Su amor terrestre.
147. La belleza sin júbilo de Ángela.
148. Lujuria contenida de Ángela bajo su apariencia de «fille modéle».
149. Reflexión sobre las íntimas crisis femeninas.
150. Desfallecimiento de amor en el paisaje extremeño de septiembre.
151. Desdén de Ángela por las bellas historias y contrariedad de Teodoro.
152. Bodas de luto.
153. Ángela adopta el papel de hembra sumisa.
154. Viaje de boda. Los días de Granada. Felicidad sensual de Ángela. Su belleza en los jardines árabes.
155. Sus toilettes de recién casada. Su arreo.
156. Su furor carnal y su rancio pudor.
157. Viaje por mar a Nápoles.
158. La Roma de Ángela y su religión egoísta. La caridad mezquina. Comparación con Girard.
159. Audiencia papal. Revelación de las madonas de Italia.
160. Insensibilidad estética de Ángela. Su localismo estrecho. La madona de Magnificat.
161. Florencia. Los tés del Lugarno. Odio de Ángela a las mujeres de Europa. Las noches carnales. Oro en cobre.
162. Florencia y Alemania. Las madonas rubias y Rosa Krüger.
163. Ángela de tiendas por Florencia. Su gusto pretencioso y vulgar. La catedral vienesa el día del «palio»
164. Las lindas criaturas florentinas en la Biblioteca de Siena. Recuerdo de la aparición de Toulouse.
165. Retorno a Árles por Bolonia, Venecia, Milán y París. Lo que Ángela llamaba «su felicidad».
166. La casa de Arlés. Los dos lechos. Frase de Girard.
167. Escepticismo velado de Girard sobre la felicidad de Teodoro.
168. Embarazo de Ángela. Alegría de Teodoro.
169. Vuelta a Castromayor. Parto de Ángela.
170. Belleza espiritualizada de Ángela madre.
171. Peregrinación de gracias a Guadalupe. Posible felicidad familiar.
172. Diferencias económicas con los Clemente. La moral utilitaria.
173. Retorno a Arlés. Quebrantos en al fortuna de Girard. El crédito a

los Clemente y la flota frutera.
174. Teodoro resuelto a no abandonar nunca más a Girard y a reanudar las actividades comerciales.
175. Aceptación de Ángela. Su aclimatación a la vida de Arlés.
176. La niña.
177. Ángela y Girard. Desvelos de Girard e incapacidad de gratitud delicada por parte de Ángela.

VII,

178. Viaje a Palermo. Aparición de Persephone. Su figura.
179. Persephone de noche en el comedor. Su belleza y simpatía espontánea.
180. Sobremesa en el «hall».
181. Conversación sobre Palermo.
182. El amor en Palermo. «Le ciel est par dessus les toits»...
183. Encanto profundo de Persephone.
184. Intermedio del marqués Massis.
185. Se reanuda la conversación del amor en Palermo.
186. Frase misteriosa de Persephone sobre Teodoro.
187. Excursión a Segesta. La tierra del idilio griego.
188. Persephone griega clásica.
189. Los ojos griegos no se equivocan.
190. Historia de Persephone. Su familia.
191. Primer amor de Persephone. Se entrega a los quince años a un señor enfermo de los Cárpatos. El sentido trágico.
192. Segundo amor de Persephone. El oficial mundano, intelectual y corrompido. Los idilios en el Partenón de madrugada. «Grecia eres tú». La decadencia alejandrina.
193. El tercer «enfermo» de Persephone. El pecado y el íntimo mal de Teodoro. Persephone libertadora de la lucha interior. (Retorno a los mitos. Fin de la cultura griega y anuncio cristiano).
194. «Segesta no está acabada aún. Como mi alma».
195. Almuerzo en la trattoria. El beso griego. La vuelta enamorada. Ideal exigente de Persephone en el amor.
196. Teodoro decide unirse a Persephone. La ilusión de Rosa Krüger momentáneamente abandonada.
197. Conversación del día siguiente, por la tarde, sobre la aparición de Toulouse.
198. Lágrimas de Persephone en la sobremesa de la noche. Nostalgia de la pureza perdida y tristeza del pecado. Phoné quiere ser buena.
199. Desaparición de Persephone. Su carta. La ilusión pura y la liberación del pecado.
200. Almuerzo triste con el marqués Massis.
201. Desolación de Teodoro. «Rosa no es más que una ilusión, Ángela

no es más que una desilusión».

VIII,

202. Viaje a Bizerta. Reorganización de la flota frutera.
203. Vuelta a Arlés. Embarazo difícil de Ángela. Instalación en la finca de Millan. Descripción de la finca.
204. La paz dolorosa y el don de Phoné.
205. Los libros.
206. Lecturas de Petrarca. Laura y Rosa. Los sueños. 206. Ángela presiente su fin. Pide a Teodoro palabra de no volverse a casar. Evasiva de Teodoro. Furor de Ángela. Los testamentos.
208. Oración de Teodoro a la Verge d'Artiga en la capilla.
209. Parto de Ángela. El doctor. Anuncio de la llegada de Cap d'Ail. Alarma. Mejoría. Ternura y esperanzas de Ángela.
210. Nacimiento del niño y muerte de Ángela.
211. Rostro de Ángela muerta.
212. Ideas de Girard sobre la muerte.
213. Funerales y sepelio en Millan.
214. La comida de parientes. Figura del sieur de Cap d'Ail.
215. Cap d'Ail, en la mesa, relata un antiguo baile de niños.
216. La sobremesa. Al encenderse las luces el señor de Cap d'Ail descubre el secreto de la Odisea. (Historia de Penélope).
217. Sueño y desvelo de Teodoro. Los fuegos artificiales del 14 de julio.
218. La mañana. Cap d'Ail y los ratones.
219. Ternura y extraña existencia familiar de Cap d'Ail llamado también Raimundo el de la Isla.
220. Visita del notario Juliers. Desheredamiento de Teodoro y los niños. El subterfugio y la ficción jurídicas.
221. Propósito de Girard y Teodoro sobre los niños.
222. Ideas originales de Cap d'Ail. Su penetración del destino.
223. Gusto de Cap d'Ail por los insectos.
224. Su vida robinsoniana en la isla. Sus pescas.
225. Homero, Ariosto y Alejandro Dumas, autores para la isla desierta.
226. Idea de Cap d'Ail sobre la Biblia.
227. La trágica historia del señor de Cap d'Ail.
228. Por qué Cap d'Ail puede salir de su triste soledad pare acudir a los grandes duelos y a los grandes júbilos familiares.

y IX,

229. En Arlés. Cartas a Castromayor. Vuelta al trabajo. Pasión de Girard por los niños.
230. Salvación de la F.F.F.F.

231. Delicada salud de Teodoro. Su fin de verano.
232. Aix-les-Bains. «Le lac» de Lamartine.
233. Lac d'Annecy. Hotel L'abadie.
234. La celda abacial. El reloj de Sajonia.
235. Balance de los 33 años de Teodoro.
236. Tortura de la soledad. Vuelta a los viejos temas. Leve tentación. Insomnios. Paseos.
237. Vuelta a Arlés. Un principio de neurastenia.
238. Dolor por la pérdida de Ángela ante la vida familiar deshecha.
239. Éxitos mundanos de Teodoro en el invierno de Arlés. Tedio íntimo.
240. Mejoría de los negocios.
241. La propuesta de Krüger y Muller de Strasburgo. Proyecto de viaje. Salvación de la fortuna de Girard.
242. Alegría desenfrenada de Teodoro. ¡Por fin Rosa Krüger!
243. Viaje a Bayona, París y Strasburgo. Incidente risueño de «La Cigogne» de Niza.
244. Trayecto a Bayona. Las damas turinesas. La bella enferma de amor.
245. Llegada a Tolon. Contemplación melancólica y generosa del amor feliz.
246. Los españoles en el hotel de Bayona.
247. Rápida paso por París.
248. El expreso de Viena. Hacia Strasburgo corazón ferroviario de Europa.
249. Encuentro con un señor Cardenal. El gran viaje. La bendición de Su Eminencia.
250. Llegada a Strasburgo. Apoteosis de Pierre Brassac.
251. Embriaguez de la llegada a Strasburgo.
252. Primera entrevista con Krüger y Muller. Su gran oficina. Sus figuras
253. Éxito de la negociaciones.
254. Teoría sobre el encuentro infalible de Rosa Krüger.
255. Nuevas entrevistas comerciales.
256. «Gran diner» en Villa Krüger. El muro que vuela.
257. La toilette de etiqueta. Teodoro a los 34 años.
258. Suntuosidad aparatosa de los Krüger.
259. Snobismo.
260. Madame Krüger.
261. À table.
262. Presentación de mademoiselle Krüger. Ilusión de Teodoro de hacerla recobrar su primitivo encanto.
263. Breve coloquio con mademoiselle Ida Krüger. El espantoso error. Desesperación de Teodoro.

264. Propósito de vuelta inminente a Arlés. La mañana sin misa del Domingo de Ramos. Reparto de tarjetas de despedida.
265. El primer mercado de flores.
266. El stand de las bellas rosas.
267. La rosa del gran premio de Amsterdam. Reaparición de Rosa Krüger.
268. Reconocimiento de Rosa. Primer coloquio. El relato de la gare de Toulouse. Regalo de la rosa de Amsterdam.
269. Almuerzo en «Los cuatro reyes». Los esposos Klein, alegres hosteleros.
270. Rosa Krüger habla de su familia. Por qué no se ha casado.
271. Paseo por Strasburgo. La tienda de Rosa. El tranvía.
272. Rosa y las flores. La espina de Rosa.
273. A Rosa no le riñen en casa.
274. El idilio en el tranvía.
275. Sensatez y locura de Rosa.
276. Rosa y la filosofía.
277. Rosa y los poetas. La moral cristiana.
278. Rosa y el dolor humano.
279. Rosa nadadora del Rhin. Programa para el día siguiente. Adioses.
280. La naturalidad del destino.
281. Encuentro con Ida Krüger en la tienda de Rosa. Segundo pinchazo de Rosa. Sus burlas.
282. Enfado de Rosa. Largo paseo tragicómico.
283. Paces enamoradas.

[Notas de R. S. M. sobre *Rosa Krüger]*

I. El hostal

Pepet. Era de los mostruos antediluvianos. Terror y maravilla. Período mítico, divino, horrendo, heroico, fabuloso. Melancolía de las grandes especies extinguidas. Lucha de los dioses y de los gigantes. Minerva (La Virgen María) sojuzgando al centauro (Teodoro). Pecados de las ciudades malditas de la Pentápolis, de Creta, de las teogonías griegas.

Tío Felipet. Tránsito de la era mítico-heroica a la era prejónica odisaica, de los grandes periplos.

Don Rodrigo. Interpretación de los mitos. El Hesíodo de las Teogonías, los poemas órficos, libros sibilinos, etcétera.

Aparición de Rosa Krüger. Reconcialización de la tierra con el cielo por la mujer que aplasta a la Serpiente.

II. Las tierras áridas de Provenza

Edad de la técnica. Teodoro como Homo Faber. La cadena de oficios. Trenzado de cestos. Calzado de madera. Herrería. Domesticidad de animales. Cambio de productos de la tierra, etc. Fase de la lucha por la vida. El hambre, la emigración, la pugna contra el destino adverso, el horror al pecado antiguo y el miedo a los dioses como orígenes de la civilización y la moral.

Aparición de Henry Girard.

Tránsito de una edad técnica medio empírica, medio visionaria, a la experiencia ya sistematizada prefilosófica, prearistotélica.

III. Arlés

La educación. Aquiles (Teodoro) y Quirón (Girard). Período de las ideas solares, de Tales de Mileto (griegos a Gassendi, Renouvier, Comte, Maurras, provenzales, pasando por Lucrecio, Galileo, Campanella, Telesio, etc.). Mezcla de ideas lucrecianas (enlace con Gassendi), cartesianas, de Montaigne, La Bruyère, Pascal, etc., o sea, en lenguaje de Girard:

solarité grecque

ordre romain

clairté provenzale

sagesse française

Ateísmo-nacionalismo-humanitarismo-sociabilidad.

Viajes por mar, comercio y filosofía unidas como en Tales de Mileto.

IV. Castromayor

La Historia como *particular histórico* en oposición al *universal poético,* que es donde la Historia tiene su sola posibilidad de categoría universal. La mujer como patria o matria, terruño, localidad, comarca, sin horizonte espiritual de universalidad. Mundo de la costumbre. Estado patriacal y aun matriarcal; la vida de Castromayor. El egoísmo sacro de los pequeños estados griegos antes de la hegemonía ateniense. La mujer como animal doméstico. Fracaso del ideal de Jenofonte, la dueña de casa, en una época ya cristiana.

V. La Albura.

La edad fabulosa convertida en poema artístico de una edad posterior. Coloma, Circe de teatro o de poema culto. La Albura es al Hostal lo que la Grecia de Virgilio es a la Grecia pre-homérica de la guerra de Troya. Pretexto del mito para convertirse en estilo, en originalidad, en elegancia. Ejemplo del *mil-ord* tratado como un objeto mítico que se interpreta a la manera alejandrina. La tragedia convertida en pretexto decorativo en el episodio de la res desollada. La piel al hombro de las estatuas trágicas. La amazona convertida en actriz de cine. Leda y

Susana en el patio de naranjos. *Reprise* de una figura antigua en la *toilette* de Eugenia de Montijo. Tipo de la cultura refleja (la cultura romana, la del renacimiento) que opera por repeticiones e interpretaciones.

VI. Las bodas y el viaje

Período de lucha ente el paganismo, el materialismo sensual y utilitario que hay en el fondo de Ángela y el cristianismo fundamental de Teodoro, de la ilusión de Rosa Krüger, de la ilusión de Europa, etcétera.

Problemas de contraste. Uno: falta de inteligencia de amor en Ángela. Otro: falta de religiosidad y caridad en Ángela. Otro: falta de sensibilidad estética. Otro: falta de sociabilidad delicada. Revelación de su patética elemental bajo apariencias.

VII. Persephone

La cultura alejandrina, con su dualismo entre el Bien y el Mal, su posibilidad por una parte de corrupción refinada y su posibilidad por otra parte de inserción en la vida cristiana, agustiniana, ascética y mística, que es el fin de Persephone. Alusión y recopilación de elementos anteriores trágicos (primer amor de Persephone), pitagóricos (segundo amor de Persephone), de retorno a los mitos (alusión al pecado incestuoso de Teodoro).

IX. Período de Annecy

El tedio y la melancolía. Abandono del sentido religioso del mundo. El vacío interior. Intermedio psicológico: recapitulación y examen de conciencia de los estados anteriores.

X. *Estrasburgo*

Última fase de la lucha entre el engaño diabólico (Ida Krüger) y la ilusión angélica, Rosa. Rosa, como Beatriz, hija de María en alto

sentido de la palabra, como filosofía y como fe, como alma de Europa, melancolía y júbilo cristianos, ápice de la memoria de amor.

Otros papeles

Lux Peregrina

Tesis: Triunfo de la idea cristiana, universal y europea del amor (Rosa Krüger, *lux peregrina)* sobre los mitos paganos:

I. Coloma: amor incestuoso, propio de la edad antediluviana, pecado de las ciudades malditas de la Pentápolis o del período fabuloso pre-helénico. Símbolo de la tierra recién salida del caos, entregada a las fuerzas telúricas y demoníacas.

II. Ángela: amor carnal y domesticidad egoísta, propios de la edad técnica, estado patriarcal cerrado (Lía en la Sagrada Escritura) tiempo de la moral utilitaria y del egoísmo local. Símbolo de la tierra cultivada y la ganadería entregadas a divinidades naturalistas.

III. Persephone: amor metafísico y alejandrino. Duda entre la corrupción refinada del fin del paganismo y los anhelos pre-cristianos. Lucha entre el bien y el mal, dualismo plotiniano, ilusión espiritualista. Retorno a la tragedia y los mitos.

R. S. M.

Barcelona, 26 de marzo de 1984

Sr. Andrés Trapiello

Apreciado Andrés:

Aunque con mayor retraso del previsto inicialmente, te mando mi lista de enmiendas a Rosa Krüger *junto con la que me proporcionó Pere Gimferrer.*

Lo que más me desconcierta es el aspecto onomástico de la novela. A mí me parece muy bien que un castellanohablante diga Lérida *donde nosotros decimos* Lleida, o *incluso* Urgel *por* Urgell, *pero como en la oficialización toponímica se ha llegado a hacer verdaderas salvajadas, ya no sé en qué quedarme. Por ejemplo, desconozco la tradición o el apoyo lingüístico en que pueda basarse la forma* Aneo *(p. 3), cuando en catalán es* Àneu, *con palabra acentualmente llana. O las grafías* Bonaygua *(pp. 3 y passim) por* Bonaigua, Vich *(p. 12) por* Vic, Figueras *(p. 12) por* Figueres, *etc. Por el contrario, otros topónimos perfectamente designables en castellano, como* el Valle de Arán *(pp. 9, 41 y passim), aparecen en una forma que no es ni catalana ni aranesa (cf. mi nota 5). Otros aún requieren normalización:* San Pau el de sorpe *(p. 19) en* Sant Pau el de Sorpe, San Per d'Escaló *(p. 55) en* Sant Pere d'Escaló. *En cuanto a los antropónimos, hay algunos que, si es que se trata de nombre de pila, deberían normalizarse también:* Francesch *(p. 17) en* Francesc, Ricart *(p. 20) en* Ricard.

Cuida los pasajes en francés (pp. 61, 85-86 et al.), plagados de faltas en la transcripción mecanográfica. Convendría también compulsar los provenzales (pp. 6667) con una buena edición.

Por lo que se refiere a mi lista, al lado del número de páginas del mecanografiado pongo el texto corregido, subrayando la palabra o el signo (sea por cambio, supresión o añadido) que difieren del texto establecido. Entre paréntesis o en nota van mis explicaciones. Entre corchetes, las cuestiones tipográficas.

Un abrazo.

Andreu Rossinyol

ÍNDICE

- *Introducción*

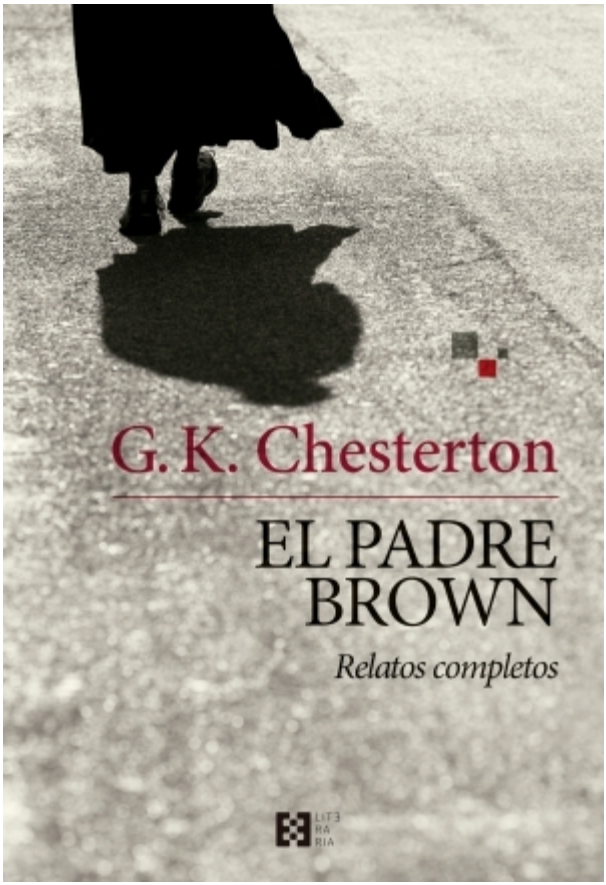
ROSA KRÜGER

- Nota
- I, Clío
- II, Callíope
- III, Polimmia
- IV, Talía
- V,
- VI,
- VII,
- VIII,
- IX,
- Apéndices

Escrita mientras estaba refugiado en la embajada de Chile en Madrid durante la guerra civil española y publicada póstumamente por su mujer, Liliana Ferlosio, en 1984, *Rosa Krüger* es una obra maestra de Rafael Sánchez Mazas. Sin embargo, en el relato no aparece la menor sombra de la realidad brutal de aquellos momentos. Pensada a imitación de *Las mil y una noches*, en la que el relato y la intriga consiguieron que Scherezade escapara a su fatal destino, o a lo *Decamerón*, narrado como evasión de unos refugiados de la epidemia de peste de la Florencia de mediados del siglo XIV, la novela trataba de superar las terribles circunstancias, de anular el tiempo a través de la creación de un mundo imaginario.

Rosa Krüger es una historia de amor, la de Teodoro Castells, un joven catalán del Valle de Arán que en su camino hacia la aventura europea reconoce en una muchacha alsaciana al amor ideal. Es por lo tanto la historia de un encuentro, fugaz pero trascendental, que cambiará el sentido de su vida y de un deslumbramiento ante la visión del amor cristiano que hace mejor al hombre.

Rosa Krüger es también la novela de la fe: fe en el amor ideal, encarnado en una muchacha jubilosa y católica, norte y guía del protagonista. Y en consecuencia, se produce el reencuentro feliz, como no podía ser de otro modo, porque *Rosa Krüger* relata el cumplimiento de un destino, la consecución de lo que era ya un impulso natural por ascender.


G. K. Chesterton
EL PADRE BROWN
Relatos completos

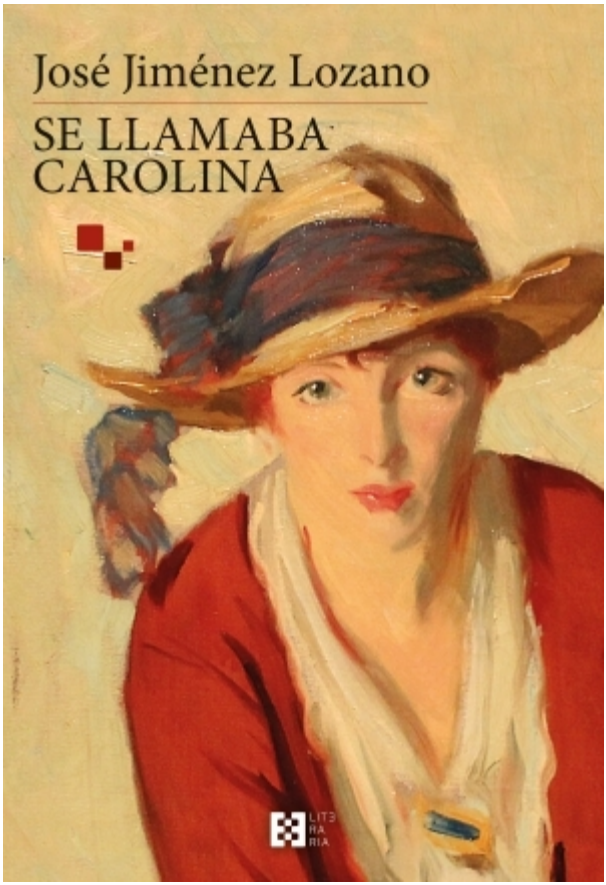
El padre Brown

Chesterton, G. K.
9788490558287
896 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El conjunto de los relatos del padre Brown, escrito a lo largo de más de veinte años, constituye quizá la obra más popular de Chesterton. El simpático cura-detective que los protagoniza resuelve en ellos, armado únicamente con su paraguas, su inocencia y su sabiduría, intrincados casos gracias a un conocimiento sencillo a la par que profundo de la naturaleza humana.Frente a la destrucción sistemática de la razón, propia del escepticismo y el relativismo de la Europa de inicios del siglo XX, Chesterton crea este singular personaje --basado en su amigo el sacerdote irlandés John O'Connor y que es ya parte del imaginario de la cultura inglesa junto a otras figuras detectivescas como Sherlock Holmes o Hercules Poirot-- para mostrar que sólo una mirada sincera y que reconozca el misterio que la realidad encierra es capaz de salvaguardar la razón.Además de los cinco relatos ampliamente conocidos, el presente volumen incluye otros tres que no aparecieron en las ediciones originales: El caso Donnington, publicado en The Premier Magazine, La vampiresa del pueblo, aparecido en Strand Magazine y probablemente el primer relato de una nueva colección, y La máscara de Midas, texto en el que Chesterton estaba trabajando cuando le sobrevino su enfermedad final en 1936.

Cómpralo y empieza a leer


José Jiménez Lozano
SE LLAMABA CAROLINA

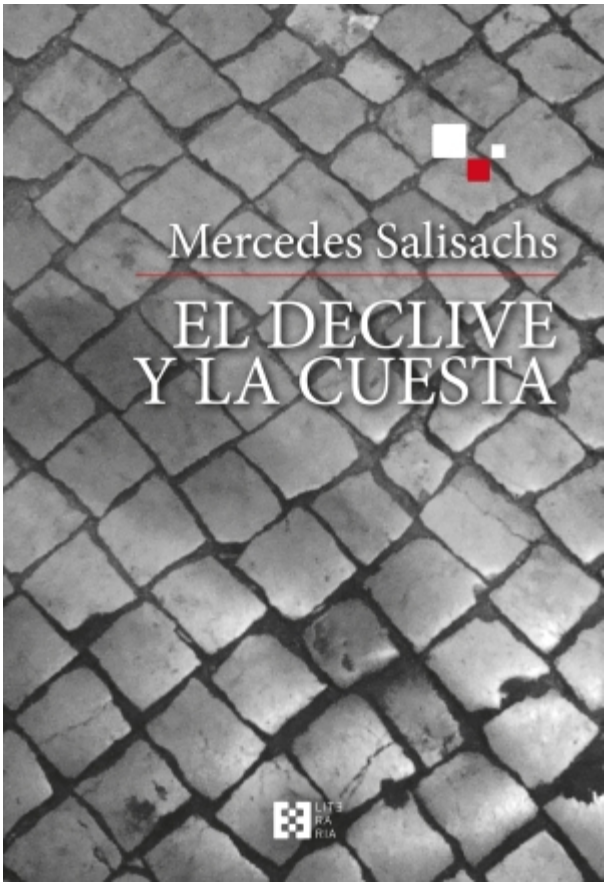
Se llamaba Carolina

Jiménez Lozano, José
9788490558058
240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Esta novela es la evocación de la representación del "Hamlet" shakespeariano por artistas ambulantes y gentes de un pueblo de la meseta en la inmediata postguerra; y la evocación, por parte del narrador, de la figura de una de sus maestras, Carolina Donat, "una señorita maestra que iba a ser actriz y ha hecho de Ofelia en el teatro, y tiene además un Arlequín". Tiempos, vidas y teatro --un teatro que ya muchos piensan condenado por el cine-- se entrecruzan de forma magistral a lo largo de sus páginas. Como señala en el prefacio la profesora Carmen Bobes, "el encanto de Se llamaba Carolina es el que tienen otros textos de su autor, como Ronda de noche o Agua de noria, donde la espontaneidad es la norma, a pesar de que los motivos y la historia puedan ser terribles".

Cómpralo y empieza a leer


Mercedes Salisachs
EL DECLIVE
Y LA CUESTA

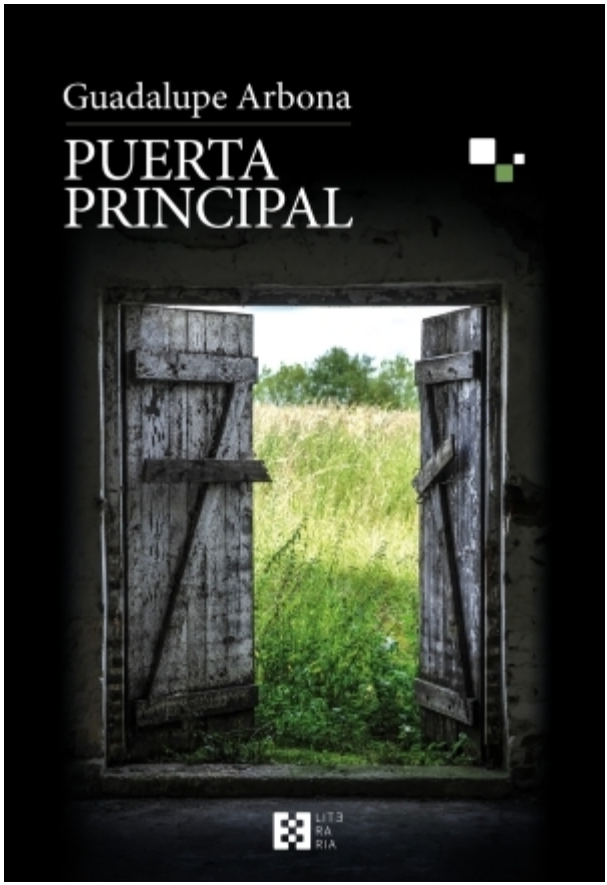
El declive y la cuesta

Salisachs Roviralta, Mercedes
9788490558393
290 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Hito importante en la novelística de Mercedes Salisachs, El declive y la cuesta es un relato directo y valiente que, partiendo del conocido episodio evangélico del "buen ladrón" crucificado junto a Cristo, nos narra con gran hondura el desgarro y la angustia de una madre por el destino de su hijo. Salisachs recrea a lo largo de esta obra la posible vida de la madre de Dimas, a la que le da el nombre de Eva, y la imagina subiendo al Calvario codo a codo con la propia Madre de Dios. Eva representaría a toda madre aprisionada por la duda, la desesperación o el dolor provocados por su propio hijo, pero que mantiene abierta, contra viento y marea, la puerta de una salvación que esté más allá de la pura justicia humana."Nada importaba que la humanidad estuviera enferma, nada importaba que la terquedad y la crueldad de los hombres los llevara a torturar a Su Hijo; el propio Nazareno se canjeaba por ellos y María aceptaba aquel trueque porque, de hecho, todos los hombres, todos, incluso Dimas, tenían derecho a la redención".

Cómpralo y empieza a leer


Guadalupe Arbona
PUERTA
PRINCIPAL
LITERARIA

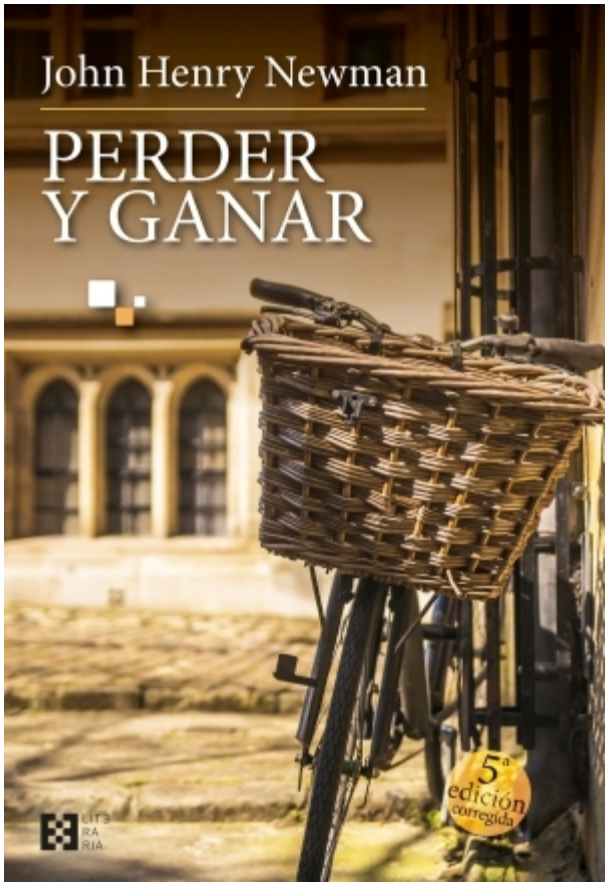
Puerta principal

Arbona, Guadalupe
9788490558454
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Puerta principal es un cuaderno de notas que recoge lo que su autora observa, siente y piensa a lo largo de unos intensos meses que, marcados por la enfermedad, le permiten tener una mirada transparente sobre cosas y personas. Es el retrato de una conciencia herida por lo que le sucede, que busca compañía en amigos, poemas, hermosuras y conversaciones, en el Misterio. "Leer un libro y sentir que ha sido escrito para uno es algo que sucede pocas veces en una vida lectora. Yo siento que Puerta principal ha sido escrito para mí porque la mirada de Guadalupe Arbona es la mía, solo que amplificada, más precisa, más poética y más elocuente". Jesús Carrasco, autor de Intemperie "Puerta principal es literatura porque tiene altura y calidad y forma y, sí, sobre todo porque tiene alma. Lo mejor: que el yo se desliza por sus páginas siempre en compañía". Milagros Arizmendi "Puerta principal no es novela, no es drama, no es poema, no tiene nombre; es un nuevo género, que crea la confianza humana en la escritura". María del Carmen Bobes Naves "Puerta principal abre una brecha de hermandad con hombres y cosas". J.A. González Sainz, autor de Ojos que no ven

Cómpralo y empieza a leer


John Henry Newman
PERDER
Y GANAR
5ª
edición
corregida

Perder y ganar

Henry Newman, John
9788490558256
408 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Perder y ganar (1848) es una novela autobiográfica escrita por el beato John Henry Newman, una de las figuras religiosas y teológicas más relevantes del panorama europeo del siglo XIX, que en su búsqueda de las raíces del anglicanismo terminó por descubrir la Iglesia Católica bajo una nueva luz. Publicada poco después de su conversión, Perder y ganar nos permite adentrarnos en la fascinante personalidad de Newman a través de su protagonista, Charles Reading, y descubrir en toda su hondura las cuestiones que tuvo que afrontar este inglés extraordinario en su búsqueda de la verdad. En Perder y ganar comparece en vivo retrato --y por primera vez en la literatura-- el mundo universitario de Oxford con sus peculiaridades, sus polémicas y sus pintorescos personajes. Encantadora por su lenguaje, sorprendente por su lirismo y sus tonos satíricos, admirable por el rigor de sus ideas, Perder y ganar es ante todo una conmovedora historia de conversión que quedará para siempre en el recuerdo de sus lectores. La traducción ha sido completamente renovada para la presente edición. Las notas explicativas, muchas de ellas también nuevas, hacen todavía más accesible la lectura de la novela al público hispanohablante.

Cómpralo y empieza a leer